

A M B R A K E R R

DARK MAFIA
ROMANCE

INDESTRUCTIBLE

El domina tu corazón

INDESTRUCTIBLE - ÉL DOMINA TU CORAZÓN

MÁLAGA MAFIA

AMBRA KERR
COSIMA KINCAID

Copyright © 2024 de Ambra Kerr

Primera edición 2022

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta utilizando imágenes de Shutterstock, Rawpixel.

Ambra Kerr

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

ÍNDICE

Prólogo

Advertencia de contenido sensible

Glosario

Lista de reproducción

1. Talia
2. Santiago
3. Talia
4. Santiago
5. Talia
6. Santiago
7. Talia
8. Santiago
9. Talia
10. Santiago
11. Talia
12. Santiago
13. Talia
14. Santiago
15. Rafael
16. Santiago
17. Talia
18. Santiago
19. Talia
20. Santiago
21. Talia
22. Santiago
23. Santiago
24. Talia
25. Santiago
26. Talia
27. Santiago
28. Talia
29. Santiago
30. Rafael
31. Santiago
32. Talia
33. Santiago

PRÓLOGO

Bienvenidos a la ciudad de los pecados. Hace diez años, este lugar era gobernado por cuatro familias. Cuatro familias unidas por un juramento sagrado.

Fue quebrantado.

Por una bala, disparada con precisión en la cabeza de una inocente. Al final, siempre son las mujeres quienes sufren por los pecados de sus padres, hermanos, maridos... o hijos.

Una familia exterminada.

Otra caída en desgracia.

Una desaparecida hace mucho tiempo.

Solo quedó uno para gobernar este maldito infierno que se alzó de las cenizas de una única y amarga noche, revelando el verdadero rostro de todos los jugadores en el campo.

Los baños de sangre son el santo grial de este mundo, y *él* lo encontró, se lo arrebató y lo usó contra todo aquel que se alzó para arrancar la ciudad de sus brutales manos.

La muerte de una mujer.

La caída de un hombre.

El ascenso de un hijo.

Y ahora... ahora las cartas han sido repartidas de nuevo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO SENSIBLE

Mi historia está prohibida. Por más de una razón. Si encuentras poco atractivos a los hombres mayores, si tu moral tiene límites, si prefieres dormir plácidamente por las noches en lugar de ser acosado por un hombre que ha mirado a todos los abismos del mundo... Entonces deberías cerrar este libro ahora y volver a tu vida normal.

De lo contrario... Bienvenido al Cartel Rojas.

P.D.: Si tienes problemas con la violencia cruda, tal vez también deberías dejar el libro.

GLOSARIO

RANGOS DENTRO DE LA MAFIA

Capofamiglia › Jefe

Consigliere › Consejero

Sotto Capo › Subjefe

Capodecina › Capitán

La Guardia › Guardia

Sicario › Asesino a sueldo

RANGOS DENTRO DE UN CÁRTEL

Capo › Jefe

Teniente › Lugarteniente

Sicario › Asesino a sueldo

Halcone › Vigilante

RANGOS DENTRO DE LA BRATVA

Pakhan › Jefe

Two Spies › Supervisores

Derzhatel obshchaka › Contable

Brigadier › Capitán

Patsan › Soldado

Boyevik › Guerrero

Shestyorka › Rango más bajo

Algunos se elevan por el pecado, y otros caen por la virtud - William Shakespeare

LISTA DE REPRODUCCIÓN

RAMPAGE - GRAVEDGR

FEEL NOTHING - THE PLOT IN YOU

PRINCE VEGETA - DANN DIB

SMELLS LIKE TEEN SPIRIT - WITCHZ

FED UP - GHOSTEMANE

LAST ONE STANDING - SKYLAR GREY, POLO G, MOZZY, EMINEM

PAIN - EZEDIEL

ENEMY - TOMMEE PROFITT, BEACON LIGHT, SAM TINNESZ

FACE OFF - TECH N9NE, JOEY COOL, KING ISO, DWAYNE JOHNSON

TELL ME THAT I CAN'T - NEFFEX

DIE A KING - IAMJAKEHILL

I WASH MY HANDS IN THE BLOOD - EZEDIEL

PUT IT ON ME - MATT MAESON

APHRODITE- RINI

ENEMY - IMAGINE DRAGONS, JID, ARCANE, LEAGUE OF LEGENDS

POWER OVER ME (ACOUSTIC) - DERMOT KENNEDY

LION - SAINT MESA

HEAD UP - THE SCORE

MAMMAMIA - MANESKIN

DUELE EL CORAZON - ENRIQUE IGLESIAS, WISIN

TWO FEET LOVE IS A BITCH (SLOWED + REVERB) - JK BEATS

CHILLS - DARK VERSION - MICKEY VALEN, JOEY MYRON

MIDDLE OF THE NIGHT - ELLEY DUHÉ

TALIA

Este verano debía sentirse como una canción. De esas que pones a todo volumen en la radio mientras conduces por la autopista con las ventanillas bajadas, el viento azotando el interior y revolviendo salvajemente el pelo, que se siente cálido y suave sobre la piel bajo el sol implacable. Este verano debía ser como la primera sensación en una mañana cálida, cuando el aroma de las sábanas frescas se mezcla con el de las flores que florecen frente a tu ventana y el sol te hace cosquillas para despertarte. Este verano debía ser como el olor a protector solar, fresas y sandías, y todas las demás sensaciones que asocias con los meses cálidos del año.

Este verano debía ser el mejor de mi vida. Porque era el último que pasaría en absoluta libertad.

Sin embargo, ahí estaba yo, completamente sola en uno de los muelles privados de yates de Málaga, mirando fijamente al oscuro mar. Detrás de mí, las luces del puerto iluminaban la noche, pero por lo demás reinaba la oscuridad. Agua negra como la tinta rodeaba mis pies.

Agustín debería haber estado aquí hace dos horas, pero no había ni rastro de él. No era la primera vez que me invitaba solo para dejarme plantada después. Una parte de mí ya sabía que tampoco aparecería esta vez. Otra, sin embargo, seguía aferrándose a la idea de que este verano, con todas sus facetas, debía ser perfecto. Así que o me buscaba otro amigo o me iba *haciendo* a la idea de que la vida no siempre sucede como uno cree que debería. Bueno, mi padre probablemente estaría orgulloso de mí por esta revelación.

En realidad, había asumido que estaba sola, pero cuando escuché algunas voces detrás de mí, giré la cabeza justo a tiempo para ver a tres hombres saliendo del yate de lujo amarrado al costado del muelle.

Mi esperanza de que no me notaran se desvaneció de inmediato. Uno de ellos se aclaró la garganta, pero debido a la oscuridad, solo pude distinguir claramente el brillo de sus ojos.

—No tienes nada que hacer aquí —dijo, con un tono bastante áspero, justo después de dar un paso en mi dirección.

Aunque era una noche cálida, de repente sentí un escalofrío.

—Lo siento. Estoy esperando a mi novio. Se suponía que nos encontraríamos aquí —respondí rápidamente. El español no era mi lengua materna, así que tropecé con alguna de las palabras.

Dos de los hombres ya se estaban alejando.

—Si algo le pasa a los yates... —continuó. No necesitaba terminar su insinuación. Ya sabía de qué estaba hablando.

—Íbamos a nadar, no a robar un yate de lujo. —Mi respuesta pareció lo suficientemente seca como para arrancarle un resoplido.

—El peldaño inferior de la escalera está roto. Deberían tener cuidado si no quieren cortarse los pies —dijo de repente, sonando mucho menos hostil que hace un momento.

Desconcertada, asentí. —Gracias.

Finalmente, pareció darse por satisfecho con eso, porque desapareció sin comentarios en dirección a los otros dos hombres, que ya lo estaban esperando al final del muelle.

Me volví hacia el mar nuevamente, aunque apenas se podía distinguir lo extensa que era la bahía y cuántas atracciones diferentes ofrecía, más allá del océano.

Después de unos minutos, miré mi smartphone, con la esperanza de encontrar un mensaje de Agustín. Por supuesto, eso era solo una ilusión que me estaba creando. Todas las veces anteriores que me había dejado plantada, tampoco había recibido ningún mensaje.

Certo che no. Por supuesto que no.

¿Por qué iba a ser diferente esta vez a las últimas semanas?

Un sabor amargo se extendió por mi lengua antes de quitarme la camiseta por la cabeza, seguida del sujetador, y luego salir de los shorts y las bragas, solo para arrojarlo todo en un montón, incluido mi bolso y el smartphone.

Luego miré hacia abajo. Todo estaba negro, solo la superficie del agua brillaba ligeramente, pero no revelaba lo que acechaba debajo. No importa. Necesitaba refrescarme. Además, quería deshacerme de esa sensación desagradable que se había asentado en mi pecho como un chicle pegajoso bajo la suela de un zapato.

Agustín estaba jugando conmigo. No tenía derecho a hacerlo.

Sin embargo, yo tampoco había sido honesta con él y no tenía intención de cambiar eso. No quería nada más de él que este verano.

Con un giro de ojos, me impulsé desde el muelle y me lancé de cabeza al agua tranquila debajo de mí. Se abrió para mí y cuanto más rápido me deslizaba bajo la superficie, mejor me sentía. La calidez del mar me envolvía y solo cuando mis pulmones ardieron y sentí que me ahogaría en cualquier momento, salí a la superficie.

El muelle se había vuelto más pequeño, al igual que la ciudad detrás de él. Me alegré de que fuera una parte privada de la bahía. Sin cruceros, sin canal portuario. Si querías, podías nadar cientos de metros sin preocuparte. Así que eso es exactamente lo que hice. Seguí abriéndome paso por el agua, mirando ocasionalmente hacia la luna sobre mí para no perder la orientación, y disfrutando cada segundo que no pasaba en tierra.

¿De verdad habría mejorado todo esto la presencia de Agustín? Me atrevía a dudarlo. Probablemente, con su invitación, solo pretendía verme desnuda. Sexo en la playa... había alternativas mucho mejores, pero no creía que Agustín las conociera. Cuando me tocaba, lo hacía siempre con la punta de los dedos, como si fuera un pez venenoso que hubiera sacado del agua por accidente y no supiera qué hacer con él. ¿Lo conservaba porque sus colores brillantes eran tan hermosos? ¿O lo devolvía al mar porque el riesgo de morir por su causa era demasiado alto? Agustín seguramente habría encontrado una respuesta precisa a estas preguntas. Yo, en cambio, me divertía con el significado más profundo.

Cuando eché un vistazo hacia el muelle, vi algunas figuras oscuras. Probablemente los dueños del yate habían regresado, temiendo que pudiera causar algún daño a su valioso barco. Ciertamente no se trataba de Agustín, pues él se habría unido a mí en cuanto hubiera notado el montón de ropa en el muelle.

Solo cuando ya no sentía bien los dedos de los pies, me dejé llevar lentamente de vuelta al muelle. No quería irme a casa, pero el acuerdo con Adriano seguía en pie y si no lo cumplía... bueno, prefería no averiguarlo.

Justo cuando mis dedos se cerraron alrededor de la escalera que conducía fuera del agua, noté que algo no estaba bien. Los vellos de mi nuca se erizaron, y en ese mismo momento descubrí la sombra oscura en el muelle, que iluminaba alrededor con la linterna de su smartphone. De repente se agachó. Cuando se enderezó, tenía todas mis cosas en los brazos. Mi ropa, mi teléfono, mi bolso.

Se me escapó una maldición.

—¡Alto! —grité, incapaz de hacer algo. No podía enfrentarme a él desnuda, ni perseguirlo.

Mi corazón galopaba desbocado.

—¡Zorra rica! —siseó, giró sobre sus talones y desapareció sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

¿Acababa de llamarme zorra rica para justificar su robo? Mierda. Me deslicé de vuelta al agua, enojada conmigo misma. ¿Por qué había pensado que era una buena idea dejar mis pertenencias sin vigilancia? Málaga era conocida por su delincuencia callejera. Quizás simplemente no esperaba que algo así sucediera en un muelle donde atracaban yates de lujo. En casa, cosas así no pasaban.

¿Habría un guardia nocturno? Si lo había, realmente esperaba que apareciera pronto. Poco a poco sentía el esfuerzo en mis músculos y cómo el frío, en lugar del calor, se extendía por mi cuerpo. Mis dientes castañeteaban mientras me aferraba a la escalera con una mano.

¿Debería arriesgarme y salir? Tal vez alguien había dejado una toalla en la cubierta de uno de los yates. O algo más con lo que pudiera cubrirme al menos a medias antes de desaparecer de aquí. No quería ver mi cara mañana por la mañana en el *Diario Sur* —el periódico más leído de esta ciudad— por haber corrido desnuda por Málaga.

Pasaron minutos mientras sopesaba mis opciones. Entonces, el yate que estaba a solo unos metros de distancia cobró vida. Las luces de repente bailaron sobre el agua y me cegaron. No pasaron ni cinco segundos antes de que oyera pasos pesados en el muelle.

Un hombre estaba de pie sobre mí con los brazos cruzados, bañado en las sombras de la noche. Tenía tanto mi bolso como mi smartphone en la mano.

—¿Nadie te ha dicho que es una idea estúpida dejar tus objetos personales sin vigilancia? —preguntó. En su voz se percibía el más leve indicio de diversión.

—¿Los atrapaste?

Dudó un momento. —Me devolvieron tus cosas voluntariamente.

No le creí ni una palabra. Aun así, asentí. —¿Qué hay de mi ropa?

—Tragada por el mar. —Levantó una toalla.

Agradecida, intenté agarrarla, pero él la retiró inmediatamente.

—Sal de ahí. De lo contrario, puedes pescar tu ropa del mar y ponértela. —Su tono autoritario no dejaba lugar a réplicas y, por mucho que lo odiara, cada fibra de mi cuerpo estaba entrenada para responder adecuadamente a este tipo de trato.

Me saqué del agua y subí al muelle para no tener que usar la escalera rota. Finalmente, me encontré de pie frente a él, goteando, temblando un poco porque realmente tenía frío. El calor que irradiaba se clavaba en mi cuerpo.

Sin pedirlo.

No tenía otra opción más que permitirlo.

Mantuvo mi mirada significativamente mientras extendía el brazo y me ofrecía la toalla. Inmediatamente la agarré, di un paso atrás y me la envolví alrededor del torso, aunque no me daba la sensación de estar protegida de él.

Me volví hacia él. Un "gracias" salió de mis labios. La segunda vez en esta noche que tenía

que agradecerle algo, como me di cuenta. Había reconocido su voz de inmediato.

—¿Quieres que te llame un taxi?

—No. —Con cuidado, tomé mi bolso y el smartphone.

—¿Todavía estás esperando a tu supuesto amigo? —continuó. Esta vez no ocultó su diversión.

—Sí —respondí, aunque era una mentira descarada y ciertamente ya no esperaba a Agustín. Él no aparecería, eso lo sabía. Sin embargo, no me gustaba la idea de que él pudiera pensar que me habían plantado.

—Entonces esperaremos juntos. No sea que también te roben la toalla. —Sin rodeos, se sentó, apoyando la espalda contra uno de los postes.

Lo miré perpleja. O lo que podía ver en las condiciones de luz actuales. Su camisa clara se destacaba contra la oscuridad, al igual que sus ojos. Aparte de eso, difícilmente podría haberlo descrito si alguien me lo hubiera preguntado. Pero reconocí la única salpicadura de sangre en el lado de su cuello. Incluso sin la luz adecuada.

No hice ningún comentario al respecto y me senté frente a él en el muelle de madera. ¿Cómo podía irme ahora?

—¿Dónde dejaste a tus amigos? —pregunté para que el silencio no se extendiera más.

—¿Por qué? ¿Los necesito? ¿Representas un peligro para mí? —Las preguntas salieron disparadas y no estaba segura de si las hacía en serio.

Así que se me escapó una risa nerviosa. —Solo soy una mujer joven. ¿Cómo podría representar un peligro para ti?

Su silencio duró exactamente dos segundos, luego su voz oscura me llenó, provocando un peligroso aleteo en mi estómago. —El peligro siempre viene en forma de las tentaciones más dulces.

Entrecerré los ojos. Seguramente no podía ver más que yo. ¿O sí?

—Bueno, no tengo intención de seducirte.

¿Habría ordenado a uno de sus hombres robar mi ropa solo para poder regresar como el héroe de brillante armadura? Fue solo un pensamiento fugaz, pero la sangre en su cuello ya estaba haciendo que la historia en mi cabeza tomara otras proporciones.

—Estás completamente desnuda bajo la toalla.

Inesperadamente, sentí una risa en mi garganta. Me costó reprimirla. —Eso no es una invitación.

El sonido que salió de sus labios era más seductor de lo que mi cuerpo desnudo jamás podría haber sido. —Tal vez no necesite una.

Abrí la boca. Tragué. Seguramente no lo decía en serio, ¿verdad? —Tal vez sería mejor que realmente obtuvieras una —respondí antes de morderme la lengua.

Eso no era en absoluto el tipo de respuesta que habría dado a la luz del día. La virtud era una cualidad importante. Los modales. El comportamiento. El mezclarse con la multitud. No destacar por una lengua suelta que revelaba más de lo que debería.

—Dime tu nombre —exigió de repente, como si no hubiéramos estado coqueteando de alguna manera hace un momento.

Mi piel se sentía demasiado apretada para mi cuerpo y después de solo unos minutos, el anhelo por el agua regresó.

Finalmente respondí, porque sentía que se estaba impacientando. —Talía. Mi nombre es Talía.

A pesar de la oscuridad predominante, vi cómo sacudía la cabeza. —Ese no es tu nombre.

—Está completamente oscuro.

Mi humor se hundió hasta el suelo.

—¿Dónde estás? —pregunté. La severidad se notaba en mi voz. A veces me sentía más como su niñera que su novia.

—Había una fiesta y q-q-quizzzás bebí demasiado. —Eructó ruidosamente en el micrófono. Arrugué la nariz.

—¿Y ahora qué?

—Estoy en la c-c-comisaría.

Mierda.

Me puse de pie de un salto. —No digas nada, ¿de acuerdo? Simplemente mantén la boca cerrada. Voy en camino.

Si hablaba, eso llevaría a problemas. No para mí, pero definitivamente para él. En realidad, él mismo lo sabía, pero en estado de embriaguez no se podía confiar en su juicio.

Santiago también se levantó. —¿Hay problemas?

—Sí. Tengo que irme. Lo siento. Gracias por el rescate. Yo... Buenas noches —murmuré y me di la vuelta para poder irme. Necesitaba un taxi, algo de ropa de repuesto y sobre todo dinero. Una suma no insignificante, porque la última fianza que había pagado por Agustín había sido de cinco cifras.

Detrás de mí escuché un carraspeo. —No deberías caminar así por el puerto —explicó.

Al darme la vuelta, vi que había hundido las manos en los bolsillos de sus pantalones. Esta vez estábamos lo suficientemente cerca del yate como para que un suave resplandor iluminara su rostro. Se me cortó la respiración.

Interpretó mi vacilación como una invitación y se acercó a mí mientras se quitaba la camiseta por la cabeza. Tan pronto como estuvo frente a mí, me la puso. Con una mano me aferré a la toalla, mientras él guiaba la otra a través de una de las mangas. Luego, su mano se deslizó por mi torso, soltó la mía de la toalla y la condujo por la otra manga.

De repente, me di cuenta de lo cerca que estaba de mí. Podía olerlo. Por un breve instante, reclamó todos mis sentidos para sí. Toda mi concentración se enfocó en él, en sus manos cálidas y ásperas, que ahora se dirigían a sus pantalones. Desabrochó el cinturón y lo sacó de las presillas. Poco después, lo colocó alrededor de mi cintura. Contuve la respiración, humedecí mis labios ligeramente entreabiertos e intenté recordar cómo funcionaba mi cuerpo.

Respirar. Tragar. No mirarlo fijamente como si fuera el primer postre que me servían en semanas. *Joder.*

Sus rizos oscuros se habían soltado del peinado después de un día sin duda largo, cayéndole descaradamente sobre la frente. Ojos marrones, casi negros, me devolvían la mirada. Cuidaba su barba, pero probablemente solo cada pocos días, para mantenerla en un punto intermedio. Le quedaba bien.

Santiago estaba bien formado por naturaleza, los músculos definidos casi sin esfuerzo en los lugares correctos. Mi mirada se deslizó más abajo, hacia su vientre y el vello oscuro que desaparecía en una línea recta bajo la cintura de sus pantalones, flanqueado por dos cordones musculares claramente visibles que formaban una V perfecta. No como el David de Miguel Ángel, no. Más bien como una de las estatuas de gladiadores. O como Zeus.

Con un tirón, no solo apretó el cinturón alrededor de mi cintura, sino que también me hizo tropezar contra su pecho. Mis manos aterrizaron en su piel desnuda, pero no pude convencerme de dar siquiera un paso lejos de él.

—Tu novio está esperando, ¿no? —Sonaba burlón.

No me quedó más remedio que mirar hacia arriba a su rostro. Masculino. Marcado. Memorable.

—Me estás reteniendo. —No tenía idea de cómo logré formular las palabras.

Levantó las manos. —¿Yo te estoy reteniendo?

—Sí.

—Déjame mostrarte cómo se ve cuando realmente te retengo. —Sin previo aviso, una de sus manos se deslizó por un lado de mi cuello hacia arriba, hasta que pudo agarrar mi cabello aún húmedo con los dedos. Tiró suavemente de él, dirigiendo mi cabeza un poco hacia atrás. Al mismo tiempo, su otra mano agarró mi cintura, se deslizó hacia la parte baja de mi espalda y me presionó con más fuerza contra su cuerpo ya inflexible.

Un segundo después, destrozó por completo mi espacio personal al pasear sus labios por mi mejilla y más abajo, hasta que finalmente llegó a la comisura de mis labios. Sentí la sonrisa traviesa que llevaba en el rostro, pero eso no le impidió rozar mis labios con una lentitud tortuosa.

Mi cuerpo implosionó literalmente y olvidé todo lo que me rodeaba. Hace un momento mis prioridades eran otras, ahora no quería nada más que sentir su boca por fin apropiadamente sobre la mía.

Solo cuando me estiré hacia él con un suspiro, me besó. No un beso aburrido que olvidaría en los próximos minutos, sino uno tan profundo que simplemente eclipsó a todos los otros hombres que había besado antes.

Despertó en mí el deseo de pasar horas simplemente sintiendo sus labios en mi cuerpo, besándolo, saboreándolo, sintiéndolo. Quería más.

Santiago aparentemente no. Agarró mis brazos y puso un paso de distancia entre nosotros. A pesar de su interrupción, parecía tan afectado como yo. Como si alguien nos hubiera quitado el suelo bajo los pies sin previo aviso. En sus ojos ardía un fuego que bien podría haberme consumido viva. En ese momento, no me importaba en lo más mínimo si me quemaba más que los dedos con él.

—Creo que querías encargarte de un problema, ¿no?

Aturdida, asentí. *Agustín. La policía.* El pánico regresó y extinguió lo que Santiago acababa de despertar en mí.

—Sí —solté, como si apenas lo recordara. Me agaché, recogí mi bolso, que aparentemente había dejado caer en algún momento de los últimos minutos, y di media vuelta sin mirar atrás.

Porque si hubiera echado otra mirada a Santiago, habría mandado a Agustín al diablo y, por una vez, habría reaccionado de manera tan egoísta como él lo había hecho una y otra vez.

Aunque mi atuendo no era muy diferente al de muchos turistas, me sentía incómoda entrando así en la comisaría. La camiseta era clara y bajo la luz brillante, casi temía que pudiera volverse transparente. Con más fuerza, presioné mi bolso contra mi pecho.

De camino aquí, había avisado a Adriano que me retrasaría, había retirado la fianza en un banco y había pensado si debía regañar a Agustín o si era mejor mantener la boca cerrada. Como siempre, en realidad.

Me acerqué a uno de los agentes. —¿Agustín Rojas? —pregunté con cautela.

¿Sabían los policías que pertenecía al notorio cártel Rojas? ¿O estaban a oscuras y Agustín había tenido suerte en la desgracia una vez más?

—¿Está en condiciones de pagar la fianza? —preguntó el tipo. Parecía agotado, aburrido y como si de todos modos no le importara.

Abrí mi bolso y dejé caer un fajo de billetes sobre la mesa frente a él. Agustín no me había dicho el monto de la fianza, pero no era mi primer encuentro con la policía. —¿Es suficiente?

—¿Veinte mil en efectivo?

—¿Es un problema? —Al mismo tiempo, se me escapó un suspiro. Quizás habría preferido una tarjeta de crédito. Yo no.

Lo miré atentamente hasta que finalmente negó con la cabeza. —Tengo que contarle y darle un recibo.

—Claro —murmuré y desestimé el asunto con un gesto, como si no tuviera importancia.

Casi treinta minutos después, el funcionario finalmente se levantó de su silla de escritorio e hizo tintinear su manojo de llaves. —Vamos a poner en libertad al joven.

—¿Qué hizo exactamente? —pregunté mientras seguía al hombre.

—Provocó una pelea estando borracho. Lesiones corporales peligrosas contra una pareja. La fiscalía definitivamente se pondrá en contacto con él —explicó, como si no fuera motivo de preocupación en absoluto. Se detuvo frente a una puerta metálica. —¿Está segura de que quiere sacarlo? —preguntó de repente. ¿Había cambiado de opinión?

—Lo estoy.

Así que abrió la puerta. Agustín estaba tumbado boca abajo en el catre y ofrecía una imagen lamentable. Me aclaré la garganta antes de entrar y tocar suavemente su hombro. —Levántate. Nos vamos de aquí —dije en voz baja.

Se movió y de alguna manera logró ponerse de pie medio dormido. De algún modo, durante la pelea, había conseguido un ojo morado. Pero no haría preguntas; eso solo llevaría a una discusión que no necesitaba.

Agarré su codo, le deseé un turno tranquilo al policía y luego llevé a Agustín afuera. Su forma de caminar mejoró tan pronto como llegamos a la esquina de la calle.

—Me has hecho esperar —dije finalmente y me mordí el labio inmediatamente. Probablemente ya había sido el comentario equivocado.

—Estaba en la cárcel.

—¿Te peleaste y te arrestaron!

—¿Y qué?

—Entonces me llamas para que te saque de ahí.

—¿Porque eres mi novia. Ese es tu puto trabajo! —Se soltó de mí bruscamente.

—¿Y tu trabajo es cumplir tus promesas! Se suponía que ibas a pasar una agradable velada conmigo, en cambio me dejaste plantada. ¡Estuve completamente sola allí!

—Sobreviviste, ¿no?

Resoplé. —Apenas. Me asaltaron, Agustín. Me robaron la ropa, el móvil, el bolso. *Tuve suerte*. Y un miedo terrible, porque se suponía que tú debías estar allí para protegerme.

Por qué no le contaba toda la verdad era un misterio incluso para mí. Probablemente porque no reaccionaría tan divertido si le hablara del hombre desconocido. Agustín era una persona celosa.

—Ni siquiera te tocaron un pelo, así que no pudo haber sido tan malo —murmuró y llamó a un taxi—. Tengo que ir a mi coche. ¿Vienes?

Lo miré con incredulidad. —¿Quieres conducir? Sigues borracho.

—¿Y qué? Seguro que no me arrestarán otra vez esta noche. —Su cabello rubio oscuro estaba despeinado en todas direcciones. Parecía enojado, quedaba poco de ese rostro que solía parecer tan inocente.

—No, gracias. —Negando con la cabeza, saqué mi móvil para llamar a un taxi para mí

también.

Mientras tanto, Agustín había abierto la puerta trasera del coche que se había detenido para él. —¿Segura? Última oportunidad. Lo compensaré, *bebé*.

Bebé. Puse los ojos en blanco. Solo decía eso cuando intentaba apaciguar mi enojo.

—Me voy a casa, Agustín —respondí con vehemencia. Se encogió de hombros, subió al coche y no pasaron ni cinco segundos antes de que el vehículo se alejara a toda velocidad.

Mi taxi tardó considerablemente más.

—*Signora Ferrante* —me saludó Adriano tan pronto como salí del ascensor y me dirigí hacia la puerta de mi apartamento. Le asentí con la cabeza, con la esperanza de pasar por su lado sin una reprimenda.

Tan pronto como saqué la tarjeta llave, extendió el brazo, apoyó la mano en el marco y me bloqueó efectivamente la entrada a mi apartamento. Levanté una ceja.

—Tu padre no estaría contento si supiera cuánto tiempo andas por ahí fuera.

—Por eso te pago, Adriano. Para que mi padre no se entere —respondí con un suspiro.

—Ya no me siento cómodo dejándote andar sola por ahí, Talia. Estamos en Málaga. Esta ciudad tiene una historia.

—Soy una turista entre cientos. Salgo, me divierto y en algún momento de la noche estoy en mi cama. Y tú estás frente a mi puerta para protegerme. —No era la primera vez que teníamos esta discusión. Y seguramente no sería la última, a juzgar por lo profunda que se había vuelto la arruga entre sus cejas.

—¿Y quién te protege mientras andas por las calles? —Adriano Ricci era un hombre de mi padre de pies a cabeza, probablemente habría usado palabras muy similares. Con la diferencia de que él no era ni *La guardia* ni uno de los *Sicarios*. Adriano, por otro lado, *era* guardaespaldas y asesino a sueldo en uno, y ni siquiera intentaba disimularlo. Mi padre, sin embargo...

—Realmente aprecio tu preocupación, Adriano, pero puedo cuidarme sola. Mi padre se aseguró de eso, si lo recuerdas.

Hizo una mueca. Que pudiera hacerlo no significaba que debiera. No necesitaba decir las palabras, las escuchaba en mis pensamientos de todos modos. Cesare Ferrante no era un hombre al que se pudiera apaciguar con tales excusas, pero mi *La guardia* no tenía ni la autoridad ni la experiencia de mi padre. Eso lo demostraba el solo hecho de que yo lo tenía prácticamente envuelto alrededor de mi dedo.

—Seguirás diciéndome con quién pasas tu tiempo, Talia —exigió Adriano y yo asentí.

Por supuesto que no le había dicho que, tontamente, había elegido a Agustín Rojas como pasatiempo para mi último verano en libertad. Eso habría sido prácticamente un suicidio. Además, no importaba quién era él o qué hacía. Yo solo quería divertirme.

Con este pensamiento, prácticamente me disparaba a mí misma en el pie, porque estaba teniendo todo menos diversión, pero lo ignoré deliberadamente.

—Buenas noches, Adriano —murmuré finalmente, abrí la puerta y me agaché para pasar por debajo de su brazo.

Mi camino me llevó directamente a la cama, y tan pronto como mi cabeza tocó la almohada, él se apoderó de mis pensamientos. Todavía llevaba puesta su camisa. Su cinturón. Su aroma. Y cuando cerraba los ojos, no pasaba ni una fracción de segundo antes de que volviera a sentir sus labios sobre los míos y su cuerpo presionando implacablemente contra el mío.

Pero eso estaba mal. Él era un extraño. Se había impuesto a mí. No era Agustín. No debería estar pensando en él, y mucho menos de esta manera.

Al final, fueron esos pensamientos los que me hicieron conciliar un sueño inquieto.

SANTIAGO

El sol de la mañana besaba las afueras de la ciudad y brillaba sobre la muralla en el semicírculo de piedra que se extendía unos escalones más abajo, donde siglos atrás se habían representado obras de teatro para el público en las gradas. A mis espaldas se encontraba la *Alcazaba*, la fortaleza que una vez fue construida sobre los restos de un complejo palaciego y que mi padre había convertido en la sede de la familia hacía décadas. Desde entonces, el turismo aquí arriba se había extinguido y quienes aún se atrevían a acercarse eran recibidos por *sicarios* y *halcones* que no tenían mucho sentido del humor.

El rumbo que tomaría la estancia de los dos hombres que se encontraban desnudos en el semicírculo ya había llegado a sus oídos, aunque por lo demás no fueran precisamente las luces más brillantes del árbol. La delincuencia callejera en Málaga era una plaga que nunca se lograba erradicar. Mientras hombres como estos dos se atuvieran a ciertas reglas, yo toleraba la presencia de estos aspirantes a gánsteres, pero de vez en cuando era necesario un recordatorio de quién gobernaba esta ciudad.

Como en esta hermosa mañana, después de que anoche hubieran intentado robar a una mujer inocente en un muelle que me pertenecía y que, por lo tanto, estaba oficialmente bajo mi control.

Por un fugaz momento, Thalassa apareció en mis pensamientos, reclamando mi atención. La oscuridad de anoche me había dificultado distinguir sus rasgos, pero la atracción había estado presente de todos modos... y con tanta fuerza que había despachado a Rafael y Dani para tener a la desconocida solo para mí. Tontamente, me había convencido de que mi curiosidad desaparecería después de besarla una sola vez. Ocurrió todo lo contrario.

Así que había vuelto a localizar a los dos hombres que la habían asaltado anoche, aunque originalmente los había dejado ir. No entendían por qué había cambiado de opinión y por qué dos ojos morados y narices rotas de repente ya no eran suficientes para hacerles pagar por su error.

Lentamente, bajé los escalones, saqué el cuchillo de mantequilla de la mesa del desayuno de mi bolsillo y se los mostré como si fuera una daga.

—Las reglas son simples. Un arma. Luchan entre ustedes. El primero que logre matar al otro, gana —expliqué mirando hacia abajo a los dos hombres que aún estaban acurrucados en el suelo, atados el uno al otro.

Temblaban. Probablemente porque aún hacía fresco y el sol no había logrado penetrar hasta los últimos rincones de esta prisión de piedra. El rocío de la mañana aún se aferraba a las hierbas que brotaban del suelo polvoriento.

—No herimos a nadie —argumentó Manuel. Como si eso fuera una excusa para robar la ropa de una mujer indefensa.

—Entonces explíquenme su idea. ¿Querían vender la ropa en la *Calle Larios*? —La calle comercial más grande de toda la ciudad, y aun así, ni una sola persona allí se le ocurriría comprar ropa robada. Ni siquiera si procedía de una mujer como Thalassa.

Gian levantó la cabeza. Los dos hombres eran terriblemente jóvenes. Tal vez ni siquiera merecían el calificativo de *hombre*. —Fue una idea estúpida, ¿de acuerdo? En realidad, solo queríamos las cosas de valor. La tarjeta de crédito, el teléfono... pero la idea de que ella pudiera correr desnuda por el muelle hacia nuestros brazos...

En la boca de mi estómago se agitó una sensación peligrosa. Un monstruo que lentamente cobraba vida cuanto más mierda mental escuchaba de estos dos idiotas.

—Repugnante —murmuré.

—Solo iba a ser una broma —intervino rápidamente Manuel, pero ya era demasiado tarde.

—Una broma perversa. —Mi decisión ya estaba tomada. Los dos hombres morirían.

Me incliné y los liberé de sus ataduras antes de dejar caer el cuchillo entre ellos en el suelo. —Peleen. En los próximos cinco minutos debería correr sangre, de lo contrario, me encargaré personalmente de ello.

Con toda tranquilidad, di un paso atrás y me retiré a la grada más baja, desde donde tenía una buena vista general. En los muros circundantes estaban apostados mis hombres, con las armas ya preparadas. Con un gesto de mi mano, derramarían la sangre que acababa de exigir.

Gian soltó una maldición contundente. El cuchillo de mantequilla estaba desafilado, por lo que se necesitaba mucha fuerza para causar daño con él. Manuel le había rajado el brazo a lo largo. Un líquido rojo y viscoso goteaba al suelo.

Pero eso no era suficiente. Su plan no había sido una *broma*, pues realmente habían estado esperando al final del muelle a que apareciera Thalassa. Y las declaraciones que acababan de hacer en mi presencia, creyendo que yo estaría de acuerdo con ellos, apuntaban en una dirección determinada que, desafortunadamente, arrojaba una imagen muy mala sobre estos bastardos.

No valían nada. Ni siquiera merecían ser llamados criminales, porque cada hombre en nuestras filas seguía las reglas que se habían mantenido firmemente durante siglos. Pero ellos no podían saberlo, y las pequeñas ratas callejeras no seguían ningún código que prohibiera hacer daño a personas inocentes. Violencia de *cualquier* tipo.

Poco a poco, frente a mí se desarrollaba una verdadera pelea. Parecían haberse dado cuenta de que ya no estaban del mismo lado, sino que luchaban el uno contra el otro y por su propia supervivencia.

Más heridas fueron infligidas, más sangre fluyó sobre las piedras y la arena, empapando las malas hierbas marchitas bajo sus pies. Pronto, ambos se fundirían con ellas.

Observé con satisfacción cómo Gian agarró a Manuel por el cuello y lo arrastró hacia atrás. Siguió tirando hasta que alcanzó el muro construido con grandes rocas.

Sin pestañear, Gian agarró la cabeza de su antiguo aliado y la estrelló repetidamente contra la piedra. La sangre salpicó hacia arriba, en su rostro y en el suelo. Incluso desde varios metros de distancia, pude oír el crujido del cráneo al romperse. Al momento siguiente, la vida abandonó el cuerpo de Manuel y se desplomó en los brazos de su amigo.

Una fina sonrisa se extendió por mi rostro antes de levantar las manos y aplaudir lentamente. —Maravilloso. Lo has logrado y has ganado.

Asqueado por el cadáver y probablemente por sí mismo, Gian dejó caer el cuerpo sin vida. Sus manos temblaban y miró en mi dirección, conmovido. Las ratas callejeras no estaban realmente acostumbradas a una carnicería así. —¿Y qué he ganado?

Volví a entrar en el semicírculo y me acerqué a él, como un cazador rodeando a su presa. Me

detuve frente a él para recoger el cuchillo de mantequilla que había dejado caer. La hoja estaba ensangrentada y por un momento observé cómo la luz se reflejaba en ella. Luego levanté la mirada hacia el rostro de Gian.

Los últimos minutos realmente lo habían pillado por sorpresa. Una vez más, no pude evitar sonreír. —Una muerte rápida —respondí casi con suavidad, agarrando su pelo y clavando el cuchillo desde abajo a través de la parte blanda de su mandíbula, su lengua, perforando su cráneo hasta llegar a su cerebro degenerado. La luz en sus ojos se apagó, y cuando saqué el cuchillo de mantequilla y solté su pelo, él también se desplomó sin vida en el suelo.

Lentamente, mi rostro se contrajo y me aparté para no tener que seguir mirando a la escoria de la ciudad. Guardando el arma de nuevo en el bolsillo de mi pantalón, emprendí el ascenso de vuelta a la fortaleza. Era hora de un abundante desayuno.

Cuando Rafael entró por la puerta y se dejó caer en una silla en la mesa del comedor, yo estaba en medio de pulir el cuchillo de mantequilla para devolverlo a su estado original impecable.

—¿Así que ya tenemos los primeros muertos del día, eh? —preguntó, sin mostrar ni un atisbo de emoción en su rostro.

—Ya era hora —respondí, cortando de raíz cualquier otra pregunta. Sabía a dónde quería llegar realmente, pero tenía poco interés en discutir este asunto con él.

Rafael Cortez podría ser mi *teniente*, el hombre en quien confiaba ciegamente mi vida, pero eso no significaba que tuviera derecho a meterse en todo. Por Dios, lo que más me hubiera gustado era poder prohibirle también el derecho a formarse una opinión al respecto.

—¿Y tu *mamá* está de acuerdo con que uses su cubertería de plata para estos fines? —Arqueó una ceja. La comisura de su boca se crispó.

—Creo que solo tendré un problema si lo uso para dibujarte una sonrisa —gruñí y me dejé caer en mi silla, arrojando el trapo ensangrentado sobre la mesa.

Mis padres habían tenido dos hijos. Uno de ellos estaba muerto. El otro era yo. Pero eso tenía poco que ver con el estatus de Rafael dentro de mi familia, pues se había ganado la posición que ocupaba. Con sangre y sudor, pérdidas y dolor. Era mi hermano, aunque no compartiéramos los mismos genes.

—Quizás no deberías haberte conformado con un beso inocente anoche, Santi. Tu humor esta mañana sería mejor —contraatacó con sarcasmo.

Realmente no necesitaba revelarme que me había estado observando todo el tiempo desde el final del muelle. Había sentido su mirada, su desconfianza y, sobre todo, era consciente de que solo estaba esperando aparecer con el arma desenfundada para arruinar mi fiesta privada. Yo era un hombre solicitado, Rafael rara vez me dejaba solo. Solo faltaba que en el futuro instalara su campamento al pie de mi cama para garantizar la seguridad del *capo* del cártel las veinticuatro horas. Aparentemente, todos los hombres entrenados y cuidadosamente seleccionados en esta propiedad no eran suficientes para eso.

—Gracias por tu consejo no solicitado. —Le lancé una de las naranjas sanguinas de la cesta de frutas contra el pecho—. Mejor cuéntame qué novedades hay.

Atrapó mi proyectil antes de que rodara sobre su regazo hasta el suelo y comenzó casi de inmediato a pelar la fruta. —¿Aparte de las dos ratas que se están asando bajo el sol de la mañana en el teatro? —Una pregunta retórica, antes de inclinarse sobre la mesa y acercar el periódico.

Con poco entusiasmo, lo arrojó sobre la mesa frente a mí.

—¿Ya sabes de la escapada nocturna de tu hijo a la comisaría?

El *Diario Sur* era el periódico diario más grande e importante de toda Málaga, y el rostro de mi hijo adornaba la portada. Agustín Rojas, arrestado debido a sus escapadas. Un nudo amargo se formó en la boca de mi estómago. No porque nos pusiera a todos en peligro con esto, sino más bien porque mi hermana habría armado un escándalo por esta acción, pidiendo ayuda para sermonear a su hijo mimado. Pero ella estaba muerta y, por lo tanto, era mi responsabilidad encaminarlo por el camino correcto. O golpearlo, si fuera necesario.

—Tal vez deberíamos enviarlo a un campo de entrenamiento —murmuré. Allí al menos no podría causar daños que llegaran a los periódicos y nos pusieran a todos en una posición comprometedora.

—De todos modos, me sorprende cómo logró salir de allí. Aparentemente, su fianza fue pagada pocas horas después.

—¿Por quién? Espero que no hayas sido tú, Cortez.

Rafael hizo una mueca. —Para que quede claro, lo habría dejado pudriéndose en la celda los próximos siete días —siseó—. Todavía estoy tratando de averiguar quién lo sacó de allí. Los molinos de la justicia muelen de nuevo condenadamente despacio.

Ambos alzamos la vista cuando oímos que la puerta de entrada se cerraba de golpe. Podría ser uno de nuestros hombres, o tal vez...

Agustín entró despreocupadamente en el comedor, como si toda la fortaleza le perteneciera. —Buenos días —anunció con demasiado buen humor para alguien que había pasado la mitad de la noche en una comisaría.

Levanté el periódico y se lo lancé. Una reacción relativamente tranquila considerando que se comportaba como si todo estuviera perfectamente bien.

—¿Quieres explicarme esto?

—¿Cuántos detalles quieres? —Se dejó caer en una de las sillas, relajado y desenfadado. Lo único que faltaba era que pusiera los pies sobre la mesa y pidiera que le trajeran un cetro.

—Oh, para empezar, me bastaría con saber cómo lograste que te pillaran los polis.

—Había esta chica... —comenzó.

—Por supuesto —gruñí y examiné su rostro. La zona alrededor de su ojo brillaba con un tono azulado, el blanco junto a su iris estaba ensangrentado y algo me decía que debía tener un dolor de cabeza infernal, aunque no lo demostrara.

—Ella me deseaba. Sin embargo, su novio lo veía de otra manera. Así que hubo una pequeña pelea.

—¿Y a esa pelea casualmente apareciste con un cuchillo? —intervino Rafael, con las cejas levantadas con interés.

Todo el ambiente estaba cargado de una tensión invisible y estaba seguro de que se descargaría como una tormenta de verano sobre el océano ante una palabra equivocada de la boca de *mi* hijo.

—Estaba borracho —respondió. Una defensa bastante pobre.

—Quizás entonces deberías simplemente dejar de beber, si conduce a tales resultados.

La mirada de Agustín cayó sobre el bar que se encontraba a la derecha detrás de mí, en la pared. Dos botellas, dos vasos. Ron que costaba entre dos y tres mil euros por litro.

Hervía por dentro ante el mensaje subliminal que transmitía con su mirada. —Yo no me emborracho. Y aunque lo hiciera... no termino con los polis después de herir a civiles con un cuchillo en una pelea.

Mi padre habría encontrado una solución simple y efectiva para tal comportamiento, sin importar si se trataba de su propia sangre o no. Era duro, pero siempre justo... y si alguien merecía ser castigado por sus acciones, no dudaba en hacerlo. Incluso diez años después de que Ángel Rojas se retirara del negocio activo.

Desafortunadamente, veía en sus rasgos a mi hermana, que lo había significado todo para mí, y simplemente no podía castigarlo al estilo del cártel. Le había prometido a una mujer moribunda que criaría a su hijo como si fuera mío, pero nadie me había advertido lo agotador que sería.

Agustín se encogió de hombros. —Estoy aquí, ¿no? Y la fiscalía no debería ser un problema para Rafael.

Este se echó a reír. —¿Crees que me voy a encargar de esto de nuevo?

—Ese es tu trabajo, ¿no?

Observé cómo Rafael se levantaba tranquilamente, rodeaba la mesa y agarraba a Agustín por el cuello, levantándolo y alzándolo un poco más. —Déjame explicarte una cosa, *pendejo* —gruñó y usó la otra mano para hacer un gesto en el aire—. Aquí está Santiago. Aquí estoy yo. Luego siguen todos mis hombres. Después los vigías. Y aquí abajo... muy abajo, estás tú. Tu nombre no te da ningún título en este cártel, ningún rango y definitivamente ningún respeto. Si quieres algo de eso, tendrás que ganártelo. Como todos los demás. La protección de cachorro ha terminado, Agustín. A partir de hoy, te encargarás de tus problemas solo. Como un hombre. Te deseo mucha suerte.

Por un momento lo mantuvo suspendido en el aire por el cuello, luego lo soltó. Aunque cayó de pie, tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Vas a dejar que se salga con la suya? —jadeó Agustín en mi dirección.

Con una mirada indiferente, le respondí: —Ya lo has oído.

Por eso respetaba a Rafael. Sabía cuándo era apropiada la obediencia ciega y cuándo valía la pena cruzar los límites para obtener un mejor resultado. A veces lo odiaba por expresarme su opinión sin rodeos, pero al final siempre había tenido razón.

El chico se había puesto rojo para entonces. La ira brilló en sus ojos, una característica que no había heredado de Marisol. Ella había sido perfecta. Un rayo de sol, el orgullo de toda la familia. Al menos mientras no la provocaras. Porque incluso el sol podía tener sus peculiaridades traicioneras y si no tenías cuidado, en el caso de Marisol, rápidamente te encontrabas en el extremo equivocado de un arma.

Hasta aquel día hace diez años, cuando *ella* se encontró en el extremo equivocado y su muerte convirtió toda la ciudad en una carnicería sangrienta.

—Tu madre despreciaría profundamente tus acciones —dije en voz baja, mientras Rafael se dejaba caer de nuevo en su silla para prestar atención a la naranja sanguina. Como si no acabara de mear metafóricamente en la pernera de Agustín para mostrar su dominio—. Tu madre también te dejaría claro sin lugar a dudas qué vergüenza eres para toda la familia. Y tendría razón en ello.

—Quizás entonces deberías haberte asegurado de que no la mataran en primer lugar. —Las palabras que escupió en mi dirección casi habrían sellado su destino, si no hubiera sido por Rafael, que apenas perceptiblemente sacudió la cabeza, indicándome así que no valía la pena.

En algún lugar dentro de mí, reuní el autocontrol necesario. —Deberías irte.

Era una cosa rebelarse contra Rafael y contra mí, pero era otra muy distinta mostrar falta de respeto hacia su madre. Su golpe había sido bajo la cintura, pues sabía perfectamente lo que había sucedido en aquel entonces. Él había estado presente. Y sin importar cuántos reproches me hiciera, la certeza de que no podría haber evitado nada de aquello era simplemente irrefutable. Por más duro que me hubiera golpeado.

Para su propia fortuna, Agustín tomó la decisión correcta un momento después y retrocedió saliendo de la habitación. Al parecer, su radar de peligro no estaba completamente averiado, pues en ese instante no podría haberse encontrado en un entorno más letal para él.

—Piensa en su entrenamiento con los *Halcones*. Empezará desde abajo. No quiero ver otro vuelo alto como este, Rafael —ordené poco después.

Había sido un error darle libertades a Agustín y esperar que encontrara su camino por sí solo. Puede que hubiera encontrado uno, pero ciertamente no era el que ninguno de nosotros quería ver ni remotamente. No debía trabajar contra el cártel, sino con él. En algún momento necesitaría un heredero, y si consideraba la esperanza de vida promedio de un hombre en mi posición, eso sería más pronto que tarde.

—¿Algo más?

—Depende de si quieres lanzarme más problemas sobre la mesa.

—No directamente. El envío de los escoceses se ha retrasado. Cahal me envió un mensajero anoche con la noticia.

—¿Por qué motivos? —Normalmente, los escoceses y su alcohol eran socios confiables; considerando cuánto dinero ganaban con su lugar en la escena de clubes de Málaga, era una absoluta obviedad.

Sin embargo, la paz entre las familias se apoyaba sobre bases inestables. Diez años no eran ni de cerca suficientes para olvidar la participación de los escoceses en la guerra que casi había destrozado la ciudad.

Noticias como esta me inquietaban, por decirlo suavemente.

—Al parecer, hubo retrasos en alta mar. Nada de qué preocuparnos, jefe. —De hecho, estas palabras de su boca me tranquilizaban más que la seguridad de cien hombres más.

Rafael también había sufrido pérdidas aquel día, que habíamos bautizado como *la noche roja*. Eso lo situaba a él y a su radar de peligro bastante alto en mi consideración. Justo detrás del de mi padre. Cuando Ángel llamaba y daba una advertencia críptica, sabía que era mejor prepararme para un huracán en lugar de solo una tormenta.

Mirar a la cara de *la muerte* te cambia... y con ello también los sentidos que uno desarrolla para estas cosas.

Finalmente, asentí y di por terminado el desayuno, aunque no había probado ni un bocado.

Cuando regresé a la fortaleza por la tarde, con Rafael a cuestas, mi humor era como un barril sin fondo. Se hundía cada vez más y no encontraba fin. Cahal había enviado otro mensajero, al que encontramos en el puerto en el yate, solo para descubrir que todo el cargamento ahora dormía en las profundidades del océano, perdido para siempre. Esto, a su vez, ponía nerviosos a los rusos, porque les gustaba vender sus drogas en combinación con whisky escocés caro y ahora pasaría al menos una semana hasta que el próximo cargamento llegara al puerto de la ciudad.

La escasez a corto plazo ponía en aprietos a los dueños de clubes que abastecíamos, y ya podía escuchar cómo me lo reprocharían, porque estos problemas no existían en mis establecimientos. Que la sutil diferencia entre ellos y yo era que yo gobernaba la ciudad y conocía lo suficientemente bien las necesidades de mis clubes como para planificar con semanas de anticipación... bueno, a un idiota tampoco se le podría enseñar por qué dos por tres siempre era seis y no cuatro. *Idiotas*.

Una rebelión por unas gotas de alcohol. Eso era exactamente lo que me faltaba.

Rafael se aclaró la garganta, llamando mi atención sobre Agustín, que estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados junto a la escalera que conducía al piso superior. Parecía haber estado esperándonos.

—Pensé que ya no aparecerían —formuló su saludo de manera poco diplomática.

Me vi obligado a respirar profundamente. —Algunas personas en esta casa tienen trabajo que hacer.

—Dos minutos —gruñó—. Para decirte que mi novia se ha mudado. Anoche tuvo problemas con unos idiotas, y hasta que los encuentre, preferiría saberla a salvo.

¿¡Novia!? ¿Desde cuándo Agustín tenía novia? Levanté una ceja. Al mismo tiempo, él hizo un gesto hacia la cocina contigua.

—Ven aquí, *bebé*.

Probablemente estaba preparado para todo, excepto para ver a la mujer de anoche salir de mi cocina, apoyarse contra Agustín y luego mirarme lentamente.

Sus facciones se descompusieron por completo. Maravilloso. Seguramente podría comprender mi reacción interna.

Salté el incómodo silencio que se extendía ofreciéndole mi mano. —Santiago. *Rojas*.

¿Se notaba en mi voz que el mal humor se había convertido en *jodidamente cabreado*?

Demasiado rápido, ella tomó mi mano. —Talía —respondió.

Mis cejas se dispararon hacia arriba.

Tosió, como si se hubiera atragantado con su propia lengua. —O Thalassa. Lo que prefieras.

—¿Y estás aquí voluntariamente? —pregunté, solo para asegurarme de que mi hijo no hubiera añadido recientemente el delito de secuestro a su repertorio.

Agustín puso los ojos en blanco.

—Sí. Si eso es un problema...

La interrumpí antes de que la frase saliera por completo de sus labios.

—Para nada, Thalassa. Me alegra que mi hijo al menos maneje bien una cosa. No es lo habitual.

Al parecer, él no sabía que los dos hombres que la habían acosado ya llevaban horas muertos. Y tampoco sabía que yo la había conocido anoche. Y la había *besado*.

Curiosamente, Agustín cayó aún más bajo en mi estima cuando recordé sus palabras sobre él. Ni siquiera había sido su intención hablar mal de él y, aun así, había quedado claro qué clase de imbécil era su novio. Que ahora resultara ser mi maldito hijo, bueno... era un golpe bajo que el universo me estaba propinando.

Por primera vez desde que había salido de la cocina y me había quitado el suelo bajo los pies, me permití mirarla de verdad. La luz del día revelaba que debía tener más o menos la misma edad que Agustín, y por lo tanto al menos quince años menos que yo.

Thalassa tenía facciones delicadas, labios carnosos que parecían rojizos incluso sin color adicional, ojos suaves y piel bronceada por el sol. Probablemente no había pasado ni un día en un lugar donde el sol brillara menos que en Málaga.

Ya me había dado cuenta anoche de que este país no era su hogar, y había perdido completamente la oportunidad de preguntarle.

Su cabello castaño oscuro caía en ondas sueltas sobre sus hombros, llegando hasta la mitad de su espalda. Con una simple goma de pelo, había recogido algunos mechones fuera de su rostro. Llevaba una cadena de oro con un sencillo colgante, varios anillos en sus dedos y un vestido de verano rojo intenso que resaltaba perfectamente sus curvas atléticas.

Era difícil creer que todo eso le perteneciera a Agustín. Sorprendido, noté un atisbo de celos

en mi pecho. Que no la merecía, ya lo había demostrado anoche. Al parecer, ella le había perdonado su pequeño desliz.

Thalassa me miraba de manera elocuente y me di cuenta de que llevaba varios segundos simplemente observándola. Así que dirigí mi mirada hacia Agustín. —A mi despacho. Ahora.

Nuevamente rodó los ojos y vi aliviado cómo su brazo se deslizaba de los hombros de ella. Inmediatamente, ella también pareció más relajada. Mientras Agustín se precipitaba hacia mi despacho, Thalassa se escabulló rápidamente hacia el piso de arriba.

Rafael seguía de pie junto a la puerta de entrada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía indiferente. Sin embargo, yo sabía exactamente lo que estaba pasando por su cabeza.

Apenas Agustín había salido de mi despacho cuando Rafael entró y cerró la puerta tras de sí. — ¿Le dijiste que la conoces?

Conocer.

Yo sabía cómo se sentía cuando su cuerpo se presionaba contra el mío y lo que despertaba en mí cuando ella suspiraba de placer y me arrastraba más profundamente en el torbellino de deseo y pasión que evidentemente representaba para mí.

Como para confirmarlo, mi miembro se presionó con fuerza contra mis pantalones, que de repente se sentían demasiado ajustados. Agradecido por el escritorio entre Rafael y yo, me incliné hacia adelante.

—¿Y por qué debería hacer eso? —gruñí en su dirección.

Se encogió de hombros. Al parecer, toda la historia le divertía enormemente.

—¿Moral, quizás? Besaste a su novia.

Tal vez ella no sería su novia por mucho tiempo si seguía comportándose como un imbécil. Tal vez no tendría que convencerla para que se metiera en mi cama. En algún momento, vendría a mí voluntariamente.

¿Cuáles habrían sido sus palabras? *Tal vez sería mejor si realmente consiguieras una.* Una invitación. Su cuerpo había expresado una inequívocamente anoche, y estaba seguro de que se habría entregado a mí si yo no hubiera sido lo suficientemente decente como para enviarla de vuelta a su *problema*. Que ahora resultaba ser mi hijo. Estaba más encantado que nunca. Evidentemente, había descubierto mi decencia en el peor momento posible.

—Eso no es asunto tuyo, Cortez. *Nada.*

—De todos modos, no estará aquí por mucho tiempo. Un par de días y él perderá el interés. Entonces nos libraremos de ella y habremos evitado el drama. Simplemente contrólate, Santiago. Da una vuelta por los clubes y encontrarás suficientes mujeres dispuestas con las que no te quemarás los dedos. —Otra vez un consejo no solicitado. Como lo sabía, desapareció de mi despacho casi al mismo tiempo que la última palabra, dejándome solo con mi erección asesina, mi moral y mi deseo.

Thalassa era oficialmente zona prohibida. No podía arriesgarme a enojar más a Agustín y ampliar la brecha entre nosotros. Un beso, eso era todo lo que había querido anoche, para probarme a mí mismo que era una reacción completamente ilógica de mi cerebro estar tan obsesionado con la voz femenina que la noche había traído a mis oídos.

La había besado y luego me había despedido de la idea de volver a verla. Ahora, al parecer, no solo vivía en *mi* casa, sino que además era la novia de *mi* hijo —hijo adoptivo, si se quiere ser preciso. Pero no es como si eso importara de todos modos.

A la par de los problemas con los rusos y los escoceses, así como el arresto de Agustín, este también había decidido pasar por encima de una de las reglas más importantes: traer extraños a nuestro hogar seguro.

Todo eso me molestaba. Me irritaba.

Un par de días, me recordé a mí mismo. Si ayudaba a Agustín a encontrar a los supuestos hombres, a castigarlos y con eso le daba todas las razones para enviarla de vuelta a casa...

¿Qué le había contado? Alguna voz suave en el fondo de mi mente ya me había comunicado inequívocamente anoche que ella había sospechado lo que les había sucedido a los hombres. Así que le había servido una mentira. Una excusa. ¿Para encubrir el beso conmigo? ¿Mi existencia entera?

Aunque no me había mentido a mí, mi curiosidad se había despertado. Mi interés en por qué no le había contado toda la verdad a Agustín. ¿Por qué lo había mencionado siquiera si todo ya estaba aclarado? No había razón...

Por otro lado, podría no importarme, pues su pequeña mentira piadosa la había llevado directamente de vuelta a mis brazos y... *no*. Me recordé la imagen de mi hijo, cómo su brazo había rodeado sus hombros y cómo hace apenas unos minutos me había explicado que estaba preocupado y que realmente le importaba encontrar a estos hombres.

Sin embargo, no había encontrado arrepentimiento en su comportamiento. Porque si hubiera aparecido anoche, en la cita que había organizado, nada de esto habría sucedido.

¿Por qué no se me había ocurrido que había sido Agustín quien la había invitado allí? Solo unas pocas personas tenían acceso al embarcadero. Habría sido la conclusión lógica.

Pero la respuesta parecía igualmente clara. Me había dejado distraer. Por su presencia, su voz, la calma que irradiaba. Por ella. Todo lo que ya anoche me había hecho sentir un poco mareado.

Y ahora ella debería vivir bajo el mismo techo que yo, que estaba acostumbrado a obtener siempre lo que quería. *Sencillamente maravilloso*. Simplemente maravilloso.

TALIA

Las sombras cobraban vida. Al menos, esa era la impresión que daban cuanto más tiempo me quedaba mirando al techo. Un fino rayo de luz se dibujaba allí y, a intervalos regulares, aparecía una silueta que lo atravesaba, solo para desaparecer de inmediato. Guardias que patrullaban todo el recinto. Nada nuevo para mí, pues en la propiedad de mi padre ocurría algo similar. Este pensamiento me hizo darme cuenta una vez más de la estúpida situación en la que me había metido.

Agustín Rojas no debía ser más que un pasatiempo para este verano, sin importar su apellido ni su origen. No me importaba. Al menos mientras él no se interesara por mi procedencia y a quién pertenecía yo. Sin embargo, como era un joven ignorante cuyos pensamientos estaban en cualquier otra parte, en realidad no me preocupaba por eso. En realidad.

Últimamente la situación era diferente. Santiago era el *Kingpin* del Cartel Rojas, el hombre más temido de España, el gobernante de esta ciudad y enemigo de mi padre desde hace muchos años. Tal vez mi padre me había contado la historia alguna vez, pero como muchas de sus historias que me había susurrado al oído mientras yo dormitaba en su regazo, también esta se había perdido.

Y ahora estaba acostada en la cama del hijo de Santiago, mientras repasaba una y otra vez en mi mente la noche anterior. No la parte en la que había sacado a Agustín de la cárcel, sino la de antes.

Cuando Santiago había sido *solo Santiago* y no un hombre de cuyo círculo debía mantenerme alejada por más de una razón. ¿Qué tan probable era que yo pudiera seguir siendo *solo Talia*? Mientras no descubrieran que mi padre era el *Capofamiglia* del Outfit de Chicago y que mis hermanos ascendían rápidamente en los rangos, al final del verano simplemente desaparecería y dejaría España atrás como si nunca hubiera existido.

Hasta entonces, tenía que mantener contento a Adriano, evitar a Santiago y hacer que Agustín finalmente convirtiera este verano en algo que valiera la pena el riesgo.

¿Por qué exactamente mi padre no había iniciado una discusión cuando le pedí unas últimas vacaciones de verano en Málaga? ¿Había sido la influencia de mi *mamma*? ¿O el hecho de que esperaba compensar al menos una parte de lo que inevitablemente sucedería después? Tantas preguntas, y ninguna de ellas podía expresarla en voz alta, mucho menos hacérselas al único hombre que podría habérmelas respondido. Cesare olería a través de todo el océano que algo no andaba bien y en menos de diez horas pondría un pie en este país para asegurarse por sí mismo de que su hija estaba bien.

Con él aparecerían mis hermanos y mi *mamma*, a quien no dejaba sola bajo ninguna circunstancia, y entonces tendría que explicarme. ¿Cómo iba a encontrar una explicación para el

lío en el que me había metido? No había elegido a Agustín a propósito. Simplemente había sido el primer tipo guapo con el que me había tropezado en el aeropuerto cuando Adriano había mirado en otra dirección durante cinco segundos.

De repente, volví a ser demasiado consciente de la presencia de Agustín. Eché un vistazo al otro lado de la cama, al contorno de su figura delgada, y reprimí el suspiro que surgía en mi garganta. La sábana se le había deslizado hasta la cadera, dejando al descubierto su piel desnuda.

Esperé sentir un hormigueo en mi estómago, alguna reacción de mi cuerpo que justificara despertarlo y sentir sus manos sobre mí, pero no llegó. Incluso cuando extendí el brazo y deslicé mis dedos sobre su piel, no sentí nada.

Si lo hubiera dejado después de nuestra primera cita fallida, ahora no estaría acostada en su cama. No me encontraría dentro de esta fortaleza, cuyas paredes eran demasiado históricas como para no sentirse completamente abrumada. Sin embargo, me resultaba difícil conocer a hombres que quizás merecieran un lugar en mi futuro, porque no lo había para ellos. Tenía obligaciones y era más fácil dejar ir a las personas cuando ya te habían decepcionado. Agustín había sido perfecto para eso. Hasta que me dijo que insistía en alojarme en su casa los próximos días para poder encontrar a los tipos que me habían acosado en el muelle. Por supuesto, no había hecho preguntas. Eso habría sido demasiado sospechoso.

De repente, Agustín se movió, girándose hacia mí. Su brazo se deslizó sobre mi cintura y su mano encontró el camino bajo mi top, acunando mi pecho. Apreté los dientes, solo para darme cuenta de que aún dormía. Ni siquiera se había despertado. Sin embargo, el toque inesperado hizo que mi corazón se acelerara.

Sin mucho cuidado, me giré de lado, presionando mis caderas contra las suyas y acurrucándome contra él. Sentí el calor entre nosotros y cómo mi cuerpo reaccionaba, pero solo después de unos minutos en los que seguí empujando mis caderas contra las suyas, sentí que Agustín también empezaba a despertar lentamente.

Su mano apretó con más fuerza mi pecho. —¿Por qué sigues despierta? —murmuró.

Su aliento caliente golpeó mi rostro mientras ya buscaba mis shorts y los bajaba un poco. Su mano se movió entre nosotros hasta que sentí la punta de su miembro entre mis piernas.

—Déjame ayudarte un poco —ya sonaba sin aliento. Un segundo después, se deslizó dentro de mí, agarró mi cintura y empujó rápidamente un par de veces, hasta que estuve lo suficientemente húmeda para que tuviera más margen de maniobra.

Cerré los ojos, apretando los labios con fuerza, y dejé vagar mis pensamientos. Me llevaron de vuelta al beso, haciendo que finalmente el calor se extendiera por mi vientre.

—Te estás poniendo tan malditamente mojada para mí, *bebé* —gruñó y apretó con más fuerza. En algún lugar de la casa crujió una tabla del suelo.

No. No en algún lugar. Justo frente a nuestra puerta, que Agustín había dejado entreabierta. Una vieja costumbre, según había dicho.

Abrí los ojos e inmediatamente inhalé con fuerza.

—¿Ya te estás corriendo para mí?

Un suave gruñido escapó de mi garganta mientras agarraba su brazo y lo apartaba de mi torso. —Déjame ponerme arriba —exigí.

Me sonrió cuando volví la cabeza hacia él. Agustín se retiró de mí inmediatamente y se acomodó de modo que ya no estábamos atravesados en la cama, sino con sus pies en el cabecero.

Volví a mirar hacia la puerta, estudiando la sombra en el suelo, y me senté sobre las caderas de Agustín antes de guiar su miembro dentro de mí. Esta vez sentí un atisbo de deseo recorriendo mis venas y me incliné hacia adelante para apoyarme con las manos en su pecho.

Cerré los ojos, mecí mis caderas y finalmente encontré un ritmo con el que podía deslizarme arriba y abajo. Él gimió con entusiasmo. Yo permanecí en silencio.

Poco después, palabras salieron de su boca que casi me hicieron querer parar. Abrí los ojos asqueada, pero esta vez hice contacto visual con alguien a quien ya había mirado fijamente a los ojos ayer.

De repente, el deseo atravesó mi cuerpo. Ardiente, quemando mis entrañas y tan inesperado que se me escapó un gemido. Agustín se unió al sonido, pero antes de que otro ruido pudiera escapar de su boca, presioné mi mano firmemente sobre ella. Así ya no tenía que escuchar cómo me animaba con palabras que sonaban falsas. Me miró sorprendido, al menos durante la fracción de segundo que necesité para cabalgarlo con más fuerza.

Sin embargo, en mis pensamientos ya no era Agustín quien yacía debajo de mí, sino aquel hombre que me miraba fijamente desde las sombras como una pieza de exhibición en un museo. Eran sus manos las que recorrían mi cuerpo mientras sujetaba mis caderas en su lugar para embestirme implacablemente desde abajo, hasta que me llevaba al clímax con eso y con las palabras excitantes de su boca.

Mis piernas comenzaron a temblar y no logré morderme la lengua y contener los sonidos de placer que se acumulaban en mí, cuanto más tiempo mantenía su mirada fija en la mía y mis pensamientos me mostraban estas fantasías prohibidas.

Cada vez más rápido, cada vez más exigente, mi pelvis chocaba contra la de Agustín, hasta que inesperadamente fui arrastrada por mi orgasmo. Instintivamente cerré los ojos, entregándome a la sensación que me atravesaba. Mi cabeza cayó hacia atrás y después de unos segundos, la calma volvió a mí. Solo entonces me atreví a mirar de nuevo hacia la oscuridad.

Esta vez, sin embargo, no me devolvieron la mirada unos ojos, sino solo un vacío abismal.

Agustín apartó mi mano de su boca y levantó las caderas para que finalmente me bajara de él. Me dejé caer en la cama a su lado. No me había tocado ni una sola vez. En cambio, las manos de las sombras habían hecho todo el trabajo, llevándome a un orgasmo más intenso de lo que Agustín jamás había logrado. No es que él se hubiera interesado mucho por eso hasta ahora.

—¿De dónde vino eso? —preguntó de repente en el silencio.

Me encogí de hombros. —No tengo idea.

Con eso, me di la vuelta y fingí dormir hasta que realmente lo hice.

Mi cabello aún estaba empapado cuando leí el mensaje en mi teléfono. *Me voy por un tiempo. Puedes desayunar con los demás.*

Arrugué la nariz, con el recuerdo de anoche en el fondo de mi mente. Lo que había visto había sido solo una imaginación, pero aun así me perseguía hasta la última fibra de mi cuerpo. Sin embargo, la sensación se desvaneció tan pronto como pensé que Agustín me había dejado sola en la casa de su padre, aunque había sido él quien había insistido en que viniera en primer lugar.

Bastante molesta, saqué uno de mis vestidos de la bolsa que había traído y me lo puse.

Probablemente no habría sido una buena solución esperar a Agustín aquí arriba durante medio día, así que salí al pasillo. Aunque se habían llevado a cabo extensos trabajos de modernización, se podía ver claramente que originalmente era una fortaleza medieval. Los pasillos eran anchos, de piedra, y había una cantidad increíble de madera oscura. Habían prescindido de las antorchas. En su lugar, se habían instalado fuentes de luz natural adicionales

que se integraban perfectamente en la antigua mampostería, como si siempre hubieran existido.

Me gustaba el estilo, aunque solo fuera porque no era cotidiano y también porque aquí nunca se te ocurriría pensar que habías aterrizado en el catálogo de cualquier tienda de muebles. Afortunadamente, al menos conocía el camino hacia abajo y logré no perderme. Lo que seguramente habría sido fácil dada la amplitud de la fortaleza.

Me apresuré escaleras abajo, descubriendo a un joven hombre en la puerta. Vacilante, le sonreí antes de doblar la esquina, pasando más piedra, madera oscura y el aire de una casa antigua, solo para terminar en la entrada abierta del comedor.

Las puertas de la terraza estaban abiertas, una brisa matutina soplaba y las cortinas revelaban la vista del teatro romano debajo de la fortaleza. Pero mis ojos no se posaron en la reliquia de otra época, sino que recorrieron la mesa de madera hasta el extremo, donde Santiago se sentaba en una silla que parecía pesada, con el tenedor a medio camino de su boca y congelado en el movimiento.

El hombre a su lado se aclaró la garganta. Rafael. Eso lo había mencionado Agustín anoche.

Haciendo uso de todos los modales que poseía,forcé una sonrisa en mis labios y anuncié: — ¡Buenos días! Agustín dijo que podría unirme al desayuno.

Rafael empujó con el pie la silla frente a él, alejándola de la mesa. Justo al lado de Santiago. Una invitación tácita para que me sentara. Por un momento, me balanceé sobre las puntas de los pies, antes de tragarme la maldición que tenía en la punta de la lengua y rodear la mesa para dejarme caer en el asiento ofrecido.

—¿Y cuándo piensa aparecer mi hijo? —preguntó Santiago, que ya había reanudado su comida.

Chasqué la lengua. —Para nada. Se ha ido.

—Ido —repetió, mirándome con incredulidad.

Alguna parte de mí se negaba a mirarlo a los ojos, por miedo a que pudiera leer en ellos lo que había imaginado anoche durante el sexo con su hijo.

—No sé nada más. —Mi respuesta sonó apocada, pero no era mentira. No tenía la menor idea de adónde había desaparecido o qué estaba haciendo.

La mirada de Rafael se clavó en mi rostro desde el otro lado de la mesa, hasta que me incliné hacia adelante y tomé algo al azar, solo para tener algo en el estómago antes de... lo mejor sería que me tragara la tierra.

—¿Así que te trae aquí solo para dejarte sola?

—No sé cuáles eran sus pensamientos detrás de esto —murmuré, aún evitando mirar el rostro de Santiago.

Si no fuera porque notaba por el rabillo del ojo que se había sentado directamente en esta mesa después de caerse de la cama, mi estómago daría otro vuelco y posiblemente me haría sonrojar de vergüenza.

—Vaya idea maravillosa ha tenido —murmuró Rafael—. ¿Ahora también tengo que hacer de niñera para su... novia?

Levanté una ceja. —No necesito niñera, *gracias*. Ya hace tiempo que pasé esa edad.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —insistió.

Me mordí la lengua. —Diecinueve. —Mi respuesta fue cortante, y exactamente lo que él realmente quería saber. Es decir, mi edad.

—¿Y tu padre te deja ir de vacaciones sola?

—Por supuesto. ¿Por qué no? —Le lancé una mirada fulminante por encima de la mesa, ignorando completamente a Santiago.

—¿No sabe lo peligrosa que es Málaga?

—¿Qué podría haber hecho? ¿Contratar un guardaespaldas? —Me reí, como si este fuera el escenario más improbable de todos.

La verdad era que había negociado duramente para poder traer solo a Adriano como mi perro guardián personal a España.

¿Veía Santiago a través de mi mentira, como había dicho? Si era así, no lo demostró. Ni siquiera intervino.

—¿De dónde eres, Talia? —continuó Rafael, sin siquiera pestañear. Como si tuviera una lista completa de preguntas en su cabeza que tenía que hacerme para asegurarse de que no era una amenaza para él. O para su jefe.

—Depende de a quién le preguntes.

—A ti.

—Italia.

—La tierra natal de la mafia, ¿no es así?

Lo miré con incredulidad. —¿La mafia? —repetí y me reí—. Sí, claro. Esos son solo cuentos. ¿Y entonces se supone que todos los que tienen raíces italianas pertenecen a la mafia? ¿Por qué preguntas algo así?

Para entonces, los vellos de mi nuca se habían erizado. Las palmas de mis manos estaban húmedas y sentía como si la sonrisa en mi rostro fuera a romperse en mil pedazos en cualquier momento. Cesare Ferrante se había asegurado de que todos sus hijos pudieran soportar un interrogatorio de las autoridades. Podían bombardearnos con preguntas durante horas, someternos a un interrogatorio cruzado, amenazarnos o usar la violencia. Ninguno de nosotros se derrumbaría bajo la presión. Desafortunadamente, las preguntas de Rafael no se sentían como un interrogatorio, sino más bien como si ya estuviera rozando muy de cerca la verdad.

Santiago me salvó de mi apuro aclarándose la garganta. —Creo que es suficiente, Rafael.

Inmediatamente, este se reclinó en su silla, pero sin dejar de mirarme. Si descubría quién era yo realmente...

—Supongo que mi hijo tampoco consideró necesario mostrarte los alrededores para que al menos te familiarizaras un poco, ¿verdad?

—No. Aunque todos esos guardias tampoco parecen muy contentos si uno simplemente deambula.

—Solo observan.

—¿Con armas? —respondí bruscamente, antes de poder contenerme.

—Es un poco más auténtico, ¿no crees? —Mentía. Yo lo sabía, él lo sabía, todo el maldito mundo lo sabía. Sin embargo, asentí como si me creyera su respuesta.

Mantener la cabeza baja y cubrirse, ese debería ser mi nuevo lema.

—Supongo que se necesitaron muchas reformas para lograr este resultado, ¿no? —Con la mano señalé alrededor de la habitación.

—Mi padre dedicó un par de años al proyecto. —Parecía más relajado cuando no hablábamos de armas, mi origen o cualquier otro tema peligroso.

—¿Así que un pasatiempo se convirtió en una residencia familiar?

—Más o menos. Aparte de mí y Agustín, nadie más vive en la fortaleza misma. Todos mis empleados viven en un edificio separado. Rafael también.

—¿Y el hombre en la puerta?

—También. —No parecía complacido de que siquiera lo hubiera notado. Pero las personas no eran aire. Se notaban, especialmente si eran hombres y de complexión robusta. Llevaban un

arma. Así que habíamos vuelto a un tema peligroso.

—Tienen prohibido el acceso al piso superior. Así que no tienes que preocuparte por topar accidentalmente con alguien.

Pronunció las palabras de una manera que envió un hormigueo por mis muslos y más arriba. Anoche. Mi mirada se disparó hacia él, pero en su rostro no había nada que diera una pista de lo que estaba pensando.

—Hacen turno de noche, ¿no es así?

Rafael asintió. —Sí. Pero no deberías notarlo. Les diré que pueden omitir la ronda bajo la habitación de Agustín en los próximos días.

Automáticamente abrí la boca. —No me molesta, de verdad. No es como si pudieran mirar dentro.

Sacudió la cabeza irritado, pero yo solo tenía pensamientos para el revelador brillo en los ojos de Santiago.

No era imaginación mía.

Sentí frío. Calor. Frío de nuevo. El fuego estalló en mi bajo vientre. Me había observado. ¿Era consciente de que solo gracias a él había disfrutado en absoluto?

—Rafael te mostrará todo más tarde —dijo Santiago mientras se levantaba y desaparecía por la puerta, dejándome sumida en un caos perfecto.

El cártel Rojas había convertido la *Alcazaba* en una fortaleza que hacía honor a su nombre. Desde fuera, parecía menos un hogar y más una base militar. Intenté no mostrar en mi rostro los pensamientos que me pasaban por la cabeza al respecto. El núcleo de mi seguridad consistía en seguir fingiendo que no sabía nada. Una tonta. O al menos una mujer inteligente que sabía exactamente cuándo podía hacer preguntas y cuándo era mejor mantener la boca cerrada y simplemente asentir. ¿Así era como debían comportarse todas las mujeres que entraban en contacto con el cártel? ¿O no? Difícilmente podrían asegurarse de volver con vida a su tranquila y aburrida existencia después de pasar una noche con un hombre como Santiago Rojas.

—Todo lo que está más allá de esta valla está prohibido —dijo Rafael, sacándome de mis pensamientos, que una vez más giraban en torno a un hombre que debería serme indiferente.

Levanté una ceja. —¿Prohibido?

—Prohibido como en: te quedas en este lado de la valla —aclaró su declaración, aunque ya me imaginaba lo que acechaba al otro lado. Había vislumbrado los edificios entre los árboles deformados. Allí vivían sus *empleados*. Seguramente también los entrenaban en este terreno para que estuvieran a la altura de la tarea de proteger todo el complejo en caso de emergencia y cumplir con los roles que Santiago les asignara.

Conocía estas áreas prohibidas de la propiedad de mi padre. Nunca me habían atraído, así que ahora también me encogí de hombros y me di la vuelta.

—Agustín no es realmente su hijo, ¿verdad? —pregunté de repente, alzando la mirada hacia los ojos grises del hombre musculoso a mi lado. Su camiseta se tensaba sobre los músculos y el corte de pelo corto le daba un toque militar, lo que a su vez encajaba perfectamente con la frialdad que irradiaba todo el tiempo. Como si yo hubiera elegido ser arrastrada y abandonada en este lugar.

—¿Qué importancia tiene eso?

Torcí la boca. —No lo sé. La pregunta se me acaba de ocurrir.

—Es su tío —respondió Rafael después de unos segundos—. ¿Estás tratando de averiguar cuán moralmente reproable es?

De alguna manera logré mantener mis rasgos neutrales. —¿Qué es moralmente reproable?

Resopló. —Si crees que no sé lo de la noche en el muelle...

—Solo fue un beso.

—Aun así, estás con Agustín.

—No es que sea un amigo particularmente bueno. Pero no hay nada que discutir sobre eso, ¿verdad? No volverá a suceder.

Ambas cejas se le dispararon hacia arriba, como si dudara seriamente de esta afirmación. No quería saber lo que tenía que decir. Así que me puse en movimiento.

Rafael me había mostrado el teatro romano, la mayor parte de la casa —excepto algunas habitaciones más prohibidas—, la terraza, el jardín y la piscina, y parte de las antiguas fortificaciones desde donde se podía contemplar todo Málaga hasta el mar.

Después de unos segundos, ya oía sus pesados pasos junto a mí. Me había alcanzado sin esfuerzo, dejando claro que no me dejaría vagar sola. Desafortunadamente, no podía deshacerme de él tan fácilmente como de Adriano.

Mentalmente, me hice una nota para enviarle un breve mensaje más tarde para que no se le ocurriera buscarme. O peor aún: informar a mi padre de que llevaba más de veinticuatro horas sin estar en mi apartamento.

—¿Hay quejas de los turistas porque ya no pueden visitar la montaña? —Las precauciones de Santiago empezaban ya al pie de la montaña y algo me decía que tenía bajo su control todas las rutas oficiales y no oficiales hacia arriba. Hasta ahora, Rafael no me había ofrecido ninguna explicación para todos los hombres armados y yo no iba a preguntar.

No todo el mundo conocía el cártel Rojas. El policía ignorante lo había demostrado. ¿O estaba en la nómina de Santiago? La respuesta a eso ciertamente me habría interesado, pero también en este caso opté por el silencio.

—Constantemente —murmuró Rafael—. Pero pagamos grandes sumas como compensación para que la ciudad pueda ofrecer una alternativa.

Qué noble. Mi padre probablemente se habría reído de eso, y habría hecho un ejemplo con turistas aleatorios para que a nadie se le ocurriera volver a invadir su privacidad en el futuro. Era un hombre complejo, pero también increíblemente despiadado. La guerra constante alrededor del *Outfit* había contribuido a ello.

—¿Agustín dijo cuánto tiempo debo quedarme? Mis planes para el resto del verano eran diferentes.

—¿Tienes compromisos?

—No quería pasar el tiempo con una niñera, aislada del resto de la ciudad. No vine aquí para eso.

Las piedras del camino crujían bajo nuestros zapatos hasta que Rafael se detuvo inesperadamente, casi choqué con él y se volvió lentamente hacia mí. —¿Para qué estás aquí, Talia?

Una maldición surgió dentro de mí. Esta pregunta tenía tantos matices que por un momento me tambaleé y no supe cuál era la respuesta segura. Tenía que dar una respuesta que no me delatara.

Solté un suspiro antes de contestarle. Todo para que me creyera. —Vacaciones. Quería divertirme de verdad durante un verano antes de que empezara la seriedad de la vida. —Después de unos segundos, volví a abrir la boca—. Eso no es reprochable, ¿verdad?

Su irritación me alcanzó. Evidentemente, no sabía qué hacer con esta respuesta. ¿No era lo que esperaba? Ares, mi hermano, me había enseñado que las mentiras funcionaban mejor cuando estaban tan cerca de la verdad que era casi imposible identificarlas como tales. Y era cierto: estaba aquí para divertirme. Antes de que la familia usara mi existencia para poner fin a la guerra. Para hacer las paces. O para ganar nuevos aliados. Fuera lo que fuese, lo descubriría a tiempo para mi regreso a los Estados Unidos y seguiría el juego sin rebelarme contra la decisión. Ese era el trato y una jugada inteligente de mi padre, pues sabía perfectamente que cualquier otra variante habría culminado en un desastre absoluto.

Para Rafael, las responsabilidades de la vida en mi caso seguramente significaban la universidad o un trabajo. Lo que sea que hicieran las mujeres de familias que no tenían nada que ver con un sindicato criminal.

—¿Y, te estás divirtiendo? —preguntó, con un tono algo mordaz.

De alguna manera, éramos como dos perros que no sabían si podían olerse mutuamente.

—¿Comparado con qué?

Sus facciones se endurecieron. Si normalmente ya parecía un tipo desagradable, este cambio en su expresión ahora tenía definitivamente la fuerza necesaria para mantener a alguien a metros de distancia.

—No medimos en diversión —gruñó y se alejó. Así sin más.

Un escalofrío helado recorrió mis brazos, subiendo por mi nuca y bajando por mi espalda, aunque el sol me golpeaba y calentaba implacablemente toda la ciudad.

Observé a Rafael alejarse, incapaz de sacar una conclusión sensata de su respuesta.

SANTIAGO

¿Por qué lo permites? Esos dos hombres ya están muertos. Agustín no los encontrará. Y si se trata de matar a alguien... dame una hora y le venderé a cualquier idiota como los culpables —continuó Rafael con su diálogo casi interminable sobre que Thalassa no tenía nada que hacer aquí.

En el fondo, tenía razón en todo lo que decía. Pero una pequeña parte de mí se negaba a enviarla simplemente a casa. Eso significaba no tenerla sentada junto a la piscina detrás de mi casa, vestida con un bikini escaso y llamativo que me mostraba partes de su cuerpo que no había visto anoche debido a su top y sus shorts holgados.

Mi mirada se dirigió hacia la ventana de la cocina, lo que a su vez hizo que Rafael también mirara hacia afuera. Sentí la necesidad de obligarlo a que me mirara a mí en su lugar. Sin embargo, sabía que él ni siquiera sentía una fracción de lo que me recorría cuando la veía. Rafael había elegido a una mujer hace años, y la amaba con todo lo que tenía.

—Te va a traer problemas —declaró después de unos segundos, a lo que solo respondí encogiéndome de hombros. Toda mi vida consistía en problemas. Tal vez esta vez los disfrutaría. —Agustín se lo tomará a mal.

—También lo superará.

—¿Entonces ese es tu plan? ¿Quitarle la novia?

Resoplé. Por supuesto que ese no era mi plan. Podría ser un imbécil en muchos aspectos, pero incluso yo tenía mis límites en este asunto. Eran delgados y apenas existentes, pero estaban ahí. —No la tocaré hasta que ella decida hacerlo por sí misma.

Rafael gruñó algo incomprensible antes de alzar la voz. —Te das cuenta de que está mintiendo, ¿verdad?

Conocía mi infalible intuición, así que esta pregunta era realmente innecesaria. Aun así, hice una mueca. —Tal vez sea simplemente lo suficientemente inteligente como para no involucrarse en cosas que son más grandes que ella.

—Una afirmación irónica, considerando en qué terreno se encuentra.

—Ni una palabra, ¿entendido? Agustín no la ha puesto al tanto, nosotros tampoco lo haremos.

—Eso encaja con su plan de desaparecer del país después del verano.

—¿Qué? —exclamé, desagradablemente sorprendido por su declaración.

—¿Acaso pensabas mantenerla aquí cautiva?

—No seas ridículo. —Mi respuesta no fue más que un siseo.

Un verano, entonces. Eso me dejaba semanas. Si acaso.

Los segundos se alargaron mientras Rafael me miraba y yo miraba hacia afuera, hacia la

piscina. Thalassa equilibraba un libro sobre su rodilla levantada, mientras su otra pierna colgaba sobre el borde, dentro del agua. A su lado había una botella de cola abierta. Sin gafas de sol, sin sombrero, sin sombrilla, de modo que su piel brillaba literalmente bajo el sol.

En mi mente se formó una imagen de cómo se vería si gotas de agua individuales se abrieran camino por su cuerpo, brillando bajo el sol, y yo siguiera esos rastros solo para hundirme en ella...

Rafael se aclaró la garganta. —Málaga no ha sufrido escasez de mujeres, ¿sabes? Podrías complacer a tres al mismo tiempo. Eso haría todo más fácil. ¿Por qué precisamente ella?

Sonaba como una gallina sobreprotectora, lo que casi me divertía un poco. Normalmente no se metía en mis asuntos privados, pero como había sido testigo de nuestro primer encuentro, ahora parecía sentirse obligado a jugar al apóstol moral.

Desafortunadamente, llegaba con este número unas décadas tarde.

—Yo tampoco me meto en la situación con tu ex esposa, ¿verdad? —En nuestro mundo no existían los divorcios. Pero Rafael había cumplido voluntariamente este deseo de su esposa y luego decidió que su lealtad seguía siendo para ella.

—Más te vale. —Ah, ahí estaba. La misma irritación que yo sentía cuando me decía que me quemaría los dedos con Thalassa.

¿Se estremecería si la enfrentara con un arma? ¿Si la amenazara? ¿O me miraría con la misma terquedad que mostraba en otras ocasiones, como si estuviera lista para enfrentarse al mundo entero para defender el terreno en el que se encontraba? Aun así, no habría podido responder a la pregunta de Rafael. ¿Por qué ella? Cargado por el resultado de la conversación en el yate, lo había abandonado, listo para estampar mi puño en la cara del primer idiota que me encontrara. Sin embargo, no había ningún idiota, sino una joven mujer al final del muelle, cuya respuesta aparentemente insignificante había hecho que toda la tensión abandonara mi cuerpo y mi enfoque cambiara hacia algo que en realidad no existía en mi vida. Un momento tranquilo, lejos de la criminalidad que me dominaba.

Incluso cuando quise abandonar el muelle, mi cuerpo se negó a dejar el lugar definitivamente. Los dos idiotas que habían querido robarle fueron solo una estúpida distracción, porque tan pronto como regresé para al menos ofrecerle una toalla y decirle que ya no tenía que preocuparse, la calma que había sentido antes regresó. Pero no se detuvo ahí. Antes de anoche, tal vez aún hubiera sido posible poner fin a la caza de brujas de Agustín y enviarla a casa. Ojos que no ven, corazón que no siente... pero después de haber visto cómo dejaba de lado su reserva, después de que se diera cuenta de que la había estado observando desde las sombras, eso estaba completamente fuera de cuestión.

En mi bajo vientre se había formado un nudo firme y caliente. Ella no me taparía la boca por pronunciar palabras que no quería oír. En mi cama, el sexo no terminaría después de unos pocos minutos que ni siquiera satisfacían una fracción de las necesidades que habitaban en lo más profundo de mi ser. Ella gritaría para mí. Su cuerpo temblaría. Perdería el control y conocería la oscuridad dentro de mí. Thalassa suplicaría. Por liberación, un final, piedad, dolor y placer, por todo lo que yo tenía para darle. Y por más. *Mucho más.*

En mi imaginación, ella era perfecta para eso, no como otras mujeres que se asustaban tan pronto como se daban cuenta de lo estrecha que era la línea entre todas las sensaciones que yo podía evocar. Siempre había bailado con ellas, pero desde *la noche roja* ya no había contención. Solo un abismo sin fondo sobre el que yo reinaba tanto como sobre Málaga.

—Tal vez deberías pensártelo dos veces antes de querer meterte de ahora en adelante, Cortez —dije finalmente, después de que el silencio se hubiera prolongado demasiado.

Se encogió de hombros. —Entonces a partir de ahora es tu responsabilidad, Santi. Me basta con medio día como niñera.

De hecho, usó estas palabras para desaparecer de la habitación y dejarme solo. Inmediatamente, mi mirada volvió a deslizarse hacia afuera, cautivada por lo que sucedía en mi piscina. O más bien por lo que no sucedía, ya que Thalassa seguía absorta en su libro, ignorando por completo a los hombres que patrullaban. Tal vez les diría que evitaran la parte trasera del jardín a partir de ahora. No me gustaba la idea de que todos esos *hijos de puta* la vieran en bikini. Ya era suficiente que Agustín la tuviera en su cama, pero parecía no tener ni idea de cómo tratarla. Eso no lo convertía en un hijo de puta, pero aun así catapultaba mi irritación aún más alto.

Antes de hacer algo realmente estúpido, me arranqué de su vista y me obligué a volver a mi oficina. Si quería recompensarme con su presencia, primero tenía que terminar las cosas importantes.

Por lo general, en mi casa reinaba un agradable silencio, pero en ese preciso momento fue interrumpido por una música estridente proveniente del piso de abajo, que hacía vibrar las viejas paredes y por un momento se sentía como si hubiera un terremoto. Al menos mientras duraba el bajo de la canción.

Estaba de pie antes de saber exactamente por qué. Tal vez se debía a la imagen que se había manifestado en mi mente. Thalassa, moviendo su cuerpo perfecto al ritmo de la melodía española, mientras las manos del hombre equivocado descansaban en sus caderas, dirigiéndola.

Mi presentimiento resultó no estar tan equivocado, porque después de prácticamente volar escaleras abajo para acercarme a la sala de estar, efectivamente me encontré con Thalassa. Solo que no en compañía de Agustín, sino del *Halcón* que se suponía estaba apostado en la puerta para asegurarse de que ningún intruso entrara a la casa.

La descripción del trabajo de Enrico seguramente no incluía reproducirle su lista de reproducción personal a mi... *Thalassa*. Metí las manos en los bolsillos del pantalón y me apoyé en el marco de la puerta, aferrándome ostensiblemente a mi autocontrol, y observé por un momento cómo el idiota daba un paso más cerca de ella, casi rozando su brazo con su costado. Se inclinó un poco hacia abajo, acercándose demasiado a su rostro. En realidad, habría sido tarea de Agustín ponerlo en su lugar, darle un ojo morado por siquiera ocurrírsele acercarse a ella sin permiso. Pero él no estaba aquí. No lo había estado en todo el día.

Así que o bien tiraba por la borda mis planes para la noche, porque ciertamente no la dejaría sola con ese bastardo, o simplemente la hacía mi acompañante. Eso me parecía mucho más tentador que la alternativa.

Pasó demasiado tiempo antes de que mi propio *Halcón* siquiera registrara mi presencia. Pero tan pronto como Enrico levantó la cabeza y me descubrió en el marco de la puerta, el smartphone se le escapó de las manos. Parecía conmocionado. Como si se hubiera sentido lo suficientemente seguro entre mis cuatro paredes como para echársele encima a Thalassa. O al menos intentarlo, porque a diferencia de él, ella no actuó como si la hubiera pillado haciendo algo prohibido. Eso solo resaltaba aún más sus intenciones, y en su caso, el hecho de que o bien era completamente ciega a sus insinuaciones o simplemente no estaba interesada.

La música cesó.

—¿Te hemos molestado? Estaba demasiado alto, ¿verdad? Lo siento, fue idea mía.

Una mentira descarada que salió de su boca tan imprudentemente. Incliné la cabeza, sin ocultar lo consciente que era de este hecho.

—La música alta no me molesta. Aunque el gusto deja mucho que desear, pero... ¿Tienes planes para esta noche, Thalassa? Tal vez quieras acompañarme.

Con satisfacción, noté cómo sus facciones se iluminaron y el tipo a su lado pasó a un segundo plano. Tanto que dio un paso atrás, avergonzado, y aparentemente consideraba cómo podía desaparecer sin que nadie lo notara.

—¿A dónde vamos? —fue su contrapregunta.

Una sonrisa se extendió por mis labios. Esperaba que Enrico se ahogara con su orgullo herido. O que muriera por la conmoción cerebral a consecuencia del ojo morado que le iba a dar en la primera oportunidad que se presentara.

—Preferiría no estropear la sorpresa. —Solo después de esta respuesta le indiqué a Enrico con un gesto apenas perceptible que debía marcharse. Esperaba no volver a verlo hoy, y *ojalá* hubiera entendido el mensaje que le había transmitido de manera no tan sutil—. En treinta minutos frente a la puerta —anuncié y la miré de manera sugerente antes de volver a subir para terminar los preparativos.

TALIA

No podía afirmar con orgullo que hacer una excursión con Santiago fuera una reacción de rebeldía ante la ausencia de Agustín. O lo que fuera que él planeara, porque el sol ya se había hundido en el horizonte hacía tiempo y las luces de la ciudad competían con las estrellas en el cielo, que apenas había visto esporádicamente desde nuestra partida de la *Alcazaba*.

Santiago no fue precisamente conversador durante el viaje. De alguna manera, lo agradecí, porque aún no podía evaluar qué temas de conversación eran seguros con él y cuáles era mejor evitar hábilmente. Su aparición anterior me había irritado, pues de algún modo me había dado la impresión de que le molestaba que hubiera hablado con Enrico. Aun así, guardé silencio al respecto. Quizás simplemente no le gustaba que sus empleados abandonaran sus puestos.

En algún momento entramos en un estacionamiento subterráneo, sin que me hubiera dado cuenta a qué edificio pertenecía. Él se bajó y antes de que mi mano siquiera tocara la manija, ya había rodeado el auto y me abrió la puerta. De nuevo me tomó desprevenida, como antes, cuando me había ayudado a subir al deportivo, como si fuera completamente natural y lo más normal del mundo.

Tomé su mano extendida, pero la solté inmediatamente después de ponerme de pie. Cada vez que nuestros dedos se tocaban, se sentía como si se cargaran de electricidad. Una sensación peligrosa, porque tenía el poder de extenderse por todo mi cuerpo y... me arranqué de esos pensamientos antes de volver a recorrer un camino oscuro que me llevara a recuerdos que era mejor borrar de mi memoria.

—Estarás sola por un tiempo. Eso significa que te quedarás exactamente donde yo te diga —explicó y sacó una bolsa discreta del maletero, que se colgó al hombro.

—Se necesita un poco más de información, Santiago. —Miré a mi alrededor significativamente. Un estacionamiento subterráneo no me decía absolutamente nada sobre lo que realmente planeaba ni dónde estábamos.

Asintió en dirección a una puerta y con un suspiro me puse en movimiento. ¿Desde cuándo estaba tan callado? Normalmente tenía algo que decir sobre todo. Al menos si tomaba los últimos dos días como parámetro.

Santiago se movía justo detrás de mí. Tan cerca de mi espalda que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Subimos algunas escaleras hasta que pasamos por otra puerta y nos encontramos en una gran plaza, a unos cientos de metros de una construcción que se destacaba imponente entre los rascacielos de los alrededores.

Hasta ahora solo había leído sobre ello. Construido en estilo neomudéjar hace unos doscientos años, el edificio hexadecagonal era una mezcla del pasado morisco de la ciudad y la modernidad que se había extendido en los últimos dos siglos. El edificio albergaba a miles de

visitantes, abarcaba un enorme arsenal y había sido cerrado inesperadamente después de obras de remodelación hace años.

Originalmente el edificio no tenía techo, pero la estructura de acero que se alzaba sobre la antigua mampostería llevaba algo que al menos cumplía ese propósito de forma nominal.

Nadie sabía por qué se había hecho inaccesible al público. Alguna sensación en mi estómago me decía que Santiago estaba a punto de darme la respuesta de por qué estábamos frente a la plaza de toros de la ciudad y todo indicaba que estábamos a punto de entrar.

De hecho, ahora me alegraba de haber optado por zapatillas deportivas y pantalones cortos.

—No querrás ver una corrida de toros, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No soy fan de la matanza sin sentido de animales. —La forma en que lo dijo dio la primera pista de que aprobaba la matanza de otros seres. *Humanos*, por ejemplo.

—Tranquilizador —murmuré.

—Volviendo a las reglas. Te quedarás en las gradas que te indique. *Nada* de excursiones por tu cuenta. *Nada* de conversaciones con extraños. Lo mejor sería que simplemente observaras el espectáculo.

—El espectáculo —repetí.

¿Se trataba de peleas callejeras ilegales? De hecho, gracias a mi hermano Ker, ya había visto suficientes como para decir que no me atraían en lo más mínimo. ¿Qué satisfacción obtenían los luchadores al dejarse golpear hasta sangrar? ¿Y qué atraía a uno como espectador a ver los enfrentamientos durante horas? No podían ser solo las apuestas que corrían en el fondo. Tal vez era la sed de sangre de los hombres en nuestros círculos lo que hacía tan emocionantes las peleas ilegales.

—¿Tienes un estómago sensible, Thalassa?

Resoplé. Si Santiago tuviera la más mínima idea de cómo me había criado, no haría estas preguntas. —No te preocupes, no vomitaré a tus pies solo porque un par de tipos se hagan sangrar las narices mutuamente.

Levantó una ceja.

—Vamos, sumar dos más dos no es tan difícil.

Entramos a la arena por una entrada lateral. Inmediatamente me golpeó la música fuerte que ni siquiera se escuchaba afuera. Por eso también se había instalado el techo posteriormente. El olor de las últimas décadas me envolvió. Arena, sudor, muerte, miedo y desechos animales en uno solo. La nota principal era sangre fresca.

Instintivamente me acerqué más a Santiago mientras caminábamos por un túnel bajo que apenas ofrecía luz. Al otro lado entramos en la arena de combate, pasando junto a una pared de madera.

La arena brillaba con una intensidad especial bajo la luz de los focos, ya que el resto del recinto estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Desde las gradas me llegaba el rugido de los espectadores, aunque no podía verlos. Sin embargo, tampoco me esforzaba mucho por hacerlo, pues estaba concentrada en observar a los dos luchadores enmascarados en el centro del área de combate. Ambos sangraban por varias heridas y entre ellos se movía un hombre que parecía ser el árbitro.

De vez en cuando gritaba algo en español. No entendía ni una palabra y, además, tenía problemas para seguir el ritmo de Santiago.

Se detuvo frente a otra valla de madera y, antes de que pudiera protestar, sus manos rodearon mi cintura. Me levantó por encima como si no pesara nada y saltó detrás de mí.

El área en la que nos encontrábamos ahora estaba separada del resto. Los espectadores más

cercanos se hallaban a varios metros de distancia.

Arrojó la bolsa sobre un banco de madera, abrió la cremallera y me reveló su contenido. Una botella de Coca-Cola, el libro que había empezado a leer esa tarde en la piscina y otra bolsa más pequeña que ahora tomó para sí.

Su mirada se clavó en mi rostro. —Las reglas... espero que las cumplas. Tengo algunos asuntos importantes que atender.

No dijo nada más antes de catapultarse de vuelta a la arena por encima de la valla y desaparecer en la dirección opuesta.

Lo observé incrédula mientras se alejaba. Me había traído aquí solo para dejarme sola, con un libro y una botella de Coca-Cola, como si tuviera que mantenerme ocupada mientras él tenía cosas que hacer. Una parte de mí se sintió decepcionada. Me costaba admitirlo, pero en secreto había esperado que quisiera pasar tiempo conmigo, en lugar de... bueno, hacer lo que fuera que estuviera haciendo. Probablemente apostando por los luchadores. O cobrando deudas de juego.

Ker era un profesional en estos negocios y tenía sus manos metidas en más de uno de los clubes de lucha clandestinos que existían por todo el país. Además, a mi hermano le gustaba hablar, así que a lo largo de los años había absorbido mucha información, quisiera o no.

Sin embargo, un poco molesta, tomé asiento, saqué mi smartphone y revisé si Agustín me había escrito. No había sabido nada de él desde sus instrucciones de esta mañana. Parecía que eso no había cambiado, pues no había aparecido ningún mensaje nuevo en nuestro historial de chat. Así que dejé el aparato a un lado y agarré la botella. ¿Por qué no había empacado alcohol? Me había fijado en las caras botellas de su bar, así que definitivamente bebía. Quizás simplemente no quería que disfrutara de la visita aquí.

Ignoré el libro y en su lugar observé la pelea en el centro de la arena. Después de unos segundos, me levanté para pararme en la viga justo debajo de la valla de madera, desde donde tenía una vista mucho mejor de los acontecimientos tan cercanos.

Aunque la música y los gritos hacían imposible escuchar los sonidos de la pelea, el ambiente de todo el espectáculo me llegaba de todos modos. El sudor flotaba en el aire sofocante, podía sentir la emoción y el espíritu de lucha.

Nada de lo que sucedía aquí parecía barato. En casa se trataba de dinero rápido, de un espectáculo y de darle una lección a tu archienemigo. Aquí había algo más en juego. Todavía no podía nombrarlo, pero cuanto más tiempo observaba la pelea, más claramente se destacaban las diferencias.

Después de unos minutos, uno de los luchadores cayó al suelo, sangrando y respirando con dificultad. Lo sacaron de la arena a rastras, por aquella misma puerta por la que antaño se sacaban a los toros muertos.

El hombre que parecía ser el maestro de ceremonias anunció la siguiente pelea. Esta vez su voz retumbó por toda la arena. La música cambió y los gritos en las gradas se hicieron más fuertes.

Con la pelea que ahora se desarrollaba ante mis ojos, empecé a entender el concepto que seguían. Los hombres que se enfrentaban eran torero y toro en uno. Provocaban, atacaban. Se defendían, desafiaban. Cada vez parecía menos una pelea aleatoria y más una forma de arte. Ilegal, sin duda, pero hermosa de una manera interesante.

Me dejé llevar por el ambiente de la arena y elegí a uno de los contrincantes. Poco después me aferré a las tablas de madera y lo animé, aunque minutos antes había creído que no encontraría nada en lugares como este ni en los eventos que allí se celebraban. Aparentemente, me había equivocado por completo.

La pelea siguió su curso y pronto se anunció a otro perdedor, que fue arrastrado fuera por la *puerta de arrastre*.

Incluso antes de que se atenuaran las luces, sentí el siguiente cambio de ambiente dentro de la arena. Como antes, un hombre enmascarado salió de una de las otras puertas y se dirigió al centro de la arena entre los gritos de júbilo de los espectadores. Levantó los brazos, animando a la multitud, hasta que el maestro de ceremonias anunció su nombre.

Entonces se hizo un silencio sepulcral. La luz se apagó por completo. Todo estaba tan silencioso que podía oír la sangre corriendo por mis oídos, mi corazón latiendo y mi respiración, mientras el silencio se prolongaba de manera ensordecedora.

No solo se me erizó el vello de la nuca, sino también el de los brazos. Miré fijamente la oscuridad, con cada fibra de mi cuerpo en tensión máxima.

Entonces lo oí. La voz de un solo hombre que susurraba *sacar al león*. Otras voces se unieron, primero en susurros y luego cada vez más fuerte. El cántico en español se transformó en un *Bring the lion out* en inglés, antes de que de repente y sin previo aviso volviera a reinar un silencio sepulcral.

Dos segundos después, las luces se encendieron y los enormes altavoces retumbaron con una canción que me puso la piel de gallina. Culminó con el mismo canto que antes había llenado la arena a través de los espectadores. Ahora temblaba.

Lo sentía en el suelo, en el aire y en cómo todos exigían lo mismo a gritos, hasta que finalmente el hombre al que esperábamos salió por la puerta. Enmascarado, musculoso y decidido, pero de ninguna manera tan artificial como el hombre que había entrado en la arena poco antes.

—¡El León de España! —anunció el maestro de ceremonias.

Sentí un hormigueo en el pecho. Me incliné más sobre la valla de madera para ver mejor.

La pelea comenzó con el León en una posición en la que me presentaba su espalda desnuda. Miré fijamente al oponente, cuya expresión parecía arrogante a pesar de la máscara.

Desafiaba, pero apenas parecía dispuesto a retroceder un paso y compartir el protagonismo. Los golpes que propinaba eran precisos y diseñados para terminar la pelea. Quería ganar. Rápido. Sucio. Lo reconocí en sus movimientos y en la diferencia con las dos peleas anteriores. Después de solo unos minutos, era demasiado evidente, pero el árbitro parecía no notarlo o simplemente no le importaba.

La ira creció dentro de mí mientras me unía a los gritos de ánimo de los otros espectadores. *Bring the lion out. Bring the lion out. Bring the lion out. Sacar al león. Portare fuori il leone*, añadí.

Los dos luchadores giraron, lo que me permitió ver al león de frente por primera vez.

León.

El rey de las bestias.

Santiago.

El *Kingpin* del cartel Rojas.

Gobernante de Málaga.

Por un momento me quedé en silencio, luego mi mirada se cruzó brevemente con la suya. Si antes había ejercido una moderación relativamente moderada, ahora ya no había razón para ello.

Habría reconocido esa mirada en cualquier parte. Ese torso. El disfraz no importaba, sabía con absoluta certeza que el luchador al que todos aclamaban era Santiago. Solo el resto no lo sabía, porque él se esforzaba por mantener el anonimato.

De lo contrario, me habría dicho que él mismo estaría en el campo de batalla, en lugar de

afirmar que tenía que ocuparse de algunos negocios.

Observé atentamente cómo Santiago jugaba con su oponente. Desafiándolo para darle un espectáculo a los presentes. Hasta ahora no se había derramado sangre, lo que me ponía un poco nerviosa. Instintivamente, intenté leer la postura del oponente. Tratar de reconocer lo que planeaba, pero no conseguí averiguarlo por más que siguiera sus movimientos.

Giraban el uno alrededor del otro, golpeaban, se retiraban... pero algo no estaba bien. Algo andaba mal. No se sentía correcto.

El oponente de Santiago cambió su enfoque, dejando ambos brazos colgando a los costados en lugar de levantarlos frente a su cara, como era normal para los luchadores para construir una defensa adecuada.

A estas alturas, faltaba poco para que volara sobre la valla de madera hacia la arena del otro lado, de tanto que me había inclinado sobre ella. Me estaba volviendo loca que la pelea se alargara y pareciera que nada sucedía. Hasta que noté cómo el oponente retiraba su brazo cada vez más, de modo que su mano ahora estaba directamente al lado de su trasero. Si Santiago golpeaba, no habría forma de que pudiera levantarla a tiempo para defenderse. Pero este hombre quería ganar, así que no se comportaba así sin razón.

Y entonces lo intuí.

El miedo se arraigó en mis huesos mientras me volvía más ruidosa e intentaba llamar la atención de Santiago nuevamente. Solo por un segundo. Una mirada. Le grité, pero mi voz se perdió entre los cientos de otras. Parecía evitar mirar deliberadamente en mi dirección, como si temiera que adivinara su identidad.

Pero para eso ya era demasiado tarde.

Volví a gritar su nombre, esta vez aún más fuerte. Grité con toda mi alma. Levanté los brazos, de modo que solo me equilibraba con las caderas sobre las delgadas tablas de madera.

Santiago miró en mi dirección en el momento en que su contrincante sacó el cuchillo. Incluso antes de que se precipitara hacia él, un destello de comprensión brilló en sus ojos oscuros.

Su mano se disparó hacia adelante, detrás de mí estallaron abucheos y la pelea en el centro de la arena pasó de ser un espectáculo a algo mortalmente serio. Los dos hombres forcejearon entre sí, en un intento desesperado por ganar el control del cuchillo.

Contuve la respiración, reprimiendo el instinto de correr hacia él y atacar al hombre por detrás.

De repente, más hombres irrumpieron en la arena, los dos luchadores desaparecieron entre ellos y poco después fueron escoltados fuera de la arena, protegidos de miradas curiosas.

La arena quedó manchada de sangre y el ambiente cargado que acababa de reinar se desvaneció. Al igual que el espectáculo en el centro. Todas las luces se encendieron.

Inquieta, me dejé caer detrás de la valla de madera. Tenía que encontrarlo. Sin embargo, su instrucción había sido clara y obviamente no había querido que yo me enterara de nada de esto.

Mi corazón seguía acelerado después de minutos, mientras iba y venía constantemente de un rincón a otro, atrapada por barrotes invisibles. ¿Lo habían herido? ¿Se lo habían llevado de aquí? ¿Y si no volvía a aparecer? Mis nervios estaban de repente tensos como cables de acero. Me había gustado verlo pelear. Al menos hasta el momento en que me di cuenta de que algo no estaba bien. Ahí fue cuando se infiltró el miedo.

Y ahora lo que más quería era llamarlo, para que alguno de los hombres que pasaban me dijera qué demonios le había pasado.

Uno se abrió paso contra la corriente en mi dirección. ¿Santiago?

Solo cuando estuvo frente a la valla de madera, lo creí. A pesar de mi preocupación, no leí en

su rostro nada que indicara que acababa de pelear. O que había sido herido. Parecía un poco molesto. *Nada más.*

—Nos vamos. Ahora —fue todo lo que me dijo.

Agarré el bolso y trepé por encima de la valla.

Por dentro hervía de rabia. La radio estaba demasiado alta, el ambiente tenso y Santiago tan silencioso como en el camino a la arena. A estas alturas, sin embargo, estaba segura de que lo habían herido. Protegía su lado izquierdo. Conducía con una sola mano, evitaba usar el embrague y se mantenía constantemente en quinta marcha, de modo que íbamos demasiado rápido por la ciudad.

Después de cinco minutos de su silencio, sentí ira en mi estómago.

Después de diez minutos, se abrió paso por mis venas.

Después de quince minutos, se acumuló caliente en mis entrañas.

Después de veinte minutos, casi golpeé la radio para silenciarla.

—¿De verdad vas a actuar como si no hubiera pasado nada? —pregunté ya en un tono perfecto para una pelea.

Su cabeza se giró hacia mí, y una de las comisuras de su boca se torció hacia abajo. No dejó que el dolor se notara más que eso.

—No es mi culpa que se hayan interrumpido los combates —respondió, aunque sabía perfectamente que yo hablaba de otra cosa.

—Detén el maldito coche —exigí, tirando ya del cinturón que me sujetaba al asiento.

Para mi sorpresa, siguió mi indicación, pero la tormenta que se fraguaba en su rostro no auguraba nada bueno.

Me giré hacia él antes de que pudiera echarme atrás. —No me tomes por tonta, Santiago. Puede que los demás no se den cuenta porque nunca te han visto semidesnudo de cerca, pero a mí no puedes engañarme. El León de España. *Ese eres tú.* ¿Y el cuchillo de tu oponente? Te ha herido. Quiero saber dónde y qué tan grave es. Ahora.

Su respuesta consistió en un gruñido profundo que supuestamente debía ponerme en mi lugar. Le respondí de la misma manera, agarré el cuello de su camisa oscura y la rasgué. Los botones volaron por el interior del coche, rebotando en todas direcciones. Mi mirada se posó en una compresa sujeta con dos tiras de esparadrapo. La sangre de la herida ya había traspasado y fluía sin control por su abdomen hacia la tela de sus pantalones.

—Esto es una broma, ¿verdad?

Me sostuvo la mirada. —Un rasguño. Nada más.

Me mordí la lengua antes de respirar hondo y extender el dedo para pasarlo por la sangre y asentir. —Un rasguño —repetí, antes de arrancar el maldito vendaje.

Santiago se estremeció, y más sangre brotó de la herida punzante.

—Sí, así es exactamente como se ven los rasguños últimamente. *Sei proprio uno sciocco. Volevi morire dissanguato mentre tornavi a casa?*" Me pareció prudente llamarlo idiota en un idioma que no entendiera. Tampoco la pregunta sobre si había planeado desangrarse de camino a casa.

Con puro fuego en los ojos, observó cómo abría la puerta de un empujón y salía. Abrí el maletero de un tirón, cogí el botiquín y me dirigí a la puerta del conductor antes de abrirla con el mismo ímpetu. Por supuesto, su *rasguño* no había dejado de sangrar.

—Sal de ahí —ordené, ignorando a todos los niveles a quién estaba dando órdenes realmente. Obedeció, para mi sorpresa y la suya. Santiago se deslizó hacia fuera, lo que visiblemente le causó dolor.

—Unas cuantas pastillas para el dolor y todo estará bien. —Intentó de nuevo restarle importancia a su herida. ¿Era su orgullo? ¿O el hecho de que intentaba ocultarme el mundo en el que vivía? Demasiado tarde. Yo había crecido en él. Había visto suficientes heridas de este tipo como para trabajar en urgencias.

Sin inmutarme, empapé mis manos en desinfectante.

—Rafael le echará un vistazo cuando volvamos. No es nada, Thalassa. —Otra vez enfatizó mi nombre de *esa* manera.

Asentí de nuevo. Al momento siguiente, deslicé mi mano por su abdomen hasta la herida. Mi dedo se hundió sin obstáculos varios centímetros en la herida. Las manos de Santiago se dispararon hacia arriba y agarraron mis brazos. Una fuerte maldición escapó de sus labios mientras prácticamente saltaba hacia mí.

Alcé una ceja. —¿Reconocemos ahora que esto *no* es un rasguño?

Su mirada bajó, entre nosotros y hacia mi dedo, que no se había retirado ni un centímetro de él. A cambio, el sangrado se había detenido por un breve momento.

Su respiración era rápida y superficial. —¿Qué pretendes hacer?

—Curarte.

—No creo que normalmente se haga de esta manera.

—Confía en mí —murmuré, cogiendo una de las vendas de gasa y comprimiéndola lo suficiente como para poder introducirla en la herida en lugar de mi dedo. Inmediatamente después, apliqué presión hasta que le coloqué un vendaje. Solo entonces liberó mis brazos. Probablemente los había agarrado con tanta fuerza que mañana encontraría las marcas de sus dedos allí.

Cuando di un paso atrás poco después, respiraba con dificultad. Gotas de sudor perlaban su frente. Pero el sangrado se había detenido.

—¿Dónde aprendiste eso, Thalassa? —Había una urgencia en su voz que no le había oído antes.

—Mis hermanos mayores son idiotas —respondí en voz baja y me encogí de hombros. No era mentira. Simplemente no era toda la verdad. —Aun así, tienes que ver a un médico, Santi.

El apodo se me escapó de los labios antes de que me diera cuenta realmente. Lo mismo ocurrió con la preocupación en mi voz. Antes de saberlo, simplemente había estado ahí. Demasiado honesta como para poder reprimirla. Mi pulso no se calmó hasta que comprobé que no fluía sangre nueva por su abdomen.

Nos miramos en silencio mientras los coches pasaban rugiendo por la carretera sin prestarnos la más mínima atención, aunque estábamos aparcados justo en el arcén.

Finalmente, tragué saliva. —Yo conduzco de vuelta —anuncié antes de dejarme caer en el asiento del conductor, dejándole solo el del copiloto. Cuando mis manos se cerraron alrededor del volante, ya no se podía negar que me había manchado de sangre.

Su sangre.

SANTIAGO

En una sola noche, ella había salvado mi vida dos veces. *Dos veces*. Y yo la había llevado a la arena por una sola razón, que no tenía nada que ver con que fuera un reemplazo adecuado para Rafael. Quien, como noté con fastidio, ya estaba sentado en las escaleras que conducían al piso superior, esperando mi regreso.

Cuando crucé la puerta, Thalassa me seguía de cerca, pero aun así mantenía suficiente distancia para dejar claro que ella también seguía molesta por mi comportamiento. Admito que había sido estúpido. Sin embargo, no podía dejarla sola y sin supervisión en la arena ni un segundo más, cuando momentos antes algún idiota había intentado apuñalarme con un maldito cuchillo.

Dudaba que él hubiera sido consciente de quién tenía realmente frente a él, pero al final no podía decirlo con certeza. De todos modos, estaba muerto; después de que su cuchillo me infligiera la herida en el abdomen, mi autocontrol se había esfumado por completo. Lo había derribado con mis propias manos, protegido por los hombres que habían irrumpido en la arena. Y como la arena me pertenecía y yo organizaba todas las peleas bajo un nombre falso, nadie lo cuestionaría.

Rafael se levantó en el momento en que encendí la luz. Me examinó de pies a cabeza antes de hacer una mueca. —Así que este es el resultado cuando insistes en ir solo.

Thalassa aún estaba a tres metros de distancia, con los brazos cruzados. Solo no había estado...

Ella se aclaró la garganta. —En realidad, podría haber sido mucho peor. Solo quería mencionarlo.

Él se volvió hacia ella, todo su lenguaje corporal indicando que le irritaba incluso oírla hablar. —¿Peor?

—Claro. Su oponente tenía un cuchillo. Sobre el cual pude advertirle justo a tiempo, antes de que fuera demasiado tarde. Bueno, obviamente aún recibió un rasguño, pero es mejor que desangrarse en la arena. O en el coche. Supongo. —Sus palabras seguían siendo como un cuchillo. Afiladas, punzantes y un instrumento que usaba con tanta precisión que se me erizó el vello de la nuca.

En la arena, había florecido por un breve momento. Al principio, había observado a Thalassa desde el otro lado mientras me preparaba para mi pelea. Luego durante la entrada a la arena. Después, sin embargo, había sido más bien una carga tener su rostro constantemente ante mis ojos, sabiendo que estaba colgada sobre la pared de madera para animarme *a mí*. Yo siempre ganaba, por eso los espectadores estaban tan emocionados, pero esta vez había tenido un sabor completamente diferente, porque no solo estaba luchando por mí. Algún instinto profundamente

arraigado había exigido que luchara y ganara por *ella*.

Mientras Rafael y Thalassa competían por mostrar su preocupación, me dirigí al comedor y abrí una de las botellas para servirme varios centímetros del líquido negro en un vaso. Lo vacié como si fuera un chupito, aunque un alcohol tan caro en realidad merecía ser apreciado.

El calor se extendió por mi cuerpo y cuando regresé, parecía que los dos estaban a punto de agarrarse del cuello mutuamente.

—¿Pero son conscientes de que estoy vivo, verdad? —intervine. Unos cuantos puntos y analgésicos y estaba como nuevo.

Rafael me lanzó una mirada de advertencia. Normalmente, me acompañaba a la arena. Guardaespaldas, si se quiere. Esta noche había insistido en que se quedara en la propiedad para poder llevar a Thalassa en su lugar. Por razones completamente egoístas, por supuesto, y precisamente por eso era difícil decir algo sobre el enojo de Rafael.

Puse fin a la discusión que estaba alcanzando nuevas alturas. —Rafael, al despacho. Thalassa, a la cama.

Preferiblemente a la mía, porque después de que me gruñera y me rasgara la camisa, el dolor había pasado a un segundo plano y compartía escenario con el deseo por ella. Antes siempre se había mostrado reservada, pero ese pequeño espectáculo había demostrado claramente que había mucho más escondido bajo la superficie, y apenas podía esperar para desmontar todas las capas y descubrir quién era realmente bajo las excusas y mentiras.

Hermanos mayores, y una mierda. Sus movimientos habían sido demasiado rutinarios, su conocimiento demasiado profundo como para que se tratara simplemente de curar el resultado de algunas peleas de patio de colegio. Había algo más, pero lo guardaba como una gárgola de piedra custodia una catedral medieval. Me gustaba cada vez menos, porque cada sorpresa con la que aparecía me atraía cada vez más hacia ella. No era una doncella en apuros. Pero lo que era además... tampoco podía decirlo todavía.

Observé cómo subía las escaleras, después de lanzarme una última mirada que probablemente pretendía decirme que absolutamente no le gustaba que la mandara. Aun así, obedeció. Mejor así, porque el tiempo en la arena me había alterado demasiado. Si me hubiera mirado fijamente unos minutos más, habría mandado mi autocontrol al diablo, la habría agarrado por el cuello y la habría estampado contra la pared más cercana para descargar en ella la ira acumulada por los acontecimientos. Dentro de ella. Sobre ella. Lo que fuera necesario para que me diera la misma calma que en el embarcadero.

Rafael pasó junto a mí hacia mi despacho. —¿Me vas a explicar todo esto?

—Su informe fue bastante exhaustivo, en realidad.

—No me guío por los informes de mujeres cualquiera —replicó.

Lentamente, me senté en el borde de mi escritorio para que Rafael pudiera atender mi herida. Él también podía dar esos pocos puntos. No necesitaba un médico para eso.

—Pero es verdad. Ella me salvó la vida. Dos veces.

—No exageres. Ambos sabemos que ese tipo nunca tuvo oportunidad.

Automáticamente me puse serio. —No vi venir el cuchillo, Rafael. No lo digo para que ella se sienta como una heroína. Es la verdad.

—¿Y la segunda vez?

—Cuando insistí en que todo estaba bien, mientras la herida sangraba a través del vendaje. —Otra cosa que admitía de mala gana, sobre todo porque había ocurrido debido a mi imprudencia.

—¿Y esto es obra suya?

Asentí. Él maldijo.

—¿Tiene formación de paramédico o algo así? ¿Por casualidad?

—No. Tiene hermanos mayores —respondí en un tono que dejaba claro que no creía ni una palabra de lo que ella decía.

—¿Y la arena no la aterrorizó?

El miedo no se parecía en nada a Thalassa, que se enfurecía detrás de la valla de madera porque su luchador favorito había recibido un feo gancho de derecha. —No se dejó impresionar —murmuré.

Por lo demás, también había estado relativamente tranquila. Sin pánico en sus ojos. Solo cálculo absoluto y una confianza en sí misma que demostraba que tenía la situación bajo control, siempre que yo le cediera dicho control. Había mantenido la calma, incluso cuando se enfrentó a mi herida. Además, había esquivado mis tonterías, se había rebelado contra mí y había defendido su punto de vista sin hacer caso a lo que yo le aseguraba.

Thalassa no era en absoluto una joven cualquiera que mantuviera la cabeza baja para escapar ilesa de mi mundo.

—Te dije que causaría problemas. —Rafael ya había empezado a deshacer su vendaje y a limpiar mi herida. Cuando sacó la aguja, eché la cabeza hacia atrás.

—No está causando problemas.

—Pero tampoco es normal.

—Ninguno de nosotros es normal, Rafael —siseé, porque la primera puntada atravesó mi piel ya irritada.

—Se supone que ella no pertenece a nuestro mundo. Ahí está el problema. No puede permanecer tan tranquila si no ha estado en contacto con él antes. Y no me digas que es por su contacto con Agustín.

Era imposible que fuera el caso. Mi hijo no tenía la más mínima idea de cómo tratar heridas o cómo tomar el control en una situación que lo requiriera. Thalassa, por otro lado, simplemente había cambiado a un modo diferente y había hecho lo que era necesario. Sin importar quién estuviera frente a ella y que con su falta de subordinación estaba cruzando más de un límite.

Por un lado, ella no debería haber sabido que estos límites existían en absoluto, por otro lado, era imposible que no los hubiera reconocido automáticamente. Aunque no dejaba ver todo lo que notaba, algo me decía que absorbía cada detalle por sutil que fuera. Por sí sola. No de forma natural. Sino porque se había entrenado exactamente para eso.

Rafael dio la última puntada y aplicó un gran parche mientras yo todavía pensaba qué decir. —Quizás sea hora de averiguar quién es —dije finalmente.

—¿Una verificación de antecedentes?

—Todo lo que encuentres.

—¿Y Agustín? Por cierto, ya está en la cama. No le molestó realmente que ella se fuera.

En su lugar, yo habría reaccionado de manera fundamentalmente diferente, pero Agustín parecía estar haciendo muchas cosas mal de todos modos. Así que, ¿por qué no también en este punto? Se me escapó un breve suspiro que probablemente expresaba todo lo que pensaba al respecto.

—No le diremos nada. La conoce desde hace semanas. Si hasta ahora no ha notado nada... —Ciertamente no le serviría nada en bandeja de plata.

Desde la muerte de Marisol, me resultaba difícil dormir toda la noche. La parte racional de mí sabía que era absolutamente imposible entrar en la propiedad sin ser observado, y mucho menos en esta casa. Pero la otra parte, más grande, siempre mantenía el control en este caso. Si dormía, me perdería el momento en que invadieran e intentaran destruir un imperio nuevamente. La muerte violenta de mi hermana había sido una declaración de guerra, un guante arrojado a los pies de mi padre y los míos. Después de presenciar su muerte, estuve más que dispuesto a hacer que la sangre corriera por las calles de la ciudad.

Habían pasado diez años desde entonces, pero yo seguía durmiendo con un ojo abierto y la mitad de mi cerebro en estado de alerta, por miedo a que algo así volviera a suceder. No solo Marisol había sido víctima esa noche. También la hija de Rafael. Habían intentado matar a mi madre también, y sus esfuerzos casi habían tenido éxito. Tanta sangre inocente en nuestras manos. Si volviera a suceder, y yo no fuera capaz de proteger a todas las personas bajo mi mando...

Así que deambulaba cuando era demasiado difícil conciliar el sueño. Comprobaba el funcionamiento de los sistemas de alarma. De las cámaras de vigilancia. Verificaba si todos estaban en sus puestos, porque estos hombres eran la primera defensa necesaria para proteger la propiedad.

Hacía una eternidad que no confiábamos en la protección de estos hombres adicionales. La propiedad solo estaba protegida por una valla y algunos guardias individuales apostados en la casa. Antes de esa noche nunca se había necesitado más, porque a nadie se le había ocurrido meterse con Ángel Rojas, un hombre que llevaba *el muerte* escrito en letras invisibles en la frente. No volvería a correr un riesgo como ese, porque la carga sobre mis hombros ya era tan pesada que me había cambiado de forma permanente.

Ni los analgésicos ni el alcohol que corría por mis venas pudieron evitar que me levantara de la cama también esta noche. Hoy estaba aún más decidido que antes, pues Rafael también había sugerido investigar sobre el luchador que había aparecido con un cuchillo. Teníamos que prever las balas que volaban en nuestra dirección... y no esquivarlas solo cuando estuvieran a punto de destrozarnos.

Ya anoche mi camino me llevó a pasar por la habitación de Agustín. Sin puertas cerradas, la regla más importante de todas. Desafortunadamente, eso también me había permitido observar a Thalassa. Mientras supuestamente dormía y poco después se entregaba a Agustín, solo para mantener su mirada fija en mí todo el tiempo.

Recé para no encontrarla en esa posición esta vez, porque esta noche simplemente no lo habría soportado. Las emociones ya se agitaban dentro de mí y... ella ni siquiera estaba junto a Agustín. Ni siquiera estaba en la habitación.

Ignoré mi primer pensamiento. De ninguna manera daría la alarma y admitiría claramente que había empezado a preocuparme por ella. Eso solo me pondría en un hielo peligrosamente delgado sobre el que definitivamente no quería estar.

Con una maldición en los labios, seguí bajando, ya repasando mentalmente las diferentes posibilidades. No podía haber ido lejos. Un intento de fuga era inútil. Además, no parecía alguien que simplemente huía cuando algo sucedía. Un segundo después, sentí alivio al oír a alguien moverse por el piso de abajo. Eran sus pasos ligeros los que venían hacia mí. Dos días en su presencia y ya había memorizado este detalle. Eso no auguraba nada bueno.

Jadeó asustada cuando me vio al pie de las escaleras. El cuenco que balanceaba en su mano casi voló al suelo cuando instintivamente dio un paso atrás. Era la primera vez que me mostraba tal reacción. Y no lo registré como un éxito mío, sino bajo la categoría de que simplemente no se

espera encontrarse con alguien más por la noche.

—¿Te he despertado? —susurró.

—No. Aún no me había acostado.

Frunció el ceño en el centro de su frente. —Deberías. La herida no se cura sola.

—Pero tampoco se cerrará mágicamente durante la noche.

—Esta es una discusión sin sentido, ¿verdad? De todos modos, harás lo que quieras.

Exactamente. Y eso no incluía acostarme solo porque me lo hubiera ordenado entre líneas.

—¿Y tú? ¿Antojos nocturnos? —No logré sacar el tono divertido de mi voz. Ni la alusión a la noche pasada.

Esperé ver un rubor delator en sus mejillas, notar cómo empezaba a sudar o mostrarse avergonzada de alguna otra manera, pero nada de eso sucedió.

En su lugar, dobló, entró en la cocina y encendió la pequeña luz sobre la estufa para que no tuviéramos que seguir hablando en la penumbra. Con un movimiento hábil, se subió a la isla de la cocina, se sentó con las piernas cruzadas y colocó el cuenco entre sus muslos.

Entre sus largas piernas desnudas, que estaban metidas en unos shorts condenadamente cortos, debajo de los cuales seguramente no llevaba ropa interior. La camiseta tampoco le hacía el favor de ocultar nada. Quizás las noches de insomnio ya no eran la única tortura que tendría que soportar en esta casa.

—Estaba segura de que solo era mi imaginación —dijo finalmente, con la mirada baja para no tener que mirarme al otro lado de la cocina, donde yo estaba apoyado con los brazos cruzados.

Hasta ahora, ambos habíamos evitado hablar de ello. Bajo la protección de la noche, ya no parecía haber razón para seguir haciéndolo.

—Todo ello corresponde a la realidad. —Y con eso no solo me refería a eso, sino también a todas las otras cosas no dichas que vagaban entre nosotros.

—No podemos hacer esto, Santi. No puedes tocarme.

—Pero lo deseas. —Habría apostado todo a que no solo lo quería. Thalassa se *consumía* por ello, tanto como yo.

Apretó los labios. —Eso no importa.

—Después de que cuidaste mi herida, me habría encantado sentarte sobre el capó y follarte para que el dolor disminuyera.

—Pero... —Su boca se abrió ligeramente, la palabra apenas audible.

—¿Pero los coches que pasaban? —Me encogí de hombros, con los brazos aún cruzados—. Al menos valdría un titular. *Choque múltiple debido a mirones*. Viéndote así frente a mí, diría que un siniestro total bien valdría la pena. —Mi mirada recorrió libremente su cuerpo hasta llegar a su cuello, estudiando su pulso, que se veía latir con demasiada claridad.

—Santiago —jadeó. Debía ser una protesta. Una advertencia. Pero salió de sus labios demasiado débil como para que yo pudiera considerarla como tal.

Así que me aparté del mostrador y apoyé las manos a la izquierda y a la derecha de ella sobre la isla de la cocina. Respiré hondo. Se había duchado, había lavado mi sangre de sus manos. Aparte de su champú, no se le adhería ningún aroma, excepto el de su excitación, que se extendía lentamente entre nosotros. Inevitablemente me hizo agua la boca.

Thalassa no hizo nada. Absolutamente nada. Y aun así, lograba seducirme de una manera casi mágica. Su aliento caliente golpeaba mi rostro, haciendo que automáticamente bajara la mirada hacia sus labios carnosos, que me invitaban a inclinarme y besarla. Como en aquella primera noche, solo que esta vez no me detendría. Resistí el impulso incontrolable presionando

las palmas de las manos con más fuerza contra la encimera de la isla de la cocina.

El tiempo pareció detenerse mientras ella esperaba a ver qué haría yo a continuación y yo consideraba cuánto quería recorrer el camino al infierno esta noche. Era reprochable siquiera acercarse tanto a ella. Tener estos pensamientos e ideas. Sin embargo, simplemente no sabía cómo evitarlo. ¿Debería siquiera hacer algo al respecto cuando la atracción era tan obviamente mutua?

Mi mirada se deslizó más abajo, hacia las fresas que reposaban intactas en el cuenco. Fue un acto de autocontrol llevar una mano entre sus piernas y tomar una de las frutas sin dejar que mis dedos se deslizaran por la piel desnuda que me ofrecía. Acerqué la fresa a su boca, esperando que se inclinara hacia adelante y la mordiera.

En su lugar, su lengua salió disparada, atrapando la fruta entre sus labios. Sentí cómo la chupaba, solo para liberarla intacta de nuevo. Mi cerebro de repente quedó en blanco, imaginando que haría exactamente lo mismo con la parte de mí que ya anhelaba su toque.

—No te tocaré —aclaré con voz ronca, mientras deslizaba la punta de la fresa sobre su barbilla, a lo largo de su cuello sensible, hasta llegar a su clavícula.

Su piel se volvió más rosada por el calor que había encendido en su interior. Su torso se arqueó automáticamente hacia mí, mientras Thalassa se mordía el labio inferior y entrecerraba los ojos, siguiendo los movimientos casi perezosos de mi mano.

Me deslicé más abajo, pasando la fruta sobre su top y jugando alrededor de sus pezones, mientras secretamente deseaba poder agarrarla con las manos y tocarla de verdad. Ella había iniciado este juego... yo solo lo estaba terminando, bajo las condiciones de sus tontas reglas.

Seguí bajando, prestando especial atención a cómo se estiraba hacia mí y cómo un escalofrío placentero recorría su espalda.

Me detuve en la cintura de sus shorts, retirando la fresa y mi mano. —No te acostumbres a que juegue según tus reglas, Thalassa. Por ahora respeto tus límites, pero no lo garantizo en el futuro.

Algún día llegaría el momento en que la sentaría sobre mi verga, para que nuestros cuerpos pudieran entregarse en perfecta armonía a esta tentación entre nosotros.

—Sigue —susurró. Sus ojos brillaban oscuros, amenazando con hechizarme.

En lugar de arrodillarme y satisfacer *mis* deseos nocturnos con su cuerpo, le indiqué que se diera la vuelta. Su espalda quedó automáticamente contra mi pecho después de que obedeciera mi orden.

—Shorts —le recordé con un gruñido, solo para casi volverme loco después porque ella hizo girar sus caderas mientras empujaba la molesta tela hacia abajo. Cayó al suelo por el otro lado, y obtuve una primera impresión de cómo se veía cuando abría las piernas para mí. El efecto que tenía en mí.

La maldición en mis labios se ahogó en un gruñido profundo, porque su excitación me atrapó completamente en ese momento y avivó tanto la mía que olvidé cómo respirar.

Me torturé a mí mismo cuando dejé que la fresa vagara por sus muslos, suavemente y hacia el lugar donde me habría encantado hundirme sin contemplaciones para hacerla gritar.

La cabeza de Thalassa cayó contra mi hombro tan pronto como me deslicé sobre su monte de Venus, pasando por un lado de ese punto sensible. Estaba mojada.

No tenía a mi disposición ni mis dedos, ni mi lengua, ni siquiera mi verga, y aun así ella disfrutaba cada toque que le proporcionaba.

Joder.

Fascinado, observé cómo la fruta roja se deslizaba entre sus labios, hasta que pude jugar

sin obstáculos con la punta alrededor de su clítoris. Inhaló bruscamente, dejando escapar el aire con un suspiro. Me tensé automáticamente. No era suficiente sentir su espalda contra mi pecho. Debería estar debajo de mí, para que sus pechos desnudos pudieran presionarse contra mí mientras estaba profundamente dentro de ella, trabajando ese otro punto dulce que la haría temblar.

Por un momento, me aventuré más abajo, jugando alrededor de su entrada, solo para volver a dedicarme al punto anterior. Internamente, estaba a punto de explotar. Externamente, me resultaba difícil mantener el control.

Mi nombre ya estaba en sus labios, mientras sus piernas se separaban cada vez más, dándome más espacio para jugar. Reaccionaba a cada movimiento individual. Con un gemido, un espasmo, un movimiento exigente de su cadera, o simplemente presionándose más fuerte contra mí.

Los sonidos que salían de su boca se volvían cada vez más intensos. Demasiado fuertes, considerando que no estábamos solos en esta casa. Mi resolución de no tocarla se desmoronaba. Levanté la otra mano, la llevé por su cuerpo hacia arriba, toqué su cuello con los dedos hasta que finalmente pude cerrarlos alrededor de su mandíbula, presionando mi pulgar contra sus labios. Se cerraron a mi alrededor, concediéndome entrada. Sentí su lengua, el roce de sus dientes, cómo se creaba automáticamente un vacío y su calor me envolvía... Mi cerebro no perdió la oportunidad, reemplazando mi pulgar por mi verga, así que presioné mi cara contra un lado de su cabeza para ahogar mi propio gemido.

Su mano se cerró alrededor de mi antebrazo, aquel que aún la acariciaba con la punta de la fresa.

—Córrete para mí, *Lionheart*. Quiero ver cómo tu cuerpo se estremece. Sé que lo deseas... déjate ir. No será el último orgasmo que te regale. —Mi voz no era más que una promesa oscura, susurrada en su oído, para silenciar los pensamientos que sin duda corrían por su mente.

Un temblor recorrió su cuerpo antes de que se presionara aún más fuerte contra mí. Su gemido vibró a través de mi brazo porque mi dedo aún estaba entre sus labios. Thalassa se arqueó cuando el clímax la atravesó, arrastrándola completamente. La tensión abandonó su cuerpo, reemplazada por un temblor que duró segundos, interrumpido repetidamente por espasmos cuando deslizaba la punta de la fresa de nuevo sobre su punto más sensible en ese momento.

—Me gusta cómo te corres para mí. Cómo tu cuerpo me obedece —murmuré. Su reacción por sí sola había sido lo suficientemente intensa como para casi llevarme al orgasmo también. Pero definitivamente prefería estar dentro de ella mientras lo hacía, por lo que mis bóxers no eran una alternativa real.

Jadeando, liberó mi dedo y se incorporó. Quiso agarrar la fresa, pero antes de que pudiera arrebátarmela, ya había apartado la mano y la miré con advertencia, antes de que un sonido de negación saliera de mis labios.

—No hagas eso —pidió, como si de repente se avergonzara de lo que acababa de pasar.

—Sin posibilidad. Esta noche te probaré, *Lionheart*, aunque sea combinado con una fresa... —La llevé a mi boca, inhalé y la dejé desaparecer entera en mi lengua.

Con el sabor que explotó en mi boca, quedó definitivamente claro que tenía que tenerla. Pero las palabras aún no habían salido de su boca y dudaba que lo hicieran esta noche, a pesar de que en su rostro no se leía más que puro deseo.

Saltó de la isla de la cocina, dejando la superficie húmeda. Tal vez la llevaría al orgasmo en cada mueble de toda la fortaleza, solo para que me recordara durante todo el día cómo sabía,

cómo se sentía y cuán condenadamente dulces eran los sonidos que salían de sus labios cuando suplicaba sin palabras por un orgasmo. *Joder*. Podría llenar cada centímetro de mi vida y probablemente no sería suficiente para satisfacer mi necesidad de ella. Y eso que aún no había explorado ni una fracción de lo que tenía en mente.

Thalassa estaba justo frente a mí, con la mirada levantada hacia mi rostro. Un ligero rubor aún jugaba en sus mejillas. —¿Con cuántas mujeres has hecho esto ya?

—Elige tus próximas palabras con cuidado —advertí.

—Respóndeme la pregunta.

—Ninguna. ¿Quién crees que soy? ¿Un playboy que se liga a tres mujeres cada día? Por favor, como si eso me satisficiera de alguna manera, Thalassa.

Me lanzó una mirada fulminante. ¿Acaso no me creía? ¿O le molestaba aún más la constatación?

—¿Entonces por qué no tienes una mujer? —La siguiente pregunta salió como un disparo.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

—Ya que estamos con preguntas incómodas... ¿por qué él? ¿Por qué Agustín? Él no te da lo que quieres. Ni lo que necesitas. Hasta un ciego lo vería. Sin embargo, cada maldita noche te metes en su cama y dejas que te trate como si no valieras nada.

Esperaba que retrocediera. Tal vez incluso que me diera una bofetada. En cambio, siguió mirándome fijamente, sin ceder ni un centímetro de terreno.

—Él es seguro.

Intrigado, incliné la cabeza. Agustín era todo menos seguro. Ni siquiera era capaz de cumplir con una cita. Mucho menos de protegerla.

Por mi reacción, debió notar que no entendía a qué se refería. Que incluso me molestaba un poco escuchar esas palabras de su boca.

—Es seguro porque no me arrepentiré cuando vuelva a casa. Él no significa nada para mí. No importa. No me romperá el corazón. No tengo que sentirme mal ni sufrir por dejar atrás a alguien a quien pude llegar a apreciar. Este verano debe ser divertido. No una carga sobre mis hombros.

Negué con la cabeza, aún incapaz de entender sus motivos. —No me digas que te diviertes con él.

Se rio. —No. No lo hago. Ahí estuvo mi error de cálculo. Rara vez te diviertes con personas que no te agradan. Tal vez incluso odias un poco.

—Puedes dejarlo. No creo que le importe, considerando cuánto tiempo realmente pasa contigo. —Ni siquiera se había dado cuenta de que ella había dejado su cama en medio de la noche.

—¿Y entonces qué, Santi? Mi tiempo aquí tiene fecha de caducidad. No puedo quedarme. Y si tengo que volver a los Estados Unidos mientras solo puedo pensar en este único y maldito hombre, no terminará bien para mí.

—Sabes que tengo los medios para permitirte una vida en España, ¿verdad?

Un resoplido salió de su nariz. —No hagas eso. Por favor.

—Cuéntamelo —exigí de repente. Si seguía hablando en acertijos...

Pero ella negó con la cabeza. —No. Prefiero no pensar en ello.

—¿Entonces todo debe quedar como está? ¿Te acuestas en su cama mientras imaginas mis manos sobre tu cuerpo? ¿Te escabulles para poder correrte para mí mientras al mismo tiempo no me permites tocarte? Eso no puede ser posiblemente lo que quieres.

—Nadie ha dicho que eso vuelva a suceder.

Levanté una ceja. —¿Entonces quieres seguir provocándome? ¿Hacer que mi polla se ponga dura con solo pensar en ti, pero no ser capaz de hacer nada al respecto?

—No tienes que pensar en mí, Santiago.

—Claro. Simplemente ignoraré cómo pasas justo frente a mis ojos, moviendo las caderas, desnudándome con la mirada y siendo incapaz de ocultar los pensamientos que te persiguen. Pan comido. —Sentí la misma energía que hace unas horas, cuando discutimos en el coche.

El calor inundó mi cuerpo.

—Entonces no deberías tener problemas —replicó con acritud.

Me contuve de hacer el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua y la dejé ir.

Cuando entré en la cocina a la mañana siguiente, Rafael ya estaba presente y ocupado sacando algunas cosas para el desayuno del refrigerador. Hacía diez años que no había empleados que se ocuparan de la casa y las comidas, porque consideraba que el riesgo de seguridad era demasiado alto y prefería ocuparme yo mismo de todo antes que confiar en extraños que te traicionarían sin pestañear.

Rafael cerró la puerta del refrigerador y se volvió hacia mí. —Pensé que no la tocabas.

—Buenos días a ti también, Cortez.

Me miró con una ceja levantada.

—No sé de qué hablas.

—De esto —respondió, y cogió con la punta de los dedos los shorts de Thalassa de la encimera, antes de lanzármelos.

Los atrapé y me di cuenta de que todavía olían a su excitación. Después del desenlace de nuestra conversación anoche, me hubiera gustado decir que ahora me interesaba menos, pero desafortunadamente mi traicionero cuerpo me enviaba otras señales.

—Una prenda de ropa. ¿Y qué más?

Bajo su atenta mirada, hice desaparecer los shorts en el bolsillo de mi pantalón. Una parte de mí lo hizo porque no quería que Agustín se enterara de lo que había pasado... y otra parte pensaba que los shorts servirían como un recuerdo muy especial.

—¿Debería pasarme esta noche? Apostaría mi trasero a que te llevarás esa prenda a la cama. O que te acurrucarás con ella mientras te imaginas...—

Se interrumpió a sí mismo. Yo también había oído los pasos en la escalera, le lancé una última mirada de advertencia y luego agarré los platos para que al menos pareciera una mañana normal.

Tenía una pregunta que me quemaba por dentro, pero era imposible hacerla en presencia de otros. Quería saber hasta dónde había llegado con sus investigaciones sobre Thalassa, si había respuestas que aclararan sus crípticas declaraciones y finalmente me revelaran quién era ella realmente y qué estaba ocultándome.

Le había dicho que era un error mentirme. Sin embargo, sus declaraciones difícilmente podían calificarse de mentiras. Simplemente bailaba hábilmente alrededor de la verdad completa y me daba una fracción de ella que, si bien no era falsa, tampoco lo revelaba todo.

No era Thalassa quien nos esperaba en el comedor, sino mi hijo.

—Ah, ¿nos honras con tu presencia otra vez?

Él hizo un gesto de desdén. —Estaba ocupado.

—¿Con qué?

—Buscando a esos idiotas.

Quizás era hora de decirle que no los encontraría porque yo ya me había encargado de ello. No lo hice simplemente porque habría significado enviar a Thalassa a casa en el mismo aliento. Y simplemente no estaba listo para eso.

—¿Has tenido algún éxito? —pregunté en su lugar mientras me sentaba en mi silla. Rafael tomó asiento a mi lado.

—Hay una pista. Pero es complicada. Tiene que ver con los Peaky Blinders.

Discretamente, miré a Rafael. Lo que afirmaba era una mentira absoluta. Los escoceses sabían mejor que involucrarse en el trabajo de las ratas callejeras. Vendían alcohol, iniciaban peleas en bares y apostaban hasta la camisa, pero seguramente no robaban a mujeres. Por una tarjeta de crédito y un smartphone. Era ridículo. Más que eso, Cahal apenas podría contener su diversión si le contara sobre esto. Su familia era orgullosa. Sus hombres aún más. Y lo que le había sucedido a Thalassa estaba muy por debajo de su nivel.

Así que Agustín o no tenía ni idea, o realmente nos estaba contando una mentira.

—Deberías tener en cuenta lo frágil que es la paz entre nosotros. Acusaciones injustificadas podrían destruirlo todo —le recordé.

—No tenía intención de llamar a su puerta y confrontarlos directamente.

—Antes de hacer cualquier cosa, obtendrás la aprobación de Rafael, ¿entendido? —Terminé mi frase justo a tiempo, porque en el siguiente momento entró Thalassa.

La silla a mi lado se movió casi por sí sola un poco hacia atrás. Rafael y su maldito pie.

Sin embargo, ella no se dejó intimidar por eso y se hundió en el asiento a mi lado, con la mirada fija en su plato. Su cabello estaba un poco desordenado y sus mejillas sonrojadas. La visión no solo me resultaba vagamente familiar, sino que inmediatamente evocó recuerdos de la noche anterior.

Le ofrecí un tazón. —¿Fresas?

—No, gracias.

Casi en el mismo segundo, Rafael comenzó a toser a mi lado, antes de volver a colocar en su plato la fresa que acababa de llevarse a la boca. Se contuvo de hacer un comentario, pero la expresión de su rostro hablaba por sí sola.

Agustín sacudió la cabeza con fastidio antes de levantarse sin haber comido nada. —Conseguiré algo por el camino —murmuró y salió por la puerta antes de que se me ocurriera una respuesta.

Desconcertada, Thalassa miró a Rafael antes de torcer la boca con desdén. —No tengo idea de qué le pasa. A mí me gusta esto. Mi madre siempre desayuna en la cama, a mi padre nunca se le ve comer y mis hermanos comen como si estuvieran al borde de una muerte trágica por hambre cuatro veces al día.

—Como los hombres en el campamento.

Pero esa no era la razón por la que desayunábamos juntos todas las mañanas. Había sido una especie de grupo de apoyo, después de *la noche roja*, que consistía en mi padre, Rafael y yo. Mi padre había lidiado con la preocupación por mi madre. Rafael había superado la mierda que su esposa le había lanzado. Y yo había lidiado con la muerte de Marisol y el hecho de que no podía culparme eternamente por ello. La mayoría de las veces solo nos sentábamos en silencio. Se convirtió en una tradición relajada solo después de que Azahar Rojas se hubiera recuperado y se hubiera unido a su marido. Y después de que los dos se retiraran y me dejaran los negocios, Rafael y yo mantuvimos la reunión diaria.

De repente, Rafael me señaló con el tenedor. —¿Tu herida?

—No se ha curado mágicamente durante la noche. Pero estoy trabajando en ello.

TALIA

Con los ojos cerrados, yacía sobre el colchón inflable que flotaba perezosamente en la piscina. Las sombras bailaban frente a mis párpados, que a veces se teñían de colores. Aparte del canto de los pájaros, el chapoteo del agua y la suave música que reproducía desde mi smartphone, no oía nada más.

Donde ayer había hombres apostados, ahora solo quedaban lugares desiertos, de modo que tenía todo el jardín para mí sola y mis pensamientos podían vagar libremente.

A estas alturas, me admitía a mí misma lo peligroso que se había vuelto estar en presencia de estos hombres. Se sentía como si constantemente estuviera esquivando proyectiles diseñados para derribarme. Una reacción equivocada, una respuesta incorrecta, y mi secreto dejaría de serlo. Y lo que sucedería después, prefería no imaginármelo.

Anoche había intentado mantener a Santiago a distancia, pero ya esta mañana me había dado cuenta de lo patéticamente que había fracasado. No por él, sino únicamente por la reacción de mi cuerpo. Santiago se había adueñado de mis sueños y, incluso mucho después de haberme despertado, aún lo sentía. Mi cerebro no tenía problemas en imaginar exactamente cómo se sentiría.

Por eso también me había convencido de hacer algo temerario.

Hacía minutos que Santiago había bajado. Agustín aún estaba en la ducha y cuando salí al pasillo, mi camino no me llevó a las escaleras, sino más allá por el corredor, hasta que me encontré frente a la puerta detrás de la cual había una habitación en la que no debía entrar.

Aun así, quería saber en qué tipo de persona se convertía cuando estaba solo. Mi mano se cerró sobre el picaporte. No esperaba poder entrar tan fácilmente, pero cedió sin resistencia. Se abrió. Sin obstáculos.

El sol se derramaba sobre los oscuros tablones de madera. Su aroma me golpeó incluso antes de que pudiera absorber toda la habitación. Fuera lo que fuera lo que esperaba, no era reconocer a Santiago en cada detalle que se revelaba ante mi mirada.

La mayor parte de la habitación estaba ocupada por su cama. No la había hecho, por lo que las sábanas negras yacían revueltas sobre el colchón. En la mesita de noche se apilaban libros. Enfrente había algunas cómodas, con algunos objetos encima que debía haber dejado al pasar.

No estaba aquí para espiar al cártel, sin embargo, no vi ningún documento de negocios. Probablemente separaba estrictamente sus espacios privados de su oficina en la planta baja. Con cuidado, me senté en su cama, luchando contra los pensamientos de que lo que estaba haciendo estaba mal.

Anoche le había revelado parte de la verdad, sin proporcionarle la información de fondo necesaria. Hace tres años, Ares me había pillado con un tipo. Para él no había terminado bien,

y para mí había terminado en una conversación con mi madre que probablemente nunca olvidaría.

—Puedes hacer lo que quieras, siempre que no olvides que es muy poco probable que te cases con ninguno de estos hombres. Todo esto solo se volverá más difícil si te gustan —esas habían sido sus palabras. Antes de explicarme que no importaba si me casaba virgen o no. Siempre y cuando convenciera a mi futuro marido de mentir por mí en el momento decisivo. La mayoría de los hombres lo harían si a cambio no recibían una aburrida conejita de cama.

Hice una mueca, desterrando sus palabras de mis pensamientos, y me dejé caer de espaldas sobre la cama. Mi cabeza tocó su almohada y cerré los ojos para poder disfrutar de cómo el recuerdo de su presencia me envolvía por completo.

Un calor se extendió por mi estómago, viajando más abajo, hasta que volví a pensar en la noche anterior. Solo había sido una fresa. No sus dedos, que me habrían gustado mucho más. Una frase. Una petición, y él habría cedido. Lo sabía. Sin embargo, nada de eso había salido de mis labios, porque temía lo que pasaría si me entregaba a él aunque fuera una sola vez.

Santiago era un hombre absorbente. No se conformaría con acostarse conmigo una vez y nunca más. Y para mí tampoco sería suficiente. No podía permitir que sucediera aquello de lo que mi madre me había advertido encarecidamente.

Intenté pensar en Agustín. En sus manos sobre mi cuerpo. Mi conciencia se burló de mí al instante, mostrándome a Santiago en su lugar.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, ya había deslizado la mano bajo mis pantalones, entre mis piernas. Me tocaba a mí misma, mientras en mi imaginación seguía siendo Santiago quien me excitaba.

Sus dedos se deslizaban por mi centro, se introducían en mí, solo para rodear mi clítoris y luego sumergirse más profundo. Su lengua se unió. Me llevé la otra mano a la boca para ahogar los sonidos en mis labios antes de que pudieran escapar.

Mi corazón latía aceleradamente. Por el deseo, por la sensación de peligro, porque él podría entrar en cualquier momento... Me tocaba cada vez más desesperadamente, hasta que finalmente mi bajo vientre se contrajo.

Córrete para mí, Lionheart.

El orgasmo me hizo ver puntos de luz. Automáticamente, rodé sobre mi estómago, enterré la cara en su almohada y moví mis caderas contra mi mano hasta que cesó el último espasmo. Lentamente me apoyé para levantarme de la cama y me puse de pie, un poco decepcionada de no haber sido sorprendida por él.

Me pasé la mano por el pelo ahora suelto, eché un vistazo a su espejo y me convencí con éxito de que nadie podría notar lo que acababa de hacer.

No era el sol lo que calentaba tanto mi cuerpo, sino el fuego en mis venas que se había reavivado con el recuerdo de esta mañana. Cuando pensaba en Agustín, nunca sentía la necesidad de tocarme. Santiago, en cambio, parecía controlar mi cuerpo sin que yo se lo hubiera permitido jamás.

Busqué mi bebida antes de coger mi smartphone y enviarle un mensaje a Adriano, para poder pensar finalmente en otra cosa. Me sorprendía no haber escuchado ni una palabra de protesta de su parte. ¿Había decidido por fin confiar en mí?

No pasaron ni diez segundos después de que enviara el mensaje cuando él llamó.

—Adriano —dije sorprendida.

—Bien. Solo quería asegurarme de que no estuvieras muerta en alguna zanja y que no fuera el cabrón que te atropelló quien me escribía. —Sonaba cabreado.

—Lo siento.

—¿Estás bien, Talia?

—Sí. Perfectamente.

—¿Segura?

—Claro.

—¿Y por qué entonces no vuelves a casa? Sabes que esto no es parte del acuerdo que hicimos. —Esperaba una declaración más vehemente. Que me obligara verbalmente a aparecer, y si no lo hacía, que cumpliera su amenaza de informar a mi padre sobre mi comportamiento.

—Solo son unas semanas más, Adriano. Y si tengo que volver al apartamento cada noche, pierdo la mitad de todo el tiempo. —Era una excusa débil que me salió de los labios en un instante.

—Prométeme que no te meterás en problemas. Y si surge algún problema, me avisas. ¿Entendido? Si tu padre descubre lo que te estoy permitiendo, Talia, estoy jodido. —No tenía que decírmelo dos veces. Cesare Ferrante no toleraba bromas en cuanto a la lealtad de sus hombres, y eso también significaba que Adriano en realidad no debería escucharme a mí en ningún caso, sino únicamente a mi padre. Aun así, Adriano me cubría las espaldas y no podía estar más agradecida por ello.

—Si tú no dices nada, él nunca lo sabrá —le aseguré. Tal vez debería invitarlo justo antes de que nos fuéramos de Málaga. Un pequeño recorrido de compras por la Calle Larios, una agradable cena y un sobre con suficiente dinero para que olvidara sus preocupaciones. Adriano era un buen hombre y definitivamente no alguien con quien quisiera echar a perder mi relación.

—Quiero seguir recibiendo actualizaciones —continuó, sin responder a mi comentario.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué estás haciendo?

Puse los ojos en blanco.

—Estoy tumbada en la piscina tomando el sol. ¿Quieres que te diga lo que llevo puesto o te basta con esa información?

Él gruñó algo en el auricular que no entendí. —¿Dónde estás? ¿Y con quién estás?

—Estoy sola, Adriano. —Si le decía que estaba en la *Alcazaba*, sabría inmediatamente en qué lío me había metido yo sola. Así que no era una opción contárselo. —Escucha, iba a buscarme otra bebida ahora mismo. Hablemos mañana otra vez, ¿vale?

No esperé su respuesta para no tener que escuchar su protesta.

SANTIAGO

En realidad, era un suicidio entrar en el club nocturno de un oligarca ruso. Pero también lo era recoger a algunos de los chicos de Cahal de las calles como rehenes y amenazar con matarlos si no aparecía un nuevo cargamento del oro líquido que los rusos parecían echar tanto de menos en las próximas doce horas.

Rafael se movía a mi lado, haciendo que la multitud se apartara automáticamente. A pesar de la música alta, mis sentidos estaban en alerta máxima, o quizás precisamente por eso. Sentía miradas sobre mí desde todos los rincones. Sin duda, mi presencia ya había sido comunicada al *patsan*, y si era un hombre inteligente, se reuniría conmigo y trabajaría en una solución para la situación que había provocado.

Una guerra en las calles de Málaga por alcohol y drogas era algo que había que evitar a toda costa. Además, todos teníamos problemas mucho mayores que un cargamento hundido de mercancía que todos esperábamos por igual.

El olor a sudor y vodka se intensificaba a medida que nos adentrábamos en el club, y pronto los cuerpos se convirtieron en una sola pared que se movía al ritmo de la música. En el nivel superior, los ricos y hermosos se emborrachaban mientras eran atendidos por mujeres escasamente vestidas. El dueño del club, Malik, debía haberlas traído directamente de Rusia para mantener la autenticidad del establecimiento y satisfacer a los visitantes, que disfrutaban experimentando el esplendor ruso y el legendario ambiente festivo por una noche.

Sin embargo, nuestro camino nos llevó directamente a la parte trasera del club, a una puerta discreta que pasaba desapercibida incluso para el cliente habitual que prestara atención. Todos estos edificios estaban contruidos según el mismo principio. Si conocías uno, los conocías todos.

Un joven nos interceptó. —¿Se ha anunciado vuestra visita?

Torcí el gesto ante la falta de respeto que acababa de recibir. El ruso me había enviado un *shestyorka*, un hombre que estaba en lo más bajo de la jerarquía, sin nada que decir ni que oponerse a mí. Habría sido igualmente insultante si yo le hubiera enviado a Ángel uno de mis *halcones*.

—Tienes exactamente cinco minutos para llevarnos ante tu *patsan*, si no quieres arriesgarte a que les dé permiso a los escoceses para masacrar a algunos de tus hermanos —mis palabras sonaron duras y no eran una amenaza vacía.

O estaba dispuesto a hablar conmigo, o a una acción seguiría una reacción. Represalia.

El hombre frente a mí retrocedió unos pasos antes de darse acceso a la parte privada del club con una tarjeta llave. Dos minutos después, la puerta se abrió de nuevo y nos hizo señas para que entráramos.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de nosotros, la música cesó. Seguimos un largo pasillo. Tanto Rafael como yo mirábamos a nuestro alrededor con atención. Parecía, qué sorpresa, como cualquier otro club.

El *shestyorka* se detuvo frente a otra puerta. —Tenemos que esperar un momento —anunció. Esta vez escuché su fuerte acento ruso. ¿Qué edad tenía? ¿Diecisiete? Estaba más o menos al mismo nivel de torpeza que Agustín.

Mientras él miraba fijamente sus zapatos, yo clavaba la mirada en la puerta. Pasaron cuatro minutos enteros hasta que se abrió. Sin embargo, quien salió a nuestro encuentro no fue el ruso fornido que esperaba, sino una joven mujer cuyo cabello brillaba tan rojo que por un momento me recordó a un hidrante.

Sin vergüenza alguna, su mirada se deslizó sobre Rafael antes de continuar examinándome a mí. —Espero que Luka os haya entretenido bien —dijo, con un tono demasiado dulce.

Aunque por su apariencia parecía una persona amable y cálida, nada de eso llegaba a sus ojos. Eran fríos. Muertos.

—Tan bien como un comediante en un funeral —respondió Rafael, avanzando hacia ella y obligándola efectivamente a retroceder hacia la oficina. Lo hizo, pero no parecía intimidada. Más bien como si estuviera acostumbrada a ser ignorada por los hombres.

—¿Buscas algo en particular?

—A tu *patsan* —gruñó Rafael, después de comprobar que ella era la única persona en toda la oficina.

En sus labios se extendió una sonrisa sanguinaria que por un momento me hizo sentir dedos helados deslizándose por mi nuca.

—Oh, pero yo soy la *patsan*. Ha habido algunas reestructuraciones. Si me hubieras dado tiempo para explicártelo, *malysh*, ya estaríamos un paso adelante —lo explicó como si estuviera hablando con un niño de cinco años.

Además, había sido un error dirigirse a él con un apodo cariñoso. Tarde o temprano pagaría por haberlo llamado *bebé*, si interpretaba correctamente la expresión de Rafael.

Sin embargo, en ese momento ella se apartó de él para extenderme la mano. —Ksenia. Me preguntaba cuándo nos encontraríamos cara a cara por primera vez, Santiago.

Sin haberle estrechado la mano, entré también en su oficina. Nueva *patsan*. Y encima una mujer. ¿Qué habían tomado los rusos para aceptar este desarrollo? ¿O la pregunta estaría mejor formulada de otra manera? ¿Qué había hecho *ella* para ganarse este rango?

—Dejémonos de tonterías —con estas palabras me dejó caer en la silla frente a su escritorio. Ella lo rodeó, ya sin sonrisa en los labios.

Abrió un cajón, sacó un arma de fuego y la colocó de manera provocadora entre nosotros. Ni Rafael ni yo reaccionamos ante la amenaza tácita.

—Tu nombre habla de hospitalidad, pero de alguna manera no lo parece, Ksenia —observé divertido—. No es buena idea meterse con los escoceses. A menos que tengas la necesidad de despertar mañana con una sonrisa extra ancha. ¿Cómo lo llaman? ¿Sonrisa de Glasgow?

—He pagado por un servicio que no se ha prestado —respondió ella con un gruñido. La fachada amistosa empezaba a desmoronarse.

—Como todos nosotros. Pero eso no significa que tenga chicos escoceses encerrados en mi sótano.

—Me da igual. Quiero lo que he pagado.

—Lo tendrás. En unos días. Te recomiendo que dejes ir a estos hombres. Antes de que saquen sus AK, se posicionen frente a tu club y hagan algunas prácticas de tiro con objetivos

vivos.

—No lo harían —replicó ella, demasiado segura de sí misma.

Me reí. —Cahal tiene mucha paciencia. Pero si le cuento que una pequeña rusa con pelo teñido de rojo se ha empeñado en jugar con él, lo hará.

Ella se reclinó. —Entonces su vida no valdrá nada.

—¿Debería preguntar qué opina la *Avtoritets* sobre recibir una visita del *Echelon*? Hasta donde recuerdo, los Nikifarov son miembros orgullosos. Sería una lástima atacar ese estatus. ¿O me equivoco?

El *Echelon* era una antigua institución que mantenía la paz entre la élite criminal. Los miembros provenían de varios países de Europa, algunos representados durante generaciones, y seguían las reglas como un código. *La noche roja* había dado lugar a un procedimiento en el que las Moiras habían decidido si el ataque de represalia del cártel estaba justificado. Habíamos ganado. Por poco. Desde entonces, siempre tenía presente al *Crimson Echelon* y su poder, pues nunca olvidaría lo efímero que me sentí cuando nos presentamos ante las tres figuras encapuchadas que debían decidir nuestro destino.

Mientras tanto, Rafael miraba con indiferencia por la ventana, aunque detrás de ella no había más que un callejón oscuro. Calculaba que eso la pondría nerviosa.

Pero Ksenia solo puso los ojos en blanco. —No tienes ni idea, Rojas.

—Mi padre trabaja con la *Bratva* desde hace años. Seguramente no seremos amigos. Pero tal vez sigamos siendo buenos socios comerciales.

—Bien —siseó ella.

Me levanté. —Maravilloso. Y ya que has decidido cooperar con nosotros, Rafael te traerá un envío de mi almacén. Me debes algo, Ksenia. Y los escoceses estarán de vuelta con Cahal en dos horas como máximo. De lo contrario, volveré y ya no tendremos conversaciones amables. —Casi había llegado a la puerta—. Ah, y... si quieres llamar a tus *Shestyorkas* o a tus superiores con apodos cariñosos, no te cortes. Pero en nuestro caso, deberías pensártelo dos veces. *¿понял?*

A lo largo de los años, uno adquiere diversos conocimientos sobre el lenguaje de amigos y enemigos. Preguntarle en su lengua materna si me había entendido era solo una de las muchas formas de mostrarle que estaba muy abajo en la jerarquía de esta ciudad.

Rafael me siguió de cerca, pero también se detuvo una vez más antes de salir al pasillo. —Si vuelvo a ver el arma cuando regrese, te enseñaré personalmente cómo asustar de verdad a la gente con ella. —En otras circunstancias, esto podría haberse interpretado como un intento de coqueteo, pero no dudaba de que Ksenia no disfrutaría ni un segundo de esta lección. Al contrario, probablemente podría considerarse afortunada si sobrevivía.

Sin embargo, una rusa muerta no estaba en nuestra agenda. Y un *Patsan* muerto, menos aún. Así que tendría que controlarse y tragarse el enojo, aunque yo podía entender perfectamente por qué se sentía así.

Ella era joven. Verde detrás de las orejas. Tendría que aprender si quería jugar con los chicos grandes.

Mi instinto me decía que no habíamos visto a Ksenia por última vez. Si ya tomaba rehenes por un envío perdido, otras cosas que sucedían en esta ciudad la descarrilarían aún más. No era nuestra tarea mantenerla a raya y, sin embargo, no nos quedaba otra opción si queríamos preservar la paz.

Anhelaba mi cama y tranquilidad, dejar de sentirme como un educador que tenía que vigilar a un grupo demasiado grande en el jardín de infancia.

La *Alcazaba* estaba a oscuras, no había luz dentro. Rafael pasaría algún tiempo más en la ciudad ocupándose de la entrega de mercancías. Agustín no se había puesto en contacto durante el día y Thalassa... ella había estado ocupada robándome toda la concentración durante la tarde, aunque no había hecho nada más que disfrutar de la piscina.

Ya cuando empujé la puerta de mi dormitorio, sentí que algo no estaba bien. Era solo una leve sensación en el borde de mi conciencia, pero mis sentidos despertaron de inmediato, preparándome internamente para lo que pudiera suceder.

Sin embargo, cuando la luz llenó la habitación, no vi ninguna razón que justificara esta reacción. Ninguna anomalía. Ninguna señal de allanamiento. Ningún hombre acechando en la oscuridad. Irritado, lo atribuí a mi cansancio, me di una ducha y me metí en la cama cinco minutos después.

La sensación de antes volvió. Como si no estuviera solo. Sentía la presencia de otra persona, pero seguía sin haber nadie más en la habitación.

Thalassa dormía plácidamente y sola en la cama de Agustín, así que aparte de nosotros dos no había nadie más en este piso. Y entonces me di cuenta: podía olerla. El suave aroma de su champú se aferraba a mi almohada.

Me incorporé de golpe, echando un vistazo detrás de mí. Entre la manta y la almohada, me relucía una discreta goma para el pelo. Ella había estado en mi dormitorio. En *mi* cama.

Ahora no solo tenía sus shorts en mi posesión, sino también una goma para el pelo que enrollé en mi puño hasta que descansó en mi muñeca como si fuera un maldito accesorio. Me preguntaba adónde llevaría esto. Cuántos más de sus objetos tendrían que pasar a mi posesión hasta que ella siguiera el patrón y también me perteneciera.

Me hundí de nuevo en las sábanas. La idea de encontrarla en mi cama me excitaba. Pero ese no era el pensamiento que originalmente quería seguir. Rafael aún no había obtenido resultados en cuanto a las investigaciones. Se esforzaba, pero por ahora ella era como un fantasma que no lograba atrapar.

Solo eso ya era motivo para una que otra suposición. Ninguna persona normal podía esconderse de esta manera de simples investigaciones. Ni siquiera había descubierto dónde se alojaba durante sus vacaciones en Málaga.

Con cada día que pasaba aquí, me planteaba más enigmas. Su mensaje la noche anterior había sido demasiado claro. Sin embargo, al día siguiente se deslizó en mi cama. Mi mirada se ensombreció.

Esta mañana estaba sin aliento. Sonrojada. Su cabello suelto y un poco alborotado caía sobre sus hombros y me recordó la noche anterior. Su mirada fascinada después de haber llegado al clímax para mí.

Pero eso no podía ser. No se había deslizado en mi dormitorio, en mi cama, para revivir el recuerdo. ¿O sí?

Se me escapó un sonido frustrado. Si fuera a ella ahora, deslizando mis manos por sus largas piernas hasta llegar a sus muslos... ¿Thalassa los abriría para mí? ¿Me seguiría a mi cama para que pudiera castigarla por sus pensamientos sucios?

No puedes tocarme.

Sus palabras resonaron en mi mente. Y vaya que podía. Lo haría, en algún momento. Si seguía jugando, más pronto que tarde. Mi paciencia tenía límites. Mi comprensión también. Especialmente cuando decía una cosa, pero en el siguiente aliento hacía algo que la desmentía.

Como por ejemplo, afirmar que Italia era su hogar y luego hablar de regresar a los Estados Unidos. No me había pasado desapercibido, simplemente había decidido no mencionarlo mientras ella siguiera poniéndose a salvo de mi curiosidad.

Tenía curiosidad por saber qué razón tendría para ello, y qué secretos revelaría la investigación de Rafael.

Por ahora, sin embargo, esperaba con ansias el próximo desayuno juntos. ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera su goma para el pelo en mi muñeca? Dudaba que fuera intencional por su parte. Un error que había cometido porque se había dejado distraer. Había sido descuidada.

Thalassa eventualmente se daría cuenta de que no podía compararme con hombres como Agustín. Hasta entonces, sin embargo, me divertiría y también me impresionaría un poco, porque ya había demostrado que merecía más respeto que mi propio hijo, quien involuntariamente subrayaba una y otra vez por qué era así.

Así que no solo era un año menor que ella, sino que también estaba en clara desventaja.

Cerré los ojos, solo para descubrir que el rostro de Thalassa me perseguía. Cómo me miraba. Tratando de afirmarse contra mí. Cómo su mirada se suavizaba cuando se acercaba a mí.

Esta era la peor base posible para un sueño reparador y, sin embargo, me obligué a hacerlo. Sobre todo porque llevaba veinticuatro horas manteniendo a raya el dolor en mi abdomen con la ayuda de analgésicos y no hacía absolutamente nada para cuidar la herida en su lugar.

La zona restringida de la propiedad recordaba a un terreno militar. En algún momento se habían construido simples bungalows que albergaban a todos los hombres, y esto se refería solo a aquellos responsables de la protección de la *Alcazaba*. Un pequeño y selecto ejército que Rafael y yo habíamos entrenado personalmente para asegurarnos de que cumpliera con nuestros requisitos.

Todos los demás hombres necesarios para mantener el cártel en funcionamiento estaban distribuidos por toda la ciudad, si nos manteníamos en el nivel local. De lo contrario, la red se extendía por toda España hasta Portugal.

Sin embargo, esta mañana nada de eso estaba en el centro de atención, sino más bien el joven ruso que Cahal me había entregado. Por supuesto, anoche no se había quedado solo en la entrega de la mercancía. Rafael se había visto envuelto en una pelea y los escoceses, a quienes Ksenia supuestamente debía haber dejado ir, finalmente se habían visto obligados a abrirse paso sangrientamente fuera del cautiverio.

Así que la situación no solo se había salido un poco de control, sino que claramente se habían cruzado los límites. Ksenia había huido o se escondía de nosotros, Cahal estaba justificadamente cabreado y cuando el joven ruso apareció en casa de su familia... bueno. Podía considerarse afortunado de seguir vivo. Aunque eso no duraría mucho, porque me aseguraría personalmente de que me revelara lo que sabía y luego podría conocer a *el muerto* en persona.

Cuando llegué al almacén, ya lo habían colgado por las muñecas de una cadena de metal. Su camisa colgaba en jirones y los pantalones le quedaban demasiado bajos en las caderas estrechas. Rafael ya había comenzado con el trabajo sucio, lo cual ciertamente le concedía, dado que su rostro ya no lucía tan atractivo como de costumbre después de la noche anterior.

Había más hombres presentes, pero solo observaban. Esto le daba a todo el asunto una nota particularmente trágica, ya que el ruso no solo tendría que humillarse ante Rafael y yo, sino ante

todos mis hombres reunidos.

Eché un vistazo al chico y solté una carcajada. —No mencionaste que era nuestro amigo Luka quien se había metido con Cahal.

Rafael se encogió de hombros. —Por mí, podría llamarse Dmitri. O Yuri. No tenía derecho a amenazar a la esposa de Cahal. O a sus hijos.

Ah. Así que de ahí venía el viento. No era solo su enojo por lo de anoche lo que hablaba. Sino también el trauma que llevaba dentro desde hacía diez años.

Arrastré una silla, dejando que las patas chirriaran intencionadamente sobre el suelo de hormigón, y me senté con los brazos cruzados. Quizás al final no sería yo quien le arrebatara la vida a Luka.

—¿Qué nos ha revelado hasta ahora? —pregunté, mirando a Dani, que estaba apoyado en la pared cerca de nosotros.

Negó con la cabeza casi imperceptiblemente. Nada.

Seguramente se debía a que Rafael aún no había empezado de verdad. Luka no mostraba heridas, aparte del hecho de que su camisa estaba hecha jirones.

Lentamente, saqué el cuchillo de la funda oculta en mi pantorrilla, me incliné hacia delante y se lo ofrecí a Rafael, que estaba de pie de manera que podía ver tanto a mí como a nuestro invitado.

—Sabemos que entiendes y hablas nuestro idioma, Luka. También sabemos que tuviste contacto cercano con Ksenia. Así que será mejor que hables. Ella no puede salvarte, sin importar lo que te haya prometido —comenté con indiferencia, atrayendo su atención hacia mí solo por un momento. Estaba ocupado calculando el próximo movimiento de Rafael.

Matarlo no nos traería problemas. Cahal había hecho todo correctamente: no le había tocado ni un pelo y, en cambio, me lo había enviado con un lazo en la cabeza para que yo me ocupara del asunto. Así que no solo confiaba en que yo resolvería este problema para todos nosotros, sino que también dejaba claro que no tenía interés en traicionarme.

A veces odiaba la política que conllevaba mi puesto. Todos los obstáculos, todas las personas en la mesa que esperaban que hiciera lo correcto, aunque se tratara de tres puntos de vista diferentes que de ninguna manera podían conciliarse.

Rafael se movió rápido y sin previo aviso. La hoja se hundió profundamente en el muslo de Luka, justo por encima de la rodilla. Gritó, pero fue el giro del cuchillo en el sentido de las agujas del reloj lo que lo hizo chillar como un cerdo.

Al final, siempre era lo mismo. O hablaba ahora... o lo haría cuando tuviera otro cuchillo clavado en el otro muslo.

Luka ya respiraba con dificultad. El sudor empapaba su torso desnudo y se retorció en las cadenas, apenas capaz de mantenerse erguido con la punta de los dedos de los pies. Sin embargo, si cambiaba su posición, corría el riesgo de dislocarse los hombros... y eso era algo que quería evitar a toda costa. ¿Creía que aún podía salir vivo de esta situación?

—¡No sé nada! —Su gemido me hizo poner los ojos en blanco.

¿Por qué esta frase se repetía tan a menudo en situaciones como esta?

Lentamente, me incliné y saqué el cuchillo de la funda en mi otra pantorrilla. También se lo ofrecí a Rafael con el mango hacia él, con una sonrisa divertida en los labios.

Él sabía lo que yo pensaba de esto. Cómo despreciaba a los hombres de este tipo, que simplemente no eran capaces de reconocer cuándo habían llegado al final de un callejón sin salida. En lugar de pedir una muerte rápida después de dar toda la información solicitada, preferían sufrir. Durante horas. Durante días. ¿Y para qué? ¿Para terminar muriendo

miserablemente de todos modos?

Rafael clavó el segundo cuchillo en la otra pierna de Luka. De nuevo por encima de la rodilla. Una vez más lo giró. Y de nuevo el ruso gritó como si lo estuvieran matando. Mientras luchaba contra las lágrimas, la sangre se acumulaba en el suelo debajo de él. El charco se hacía cada vez más grande y seguramente en algún momento perdería el conocimiento por eso.

—¿Qué tal ahora? ¿Qué puedes decirme sobre Ksenia? —preguntó Rafael. Sonaba como si ya hubiera hecho la pregunta cientos de veces y estuviera cansado de darle una y otra vez la oportunidad de hablar con nosotros.

—¡De verdad que no sé nada! —gimió—. De repente ella estaba allí. Malik desapareció y no pasaron ni veinticuatro horas antes de que nos dijeran que el club ahora estaba bajo su mando y que teníamos que hacer lo que ella dijera. Órdenes de arriba.

Habíamos trabajado bien con Malik durante bastante tiempo, por lo que al principio reaccioné con irritación cuando Cahal informó de los problemas. Con Malik nunca había habido problemas. Pero si había desaparecido... lo más probable es que estuviera muerto.

—¿De arriba? ¿Los propios Nikifarov la pusieron al mando? —pregunté, levantándome de mi silla al mismo tiempo.

Negó con la cabeza. —No. No lo creo. Ninguno de nosotros tiene contacto con ellos.

Por supuesto que no. Nikifarov Senior había sido un fanático perturbado y llevaba años muerto. Nadie sabía exactamente qué había pasado con su esposa y sus hijos. Había muchos rumores y cada uno era más descabellado que el anterior. Sin embargo, el hecho era que los negocios nunca se habían detenido, lo que significaba que alguien actuaba en nombre de la familia y seguía ejerciendo la autoridad.

Mientras cooperaran y siguieran las reglas del juego, no me importaba quién fuera el líder de la Bratva. Sin embargo, eso también incluía mantener bajo control a un *patsan* como Ksenia.

—¿Por qué estabas en la propiedad?

—Ksenia me dijo que les asustara.

—¿Nada más?

Luka apretó los labios. —Me ofreció el título si crucificaba a alguien.

El título. ¿Se refería a que había querido ganarse el título honorífico de *vor*? ¿Con un asesinato perverso inspirado en las acciones de Nikifarov Senior? Mi mirada se oscureció.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Rafael, que se había contenido todo el tiempo para mantener a la vista el charco de sangre que seguía extendiéndose.

La cabeza de Luka se volvía notablemente más pesada a medida que pasaban los minutos.

—No lo sé. Nunca nos reveló nada. Solo hablaba con nosotros cuando se trataba de órdenes que debíamos cumplir.

De cierta manera, me daba lástima. Solo había hecho lo que su superior le había dicho, pero aun así le costaría la vida.

Rafael dio un paso adelante. —En Málaga jugamos con reglas claras. Los conflictos no se resuelven en el hogar de una familia. Los inocentes no se involucran en los problemas. La familia de Cahal no pertenece a los *Blinders*. Puedes estar agradecido de que no te entreguemos al Echelon.

Por un momento, algo parecido a la esperanza se reflejó en el rostro del joven. Luego, las manos de Rafael se cerraron alrededor de los cuchillos y con un fuerte tirón los subió hasta la cadera de Luka. A través de carne, músculos, tendones y venas.

No le quedaba mucha sangre en el cuerpo, pero ahora se derramaba generosamente en el suelo. Estaba muerto antes de que pudiera siquiera registrar lo que estaba sucediendo.

Rafael se apartó, frotándose las manos en los pantalones, con el rostro contraído de disgusto. No por la sangre, sino por las intenciones detrás de las acciones de Luka.

Simultáneamente, nos dirigimos hacia afuera. —Esto no tiene nada que ver con lo de antes.

—Pero bien podría tenerlo.

—Lo sé. Con eso, ella ha tocado muy cerca de un punto muy doloroso.

—¿Contactamos a la Bratva?

—Envía su cadáver al *Brigadier*. Sin más investigaciones. Por ahora. Esperaremos hasta que nuestra pelirroja regrese.

Su mirada se oscureció aún más. —Sabía que era una perra estúpida.

—Ella tuvo su oportunidad.

TALIA

Maldije a Rafael. Me había mostrado la mayor parte de la *Alcazaba*, pero había omitido descaradamente la parte más importante. Se sentía extraño entrar en la sala de tres metros de altura, cuyas paredes estaban bordeadas de estanterías hasta el techo. Estanterías llenas de libros. A través de los grandes ventanales, los rayos del sol penetraban en la habitación, que de otro modo parecía bastante oscura, dibujando manchas de colores en el suelo de madera. Vi cómo el polvo giraba en el aire y olí el papel viejo y nuevo que se guardaba allí dentro.

En realidad, había asumido que los libros en su mesita de noche eran simplemente una farsa. Para que pareciera culto y la gente creyera que estaban tratando con un estratega al que era mejor no subestimar.

La biblioteca contaba una historia muy diferente, una que me gustaba. ¿Cuántas veces había visto *La Bella y la Bestia* de niña y deseado vivir en un lugar como este?

Rodeé una de las estanterías, con la mirada fija en los lomos de los libros. La mayoría de los títulos estaban en español, solo ocasionalmente había ediciones en inglés entre ellos, lo que me dificultaba un poco la elección de un libro. Hablar español era una cosa. Escribirlo o leerlo era otra completamente distinta.

Justo cuando iba a alcanzar uno de los libros, me di cuenta de que no estaba sola. Santiago me observaba con curiosidad desde un sillón en el que no lo había notado antes.

—¿De verdad estás leyendo un libro? —pregunté, con el pulso aún acelerado. No esperaba encontrarlo aquí. ¿Por qué no se había dado a conocer?

Inclinó la cabeza. —¿Qué más debería hacer con él?

—No pareces alguien que lea mucho.

—Con algo hay que llenar el tiempo.

Era el *Kingpin* del Cártel Rojas. Apostaba a que tenía suficiente que hacer como para justificar no tomar nunca un libro en sus manos.

Levanté una ceja escéptica.

—¿Pensaste que los libros en mi mesita de noche eran solo decoración?

—¿Cómo iba yo a saber lo que hay en tu mesita de noche? —respondí. El nerviosismo recorrió mi cuerpo, tan repentinamente que mis palmas sudaban.

¿Sabría...?

Lentamente levantó la mano con la que sostenía el libro. Mi goma para el pelo estaba ajustada alrededor de su muñeca. *Joder*. Abrí los ojos de par en par. Lo sabía. Santiago sabía que había estado en su dormitorio. Y no solo eso, su sonrisa suficiente me reveló que también tenía una idea muy clara de lo que había sucedido allí.

Mi boca se sentía seca.

—¿Qué? ¿Te faltan las palabras?

—Sentía curiosidad —solté.

—¿Ah, sí?

—Por saber quién eres cuando no estás tratando con otras personas.

Levantó una ceja y se puso de pie. —¿Y quién soy?

Tragué saliva. —No lo sé. Me distraje.

—¿Con el recuerdo de lo que pasó por la noche?

Me sentía tan condenadamente sin aliento. No importaba lo que dijera, me miraba como si pudiera ver directamente a través de mi fachada hasta lo más profundo de mi ser.

—En realidad quería... *más*. Una parte de mí esperaba que volvieras arriba.

Su libro estaba olvidado. En realidad, todo a nuestro alrededor estaba olvidado, porque nos mirábamos tan intensamente que creí que en cualquier momento algo cercano se incendiaría. Lo que dije no era mentira. Solo me resultaba difícil admitir esta confesión ante mí misma.

—¿Y qué exactamente querías, Thalassa?

Incliné la cabeza. Me humedecí los labios antes de morderme la lengua y dar un paso adelante. Y otro más, hasta que sentí la proximidad inmediata de su cuerpo. Miré hacia arriba antes de bajar la vista entre nosotros. —¿Quieres saber lo que me imaginé?

Casualmente levanté la mano, la deslicé por su abdomen, pasando por el bulto que formaba el vendaje sobre su herida.

Antes de que pudiera responder, ya estaba continuando. —Era una fantasía bastante simple. Todavía estabas en tu dormitorio cuando entré. No fueron necesarias las palabras. Estaba frente a ti y...

Con dedos hábiles, abrí la hebilla del cinturón, agarré el extremo y tiré del cuero para sacarlo de las presillas de un tirón. Dejé caer el cinturón al suelo antes de volver a levantar la mirada y al mismo tiempo abrir el botón, antes de bajar la cremallera.

Ninguno de los dos respiraba. La tensión llenaba toda la habitación, y cuando su polla dura se encontró con mis dedos, cuando la toqué por primera vez, no pude evitar sonreír, cerrando los ojos por un breve momento para disfrutar de la sensación.

—¿Qué estás haciendo, Thalassa? —preguntó, con un tono urgente en su voz.

Lo agarré con más fuerza. Se estremeció en mi mano. —Voy a devolverte el favor.

—Así que todavía jugamos según tus reglas, ¿eh?

—Lo que significa que no te moverás —respondí, antes de deslizarme hacia abajo por su cuerpo hasta quedar de rodillas. Así que aquí estaba yo, dando órdenes a Santiago Rojas, con la silenciosa esperanza de que siguiera el juego.

Lascivamente levanté la mirada, lamiéndome los labios justo frente a la punta de su polla, sabiendo que ya parecía como si no pudiera soportar esta tortura ni un segundo más.

Sin previo aviso, lo dejé deslizarse en mi boca. De repente, su mano estaba en mi cabeza, con los dedos firmemente enredados en mi pelo. Sin embargo, no me dirigió, permitiendo que lo deslizara lentamente cada vez más profundo antes de liberarlo y empezar a jugar con la punta con mi lengua.

—Nos estás torturando a los dos, ¿eres consciente de eso? —gruñó, lo que se convirtió en un gemido largo y áspero cuando lo dejé deslizarse de nuevo sobre mis labios y lengua hacia mi boca, chupándolo y deslizando mi mano por sus muslos hasta que pude clavar mis dedos en su trasero para acercarlo aún más.

—Exactamente de eso hablo —continuó, aunque sonando un poco tenso. Seguí trabajándolo —. Te diviertes con esto. Pero es solo la punta del iceberg. Y por alguna razón te conformas con

eso, aunque podrías tener más.

Sin previo aviso, tomó el control. Primero apartó mi mano, luego sujetó mi cabeza, haciéndome una coleta con la goma del pelo para que los mechones no me cayeran constantemente en la cara. Ya no era yo quien se movía. En su lugar, él comenzó a mover las caderas, al principio solo de prueba, para comprobar mi reacción. Mi cuerpo me traicionó, pues un gemido escapó de mis labios.

La excitación me inundó, pulsando entre mis piernas cuando empezó a reclamar mi boca para sí. La forma en que me penetraba dibujaba claras imágenes en mi mente. De cómo tenía sexo. De lo que significaba compartir la cama con un hombre como Santiago.

Se introdujo cada vez más profundamente en mi boca, superando mi reflejo nauseoso, solo para llenarme por completo.

—De esto hablo. Te encanta, ¿verdad?

Mi respuesta consistió en los sonidos de placer que me arrancaba simplemente usándome como le placía. Cómo me llenaba, cómo se comportaba, lo que decía, todo eso hacía que mi cabeza se sintiera más ligera. Como si estuviera flotando y Santiago fuera mi único ancla a la tierra.

Sus embestidas se volvieron cada vez más cortas, cada vez más rápidas, hasta que finalmente se retiró de mí. Mi cerebro iba con retraso, para cuando me di cuenta, ya me había puesto de pie. Con toda la calma del mundo, se cerró los pantalones antes de pasar su dedo índice por mi barbilla y subir el desastre que había hecho hasta mis labios. Deslicé mi lengua sobre su dedo.

No se había corrido. —Una bonita actuación. Pero no follo a una mujer de esta manera. Significaría que me pertenece. Y algo me dice que tú no quieres eso.

Esta vez mi corazón se aceleró por una razón completamente diferente. Una vez más, tomó el control de la situación agarrándome, haciéndome girar y presionando la parte delantera de mi cuerpo contra una de las estanterías. Hurgó en mi pelo, liberándome de la coleta improvisada que me había hecho hacía unos minutos.

Su mano se deslizó alrededor de mi cadera, bajo mi vestido y entre mis muslos. Apartó mis bragas a un lado, solo para sumergir dos dedos profundamente en mi humedad.

—Los hombres que te acosaron en el muelle —comenzó y empujó sus dedos dentro de mí con tanta fuerza que jadeé—. Ya están muertos. Murieron a la mañana siguiente, Thalassa. La búsqueda de Agustín es innecesaria. Y además, ya no hay nada que te retenga aquí.

Tan rápido como había invadido mi intimidad —y a mí—, se retiró.

—Eso significa que puedes irte.

Con un fuerte golpe, aterricé en la realidad. Se sentía como si acabara de atravesar una enorme placa de vidrio y hubiera caído sobre los fragmentos.

¿Me estaba echando?

Pero no fui yo quien abandonó la habitación. En cambio, él se apartó de la estantería y se fue, dejándome sola. Excitada, frustrada, decepcionada y un poco desamparada porque no quería irme en absoluto. La ira siguió a todas las emociones que acababan de azotarme. Ira ciega y fea. Contra mí misma. Contra Santiago. Contra esta ciudad. Todo el país. Mi origen. Mi familia. Maldije todo lo que me vino a la mente en ese momento.

La comprensión de que había matado por mí llegó mucho más tarde. Las palabras se habían perdido porque inmediatamente después había hecho una declaración con la que me había quitado exitosamente el suelo bajo mis pies.

¿Lo sabía Agustín? ¿O también lo había mantenido a él en la oscuridad todo este tiempo porque... porque había querido que me quedara aquí? ¿Cerca de él? ¿Y ahora había decidido

definitivamente que ya no quería estos juegos, como él los llamaba? ¿Porque yo no era capaz de entregarme completamente a él si tenía que irme en unas pocas semanas?

Durante varios minutos luché conmigo misma para recuperar el control sobre mi mente rebelde. Solo entonces alisé mi vestido, lo arreglé y salí de la biblioteca.

—Agustín te llevará a casa cuando regrese —gritó Santiago desde su oficina.

Lo maldije de nuevo. Y a mi cuerpo, porque todavía anhelaba que me tocara. ¿Por qué se había detenido? Yo no lo había detenido. Si simplemente hubiera tomado lo que había querido todo este tiempo, lo que yo había querido... no terminé el pensamiento. En su lugar, me tragué el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua y subí.

Agustín no era de fiar. Probablemente volvería a aparecer tarde en la noche y eso me daba razón suficiente para negarme a abandonar la *Alcazaba*. Al menos por hoy.

Y porque sabía exactamente que Santiago siempre había estado al acecho detrás de las ventanas cada vez que usaba su piscina, le restregué mi enojo directamente en la cara no veinte minutos después, porque *casualmente* y de manera totalmente inesperada había extraviado la parte superior de mi bikini.

Dormía tan inquieta que me desperté de inmediato cuando un fuerte estruendo resonó por la casa. Antes de estar realmente consciente, ya estaba sentada en la cama. El otro lado estaba vacío y frío. Mi mirada se deslizó hacia el reloj en la mesita de noche. Las tres y media.

A tientas, busqué la luz, la encendí y miré adormilada a mi alrededor. Por pura rebeldía, había cerrado la puerta. Que Santiago se quedara mirando la madera.

De nuevo se oyó un estruendo, lo que me hizo salir de la cama. Crucé los brazos y caminé hacia la puerta, medio esperando encontrar a Santiago detrás. Sin embargo, el pasillo estaba vacío.

En realidad quería volver a la cama, pero el tercer estruendo me lo impidió. Maravilloso.

Más irritada de lo que ya estaba, salí al pasillo y llevé mi mano a lo largo de la pared para no tropezar con mis propios pies en el camino hacia las escaleras.

Detrás de mí escuché pasos. —¿Por qué demonios haces tanto ruido?

—No soy yo —siseé y me di la vuelta, solo para lanzarle una mirada furiosa—. Estaba durmiendo hasta ahora. Hasta que alguien decidió andar por la casa como un elefante.

En lugar de reaccionar con ira también, el comportamiento de Santiago cambió por completo. Me empujó detrás de él, como si yo no fuera un obstáculo para él de todos modos. —¿Siguen ahí los guardias bajo tus ventanas?

—¿Cómo voy a saberlo? No les doy las buenas noches antes de irme a la cama.

Resopló. —Ve al dormitorio. Tráeme mi arma. Cajón superior de la mesita de noche.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque yo lo digo! —Su tono bastó para hacerme retroceder un paso, luego corrí a su dormitorio. En segundos, sentí el frío metal del arma en mi mano. Por reflejo, quité el seguro y deslicé un proyectil en la recámara.

Momentos después, estaba de nuevo detrás de Santiago, extendiéndole el arma. Me miró como si fuera una extraterrestre.

—¿QUÉ?

Miró el arma en su mano.

—En las películas siempre lo hacen así. No finjas que es algo anormal. —Una mentira

descarada. Solo porque alguien hubiera visto cargar armas en una película, no significaba que pudiera hacerlo automáticamente en la vida real. Yo lo había aprendido. Cuando era necesario, me tomaba una fracción de segundo cambiar un cargador.

Abajo se oyó otro estruendo. Santiago bajó las escaleras como si perteneciera a un maldito equipo SWAT. Con la sutil diferencia de que no llevaba nada puesto excepto un pantalón de pijama.

Me quedé detrás de él, ignorando la mirada que probablemente pretendía decirme que me quedara atrás.

Dobló la esquina, encendió la luz.

—Vuelve arriba, Thalassa —fue su siguiente orden. Sonaba enojado.

En consecuencia, me resultó fácil ignorar la instrucción. También doblé la esquina, solo para detenerme en medio del movimiento. Abrí la boca, la cerré de nuevo y luego me reí.

Agustín estaba metido hasta los huevos en alguna rubia casi inconsciente y nos presentaba su trasero desnudo. —Vaya —murmuré antes de darme la vuelta—. Vuelvo arriba.

Pero la mano de Santiago se cerró alrededor de mi brazo. Mi mirada se posó en sus dedos hasta que por reflejo me soltó. Miré su rostro.

—Lo siento.

—¿El qué? —Mi pregunta fue acompañada por una risa que ni yo misma podía explicar.

—Lo que está haciendo.

Me encogí de hombros. —No deberíamos tener doble moral, ¿verdad? Vuelvo a la cama. Dile que he terminado con él.

Abrió la boca, pero lo interrumpí con la mano levantada antes de que pudiera decir algo. —Tal vez deberías explicarle de nuevo lo que piensas sobre que traiga mujeres a casa. Por otro lado... quizás ella sirva como reemplazo para mí. Dame un poco de tiempo mañana por la mañana y me habré ido.

Mi respuesta fue un golpe bajo, era consciente de ello, pero al mismo tiempo evitó que Santiago siguiera intentando hablar conmigo. No quería oír nada de eso. Mi ira acababa de encontrar nuevo combustible y tenía que trabajar duro para que se disipara hasta la mañana. Si Adriano sospechaba algo, haría preguntas que yo no podía ni quería responder. Así que me metí bajo las sábanas, me deslicé hasta el centro de la cama y las subí tanto que cubrían todo menos mis ojos.

El volumen con el que le echaba la bronca a Agustín llegaba hasta arriba a través de la puerta cerrada de mi habitación. Esta vez no solo la había cerrado, sino que también había girado la llave y luego la había lanzado sobre la mesita de noche.

Nada de observarme mientras dormía. Nada de palabras de disculpa. Nada de Agustín imaginando que dormiría a mi lado otra vez esta noche.

Mañana por la mañana tendría que pensar cómo desaparecer. No podía llamar a Adriano, no dejaría que Agustín me llevara a ninguna parte y tampoco volvería a subir a un coche con Santiago. O bien iría a pie hasta encontrar la próxima parada de autobús o hasta estar lo suficientemente lejos para llamar a Adriano, o le pediría un favor a Rafael. De todas formas, para entonces ya me había hecho a la idea de no quedarme ni un segundo más en esta casa.

Sin embargo, no había sido Agustín quien me había lastimado. Sino Santiago. No importaba desde qué ángulo se mirara, yo no era mucho mejor que su hijo. Puede que no hubiera tenido sexo con Santiago, pero habíamos cruzado más de un límite. No tenía derecho a estar enojada con él o a reprochárselo. En realidad, ni siquiera importaba. Agustín había sido desde el principio solo un medio para un fin. Un fin que ni siquiera había cumplido bien. Había sido la forma fácil

de deshacerme de él de esta manera. Un buen pretexto que justificaba esta reacción. Que él no cuestionaría porque no podría decir nada en contra.

Además, esto subrayaba claramente lo poco que habíamos encajado. Mientras yo me consumía por Santiago, Agustín también había salido en busca de otra mujer. Una a la que aparentemente no tenía problemas en tocar correctamente.

La idea aún me gustaba, pero al final todo esto solo significaba que aún no era demasiado tarde para dejar atrás al cártel Rojas y sus hombres. Irme antes de que en unas semanas fuera demasiado doloroso.

Santiago ya había logrado meterse bajo mi piel. De lo contrario, no estaría tan enojada con él. No me dolería.

Pero su presencia me cautivaba. Los pequeños juegos psicológicos. El hecho de que me había observado mientras dormía. Cómo me leía instintivamente, como si fuera un maldito libro. Cómo su presencia reclamaba toda mi atención y él intentaba ocultar su verdadero yo de mí. El cártel. Su posición en él. Y que yo ya sabía todo eso sin tener que revelar quién era yo. Cómo le sorprendía cuando notaba comportamientos que no eran típicos.

Los pocos días con Santiago habían sido más emocionantes que las semanas anteriores con Agustín. Más emocionantes que todo lo que había experimentado con otros hombres hasta ahora.

Aun así, era mejor que nuestros caminos se separaran de esta manera. Podía salvar las apariencias y protegerme a mí misma. Él... bueno, era y seguía siendo el *kingpin* del cártel Rojas. Santiago seguramente no tendría problemas para encontrar una mujer que pudiera entregarse completamente a él. Que significara menos problemas para él.

Aunque nunca me había respondido a la pregunta de por qué estaba solo, no hacía falta mucho para atar cabos. Seguramente no se debía a su apariencia o su carácter. Ni siquiera su profesión jugaba un papel en ello. Posiblemente tenía un trauma, como muchos hombres y mujeres que permanecían en nuestro mundo. Las noches de insomnio, sus hábitos, los guardias que hacían que la propiedad fuera más segura contra robos que una prisión...

Me giré de lado, encogí las piernas y cerré los ojos. Las voces del piso de abajo ya se habían callado. Ni siquiera había escuchado, aunque habría sido fácil porque sus gritos habían resonado por toda la casa. No me habría sorprendido que Rafael también se hubiera unido a todo el espectáculo para dar su opinión, o que se quedara pensativo al margen, como solía hacer.

Se sentía como si la noche en el muelle hubiera sido hacía siglos, aunque solo habían pasado unos días desde entonces y Santiago ya había matado a los hombres que me habían robado. Cualquier otra mujer lo habría encontrado profundamente reprochable. Se habría asustado. Se habría sentido repugnada por la pura brutalidad detrás del acto. Pero yo estaba lo suficientemente rota como para reconocer la razón detrás de ello, y eso calentaba la región alrededor de mi oscuro corazón.

SANTIAGO

Tú estás de muy buen humor hoy. Me pregunto cuándo te crecerán girasoles en el culo y empieces a cantar como una princesa de Disney.»

Miré a Rafael con mal humor. Hasta ahora me había olvidado de contarle lo de anoche. Por eso, el desayuno entre nosotros había sido tan silencioso. Y eso ya hacía dos horas.

Thalassa no había salido del dormitorio de Agustín y a mi hijo lo había echado de casa treinta minutos después de encontrarle en el salón con otra mujer. Por ahora. No quería admitirlo, pero Thalassa tenía razón al decir que no podíamos juzgar con doble rasero. Sin embargo, ella nunca había querido realmente nada de él y... todo esto era demasiado complicado y ya no tenía importancia. No mucho tiempo después, ella se marcharía y yo restauraría el estatus anterior a su llegada. Ya no habría más secretos, porque no tendría que pesar cada palabra antes de decirla.

«¿Puedes desaparecer, Rafael?», chillé y señalé con la mano hacia la puerta para que se largara y me dejara en paz.

No necesitaba sus estúpidos comentarios en mis oídos mientras intentaba convencerme de que había sido una buena idea contarle los asesinatos y luego mandarla a casa, aunque lo que más había deseado era enterrarme profundamente en ella.

Bueno. Eso podía tacharlo de mi lista.

«¿Quizás prefieras contarme por qué estás de tan mal humor? ¿Se debe a los rusos? ¿A los escoceses?»

«A mi hijo».

Rafael alzó una ceja. «¿Qué ha hecho?»

«Se ha acostado con otra mujer en el sofá».

«¿No debería eso ponerte de mejor humor?»

Lo miré fijamente. ¿De verdad era en serio? «Antes de que eso pasara, le dije que los hombres ya estaban muertos y que se fuera».

«¿Y sigue aquí?»

Expiré con fuerza y levanté ambas manos. «Obviamente».

«¿No pestañeó cuando le dijiste que habías matado a dos hombres por ella?»

«No. Cuando le pedí que me trajera mi arma, me la entregó descargada y cargada. Como si fuera James Bond en persona». Ayer no había tenido nervios para pensar en eso. Hoy lo añadí a la lista cada vez más larga de razones por las que algo no cuadraba con esta mujer. «¿Hay información sobre ella? ¿O sigue escapándose a tus esfuerzos?»

Rafael cruzó los brazos. Probablemente creía que yo exageraba por mi mal humor, pero habría apostado mi vida a que era lo suficientemente precisa como para competir con nuestros hombres en el tiroteo. Si realmente venía de los Estados Unidos, eso podría explicarlo, pero algo

me decía que eso tenía poco que ver.

«Finalmente logré activar a nuestro contacto en la policía. Después de no encontrar nada sobre ella... se me ocurrió que alguien debe haber pagado la fianza de Agustín. Y ella fue quien corrió en su ayuda, ¿verdad?»

«¿Tengo que sacarte la información de la nariz?», pregunté y me levanté para rodear el escritorio. Hoy no le hacía ningún favor al irritarme así. Y aún menos a sí mismo, porque estaba a punto de darle un puñetazo en la cara para que se calmara. Finalmente no lo hice solo porque su cara ya estaba lo suficientemente maltratada por la pelea con los rusos.

«Aún estoy esperando que me envíen los registros de esa noche», respondió finalmente.

«¿Y no podías esperar a que llegaran para fastidiarme?»

Rafael negó con la cabeza. «No puedo dejarte solo cuando estás de tan mal humor. Después harías algo de lo que te arrepentirías».

«Sí. Como por ejemplo mandarte al espacio. Eso me vendría muy bien ahora mismo», gruñí.

En realidad, no estaba enfadado con Thalassa, sino conmigo mismo por haberme puesto en mi propio camino. Su reserva había sido un intento desesperado de no caer en mis brazos, mientras que yo debería haber tomado lo que quería todo el tiempo, sin importar lo que dijera, no se habría resistido. Quizás un poco, pero lo habría olvidado en el momento en que me hubiera acostado con ella. En cambio, la había empujado y había hecho que reaccionara con enojo, y con razón.

Aún más, parecía una furia que se retorció con todas sus fuerzas para no sacar las garras. Recibí respuestas agudas, su hombro frío, miradas abrasadoras y una ola de aversión. Inevitablemente, pensé en Marisol y en cómo su ira había dejado kilómetros de tierra muerta cuando la habían llevado a su límite. Thalassa parecía tener habilidades similares, aunque se contuviera y hiciera todo lo posible para que yo no disfrutara de ellas.

Rafael se estaba entreteniendo con su smartphone, completamente desapegado, lo que significaba que ambos estábamos en mi oficina, sin mirarnos ni intercambiar ni una palabra. No parecía sentirse incómodo con eso. Al contrario, parecía tan ocupado como siempre. Probablemente se imaginaba que era una nueva parte de su trabajo, supervisar mi montaña rusa emocional. Por lo general, era una ruta bastante aburrida. Una línea recta, sin aceleraciones ni desaceleraciones. Sin maniobras extraordinarias. Bueno. Con la aparición de Thalassa, la atracción había ganado un poco de emoción. Primero, te cubrías con una ola fría de agua, luego el carrito subía a toda velocidad, solo para caer en una depresión y volver a subir. Esto sucedía tres o cuatro veces, antes de que te lanzaran en un looping que te daba la sensación de que tu estómago se revolvía sobre sí mismo —mientras tu cabeza rozaba el suelo tan cerca que temías convertirte en un sin cabeza. Me preguntaba qué ofrecía la ruta después del looping y si Rafael seguiría siendo el espectador desapegado mientras vomitaba sobre mis pies. O si demandaría al operador por acercarse a la crueldad psicológica al abrir tal atracción.

A pesar de mi distracción mental, noté cómo la expresión de Rafael cambiaba repentinamente.

—¿Qué? —gruñí.

Él negó con la cabeza. —Eso no puede ser cierto.

—¿Qué no puede ser cierto? —Me estaba formando una maldición en la lengua. Si tenía que seguir preguntándole por cada información, terminaría golpeando mi puño contra algo.

—El nombre que aparece aquí.

—*Rafael*.

—Y supuestamente ella pagó veinte mil en efectivo.

Así que no solo era James Bond, sino también parte del grupo que había robado el Banco de España. ¿Me contaría luego que su nombre no era Thalassa, sino Verona, y que su mejor amigo se hacía llamar *el profesor*?

—El nombre, Rafael —le recordé—. Todo lo demás era completamente irrelevante en ese momento.

—Ferrante. Thalassa Ferrante. Aquí está escrito, en negro sobre blanco. Incluso firmó.

Le arrebaté el smartphone de la mano para mirarlo yo mismo.

—Hay muchas personas con ese apellido —dije, aunque no creía ni una palabra de lo que decía.

Rafael resopló. —Claro. Todas ellas también pagan veinte mil en efectivo, se ponen nerviosas cuando se les menciona a la mafia, saben manejar armas y *por casualidad* terminan en la casa del enemigo, después de haberse ganado primero al hijo y luego pasar al verdadero objetivo de la misión.

Lancé el smartphone contra la pared más cercana, donde se desintegró en cientos de piezas. Una frialdad helada se extendió por mi estómago. Rafael tenía razón. No había sido un accidente. Era un juego arreglado y Thalassa había sabido todo el tiempo en qué hielo tan delgado estaba. Tal vez le convenía que la hubiera enviado, solo que ahora no dejaría este terreno.

Completamente consciente de que no era el único en esa habitación cuya ira había crecido sin límites, me apoyé en el escritorio. —Tráela aquí. *Ahora mismo*.

Con una maldición en los labios, Rafael se dio la vuelta.

Ferrante.

Un nombre que no quería escuchar en mi ciudad. Y mucho menos quería ver una cara de esa familia aquí. A pesar de todo, ella se había adentrado valientemente en la guarida del león. ¿Con qué propósito? No era como si alguna vez hubiera mostrado interés por algo relacionado con el cártel. Nunca había estado en mi oficina, no había estado espionando. Ni una sola vez me había dejado intimidar por mí o había parecido intimidada por su entorno. Ahora también sabía por qué —pero alguien que buscaba información se comportaba de manera diferente a como lo había hecho ella.

Escuché cómo Rafael la arrastraba escaleras abajo mientras protestaba en voz alta por ser tratada de esa manera.

Unos segundos después, la empujó directamente a mi oficina. Ella tropezó hacia mí, pero se recuperó antes de chocar contra mí. Con enojo, me miró, frotándose los brazos.

—Ya me iba, no te preocupes. No tienes que ser grosero.

Me escapó un resoplido. —No vas a ninguna parte.

—Ciertamente no me quedaré. No me quieres aquí, con Agustín terminé y no tenía intención de pasar el resto de mis vacaciones encerrada en una fortaleza como Rapunzel en su torre. —Su enojo se derramó sobre mí, pero no era nada comparado con lo que me atravesaba.

No me faltaba mucho para que la ira me hiciera ciego a cualquier acción racional.

Con una calma mortal, la miré. —Te tengo una sola pregunta, Thalassa.

—Claro. Y por eso me haces arrastrar por media fortaleza por Rafael como si fuera una criminal condenada camino al cadalso.

Oh, no tenía idea de lo cerca que estaba de la verdad.

—¿Cuál es tu apellido? Y no te imagines que puedes burlarme. Ya lo sé. Pero quiero escucharlo de tu boca mentirosa, para estar absolutamente seguro.

Al igual que en nuestro primer encuentro en esta casa, todo se le fue de la cara. En realidad, eso era suficiente confirmación, pero insistí en que lo dijera. Quería escucharlo de ella. Tenía que

hacerlo.

Ella negó con la cabeza. —Estás equivocado.

Le di un aviso con la mirada. Solo quería una palabra de ella. Nada más.

—Tu. Apellido. —Fue solo un gruñido, pero iba a gritarle en la cara si no respondía.

—Ferrante. Mi apellido es Ferrante. —Escupió las palabras, mirándome con ojos llenos de veneno.

—¿Y creías que era una buena idea seducir al enemigo?

—Vete a la mierda, Santiago. ¿Acaso creías que había venido a la ciudad pensando *Oh, tengo que seducir a uno de los hombres Rojas para entrar en su maldita fortaleza y quedarme allí a salvo, aunque tenga un maldito guardaespaldas que también podría hacerlo?* ¿Acaso no te dije que terminaría mal si nosotros...? —Levantó las manos y sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

—Si hubiera sabido quién eres, te habría matado al primer contacto.

—Claro. Porque la mafia es una organización tan terrible. Tienes a los rusos y los escoceses justo bajo tu nariz, pero los italianos son los peligrosos. Wow. Y luego también una mujer, qué cliché. ¿Quieres interpretarlo como una nueva versión de la leyenda de Troya?

—No es la organización, Thalassa —respondí, con una clara advertencia en la voz—. Es la familia.

Ella negó con la cabeza. —¿Entonces crees que estoy aquí para espiarte?

—Dímelo tú.

Volvió a sacudir la cabeza, incrédula. —No.

—¿Esa también es una de tus mentiras?

Su mirada se deslizó sobre mí. —Pensé que reconocías las mentiras al oírlas.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, agarré sus brazos superiores para apartarla de mí. —Realmente deberías saber mejor que jugar conmigo.

Thalassa aterrizó en el suelo. Su ira no se desvaneció de sus rasgos, más bien brotó. Con un movimiento fluido, se enderezó y se abalanzó sobre mí.

Su puño me golpeó el mentón con tal fuerza que mi cabeza rebotó hacia atrás. No golpeó para demostrar su ira, no. Ese golpe estaba destinado a hacerme daño, y no quería admitir que había logrado exactamente ese efecto.

Cuando su puño volvió a acercarse, lo atrapé, lo jalé hacia mí con un tirón. —Quiero la verdad. Si quieres vivir, cuéntamela.

La temperatura en la habitación había bajado varios grados y nuevamente la empujé con fuerza. Esta vez, jadeó al caer al suelo. El aire salió de sus pulmones.

Volvió a saltar. Pero ahora era diferente. Escuché el clic de la pistola de Rafael antes de sentir el filo de mi propio cuchillo en mi garganta.

—Puede bajar su pistola si quiere que esto no se salga de control. Realmente no quiero lastimarte, Santiago, pero tampoco me dejaré empujar por un cártel. —Leí en sus ojos lo serio que era. En su postura vi que no era la primera vez que presionaba un cuchillo contra el cuello de otra persona. Su determinación irradiaba ondas de ella y no le importaba un segundo que una pistola estuviera apuntando a su cabeza por detrás, que podría acabar con su vida en una fracción de segundo. Rafael lo haría. Sin pestañear. Sin embargo, tonto de mí, también creí que no me quería hacer ningún *daño grave*.

Le dije a Rafael que bajara la pistola. Titubeó. —No creo...—

—Baja la pistola y Thalassa el cuchillo. Creo que nos hemos hecho suficiente daño el uno al otro por ahora.— Solo cuando Rafael obedeció mi orden, ella bajó el cuchillo, lo extendió hacia

mí con el mango hacia adelante.

Había sido un error hacerla caer a mis pies y no esperar que aprovechara cualquier ventaja que viera. Aunque habíamos eliminado las armas de la ecuación, aún nos mirábamos con deseo de lucha.

—Espera afuera, Rafael—, ordené, sin apartar la mirada de su rostro.

No quería hacerle daño, bien. A ella sí le haría. En el momento en que su apellido salió de la boca de Rafael, todas las reglas que habían estado vigentes se volvieron nulas e inútiles.

—Esto realmente no es una buena idea, jefe, y no creo que...—

—¡Fuera!—

Luchamos en silencio, sin mirar al otro. Duró solo segundos y, finalmente, fue Rafael quien cedió. La puerta se cerró con un fuerte golpe detrás de él.

Demostrativamente me incliné para sacar el segundo cuchillo del estuche. Luego clavé ambas hojas profundamente en la madera del escritorio antes de mirarla nuevamente. Si antes solo me había irritado, ahora su presencia me hacía querer poner mis manos alrededor de su cuello para hacerla pagar por los pecados de su padre.

—Odio a tu familia.—

Ella resopló. —A mí no me importa.—

—Odio lo que representan.—

—Me da igual.—

—Promesas rotas.—

—No conmigo.—

—Falta de lealtad.—

Thalassa sacudió la cabeza. —Nadie sabe que estoy aquí.—

—Falta de disposición para asumir errores.—

—No he cometido ninguno.—

—Traición—, gruñí.

—*Nunca*.—

Por cada acusación que tenía contra su familia, ella tenía una respuesta, me miraba fijamente, como si estuviera dispuesta a soportar cualquier golpe verbal adicional.

—No estaba seguro de qué hacer contigo, pero creo que ya lo sé. No vas a morir. Te enviaré de vuelta con tu padre. *Después* de que termine contigo.—

Thalassa asintió. —Entonces no te fuerces, Santiago. Déjame expiar los pecados de mi familia. Y si ya no me odias...—

—Eso no va a pasar.—

—Si ya no me odias—, insistió, —entonces hablamos.—

Lo dijo con tanta seguridad que sentí más ira brotar en mí. No se había calmado en los últimos minutos, al contrario. Se había comprimido. Menos volumen, pero mucho más concentrado. Más peligroso.

—No quiero volver a ver tu cara.— Le lancé las palabras como una granada antes de agarrarla y empujarla contra el escritorio. Rodeé el escritorio, solo para agarrar sus hombros y tirarla hacia atrás, hasta que su espalda descansó sobre la madera, en medio de mis documentos y otras cosas que estaban en mi escritorio. Sus piernas se doblaron, su cabeza cayó hacia atrás sobre el borde.

Se había olvidado de resistirse. Era seria y no estaba seguro de si eso me daba miedo o me excitaba inmensamente. Posiblemente ambos, y mucho más.

Su top, que ya era ajustado, se había subido sobre su vientre hasta sus costillas, dejando ver

la piel desnuda que se perdía bajo el dobladillo de sus shorts. Noté cómo su pecho se elevaba y bajaba rápidamente, mientras buscaba mi cinturón.

El escritorio tenía la altura perfecta para la escena que se desarrollaba en mi mente.

—Déjame demostrarte que ese odio nunca disminuirá.— Agarré mi pene y su cabeza, antes de presionar la punta contra sus labios. Ella los abrió, y en el siguiente instante me introduje tan profundamente en su boca que pude ver la curvatura de su cuello ya estirado.

Con los dedos deslizados sobre la piel tensa, ejercí una presión suave y me complací al ver que tenía que luchar con la brutalidad de mi acción. Aun así, no se resistió. Me había asegurado antes de su consentimiento.

Y esto no era por su placer o para darle placer, sino únicamente por el odio acumulado durante años que llevaba dentro y necesitaba desahogar de alguna manera.

Ella me nublabla la mente. Mis pensamientos. Y eso seguramente no tenía nada que ver con el hecho de que su cálido y húmedo boquete se cerrara alrededor de mi pene y se creara un vacío cada vez que me retiraba y comenzaba a chuparme. Thalassa me hizo sentir sus dientes, se aferró a mis muslos con las uñas, pero nada de eso sería suficiente para hacer que dejara de hacerlo.

En cambio, me animaba a ceder aún más el control de mi cuerpo. Una y otra vez, me introducía sin piedad en su boca, agarraba sus cabellos para hundirme aún más en ella.

—Tenía razón, ¿verdad? Te gusta esto. Tal vez no el odio que hay detrás, pero aun así, te encontraría mojada si ahora te metiera la mano entre las piernas. Preparada para mí. Porque tu cuerpo es un traidor miserable. Puedes convencerte de que no apruebas esto, pero alguna parte sucia y oscura de ti lo necesita. Me pregunto de dónde viene eso. ¿Será simplemente la familia que produce a personas tan defectuosas? —

Incluso si hubiera tenido una respuesta para eso, no habría sido capaz de expresarla. Incluso cuando me retiré de ella y la puse en posición vertical, solo para rodear nuevamente el escritorio y presionarla esta vez con la cara hacia abajo sobre el escritorio, todo lo que salió de su boca fue un jadeo.

—¿Cómo será el informe que le darás a tu padre? ¿Le contarás lo que hicimos sobre mi escritorio? —

Su cuerpo se rebeló, pero volví a meter la mano en sus cabellos y le retraje la cabeza para inclinarme un poco hacia abajo. —Es demasiado tarde para resistirse. Esto no termina hasta que yo lo diga. Y dada la manera en que tu mirada está embriagada, eso no es realmente una resistencia. ¿Quieres retarme para que te folle más duro a tu coño que a tu boca? —

Agarré uno de los dos cuchillos que aún estaban clavados en la mesa, lo saqué con un tirón y dejé que la punta resbalara por su cuello al descubierto. Su rostro estaba enrojecido, las lágrimas mojaban las mejillas de Thalassa, pero también había una maldita sonrisa que me decía que hasta ahora no me había esforzado lo suficiente para destruirla.

La ira hacia ella y el odio hacia su familia habían traído a la luz la parte de mí que hace diez años se había salido de control, y ahora era demasiado tarde para volver a atar las riendas al monstruo. Ella tendría que soportar lo que le arrojara.

Justo entonces, fue el hecho de que resbalara el cuchillo por su bonita cara. —Ese fue un valiente paralelismo con Helena, ¿no crees? —susurré en su oído—. Apuesto a que París nunca tuvo una razón para humillar de esa manera a la mujer más bella que conocía. —

Tenía la osadía de reírse en voz alta. —Tendrás que esforzarte más si quieres lograr eso, Santiago. —

Conduje la hoja hacia sus labios.

—Muerde. Pero ten cuidado de no cortarte. Es más afilado que tus palabras.

Esa maldita terquedad. Ella no estaba fingiendo, y ese era el problema. Cualquier otro ya se habría rendido, se habría sometido. Habría rogado perdón.

Pero Thalassa tomó la hoja entre sus dientes. Como si fuera un pedazo de tela o madera y no un arma que sin problemas podría haberle cortado la lengua.

Todo eso solo aumentó mi ira. Quería verla en el suelo, rogando perdón y finalmente mostrando que estaba a mis pies.

Le arranqué los pantalones y la ropa interior, y tal como lo había predicho, estaba mojada. Tan mojada que la humedad se adhería a sus muslos. Todo en esa visión me invitaba a hundirme en ella de inmediato y descubrir cómo se sentía estar profundamente dentro de ella.

Pero eso le haría un favor, y aún no se trataba de ella. Con un movimiento rápido de la muñeca, le di un golpe que la hizo chocar contra el escritorio, pero no provocó un grito. Ni siquiera un gemido. Solo escuché un bufido y sentí que su pulso ya había migrado a sus nalgas.

Por detrás, me apreté contra ella, dejándole sentir la tela áspera de mis jeans en sus genitales sensibles, mientras cruzaba sus brazos detrás de su espalda para tener un mejor control sobre su cuerpo.

Ella jadeó. Empujó sus caderas contra mí antes de dar un paso atrás. El siguiente golpe se abatió sobre sus nalgas, dejando no solo una marca roja de mi mano, sino también la primera señal de que no tardaría mucho en hacer estallar su piel impecable. Repetí el movimiento en el otro lado, enfadándome por no obtener más reacción que su bufido venenoso o el jadeo.

Dejé de golpear sus nalgas para introducir un dedo en ella. Mis primeros movimientos fueron lentos, para hacerle creer que ahora me ocuparía de que su cuerpo finalmente encontrara alivio. Aunque para mí no habría sido menos relevante. Un segundo dedo se unió y mis movimientos se volvieron más duros. Empujé mis dedos en ella hasta que jadeó y agregué un tercero tan pronto como me extendió sus caderas desafiantes. Se apretó contra mí, claramente en camino hacia un orgasmo.

Pero justo antes de que cruzara el punto mágico, me retiré. La reacción de su cuerpo fue traicionera. Su coño se contrajo, pero no había nada que pudiera envolver. Ni dedos, ni pene, ni lengua. Nada. Observé cómo pulsaba, cómo su humedad se extendía cada vez más sobre su piel y la hacía brillar.

—No crees realmente que esto terminará con un orgasmo para ti, ¿verdad? —Le di un golpe plano en la nalga para alejarla de su punto culminante—. Yo me voy a correr dentro de ti, más de una vez. Pero tú... No. Tal vez, si suplicas. Si me muestras cuánto lo necesitas.

El cuchillo entre sus dientes aún no le permitía responder, lo que me satisfacía profundamente. Suficiente para cerrar nuevamente la mano alrededor de mi pene. Dejé que la punta resbalara sobre su coño, sintiendo el temblor en ella y en los músculos de sus piernas. Luego penetré en ella, pero no le di tiempo para acostumbrarse a mi tamaño o al hecho de que con un solo empujón estaba completamente dentro de ella. Inmediatamente me retiré, solo para volver a penetrar. Sin piedad y duro, a un ritmo constantemente cambiante, que no le permitía llegar pero la hacía cada vez más húmeda.

Agarré sus cabellos.

—Todo esto. Para mí. Quién lo habría pensado.

Sus músculos se apretaron firmemente alrededor de mí, me retuvieron un momento profundamente dentro de ella. Le di otro golpe en la nalga, me retiré y la penetré tan fuerte que su jadeo casi se convirtió en un aullido. Aún sonaba demasiado placentero para el hecho de que tenía un cuchillo entre los dientes y yo le mostraba con cada una de mis acciones cuán poco me importaba ella. Cuánto la odiaba. La odiaba profundamente.

—¿Sabes qué? —gruñí tras unos minutos en los que no había dejado de respirar ni de acelerar el ritmo—. He cambiado de opinión. Vas a venirte en mi polla. Porque sé exactamente que eso te hará imposible volver a sentir lo mismo. Ningún otro hombre podrá darte un orgasmo. Excepto yo, no habrá nadie más. Y no volveré a tocarte después de hoy. ¿Cómo se siente ese conocimiento, Thalassa?

Hice que mi promesa recién pronunciada se hiciera realidad de inmediato manteniendo el ritmo. No la tocaba, no era necesario, ya que su cuerpo, desde que comencé a transmitirle mi odio hacia ella, se había calentado tanto que no hacía falta mucho más. Desde el principio, nos habíamos encontrado en una espiral descendente y la forma en que sus músculos se tensaban, cómo su calor pasaba a mi cuerpo y cómo su respiración cambiaba, me decía que íbamos a estrellarnos sin frenos en el suelo.

Seguí moviéndome dentro de ella, pero también me incliné un poco hacia adelante. La navaja seguía entre los dientes de esa maldita mujer testaruda. Me apropié de su cuello, con dientes y lengua, hasta llegar a su hombro y morder, dejando una marca perfecta.

Sin previo aviso, un temblor recorrió todo su cuerpo, que en algunos puntos se convirtió en un fuerte sacudir. Lo sentí en mi polla, en mi lengua, que descansaba en su cuello, y en sus piernas, que sudorosas presionaban contra las mías.

Para mi vergüenza, no necesité más que eso para que el nudo en mi entrepierna también estallara. Con algunos empujones más, me derramé profundamente en ella, solo para retirarme y ver cómo nuestra mezcla de placer se adhería a sus muslos.

Ambos respirábamos con fuerza y todas las marcas que había dejado en su cuerpo me golpeaban con toda claridad. Pero también el dolor que recorría mi cuerpo. Los analgésicos debían haber perdido efecto y... Thalassa se enderezó con más dignidad que cualquier otra mujer que hubiera follado antes.

A pesar de que sus piernas no estaban para nada preparadas para soportarla, se dio la vuelta, apoyando su trasero en mi escritorio.

Estiró el mentón, presentando la navaja entre sus dientes, antes de levantar la mano y quitarla, solo para extenderla hacia mí.

—Solo falta una cosa para empezar la guerra, Santiago —Su voz provocó escalofríos en todo mi cuerpo—. Mátame. Véndelo a mi padre como una violación. Si realmente quieres esta guerra, *hazlo*.

Giró el filo para que la punta apuntara hacia su corazón. Thalassa me miró desafiante.

—Toma mi mano. Es muy simple. Hazlo, Santiago. Mátame y enséñame hasta dónde llega tu odio.

El diablo bailaba en sus ojos.

—No caeré en eso —siseé.

Solo quería que yo cediera y la dejara ir.

Sin pestañear ni una sola vez, colocó la punta de la hoja en su pezón. La sangre brotó.

—Ahora es aún más fácil. Solo tienes que ejercer suficiente presión. Pero no tengo que decirte eso a un hombre como tú, ¿verdad? Sabes cómo matar a la gente. ¿Debo hacer el ridículo y demostrártelo?

La navaja se hundió más. Interiormente, maldije. Busqué en su rostro algún indicio de que no lo haría, que estaba blufando. Pero no había nada. Ni siquiera un tic muscular bajo su ojo.

Con resentimiento, cerré mi mano alrededor de la suya. Pero no para dirigir la navaja hacia su maldito corazón, sino para arrebatarla de las manos. Ella se resistió, apretó más fuerte, hasta que sujeté su muñeca y le quité uno por uno los dedos del mango de la navaja. A la fuerza.

La dejé caer al suelo, la pateé lejos. —*Ahí*. No hay guerra.

Mi mirada siguió la navaja hasta el otro lado de la habitación, pero de repente su mano estaba en la nuca. En el siguiente momento, su cuerpo chocó violentamente contra el mío. Casi trepó sobre mí, hasta que pudo enredar sus piernas alrededor de mi cintura, manteniendo una mano controlada sobre mi cabeza. Thalassa lo tiró hacia atrás. Luego, sus labios se posaron sobre los míos, se separaron para que su lengua pudiera reclamar mi boca. Saboreé su sangre. El beso no tenía ternura, solo la misma dureza que le había dado unos minutos antes.

Nos tomó una eternidad y media interrumpirlo, y ella se reculó jadeando, solo para volver a inclinarse hacia mí. Su lengua se deslizó transversalmente por la mitad inferior de mi rostro en un gesto posesivo que no creía que fuera capaz de hacer.

Lentamente, se deslizó hacia abajo. Me faltaban las palabras.

Determinada, pasó junto a mí, ignorando por completo sus pantalones, solo para atravesar la oficina y abrir la puerta. Rafael nos miraba, como si estuviera considerando contactar a un psiquiátrico.

Mi mirada cayó sobre el trasero desnudo de Thalassa, que aún llevaba las huellas de mis manos. La envidia despertó como una bestia en mi pecho. Él no tenía derecho a verla así.

—Si fuera tú, desaparecería. Esto se va a poner mucho más sucio.

Miré la parte posterior de su cabeza, luego mi mirada se deslizó hacia Rafael. Su mirada, a su vez, estaba fija en mi rostro. Con su expresión, ya estaba hasta las rodillas en la mierda.

Antes de que ocurriera la siguiente escalada, me acerqué a Thalassa, envolví mi brazo alrededor de su cintura y la lancé sobre mi hombro. —A mis hombres no los mandas.

Ella rió. —Todavía me odias. Y según veo, seguirás dándolo todo en mí. Así que, o será testigo, o se va. A menos que quieras que yo también lo ayude con su odio hacia mí. Por ti, lo haría.

Esta mujer. Incliné la cabeza, solo para hundir los dientes en su trasero desnudo. Sus dedos se aferraron a los míos. —Eso. No. Lo. Hago. En. Mi. Cama.

Rafael retrocedió voluntariamente, pero su mirada me seguía diciendo que estaba absolutamente perdido.

—Más allá de matarnos mutuamente, no. Más allá del sexo de odio, no. Puedes volver mañana.

Aún no era mediodía. Sin embargo, tampoco tenía la intención de olvidar mi odio de repente. Ella tendría que hacer más, sacrificar más, para hacerme olvidarlo.

TALIA

Mi cuerpo era un campo de batalla. Sin embargo, dudaba que alguno se hubiera sentido tan bien como este. Apenas podía formar un pensamiento coherente, y aunque estaba cansada, parecía incapaz de cerrar los ojos y dejarme llevar. Mi mente estaba demasiado despierta para eso.

Las últimas horas me habían llevado al borde de la locura. Sin saber por qué o contra qué luchaba realmente, me había rebelado contra Santiago Rojas y me había defendido. Tal vez fuera inútil. En cualquier caso, no podía evaluarlo, porque sus caricias habían sido duras y sus palabras aún más duras.

Quizás había esperado que en algún momento me quebrara bajo la presión, como una rama podrida bajo un pie. Pero tendría que esperar mucho tiempo para eso; incluso ahora, después de que hubiera descargado su frustración en mí una y otra vez y yo hubiera soportado todo lo que había arrojado en mi dirección, aún no estaba lista para someterme a él. Mi derrota convertía sus teorías en verdad y si había algo que sabía con absoluta certeza, era que no había venido aquí para espiarlo. Para llevarlo a la ruina. Nada estaba más lejos de mi intención. Por eso luchaba. Le plantaba cara. Aunque fuera inútil, no me hundiría sin luchar, solo para que él se sintiera mejor.

Hasta hace un momento había pensado que Santiago se había quedado dormido a mi lado, pero sentí su mirada posada en mi rostro. Tenía los ojos cerrados, aunque solo para darle a mi cuerpo un poco de descanso. Después de todo, había sido tan minucioso que ya ni siquiera sabía cuántas veces me había corrido sobre su polla.

Nada de lo que había sucedido coincidía con mi idea original. El enfoque nunca había estado en el sexo, sino siempre en las emociones crudas que lo carcomían por dentro. Y todo esto solo por un nombre... que ni siquiera había elegido yo misma. Mucho menos sabía cuál era el origen de su aversión.

—Si te hago algunas preguntas ahora, ¿me volverás a mentir?

Sin abrir los ojos, le respondí: —No.

—¿Tu padre?

—Cesare Ferrante.

—¿Tu madre?

—Rhea —murmuré.

—¿Hermanos?

Solté un suspiro. —Ares y Ker.

—¿Qué demonios pasa con tus padres y los nombres griegos?!

Abrí los ojos lentamente. Me alivió no ver una máscara de furia en su rostro. Parecía cansado. ¿De nuestra lucha mutua o de toda la situación? —Es una tradición por parte de mi

madre. Pero eso no tiene nada que ver con el odio que tienes hacia mi familia.

—Actúas como si no supieras por qué es así.

Negué con la cabeza. —Santiago, es porque no tengo idea de lo que pasó. Mi padre tiene el *outfit* bajo su control. Odia todos los cárteles que existen en los Estados Unidos. No sabía que tenía conexiones en Europa. Con la Camorra, sí. ¿Pero con España?

—¿Él te permite saber todo eso?

—No voluntariamente. —Simplemente era buena haciéndome invisible y observando. Mis hermanos nunca se retiraban para tener conversaciones y mi padre siempre hablaba por teléfono tan alto que se podía entender incluso a varias habitaciones de distancia. Además, le resultaba difícil seguir una línea recta en mi caso.

No quería que me sumergiera demasiado en el mundo del crimen, pero por otro lado tampoco soportaba la idea de que estuviera indefensa ante hombres que pensaban de manera similar a él o a mis hermanos. No podía simplemente ponerme un arma en la mano y esperar que su mera existencia me protegiera. No, tenía que dar el siguiente paso y enseñarme a usarla. El equilibrio era casi imposible. Por un lado, quería mantenerme en una jaula dorada, asegurarse de que no me superara a mí misma. Por otro lado, me daba todas las herramientas que necesitaba para afirmarme entre los de su clase. Mi vida era una paradoja andante, siempre lo había sido, y de alguna manera me invadía la sensación de que eso no cambiaría.

—¿Estás aquí para espiarme? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

—No. Pero ya te lo he dicho.

—Y terminaste en los brazos de mi hijo por pura casualidad.

—Sí. En algún momento supe quién era. Pero no es como si eso hubiera sido relevante. Solo quería... divertirme.

—Y quieres que te crea eso. —Todavía pensaba que le estaba mintiendo.

Así que me giré sobre mi espalda, mirando al techo. —¿Qué quieres que te diga para que me creas? ¿Sabes por qué no quería que pasara nada? Porque voy a volver a casa para que mi padre pueda buscarme un hombre que le dé alguna nueva ventaja estratégica. Por eso lo obligué a concederme un último verano de libertad.

Como seguía mirando al techo, ni siquiera me di cuenta de la reacción de Santiago. En principio, tampoco importaba. Le había revelado lo que había sido mi problema todo el tiempo, y si ni siquiera creía la verdad, nada de lo que dijera podría cambiar nada.

—¿Me responderás algunas preguntas también?

—Depende.

—No te preguntaré sobre ningún secreto del cártel, no te preocupes —gruñí, solo para poner los ojos en blanco.

¿Realmente quería aferrarse a eso? ¿Realmente quería subrayar con cada palabra sucia que me arrojaba a la cara cuánto me odiaba? ¿Quería recordarme con cada toque que le daba a mi cuerpo cuánto despreciaba a mi familia?

Cuando no respondió, solté un suspiro. —Quiero saber qué pasó, Santiago. No puedes tratarme así sin decirme la razón. Puedo soportarlo, pero preferiría al menos saber por qué.

—No es una historia agradable.

—Y aun así, ya la has pintado en mi cuerpo. Ahora quiero las palabras que se esconden detrás. —Quería una explicación para cada moretón. Cada marca de sus dientes, sus dedos y sus manos. Cada rasguño. Cada cardenal. Para el dolor en mi interior que no tenía nada que ver con que me hubiera follado durante horas sin parar ni una sola vez. Quería una explicación para cada reproche que me había hecho. Para cada amenaza que había pronunciado.

Necesitaba una razón para ser fuerte por este hombre, cuando él obviamente no podía serlo en ese momento. Necesitaba una justificación para convertir su debilidad en un arma que me estaba hiriendo una y otra vez, sin que se vislumbrara un final.

SANTIAGO

HACE DIEZ AÑOS

Era plena noche cuando desperté de golpe del sueño profundo, con los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Escuché en la oscuridad, ya a punto de hundirme de nuevo en las profundidades de mi mente.

El grito de una mujer desgarró la Alcazaba.

Estaba fuera de la cama antes de darme cuenta de lo que pasaba. Ya en el pasillo, presionaba el teléfono contra mi oreja, con el arma cargada y sin seguro en la otra mano. Mi pulso se aceleró. ¿Por qué no contestaba Rafael? ¡La hora no era una puta excusa para ignorar mi llamada!

Aun así, me precipité hacia la habitación de Marisol para asegurarme de que estuviera bien. Terminé la llamada con Rafael solo para marcar el número de mi padre. Aunque estaba en el otro extremo de la fortaleza, pero...

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Voy hacia Mari.

Así que no había sido mi madre quien había gritado. Aparte de Marisol, no había otra mujer en todo el recinto. Mi corazón se saltó un latido.

Todavía tenía a mi padre en la línea cuando llegué a su habitación y golpeé la puerta con la palma de la mano.

—¿Marisol? —De alguna manera logré reprimir el pánico que crecía en mi interior. Aunque solo hasta que me di cuenta de que no respondía.

Volví a llamar. Esta vez con más vehemencia. —¡Abre la maldita puerta para que sepa que estás bien!

Oí que algo caía al suelo detrás de la puerta. O alguien. Al segundo siguiente, gritó mi nombre. Un grito que me heló la sangre. El teléfono se me resbaló de los dedos. Me apoyé contra la puerta con todas mis fuerzas, sacudiendo la manija mientras maldecía.

Di un paso atrás solo para darle una patada. Aun así, no cedió. La maldita madera vieja ni siquiera se astilló y dispararle tampoco era una opción.

Mis maldiciones se volvieron más fuertes. Mi desesperación creció. Cuanto más luchaba con la puerta, peores se volvían los escenarios en mi cabeza.

Ella no estaba sola allí dentro: Agustín también.

—Santiago... por favor... —Gritó de nuevo.

Entonces me di cuenta de que además de Agustín y ella, había alguien más allí dentro.

Mi padre apareció al otro extremo del pasillo, y mientras me apoyaba de nuevo contra la puerta, negué con la cabeza. —VETE. Lárgate. ¡No puedes dejarla sola! —Nunca me habría atrevido a gritarle a un hombre como Ángel Rojas, pero cuando nuestras miradas se cruzaron por un breve momento, me golpeó la misma realización que a él.

No solo atacarían a Marisol si perpetraban un atentado contra la Alcazaba. Todo el color desapareció de su rostro.

Por fin la madera comenzó a crujir bajo mis esfuerzos. Cedía. La puerta estaba cerrada desde dentro, pero cuanto más la trabajaba...

—Estoy aquí. No tengas miedo. ¿Me oyes?

Pero ella no respondió. Eso fue lo que me decidió. Me estrellé contra la puerta con tanta fuerza que se abrió hacia adentro y golpeó la pared.

Marisol estaba de rodillas. Sollozaba mientras un hombre tenía su cabello firmemente

envuelto en su puño. Mi mirada se dirigió a Agustín, que temblaba sentado en su cama, con los ojos muy abiertos fijos en su madre, que estaba todo menos bien.

Un moretón se extendía por su mejilla. Las ventanas detrás del bastardo estaban astilladas. Presionaba un arma contra su frente.

La mía apuntaba automáticamente a su cabeza. —Suéltala.

—Pensé que me quedarían unos minutos más. Me habría encantado disfrutar de un coño Rojas, pero... —Se encogió de hombros.

Y apretó el gatillo.

Mi corazón se detuvo. Descargué todo el cargador en él hasta que no quedó nada.

Marisol no. Mi hermana no.

Me desplomé a su lado en el suelo, atrayendo su torso a mis brazos. Sus párpados temblaban, aunque la herida de entrada había desgarrado sangrientamente el lado de su cráneo. No hacía falta ser médico para saber que estaba a punto de dar sus últimos alientos.

—No te atrevas a morirme, Marisol —gruñí de todos modos. Débilmente, su mano se cerró alrededor de la mía. Abrió la boca y automáticamente presioné su cabeza, la herida, contra mi pecho. Desconcertado, me di cuenta de que podía sentir el calor de la sangre que brotaba a través de mi camisa.

Una sensación de náuseas se extendió por mi estómago, seguida de arcadas.

—Solo sigue respirando y te llevaré al hospital más cercano. Ellos sabrán qué hacer. —¿Lo decía para mí? ¿O para ella? La expresión en su rostro no hablaba de miedo, sino de dolor y tormento. Ambas sensaciones que no podía quitarle, aunque me hubiera gustado hacerlo.

Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de los míos. —Santi —susurró, antes de forzar a abrir los ojos.

Supe de inmediato que no veía nada más que una oscuridad total, porque su mirada estaba perdida. Las pupilas no se contrajeron a pesar de la luz sobre nosotros. Instintivamente tragué saliva. Una bala. Una maldita bala.

—Ahorra tus fuerzas. Ya podrás regañarme después por no haber llegado a tiempo —respondí. Pensé frenéticamente en qué debería hacer. Moverla no era la mejor idea. Llamar a una ambulancia tampoco.

Giré la cabeza bruscamente, buscando a Agustín, pero la cama estaba vacía. Maldije.

—¿Qué? —exigió saber Marisol.

Mi pánico amenazaba con contagiársele.

—Nada. Nada. Solo intento averiguar cómo llevarte a un médico.

Su expresión se suavizó, aunque uno de los lados de su cara no le obedecía del todo. —Ambos sabemos que es demasiado tarde para eso.

Era un milagro que las palabras pudieran salir de su boca. La bala había causado un gran daño... —No. Nada es demasiado tarde hasta...

Busqué a tientas mi teléfono, marqué el número del médico que normalmente trabajaba para el cártel. Era plena noche, no estaba de guardia y sonaba y sonaba, pero nadie contestaba. Otra maldición se me escapó mientras el agarre de Marisol en mi mano se debilitaba cada vez más.

—No te rindas, Mari. Eres fuerte. Más fuerte que un pedazo de metal. —De alguna manera logré contenerme y no ceder a las emociones que amenazaban con desbordarme a medida que el daño causado por la bala se hacía más evidente en mi conciencia.

—Prométeme algo —logró decir. Su respiración era irregular y el color desaparecía rápidamente de su rostro. En cambio, mi camisa se teñía cada vez más de rojo. Tragué saliva nuevamente, tratando de concentrarme en cualquier cosa menos en la herida y sus efectos.

—Prométeme primero que sobrevivirás a esto.

Resopló antes de que una sonrisa tirara de las comisuras de sus labios. —No me hagas esto. Tendrían que hurgar en mi cerebro para sacar la bala. Ya no puedo ver nada... eso no mejoraría.

—No puedes simplemente decidir que esto es todo. —Las palabras sonaron demasiado desesperadas en mis oídos.

Mi hermana. La fuerte e inquebrantable Marisol, estaba a punto de tirar la toalla. No conocía a nadie más fuerte que ella. ¿De dónde sacaría yo la fuerza para sobrevivir a todo esto si ella decidía abandonarnos?

—Tienes que cuidar de Agustín. Solo le quedan papá, Rafael y tú. Los necesita a todos.

—¿Por qué no sobrevives y te ocupas tú misma de tu hijo? Te necesita a ti, su madre. No a tres idiotas que no tienen ni idea.

—Santiago. —Mi nombre salió de sus labios como una advertencia. Y al mismo tiempo como una súplica. —Me estoy muriendo. No puedes negarme esto.

—Estás jugando una carta bastante injusta —siseé y me reí. Desesperado.

Su risa se convirtió en una tos que la sacudió con demasiada fuerza. Su rostro se contrajo de dolor. La vida se escapaba rápidamente de su cuerpo y yo no podía hacer absolutamente nada para evitarlo.

—De acuerdo. Lo prometo. Cuidaré de él y de su bienestar. —No quería prometerlo, sobre todo porque significaba dejarla ir lentamente. Era el pensamiento de su hijo lo que la mantenía con vida. Nada más.

Una sonrisa volvió a asomar a sus labios. —Gracias. Diles que no es su culpa. Y tampoco es la tuya. No dejes que te consuma.

—¿Ya quieres dictarme cómo debo llorar? —Las lágrimas me picaban en los ojos mientras dirigía la mirada hacia el techo, luchando desesperadamente por mantener la compostura. Todos esos años en un cártel no te preparan para acompañar a tu hermana en sus últimos momentos entre tus brazos.

La apreté con fuerza contra mi pecho antes de ponerme de pie con ella en brazos y girarme hacia la ventana. Nos quedaban segundos. No minutos, días, semanas, meses o años.

Solo segundos.

—Espero que puedas ver las estrellas. —Mi voz se quebró al igual que mi corazón.

Un sonido angustiado escapó de sus labios. —Por supuesto. Siempre.

Apenas las palabras salieron de su boca, sentí cómo su cuerpo perdía toda tensión en mis brazos. Su respiración se detuvo antes de cesar por completo y un momento después sentí en lo más profundo de mi ser que nos había dejado a todos.

De alguna manera logré mantenerme en pie, con los ojos cerrados. Me permití un momento de debilidad en el que derramé lágrimas incontroladamente y sentí el dolor hasta la última fibra de mi cuerpo. Luego me arrodillé para depositar su cuerpo sin vida en el suelo. Tan pronto como me incorporé, ya no era el dolor lo que corría por mis venas, sino el odio. Odio hacia las personas responsables de esto.

Miré a mi alrededor, buscando a Agustín para sacarlo de aquí, pero seguía sin verlo por ninguna parte. Tampoco debajo de la cama. No respondió cuando lo llamé. Mis intentos de encontrarlo se desvanecieron cuando escuché mi nombre. Urgente. Pánico. Instintivamente supe que Marisol no sería la única víctima de esta noche. No sería la última. Un nuevo miedo surgió en mí, por la segunda mujer más importante de esta familia.

Esta vez fue Ángel quien gritó mi nombre. De alguna manera logré ponerme de pie, solo

para que el suelo se me escapara de nuevo bajo los pies.

Él estaba en la puerta. La sangre se acumulaba bajo sus pies. No era suya. Era de mi madre, a quien llevaba en brazos, consternado. Apenas respiraba. La fea herida en su cuello era la causa.

Nos habían atacado. Justo donde más dolía.

Mi teléfono sonó. Lo agarré, manteniendo la mirada de mi padre.

—Rafael —solté.

—La han matado, Santi. —Su voz se quebró. —Han matado a mi hija y tienen a Andra en su poder. Si... si la matan a ella también, pueden llevarme a mí también.

Colgó. Volví a luchar contra las lágrimas.

Málaga florecía con el crimen desde hacía años. El dinero fluía en grandes cantidades, el lujo dominaba las calles y todo ello atraía a aquellos que tenían suficiente en sus bolsillos como para tirarlo por la ventana sin miramientos. Frecuentaban los clubes, pagaban precios exorbitantes por drogas y prostitutas —la demanda determinaba el precio— y se metían en negocios que tarde o temprano les costarían la vida. Todo por un lugar bajo el sol. Algo de lo que, ciertamente, teníamos de sobra en España.

Sin embargo, esta noche la ciudad se sumía en el miedo y el terror. Al menos para aquellos que operaban en el submundo. Las noticias no habían tardado en propagarse como la pólvora. Los asesinatos. La venganza.

Hasta el amanecer, no habría enemigos en esta ciudad, pues cualquiera que se atreviera a enfrentarse al cártel ahora, despertaría con una bala en la cabeza.

Marisol estaba muerta. Mi madre llevaba horas en el quirófano del mejor hospital de la ciudad. El dinero había fluido para que los mejores cirujanos se concentraran exclusivamente en ella; los demás pacientes no importaban. Si Azahar Rojas no sobrevivía la noche, mañana nadie podría vivir en Málaga, porque simplemente no quedaría nada que pudiera considerarse un hogar.

Ángel miró en mi dirección. Estábamos a punto de irrumpir en un club que colaboraba con los hombres que nos habían atacado. En las últimas horas había envejecido años. Normalmente, su cabello entrecano le daba un aire encantador y las arrugas de su rostro hablaban de la vida que había llevado. Ahora, ambos aspectos subrayaban la tormenta que rugía en su interior y que salía a la superficie cada vez que nos enfrentábamos a otro enemigo.

Hacía tiempo que había perdido la cuenta de cuántos hombres habían muerto esta noche. Habría más. La cantidad total no importaba, siempre y cuando al amanecer todo el país se hubiera dado cuenta de lo mala idea que había sido hacer del cártel Rojas el objetivo de un ataque y concentrarse en las familias, en las mujeres.

—Ella sobrevivirá —solté. Era una afirmación y una esperanza al mismo tiempo, pues ni siquiera sabía quién era mi padre como persona sin su esposa. Una vaga premonición me decía que sería horrible si ocurriera, que no solo perdería a su hija, sino también a la mujer que desde siempre se había asegurado de que la balanza en nuestras vidas nunca se inclinara demasiado en una dirección.

—Si no lo hace, tendremos un problema —respondió seriamente después de unos segundos.

Pero no solo nosotros tendríamos el problema, sino aquellos que habían conspirado contra nosotros. Si ahora solo buscábamos a los responsables en nuestra ciudad, después de su muerte

se desataría una caza de brujas por todo el país hasta que hubiéramos arrancado la última raíz del suelo. Un ejemplo. Para futuros idiotas que pudieran estar albergando una idea similar.

—Al próximo que encontremos deberíamos dejarlo con vida. Hacer algunas preguntas antes de disparar —sugerí. Al mismo tiempo, saqué mi arma, cambié el cargador usado por uno lleno y revisé los cuchillos que llevaba conmigo.

Mis manos estaban ensangrentadas. Mi camisa estaba rígida en algunos lugares donde la sangre se había secado. La sangre de Marisol, cuyo cuerpo ya estaba empezando a enfriarse.

Ángel negó con la cabeza. —No tengo preguntas, Santiago. Tengo la necesidad de matarlos a todos. Tú también deberías sentirlo.

Sus palabras no pasaron desapercibidas para mí. Por supuesto que quería verlos a todos muertos, pero había preguntas que no teníamos respuesta. No las obtendríamos de los cadáveres. Necesitábamos a alguien vivo para arrancarle el conocimiento que nos faltaba.

¿Y si en nuestro frenesí de sangre se nos escapaba algo? ¿Si pasábamos por alto un detalle crucial y esto era solo la primera de muchas oleadas de ataques?

Me miró de nuevo, negando con la cabeza, como si supiera mucho más que yo. Como si ya hubiera encontrado la pieza faltante del rompecabezas y hubiera hecho conexiones que yo simplemente no veía. No podía verlas porque estaba a años de seguir sus pasos.

—Solo hay dos cosas relevantes en este momento, Santiago —dijo finalmente y miró hacia arriba, a la fachada desnuda del club. Se alzaba tranquilo ante nosotros. Nadie sospechaba que ya proyectábamos nuestras sombras sobre ellos y que solo era cuestión de minutos antes de que irrumpiéramos en su refugio seguro y lo convirtiéramos en un campo de batalla.

Una bala podía causar tanto daño. Tanto dolor. Lo experimentarían en carne propia si esperaban solo unos minutos más.

—Primero, fue un ataque a mi imperio. Querían destruirlo para poder quedarse con lo que quedara. —Ese no era un pensamiento nuevo. Simplemente una constatación de lo obvio.

Siempre existirían enemigos que secretamente deseaban que cometieras un error que dejara desprotegido lo que te pertenecía. Para que pudieran tomar lo que quisieran.

—Y segundo: se atrevieron a levantar la mano contra las dos mujeres más importantes de mi vida —continuó—. NO ME INTERESA POR QUÉ. No importa cuáles sean sus motivos. ¡Lo que quieran además! ¡HAN ATACADO A MI FAMILIA, MATADO A MI HIJA E INTENTADO ARREBATARME LA OBRA DE MI VIDA! Van a morir. No hago preguntas. Solo mato.

Nunca antes había oído gritar a Ángel. Ni de niño. Ni de adolescente. Ni de adulto. Siempre había sido la calma personificada. No alzaba la voz porque no lo necesitaba. Podía provocar miedo con una sola mirada. Las palabras altisonantes eran innecesarias. Pero ahora, sobre todo, hablaban de una emoción. Desesperación. Porque no tenía ninguna influencia sobre lo que sucedía en el quirófano. No gobernaba sobre la vida y la muerte, aunque le hubiera gustado arrogarse ese trabajo.

Estaba cansado. Toda mi conciencia se sentía como una gran herida que el enemigo había infligido con sus acciones. Matarlos a todos no curaría la herida, pero tal vez me daría unas horas de paz... antes de tener que enfrentarme a lo que inevitablemente sucedería.

—Entonces llevemos a algunas almas extraviadas más de vuelta a casa —respondí y abrí la puerta.

Esta noche no podía empeorar más. Ya contenía todo lo imaginable. Muerte. Dolor. Sufrimiento. Traición. Intrigas... y tanto más que ya me sentía insensible. Nada de esto tenía ya la capacidad de pillarme desprevenido.

TALIA

Mis brazos rodeaban firmemente mis piernas, que había acercado a mi pecho en posición sentada, con la mejilla apoyada en mis rodillas. Dejé que las lágrimas fluyeran libremente, apenas capaz de controlar las emociones que sus recuerdos despertaban en mí.

—Lo siento tanto, Santi...

—No. No tienes derecho a eso. Cuando llamé a Cesare poco después para pedirle ayuda, resultó que ya estaba a medio camino hacia los Estados Unidos. Sabía lo que iba a pasar y decidió simplemente huir. Mi padre mató a siete hombres hasta que pudo estar con su esposa, que en ese momento estaba casi muerta. Rafael mató a cinco hombres, pero aun así no fue suficiente. Marisol murió porque atacaron como cobardes. *Y tu padre lo sabía*. Todo. Y desapareció. Los escoceses también fueron atacados y después de la masacre que mi padre y yo llevamos a cabo, regresaron a su tierra. La familia rusa que también gobernaba Málaga en ese momento... lo sabía. Había elegido el bando de los atacantes. Los maté a todos. *A todos*. Y le habría deseado lo mismo a tu padre, pero habría sido una locura atacarlo en su propio territorio.

Quería extender la mano hacia él. Poner un brazo a su alrededor. Ofrecerle algún gesto que le brindara consuelo, pero era consciente de que no lo permitiría.

—Confiaste en él y te abandonó. Yo... No hace ninguna diferencia, ¿verdad? No importa cuántas veces te diga que no es mi culpa, que no lo sabía y que no estoy aquí para destruirte, no me creerás, ¿verdad? No importa cuán brutalmente desquites tu odio conmigo, no sanará la herida. —Las lágrimas en mis mejillas no querían secarse. Si hace unos días pensaba que no era buena idea estar cerca de Santiago, ahora era mucho peor. No podíamos estar en la misma habitación si mi presencia le recordaba constantemente lo que había perdido—. Mi presencia te enferma.

Resopló. —No. Me ha mostrado que aparentemente hay alguien capaz de lidiar con mis peores facetas.

Más lágrimas fluyeron, pero me liberé de mi parálisis para trepar cuidadosamente a su regazo, envolviendo mis piernas alrededor de su cadera. Enterré mi rostro en su hombro, con los ojos fuertemente cerrados.

—Lo siento tanto, Santiago. Muchísimo. —Repetí las palabras una y otra vez, incluso cuando sentí su mano en mi nuca, y cómo su pulgar acariciaba suavemente el lugar que antes había lastimado con sus dientes. Un escalofrío recorrió mi espalda.

Me había causado dolor, me había hecho sufrir durante horas, pero con un solo movimiento, todo eso parecía quedar tan atrás que ya no importaba.

—¿A quién te ha prometido? —preguntó de repente, acompañado de un gruñido profundo.

—A nadie aún. Creo —respondí en voz baja.

—¿Segura? Necesito saber a quién tengo que matar.

—Santiago...

Dirigió mi cabeza un poco hacia atrás. —No vas a volver a los Estados Unidos. No vas a ir a ninguna parte, Thalassa. Te lo dije en la biblioteca. Solo follo de esta manera a las mujeres que me pertenecen.

—Pero me odias.

Su mirada recorrió mi rostro. —Aprenderé a transformarlo en algo diferente.

Se me cortó la respiración. No solo por sus palabras, sino porque también sentí cómo su erección se presionaba contra mi sexo. Incliné la cadera, concediéndole acceso.

Se deslizó dentro de mí, y después de solo unos segundos, el dolor causado por su trato tan rudo anterior se transformó en algo mucho más placentero.

—¿Qué hay de tu guardaespaldas? Está haciendo un trabajo de mierda, si me preguntas.

Se me escapó un gemido porque su polla se deslizaba dentro de mí sobre ese punto dulce cada vez que me encontraba con sus embestidas, ahora comparativamente suaves, con mi cadera.

—Le pagué para que me dejara en paz —solté, hundiendo los dedos en sus brazos.

—Como dije, está haciendo un trabajo de mierda —gruñó directamente junto a mi oído, solo para deslizar sus labios por mi cuello al momento siguiente, provocándome y haciéndome olvidar que debería estar preocupada por Adriano si preguntaba por él de esa manera.

—No le hagas daño —logré decir finalmente, atrapada entre los sentimientos agridulces que despertaba en mí y la pasión que encendía con cada movimiento.

Agarró mis caderas, me levantó y me dejó caer de vuelta sobre su polla. —Ahora estás de mi lado, *Lionheart*. Eso lo convierte en enemigo. Y él no tiene nada que hacer en mi ciudad.

Sus palabras pasaron de largo porque me manejaba con tanta facilidad. Me llenaba por completo. Me daba placer con cada embestida, y con cada toque encendía mi deseo de más, aunque ya estaba adolorida y cansada y apenas podía mantenerme erguida en sus brazos.

Aun así, no quería que terminara. Quería tener a Santiago dentro de mí si eso significaba estar tan condenadamente cerca de él. En el plano físico... y en otro que no lograba comprender.

Santiago no solo era capaz de infligirme dolor, sino que también me demostró que había más en juego si lograba superarlo.

Esta vez no me arrebató las reacciones de mi cuerpo, sino que jugó con ellas hasta que no pude hacer otra cosa más que besarlo. Todas las veces que me había tomado en las últimas horas bajo sus condiciones, no me había mirado a la cara, había sido egoísta y solo se había preocupado por expresar el odio y la ira que azotaban sus venas.

Se sentía bien. Él se sentía bien.

Guió mis caderas hasta que mi clímax me envolvió. Gemí en su boca, me aferré a él y disfruté la sensación que despertaba en mí hasta la última fibra de mi maltratado cuerpo. Solo después de que la última réplica hubiera pasado, se retiró de mí.

Lentamente se recostó sobre su espalda, colocando un brazo alrededor de mi cuerpo para que me quedara sobre él. La otra mano encontró su camino hacia mi cabello. Con movimientos suaves, relajó mi cabeza.

Las palabras de Santiago no deberían haberme dejado tan tranquila. Nada de lo que hacíamos, para ser exactos. Sin embargo, logré cerrar los ojos y no pensar en lo que todo esto significaba.

—¿Qué le dirás a Rafael?

—¿Te refieres además de que perderá su trabajo si vuelve a mirar tu trasero desnudo?

—No es como si hubiera tenido opción. Prácticamente lo obligaste...

Se rió, lo que extrañamente me alivió enormemente.

—Para ser honesto, no lo sé. En este momento, ni siquiera sé cómo justificarlo ante mí mismo. No puedo culparlo por estar cabreado. Lo cual probablemente sea quedarse corto.

—¿Su esposa vive?

—Sí. Pero se divorció. Él la dejó ir para que tuviera la oportunidad de sanar.

—¿Y tu madre?

—Viva. Pero cambió a mi padre. Perder a Marisol y casi perder también a su esposa, casi lo destrozó.

—¿De quién fue el ataque? —No estaba segura si alguna vez volvería a responder mis preguntas. Así que simplemente las hacía sin pensar.

—De una facción extremista de otro cártel. Casi tuvieron éxito. Una noche así nunca debe repetirse. Por eso la ciudad está ahora bajo mi único mando. Todos los demás solo son tolerados. Los *Blinders* tardaron ocho años en volver a pisar suelo español y solo trabajo con la Bratva porque mi padre en su momento mantuvo estrechas relaciones con Nikifarov personalmente.

La historia de la ciudad era más profunda de lo que había creído posible.

—¿Y el ataque en la arena? ¿Quién es responsable de eso?

Su mano se deslizó por mi espalda y automáticamente recordé cuántas veces su herida había vuelto a sangrar hoy. Esforzarse físicamente tanto con una herida de puñalada probablemente no era una buena idea.

—Para ser honesto, no tengo idea. Supongo que solo fue un idiota que quería obtener el título de *Califa*. De una manera extremadamente estúpida.

Emití un sonido poco convencido, pero la cercanía física con él y el hecho de que continuara acariciando mi espalda y deslizándose por mi cabello me estaba haciendo sentir somnolienta gradualmente. Me quedé sin darle una respuesta.

SANTIAGO

Probablemente pasaría un tiempo antes de que Rafael apareciera. Si es que se atrevía a entrar en la casa. Sería la primera vez en diez años que no desayunáramos juntos, pero después de los acontecimientos del día anterior, no podía culparlo. Ni siquiera que su ira probablemente no se centrara solo en Thalassa, sino sobre todo en mí.

Él había esperado una reacción clara de mi parte, que siguiera un guion preestablecido, pero en cambio había ocurrido lo contrario y ahora estaba claro que no podía matarla. Tampoco podía echarla. Repudiarla. Era demasiado tarde para eso, y no solo desde ayer.

Examiné el caos que habíamos dejado en la oficina, recogí mi cuchillo y apilé todos los documentos de vuelta en el escritorio hasta que encontré mi smartphone entre ellos. Estaba sonando y mostraba un número desconocido.

Así que contesté, pero antes de que pudiera gruñir un *¿Qué?*, el que llamaba ya estaba hablando.

—¿Espero que a tu hijo le haya gustado mi pequeño regalo?

Vaya, si esto no era una sorpresa. —Tienes agallas para llamarme, cabrón.

—¿De qué otra manera podría averiguarlo?

—¿Qué quieres? —gruñí.

¿Dónde estaba Rafael cuando lo necesitabas? Una de sus miradas y el impulso de estrellar el smartphone contra la pared se habría desvanecido. Pero por supuesto, todavía no estaba aquí.

—Una alianza entre nuestras familias me parece estratégicamente inteligente, Santiago.

—Pusiste tu trasero a salvo en el segundo en que las cosas se pusieron peligrosas, Cesare. No hago negocios con cobardes.

Por una fracción de segundo, hubo silencio. —Me amenazaron, ¿lo sabías? O jugaba de su lado, o matarían a mi familia. Elegí la opción tres y volé a casa para asegurarme de que realmente no les hicieran daño.

Mentiras. Esto era solo un intento de manipularme. —¿Y? ¿Lo hicieron?

Sabía que no era el caso.

—Casi lo logran. Fue cuestión de minutos. Y un presentimiento. Thalassa venía bajando el camino de entrada hacia mí. *Algo no anda bien.* Y luego tiró de mi mano para que me agachara. Al siguiente momento, uno de mis hombres cayó al suelo. Estaba justo detrás de mí. Pero ya has experimentado su intuición, ¿no? Es realmente buena sintiendo el peligro justo antes de que se manifieste.

La arena. Cesare era uno de los pocos hombres que sabían que yo peleaba allí. —Bastardo.

—De alguna manera tenía que vendérsela. Entonces, dime, ¿le gusta el regalo a tu hijo?

Cesare Ferrante creía saberlo todo, y sin embargo no tenía la más mínima idea. Su plan había

sido estúpido. Enviar a Thalassa a Málaga, hacer que se encontrara con Agustín, con la esperanza de que surgiera algo que justificara una conexión entre nuestras familias.

Me reí de él. —No. No, no le gusta, idiota. Pero a mí sí. Y me la quedo. Es mía. Y puedes meterte tu estúpido plan por donde te quepa.

Antes de que tuviera la oportunidad de responder a eso, terminé la llamada y me di la vuelta, solo para descubrir a Rafael en el marco de la puerta.

Tenía los brazos cruzados y me miraba sombríamente. —Entonces, ¿ella realmente no tenía idea, verdad?

—Correcto. —Un desarrollo que no me gustaba.

—Entonces será mejor que pienses en cómo vas a arreglar esto. No puedes ocultarle que su familia prácticamente la vendió. Sabiendo que podría costarle la vida.

—No es como si esto deshiciera todo —le recordé—. Todavía nos traicionó. Y ahora cree que puede arreglarlo después de todos estos años con una ofrenda.

Desafortunadamente, Rafael tenía razón. Necesitaba concentrarme en los problemas en Málaga, no en los que estaban a miles de kilómetros de distancia. Sin duda, le afectaría duramente que su padre la hubiera traicionado de esta manera, que la hubiera vendido. Y esta vez no era ella quien tenía que responder por los errores. Yo sería el que tendría que agachar la cabeza si no quería que ella se sumiera en una ira que alcanzara proporciones aún mayores que la mía.

Mi humor se hundió. Irónicamente, la comparación de Thalassa del día anterior había dado tan en el blanco que quería reírme. Su padre solo había reescrito ligeramente la leyenda de Troya, convirtiendo a Helena en el caballo de Troya con el que entró inadvertido en la ciudad para atacar al rey por este medio. O para hacerle una oferta de la que Cesare obtendría mucho más que solo la paz entre dos familias enfrentadas.

Quizás era hora de llamar a mi padre. Informarle sobre la dirección que estaba tomando todo esto, antes de que se enterara por otros medios y apareciera inesperadamente para interferir.

—Encontrarás a su guardaespaldas y lo llevarás a los almacenes, Rafael. Su nombre es Adriano Ricci —. Aunque ella había luchado vehementemente para que yo no me ocupara de él, las cartas se habían barajado de nuevo. Cesare había enviado a su hija a Málaga a propósito y Adriano había dejado creer a Thalassa que no le interesaba lo que ella hacía. Mientras tanto, seguramente había estado informando todo el tiempo y siempre había sabido exactamente lo que ella estaba haciendo.

Eso se acabó ahora.

—¿Vivo? ¿Muerto?

—No tienes que tratarlo como si fuera porcelana china de lujo.

—Entendido —respondió, casi un poco divertido.

Lo que me dejó con la tarea de averiguar cómo sacar el carro del lodo sin causar aún más daño.

Cesare Ferrante siempre había sido un hombre al que había que tratar con precaución. No solo brillaba por el conocimiento que había recogido en las calles, sino también por el que se había compartido durante generaciones. Por no mencionar que incluso sin la mafia no era un hombre tonto. Por eso había sido aún más importante no dejarle tomar el control durante la llamada telefónica y mantenerla lo más breve posible, aunque hubiera habido mucho más que decir que lo

que me había salido de los labios.

Por dentro era muy diferente, porque si no había sido la conversación con Thalassa la que me había mostrado algo específico, entonces ciertamente lo había sido la conversación con su padre. Porque el odio que sentía por ella no había sido más que una ilusión mía. Un sentimiento que me había convencido de que tenía que sentir, por todo lo que había pasado.

Mi ira, por otro lado, había sido real, justificada, pero el odio... se dirigía hacia su padre, no hacia ella. Incluso sin saber que ella era solo una pieza en su tablero de juego, esta realización ya se había extendido dentro de mí.

Y ahora, sentado junto a ella en la cama y observándola dormir, me invadió el mismo sentimiento que en el muelle. Una calma interior que se transmitía de ella a mí.

Thalassa había sabido que mi odio no duraría y se había enfrentado a mí con valentía. Había enfrentado la tormenta de frente, solo para vivir el momento en que amainaba y las nubes se dispersaban.

¿De dónde había sacado esa maldita confianza? ¿Cómo podía creer que terminaría así, y no completamente diferente? Con muchas otras personas, habría afirmado que era ingenuidad. Que simplemente no lo sabía mejor porque le faltaba experiencia o creía demasiado en la bondad de las personas. Pero con Thalassa, el trasfondo era diferente, solo que aún no podía nombrarlo, aunque muchos de los otros puntos que antes me habían hecho sospechar ahora estaban aclarados.

Sabía manejar armas porque se lo habían enseñado. No se sobresaltaba ante la mención del asesinato porque era parte de su vida cotidiana. La sangre no le causaba pánico y se ocupaba de las heridas de carne como una profesional. Pero también había algo más, además de su perspicacia y las habilidades que había adquirido. Una especie de luz que ni siquiera el mundo que la rodeaba podía atenuar. No se dejaba vencer, prefería afirmarse. Por lo general, tenía su temperamento bien controlado, pero cuando se le escapaba...

Había experimentado en carne propia cómo la temperatura en la habitación se disparaba y lo difícil que era de repente no ponerse instintivamente a salvo. No quería afirmar que llevara los genes de una líder, pero no era alguien que siguiera ciegamente. Habría sido demasiado fácil.

Como aún no estaba listo para contarle sobre la conversación con su padre, la dejé dormir. No me arrepentía de lo que había hecho, de haberla usado para dominar mi ira. Como tantas otras cosas, era una parte de mí sobre la que a veces perdía el control.

Y Thalassa, contra toda probabilidad, había demostrado que no solo era capaz de soportarlo. Podía defenderse y determinar el momento en que era suficiente y se necesitaba resistencia para devolverme al camino correcto. Otras mujeres se habían dejado intimidar. Thalassa todavía me miraba exactamente igual que antes: sin miedo. Sin arrepentimiento. Y tampoco se odiaba a sí misma por lo que había pasado.

Recordé su pregunta sobre por qué no había una mujer a mi lado. La respuesta me la acababa de dar yo mismo, aunque ciertamente era un poco más compleja que eso. Durante su primer encuentro, mi madre le había arrojado un cuenco de metal a mi padre y apenas había fallado su cabeza. Él afirmaba que simplemente no era buena lanzadora, mientras que ella insistía en que ni siquiera había querido darle, porque de lo contrario definitivamente lo habría hecho. Cuatro semanas después, ella estaba embarazada de mí, y pasé toda mi infancia viendo a dos personas que se amaban más que a nada. Se notaba en cada segundo que pasaban juntos... y tontamente se me había ocurrido nunca conformarme con menos.

Históricamente hablando, la familia Rojas era un buen ejemplo de las direcciones que podían tomar los sentimientos. El secuestro de mi madre, que había terminado en un matrimonio que

ahora duraba décadas. Marisol, que se había enamorado de un forajido que había muerto antes de que supiera que llevaba a su hijo en su vientre. Mi abuelo, que había visto a una mujer y se había casado con ella, aunque en realidad se trataba de su boda con otro hombre.

Como si hubiera estado predestinado a cruzarme con Thalassa y darme cuenta de que mi odio se había transformado en algo más, mucho antes de que siquiera hubiera salido a la luz.

Era una suposición bastante segura que se me daba bien mentirme a mí mismo. Engañarme, aunque había una frase en nuestra familia que ya decía todo lo que se necesitaba saber sobre los hombres Rojas. *Hasta que nuestros corazones se desangren. Until our hearts bleed dry. Bis unsere Herzen ausbluten.*

Quizás no fuera una vergüenza seguir los pasos de mi padre y de su padre. Parecíamos tener un talento para que al final siempre nos miraran los ojos de mujeres que deberían ser las últimas en posarse sobre nosotros.

Solo quedaba esperar que Thalassa no tuviera nada que objetar a mis recién descubiertos reclamos de posesión. Aunque ya se los había mencionado, no estaba seguro de cómo se sentía al respecto después de enterarse del juego manipulado de su padre.

Me enfrenté a nuestro nuevo prisionero con sentimientos encontrados. En realidad, no quería ni imaginar que lo habían puesto al lado de Thalassa para vigilarla, y que descuidaba su trabajo porque encajaba bien en el plan de Cesare Ferrante. Probablemente había sido consciente todo el tiempo de con quién pasaba ella su tiempo, dónde se encontraba, y tal vez incluso sabía lo que estaba pasando. ¿Quién podía decir con certeza qué le había informado a su padre? Me corregí rápidamente. Cesare no había sabido que el interés de su hija no era por mi hijo. Así que Adriano ni siquiera había hecho un buen trabajo espiándola y llevando la información importante a su jefe. Tampoco había tenido ninguna oportunidad contra el ataque de Rafael y el rápido secuestro.

Si todos los hombres de Ferrante estaban en este estado, se podía afirmar con bastante confianza que la *organización* se encontraba en una situación condenadamente mala.

A diferencia de nuestro último prisionero, Rafael lo había atado a una silla... pero colgaba boca abajo del techo, de modo que la cara de Adriano ya se estaba poniendo roja y azul, mientras sus extremidades se volvían gradualmente blancas. La presión en su cabeza debía ser insoportable.

La sangre corría desde su nariz sobre su frente y goteaba al suelo, y mientras lo examinaba, constaté con poco entusiasmo que debía ser unos diez años más joven que yo y parecía el típico italiano. Los pantalones de traje y la camisa blanca lo identificaban probablemente como guardaespaldas. Las fundas de hombro estaban vacías y la camisa ya no era tan blanca como debería ser.

El almacén era, como siempre que corría la sangre, un lugar muy concurrido. Sin embargo, nadie se atrevía a interferir en el asunto. Todos simplemente observaban. Tal vez con la esperanza de que algún día tuvieran el placer de ser la mano ejecutora. Pero hoy no era ese día y, en consecuencia, me aseguré un lugar en primera fila del espectáculo de tortura de Rafael, apartando finalmente los pensamientos que me habían ocupado antes.

Tenía que concentrarme en lo que estaba sucediendo en ese momento. Eso comenzaba con Adriano Ricci, quien pronto nos contaría en todos los detalles cuál era el plan secreto de papá Ferrante detrás de todo esto, porque no le creía ni una palabra de que Thalassa fuera solo una compensación. Él esperaba obtener una ventaja al enviarla a los brazos del cártel y

averiguaríamos exactamente cómo era esa ventaja. Tarde o temprano, y tan pronto como Adriano se dignara a intercambiar una sola palabra con nosotros.

Algo me decía que no sería tan fácil de quebrar como el ruso. Sus gritos y el crujir de huesos se convirtieron en el ruido de fondo de mis pensamientos. Rafael estaba haciendo un trabajo completo y parecía haber encontrado una válvula de escape mucho mejor para su odio que yo horas antes. Con satisfacción, observé cómo el suelo se teñía de rojo y las extremidades del hombre se convertían gradualmente en pulpa.

Rafael le arrancaba las uñas mientras las manos de Adriano estaban atadas detrás de la silla. Así que no lo anticipaba. No lo veía venir hasta que el dolor lo atravesaba. Apretaba los dientes, pero tan pronto como la segunda uña también caía al suelo, gritaba de nuevo.

Sus rótulas ya estaban destrozadas, le faltaba una oreja y probablemente no pasaría mucho tiempo antes de que Rafael se ocupara de los párpados de Adriano, obligándolo a mantener su mirada ensangrentada constantemente sobre nosotros.

Recordé un tiempo en el que Rafael solo había sido aguas tranquilas, tan profundas como el océano. Discreto, pero peligroso... hasta la noche en que había provocado un baño de sangre para salvar vidas. Desde entonces, nos encontrábamos en una espiral descendente y no estaba seguro de cuándo alcanzaríamos el final. Si había un final, con todo lo que ambos habíamos pasado.

Rafael no le hacía preguntas al italiano. Simplemente torturaba por el mero hecho de torturar. Para infligir dolor. Hacía con Adriano lo que le hubiera encantado hacer con Cesare Ferrante, solo que este estaba a miles de kilómetros en un país en el que yo nunca pondría un pie. Observar a Rafael era como ver a un artista crear la obra más grande y mejor de su vida.

—¡Oh, Dios mío, dijiste que no le harías daño! —La exclamación indignada me hizo ponerme de pie de un salto. Me di la vuelta y, aunque ya sabía que era Thalassa quien estaba en la puerta abierta del almacén, levanté las cejas sorprendido.

Rafael había sido muy claro en sus instrucciones sobre qué áreas de las instalaciones no debía pisar. Y sin embargo, allí estaba, asimilando la escena antes de precipitarse en mi dirección.

Antes de que me alcanzara, respondí: —He cambiado de opinión.

—¿Por qué? —exigió saber, habiendo llegado ahora directamente frente a mí.

Todos mis hombres estaban presentes. Si se atrevía a cuestionar mis decisiones...

—Porque hay toda la razón para hacerlo.

—Puedo hablar con él. Me dirá lo que quieres saber. Así no tendrás que seguir permitiendo que lo conviertan en carne picada humana.

Sonaba tan convencida. Pero en ese momento no se trataba principalmente de responder preguntas. Parecía enojada, y al mismo tiempo se mantenía tan tranquila. La visión de un hombre torturado y ensangrentado no parecía molestarla. O simplemente era brillante para ocultarlo.

Algunos de los hombres se alejaron y Thalassa giró automáticamente la cabeza para echar un vistazo rápido a lo que sucedía. Por una fracción de segundo pareció distraída, luego volvió a mirarme.

Incliné la cabeza. —¿Qué fue eso?

—¿Qué?

—Esa mirada.

—¿Qué mirada? —preguntó irritada.

—Los miraste como si los conocieras.

—Pensé que... —Pero antes de terminar la frase, sacudió la cabeza—. No importa. No tiene importancia. Déjame hablar con Adriano.

—No. Quiero saber qué pensaste. Ahora mismo. —Insistí en una respuesta a mi pregunta, porque la expresión en su rostro había revelado que no se trataba de *nada*.

—Pensé que conocía a uno de ellos. Pero eso es imposible. Así que volvamos a hablar de Adriano, antes de que Rafael no deje nada de él.

Me habría gustado concentrarme en la pregunta de por qué se enfocaba tanto en su guardaespaldas, pero su declaración seguía resonando en mi cabeza una y otra vez. Sin pensarlo, agarré su brazo y la llevé afuera, donde los hombres se habían mezclado con otros.

—Dime cuál —ordené, fijando mi mirada en ella para no perderme ninguna reacción.

Thalassa me miró como si hubiera perdido la cabeza, pero la orden la distrajo de Adriano y de los gritos que resonaban afuera.

Con los brazos cruzados, dejó que su mirada recorriera a los hombres, que parecían estar todos ocupados con tareas importantes. Al menos eso debía parecer, porque no creía que Rafael les hubiera ordenado arrancar las hojas una por una de uno de los naranjos sanguinos, cuando ya tenía frutos maduros.

Se protegió los ojos del sol y dejó vagar la mirada hasta que se fijó en Dani y una profunda arruga se formó en su frente. Él se apartó cuando notó que Thalassa miraba en su dirección.

—¡Russo! —grité su apellido—. Ven a hacernos compañía un segundo.

Ahora Thalassa volvió a mirar en mi dirección. —¿Russo? —murmuró en voz baja. Interrogante.

—Sí. Y por tu expresión, su cara tampoco te es del todo desconocida.

Se acercó a nosotros vacilante, mirando a Thalassa una y otra vez, solo para volver rápidamente su mirada hacia mí. Tenía los hombros encogidos. Normalmente era un hombre seguro que no cometía errores. Ahora... ya no estaba tan seguro.

—Algo me resulta familiar, solo que no puedo...

Dani se detuvo frente a mí. —¿Qué pasa?

Thalassa lo miraba fijamente. Sin cesar. Hasta que él pareció cada vez más nervioso y me miró en busca de ayuda.

Finalmente, ella se encogió de hombros antes de que su mano se cerrara, apenas a la mitad, alrededor de mi antebrazo. Con fuerza.

—Tendrás que asumir más tareas en el futuro cuando Rafael esté ocupado —dije, después de que el silencio se hubiera prolongado demasiado.

Asintió desconcertado antes de que una sonrisa se dibujara en sus labios. —Claro. Con gusto. ¿Algo más?

—Eso es todo.

Se alejó y yo llevé a Thalassa de vuelta adentro, pasando por la escena de tortura y hacia una habitación contigua sin usar.

Antes de que se cerrara la puerta, ella comenzó a hablar. —Lo conozco. Pero fue hace una eternidad. Diez años. Como mínimo. Su nombre es Dani, ¿no?

Un nombre que nunca se había mencionado ni una sola vez en su presencia.

En mi pecho ya sentía el gruñido ascendente. —Correcto —gruñí, ya anticipando la dirección en la que esto se estaba desarrollando.

—Mi padre trabajó una vez con un hombre que se llamaba así. Lo recuerdo porque se burlaba constantemente de mí y mi padre nunca dijo nada al respecto. Lo *odiaba*.

Y ahora formaba parte de mis filas. Trabajaba para mí. Qué maldita coincidencia. No.

—¿Estás absolutamente segura? ¿Sin dudas? ¿Sin margen de error?

Thalassa entrecerró los ojos antes de dar un paso hacia mí. —No olvido las caras de los

imbéciles.

Me di la vuelta, listo para enfrentarlo ahora mismo, pero Thalassa se había movido a mi alrededor para bloquear el camino hacia la puerta. —Adriano.

Automáticamente puse los ojos en blanco. —¿Qué te importa tanto de él que quieres salvarlo a toda costa?

—Me ha acompañado en cada salida durante los últimos cinco años. Me cae bien. Es bueno. Hace su trabajo. No debería estar colgado allí desangrándose.

—¿Y si te digo que te ha traicionado? —Mi paciencia ya estaba al límite, pero que ella quisiera defenderlo precisamente a él la ponía aún más a prueba.

—No puedes simplemente hacer afirmaciones infundadas, Santi, solo porque no te gusta su cara.

—Trabajó con tu padre.

—*No me digas.*

—Posiblemente le informó a tu padre de todo lo que hiciste durante tu estancia.

Resopló. —Él no sabía nada. Además, le pago para que no le diga nada a mi padre.

—No entiendes lo que estoy tratando de decirte.

Gesticuló con las manos. —¡Entonces deberías usar palabras que tengan maldito sentido!

—Esta mañana recibí una llamada. De tu padre. Quería saber cómo le había gustado el regalo a Agustín.

Se echó a reír, aparentemente sin comprender todavía lo que le estaba diciendo. —Eso no tiene sentido.

—No. Bueno, al menos no del todo. Pero el hecho es que te envió aquí como una especie de compensación. Planeó que te encontraras con Agustín y que algo sucediera. ¿El ataque con cuchillo en la arena? Tampoco fue casualidad. Hablamos de ello anoche, y esta mañana me dice que fue su puta idea. Para demostrarme que no eres cualquiera, sino alguien en quien se puede confiar por instinto.

Me miró fijamente. Su rostro no mostraba ninguna emoción, aunque en sus ojos ocurrían cientos. —¿Entonces me vendió?

—Si alguno de nosotros lo hubiera sabido, se podría llamar así, sí. Pero no lo sabíamos. Así que fue traición.

Frunció los labios antes de empezar a balancearse sobre las puntas de los pies.

—¿Desde cuándo trabaja Dani para ti? —preguntó de repente, dejando completamente de lado la traición de su padre.

—Desde el primer momento, si quieres verlo así.

—Entonces, ¿también le ha estado informando sobre lo que pasa aquí desde el primer momento, verdad?

Apreté los dientes. Solo pensarlo hizo que se formara un nudo helado en mis entrañas. —Es posible.

Esa era la única confirmación que podía dar en ese momento. Si había infiltrado a mis hombres, y eso desde el principio, entonces había tenido diez años para lanzar un ataque. ¿Por qué no lo había hecho? Seguramente no por pura bondad.

—Tienes que torturar a Dani. No a Adriano.

—Simplemente torturaremos a ambos —respondí. Igual que al final ambos morirían.

—Creo que eso es un error —replicó. Terca. Como siempre. —En realidad, él ni siquiera debía venir. Me impuse. Porque siempre me acompaña y no podía entender por qué de repente debía hacerlo alguien más. Quería enviarme todo un ejército de sus hombres. —Sacudió la

cabeza. —Todo el tiempo me he preguntado cómo podía siquiera *permitirme* esto. Málaga. La ciudad de un cartel con el que no tenemos nada que ver. Bueno. Ahora ya sé la respuesta.

—Lo siento.

—No tienes por qué. No es tu culpa. Además, también haré que me lo confiese. Quiero saber si mi madre lo sabía, o mis hermanos. Y tan pronto como tenga las respuestas que quiero... —Se encogió de hombros. —Siempre he odiado los Estados Unidos. Tal vez me quede aquí y le enseñe los dedos del medio cuando crea que va a obtener alguna ventaja.

No estaba seguro si se debía a las intensas últimas veinticuatro horas o a que su mundo se estaba desmoronando, pero Thalassa parecía todo menos bien.

—¿Por qué no vuelves a la *Alcazaba* y yo me encargo del resto?

Incrédula, negó con la cabeza, pero al momento siguiente se dejó caer contra mí. Respiró profundamente y sentí cómo la tensión en sus hombros disminuía notablemente.

La rodeé con mis brazos para poder atraerla más hacia mí. —Por cierto, me equivoqué. No te odio.

—Ya lo sabía —murmuró contra la tela de mi camiseta.

—¿Por qué estabas tan segura?

Parecía que tuviera que pensar en ello por un momento. —Has matado por mí y lo has ocultado. Desde el principio podrías haber tomado simplemente lo que querías. Pero no lo hiciste. E incluso ayer... querías odiarme, castigarme... pero inconscientemente te aseguraste de que no fuera demasiado. Si realmente me hubieras odiado o despreciado, no me habría ido mejor que a esos hombres que me acosaron. Sabía que solo tenía que esperar a que las aguas se calmaran por sí solas.

—¿Y no estás enfadada?

Resopló. —No. Solo cansada. Física y mentalmente. Empiezo a no confiar en mi propio juicio. Tal vez tengas razón con Adriano. No lo sé. —Por un momento pareció perdida incluso en mis brazos, antes de recomponerse y enderezar los hombros. —Quizás simplemente vuelva a la cama y hablemos de todo más tarde.

Asentí brevemente en señal de acuerdo. —¿Por qué viniste aquí en primer lugar?

—Quería asegurarme de que todo estuviera bien. Entre nosotros. Te habías ido y no sabía por qué.

Y yo había creído que tendríamos más problemas por los descubrimientos sobre su padre.

Como no quería arriesgarme a que Dani huyera, porque tal vez ya sospechaba que Thalassa lo había descubierto, lo convoqué para el resto de la tortura de Adriano. Me hacía sospechar que Thalassa hubiera cedido tan fácilmente en su deseo original hacia el final de nuestra conversación. Como si de repente realmente no confiara en sí misma y en su propio juicio y esperara que yo tomara la decisión correcta.

Normalmente, algo así no me desviaba ni me apartaba de un plan, pero me preocupaba lo suficiente como para hacer que Rafael tomara un breve descanso.

Mientras tanto, Dani se había sentado en mi silla y observaba toda la escena casi con aburrimiento. ¿Cómo reaccionaría cuando me ocupara de Adriano en un momento?

Me agaché frente a él, pues aún colgaba boca abajo del techo. Debajo de él se había formado un charco de sangre, su cara estaba hinchada y los ojos apenas eran visibles. Tenía el labio partido y estaba seguro de que había escupido uno o dos dientes.

—Tengo una pregunta, *Adriano* —puse un énfasis especial en su nombre. No solo para llamar su atención, sino también para dejar claro quién había tomado el mando aquí y ahora—. Thalassa está luchando por tu vida. Quiere que te perdone. Dame una buena razón por la que sea así.

Tosió. Más sangre corrió por su rostro antes de que se obligara a abrir los ojos tanto como le fue posible. —Le debo la vida —escupió finalmente.

Interesante. Alcé una ceja. ¿Cómo se le había ocurrido que Thalassa había salvado precisamente su vida? Al fin y al cabo, cualquiera podría afirmar algo así. Especialmente si uno estaba colgando del techo y mirando a la muerte a los ojos.

—Necesito más detalles.

—Ya no importa, ¿verdad? No saldré vivo de aquí —constató, sonando un poco torpe.

Para confirmar su declaración, incliné la cabeza.

—Sirvo como guardaespaldas. Pero no como asesino a sueldo cuando se trata de inocentes. Ella lo sabe. Podría habérselo dicho a su padre. Él me habría matado por eso. Pero no lo hizo.

Automáticamente, me eché un poco hacia atrás. ¿Por qué me admitiría esta clara debilidad si sabía perfectamente que yo no la aprobaría? Se estaba degradando a sí mismo. ¿Para salvar su vida? Difícilmente.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —continué, dejando de lado lo otro por el momento.

—Desde hace catorce años.

Una sonrisa divertida se extendió por mis labios antes de que alcanzara el cuchillo en mi pantorrilla. Puse los dedos alrededor, sin sacarlo, y bajé la voz. —¿Conoces por casualidad a un tal Dani Russo?

Apretó los labios.

—¿Eso es un sí?

—Es el *Sotto Capo* de Ferrante —murmuró. El subjefe.

Me di la vuelta, saqué el cuchillo al mismo tiempo y lo lancé con tanta fuerza que se clavó hasta el mango en el hombro de Dani. Lo empujó hacia atrás, la silla se volcó. Antes de que golpeará el suelo, Rafael lo había atrapado, presionando el cañón de su pistola contra la sien de Dani.

Su mano estaba alrededor del cuchillo. Me miró nerviosamente. Si hubiera sido inocente, ese habría sido el momento perfecto para protestar. En cambio, permaneció en silencio, traicionándose definitivamente a sí mismo.

—Deberíamos intercambiar lugares —declaré, antes de levantarme y hacer señas a dos hombres más para que liberaran a Adriano de su precaria situación. Todavía no estaba fuera de peligro, pero el hecho de que hubiera hablado y básicamente entregado a su propio superior... No importaba cómo, no lo había hecho para salvar su vida. Porque o bien yo la terminaría, o lo haría Cesare Ferrante cuando se enterara de que Adriano había traicionado a su subjefe.

Rafael dejó a Dani con los hombres, y yo lo llevé aparte para darle la información necesaria. No parecía entusiasmado.

—¿Así que el pequeño cabrón se salva porque ella lo quiere así?

—Por supuesto que no. Sin embargo, *ella* acaba de descubrir una traición que lleva diez años. Creo que nuestras prioridades deberían ser diferentes.

—¿Qué me estás diciendo exactamente, Santiago?

—Que Dani Russo es el subjefe de Cesare Ferrante y probablemente lleva una eternidad informándole de lo que está pasando aquí.

Entrecerró los ojos antes de empezar a masajearse el puente de la nariz. —¿Te das cuenta de que desde que ella apareció todo se ha descontrolado?

Lo cual no era del todo cierto, porque esto ya se había desencadenado antes, solo que no nos había llegado hasta que... bueno, se reveló el misterio de su apellido. Veinticuatro horas y estábamos metidos hasta el ombligo en la mierda. Quizás la pelirroja rusa ya no era nuestro mayor problema.

—¿Y qué esperas de mí? ¿Que la eche? —Si su apellido era un problema tan grande, podía cambiárselo fácilmente. Un pensamiento que me sorprendió a mí mismo, porque ayer todavía me había convencido de lo mucho que la despreciaba. Hoy era, en cierto modo, un hombre más sabio.

—No. Sé tan bien como tú que no es su culpa. Eso no lo hace más fácil. ¿Por qué nos espiaría de manera tan larga e inteligente, pero nunca haría nada?

—Porque quiere algo. —Y algo me decía que tenía que ver con esta ciudad y mi reclamo sobre ella.

—Así que lo averiguaré. Su subjefe debería saberlo —murmuró Rafael y lanzó una mirada a Dani, que ahora colgaba del techo con las muñecas atadas.

La expresión en su rostro me resultaba familiar. Cuando Thalassa me reveló lo que sabía, el dolor también recorrió mi cuerpo por un momento. Dani había sido uno de los hombres más importantes en este recinto después de Rafael. Habíamos confiado en él con nuestras vidas, sin saber que en cualquier momento podía estar al acecho detrás de nosotros con un cuchillo en la mano, listo para enviarnos al infierno.

En aquel entonces, habíamos investigado a todos los hombres. Ninguno que hubiera sido sospechoso de alguna manera había pasado a la siguiente ronda de selección. Y aun así, Dani colgaba ahora frente a nosotros y estaba a punto de ser etiquetado como traidor.

—Es tuyo, Cortez —dije finalmente—. Yo me ocuparé del otro.

Empezando por que tenía que responder a algunas preguntas más y terminando con... bueno, eso se vería cuando llegara el momento.

RAFAEL

Desde que leí su apellido en la pantalla de mi teléfono, nada más que puro odio corría por mis venas, alimentado por los recuerdos que luchaban por salir a la superficie, haciéndome revivir una noche que hubiera preferido eliminar por completo de mi memoria. No era culpa de Talia; ella no había jugado ningún papel esa noche. No era ella quien nos había abandonado, quien nos había traicionado. Su padre había asumido ese papel y, con ello, había contribuido activamente a que muriera gente.

El ataque había sido cobarde desde el principio. Afectar a personas que no podían defenderse, que no tenían nada que ver con los negocios del cártel, era un acto de pura vileza. Desde el principio, el objetivo había sido destruir la seguridad de un hogar familiar, convertirlo en algo inseguro. Una atmósfera que a partir de entonces te recordaba constantemente que no había ningún lugar en el mundo donde encontraras protección. Cuando el enemigo atacaba incluso allí donde el trabajo no tenía cabida...

Aunque no había sido Cesare Ferrante quien había intentado empujarnos a todos a nuestra perdición, había desempeñado un papel nada despreciable. Al esconderse con el rabo entre las piernas en lugar de enfrentarse al enemigo común, nos había entregado a todos al matadero.

Su esposa no estaba muerta. Su hija no estaba muerta. Él no era un hombre que hubiera sido sistemáticamente destruido por esa noche.

Sin embargo, tenía la audacia de aparecer después de diez años y creer que podía hacer las paces, mientras que al mismo tiempo seguía tomándonos el pelo.

No culpaba a Santiago por concentrar su odio en el propio Cesare y ver a Talia con ojos inalterados. Era una joven inteligente que había demostrado su valía, aunque su inicio en nuestra ciudad y su pequeño secreto contaran una historia diferente. Entendía que no podía echarla. Que no lo haría porque era lo suficientemente egoísta como para desear atarla a él por toda la eternidad, para que no se le escapara nunca más. Lo entendía. La montaña rusa. Los sentimientos. El dilema. La esperanza de tener a alguien más a tus espaldas en quien pudieras confiar ciegamente, porque eso era raro en nuestras filas.

La mejor prueba de ello colgaba frente a mí, una hoja en blanco hasta ahora.

Adriano había sido solo el comienzo. Un ejercicio para calentarme. Me resultaba difícil creer sus palabras, pero si Santiago decidía seguir poniéndolo a prueba, no me interpondría en su camino. Tal vez tenía razón, y la lealtad de Adriano realmente yacía en otro lugar. Aunque Adriano no se estaba haciendo ningún favor con eso, porque Santiago no solo marcaba su territorio levantando la pata. Prefería asegurarse de que nada creciera allí en primer lugar. Y mucho menos hombres que no fueran él.

Dani, sin embargo, parecía haberse llevado la palma. Durante diez años le había confiado

ciegamente mi vida y ahora de repente surgía la posibilidad de que nunca hubiera estado realmente de nuestro lado. Sino del lado de aquel hombre que se había declarado nuestro enemigo. Además, no era solo un lacayo sin importancia. Ocupaba un puesto que subrayaba claramente sus verdaderos motivos.

Y en todos estos años nunca habíamos sido escépticos ni por un segundo, porque una y otra vez había demostrado su supuesta lealtad. Aparentemente, ya ni siquiera se podía confiar en las acciones de un hombre. Las palabras eran solo humo y espejos. Y las acciones ya no parecían tener ningún valor que pudiera medirse de alguna manera positiva.

Giré la cabeza y cerré los ojos por un momento. El olor a sangre flotaba en el aire. De heridas abiertas, huesos rotos y miedo. No le había hecho ni una sola pregunta a Adriano, simplemente lo había dejado sufrir. ¿Pero Dani? Tenía tantas preguntas quemándome en la punta de la lengua que no sabía por dónde empezar. Además, no era suficiente hacerle unas cuantas preguntas. Quería que sufriera.

Si él era el subjefe, había sabido desde el principio qué traición había cometido Ferrante con su desaparición. Siempre había pensado que el italiano no tenía nada que hacer en nuestra mesa, porque con tres familias ya estaba bien ocupada. Aun así, se había convertido en el cuarto jugador, manejando los hilos en gran parte desde los Estados Unidos. Su familia había estado lejos cuando la nuestra había sido amenazada. Tanto más reprensible me parecía ahora que apareciera de la nada, nos ofreciera pérfidamente a su hija y esperara volver a tener un lugar en la mesa. Puede que aún no lo hubiera admitido abiertamente, pero realmente no hacía falta mucho ingenio para ver a través de sus motivos superficiales.

España era el puerto de entrada a Europa, en todos los sentidos. Ningún hombre de influencia se lo perdía durante mucho tiempo, y mucho menos aquella organización que había surgido de la Camorra italiana.

Cesare Ferrante no tenía ni idea de lo que nos había costado esa noche. Tal vez debería enviarle una lista de las pérdidas, junto con la cabeza de Dani. Un mensaje inequívoco de que no era bienvenido en Málaga y que yo estaba más que dispuesto a meterle una bala entre los ojos si ponía un solo pie en la ciudad.

Marisol había sido la primera víctima de la noche. Con su muerte todo había comenzado. Los atacantes también tenían en su conciencia a mi hija. Mi esposa casi había muerto, pero al final solo fue nuestro matrimonio lo que tuve que enterrar junto a nuestra hija. La esposa de Ángel había sobrevivido, apenas y solo con mucha suerte. Innumerables de nuestros hombres habían muerto. Y esos eran solo los eventos dentro de nuestras propias filas. Había más víctimas. Del lado de Cahal, por ejemplo, quien luego se había escondido durante años. Los rusos habían sufrido bajas, pero también algunos civiles habían perdido la vida.

Y luego estaban las filas del enemigo. Santiago y Ángel los habían encontrado a todos. Esa noche las calles se habían empapado de sangre, la policía había encontrado innumerables cadáveres, en todos los lugares donde los dos hombres habían logrado acorralar al enemigo.

Yo mismo había pintado las paredes de mi casa de rojo, con la sangre de aquellos hombres que se habían atrevido a convertir el refugio seguro de mi familia en un campo de batalla. Sin embargo, no me había proporcionado nada más que satisfacción. Mi hija no había resucitado, el odio de mi esposa hacia mí no había disminuido y tampoco había logrado encontrar una manera de perdonarme a mí mismo. No había sido mi culpa y, sin embargo, la incapacidad había atado mis manos, haciéndome imposible proteger a las personas que amaba.

Nuestro mundo nunca había sido hecho para familias, y aun así Cesare Ferrante había demostrado lo fácil que era protegerlas. Si uno se acobardaba en el momento decisivo y

desaparecía, escondiéndose detrás de las faldas de su madre, entonces había bastantes buenas posibilidades de nunca enfrentarse a la pérdida violenta de un ser querido.

¿Lo habría destrozado tanto como a mí encontrar a su hija muerta en su cama? ¿Desangrada porque alguien le había cortado la garganta mientras debería haber estado durmiendo segura y pacíficamente? ¿Se habría pegado un tiro él mismo antes que quedarse solo en un mundo que no valía nada sin esposa e hijos? Andra vivía, y aun así estaba perdida para mí desde hacía mucho tiempo. Esa era otra pregunta que me habría gustado hacerle a Cesare. ¿Qué le haría perderlo todo lo que significaba algo para él? ¿Su esposa? ¿Sus hijos? ¿Qué significaba aún ser el jefe del *Outfit* si no quedaba nada más que te mantuviera en el lado humano? Era fácil convertirse en un monstruo. Perderse en la oscuridad y abandonar lo bueno. Aferrarse al resto era mucho más difícil. Mucho más difícil.

Lentamente rodeé a Dani, hice crujir mis dedos y volví a considerar por dónde debería empezar. Tal vez habría sido justo darle primero la oportunidad de hablar por sí mismo. Sin embargo, algo me decía que no diría ni una palabra. Era el subjefe, seguramente haría todo lo posible para mantener la boca cerrada. Sería difícil sonsacarle palabras. No imposible, pero un asunto que no terminaría en unas pocas horas.

Por lo tanto, era inútil dirigirle siquiera una palabra. Hablaría, si sentía la necesidad de hacerlo. A estas alturas, debía haber reconocido desde hacía tiempo que su tapadera había sido descubierta y que ya no había razón para aferrarse a nada más.

Su mirada, la falta de resistencia, todo eso ya había sido prueba suficiente de su culpabilidad. ¿No habían pensado que algún día podría llegar el momento en que alguien identificara a Dani? Tal vez no habían calculado desde el principio que algún día enviarían a una joven como compensación. Tal vez el plan original había sido otro...

Tomé el cuchillo y corté la tela que cubría la espalda de Dani. Tenía varias cicatrices, muchas de ellas de los últimos años. Mientras había estado ocupado protegiendo a Santiago. A mí. A los otros hombres. Dejarse herir a sabiendas de que mantenía vivo al enemigo estaba en un nivel completamente diferente de lealtad. Y evidentemente esa no era para nosotros.

—Ella nunca debió haber estado aquí —soltó, un poco sin aliento ante el hecho de que yo estaba manipulando un cuchillo afilado detrás de su espalda.

Su comentario me hizo poner los ojos en blanco. No debería hablar, sino cerrar la boca para que yo pudiera abrirlo y averiguar cuál era realmente su tolerancia al dolor.

—Tú tampoco. Sin embargo, todavía tengo que soportar tu presencia —escupí entre dientes apretados.

Ferrante y sus hombres no caían bajo la jurisdicción del Echelon. Esto significaba que no importaba cuán brutalmente lo matara, no importaba cuánto lo hiciera sufrir, no le importaría a nadie que fuera relevante para mí.

—Nunca te quejaste, Rafael —respondió con un tono divertido en la voz.

—Y tú sabías lo que su decisión nos había costado a todos y aun así lo aprobaste. No creo que tú y yo debamos tener una conversación en términos amistosos —respondí y coloqué la hoja en un ángulo relativamente plano a la altura de sus costillas, justo al lado de la columna vertebral. Se deslizó a través de su piel como si fuera mantequilla, creando un pequeño bolsillo que fui ampliando con cada corte hasta formar un rectángulo que solo colgaba de un delgado jirón de piel.

La sangre fluía por su espalda, empapando el pantalón, y cuando finalmente arranqué el trozo de piel con las manos desnudas, sentí el calor de su cuerpo.

—Ojalá hubiéramos conseguido perros hace unos años. Apuesto a que se habrían divertido

peleándose por este bocado. —Para mi pesar, no se le escapó más que un gruñido tenso.

Sufría en silencio. Por ahora. Porque esto era solo el comienzo, y había muchos lugares carnosos en su cuerpo que podían trabajarse de la misma manera. Tal vez simplemente no era suficiente y debería ocuparme de desmontar sus músculos paso a paso o buscar los tendones de su mano para rasparlos con el cuchillo hasta que gritara y aullara de dolor, solo para finalmente perder el conocimiento.

En los últimos años, había tenido mucho tiempo para aprender diferentes formas de matar. Métodos rápidos. Métodos lentos. Precisión. Obras de arte. Asesinatos que pasaban por accidentes. Asesinatos que no dejaban rastro. Asesinatos después de los cuales no quedaba nada que pudiera identificarse como restos humanos.

Existían tantas formas de hacer sufrir a una persona, de someterla, que no tenía dudas de que encontraría el camino perfecto para Dani.

Diez años de confianza se habían esfumado así como así. No me apenaba verlo frente a mí, sangrando y respirando con dificultad. Tampoco me apenaba que moriría tan pronto como nos revelara a su jefe.

Todos teníamos una elección y algunos de nosotros simplemente elegíamos el camino equivocado. Dani pertenecía automáticamente a esta facción porque estaba del lado de Ferrante y lo apoyaba en sus planes traicioneros.

Repetí el procedimiento de hace un momento en el otro lado. Hundí el cuchillo superficialmente bajo su piel, solo para cortar la carne poco a poco, hasta que el colgajo de piel quedó colgando de un delgado jirón. Luego tiré de él hasta que se desprendió con un sonido desagradable. Después, dejé caer la piel al suelo y observé durante unos segundos cómo la sangre se filtraba por su espalda.

—¿Has oído hablar alguna vez del águila de sangre, Dani? Un sangriento ritual de ejecución de los vikingos. Se cortaba la piel a la derecha y a la izquierda de la columna vertebral para apartarla como las alas de un águila. Pero, por supuesto, no se detenía ahí. Los músculos eran cortados. Hay varios en la espalda... para llegar a las costillas, debes saber. Se separaban una por una de la columna vertebral para también apartarlas hacia afuera, de modo que los pulmones quedaran completamente expuestos. Una vista interesante. Especialmente cuando los sacas, los colocas sobre los hombros y observas cómo siguen respirando. Dependiendo de cuán cuidadoso seas, la muerte puede ser un asunto muy largo y doloroso —las palabras salieron de mis labios con una sonrisa.

Todo antes de nuestro tiempo había sido mucho más sangriento. Con la modernidad y la civilización, se habían perdido tantos métodos, aunque a veces una bala entre los ojos simplemente no era suficiente. Al menos no para hombres como Dani o aquellos a quienes había liberado de sus vidas durante *la noche roja*.

—Deberíamos probarlo contigo, ¿no crees? Hacer de esto una lección para los demás. Pero primero, disfrutemos un poco más del estado actual —Me aparté de él, hice un gesto a los hombres presentes para que echaran un vistazo a Dani y me alejé para buscar sal. Existía toda una gama de sustancias que dolían particularmente en las heridas abiertas. La sal era una de ellas y era relativamente fácil de conseguir. Justo después del ácido cítrico, porque la mitad de la propiedad estaba cubierta de árboles que daban frutos con exactamente estas propiedades durante todo el verano.

Sal, ácido y alcohol. Lo que parecía una agradable fiesta donde uno se emborrachaba un poco, era en realidad una escena de tortura que buscaba su igual.

SANTIAGO

Normalmente no me preocupaba por el enemigo. No ofrecía hielos, no me ocupaba de las heridas que infligía. Pero siempre había una excepción, y esta casualmente llevaba el nombre de Adriano Ricci.

—¿Cuándo te ordenó matar a un hombre inocente? —pregunté, mientras dejaba caer desinfectante sobre sus nudillos abiertos con relativa indiferencia.

Una parte de mí aún disfrutaba verlo sufrir. Por razones personales que tenían que ver con Thalassa, no porque hubiera trabajado para Papá Ferrante. Que había perdido el trabajo parecía bastante obvio.

—Fue hace un par de años —siseó—. Se trataba de una mujer. La madre de un joven que, tontamente, se había metido con Cesare. Él ya estaba muerto, pero Cesare insistió en matar también a su familia. Como advertencia. Sin embargo, su familia no había tenido contacto con él durante años y su madre era una mujer pobre. Devota, madre de varios hijos. Sin marido. Matarlo a él por no cumplir con los acuerdos... puedo entenderlo. ¿Pero todo lo demás? ¿Por qué debería esa mujer pagar por los errores de su hijo? Ella no tenía absolutamente nada que ver.

Alcé una ceja. —¿Y fue precisamente Thalassa quien lo descubrió?

—Sí. Porque estaba tan preocupado por eso que casi olvidé llevarla a casa. Ya teníamos una buena relación antes. Tengo hermanas menores. Ella es amable. Atenta. Cariñosa. Así que quería saber qué pasaba. Me ayudó a escenificar una escena del crimen y a sacar a la mujer de la ciudad. Igualmente podría haberme delatado por esta debilidad. Pero no lo hizo. No digo que mi lealtad deba estar necesariamente con ella por eso. Pero sí que no hice lo que Cesare originalmente me pidió.

Dejé que sus palabras se asentaran por un momento. Una y otra vez tenía que interrumpirse. Tomar aire. Reunir la concentración que se le escapaba constantemente de los dedos porque las heridas consumían sus fuerzas.

—¿Y qué era eso?

—Quería que me convirtiera en su sombra. Que la observara constantemente y le informara. Qué hacía. Con quién. Cuándo. Dónde. Cuánto tiempo. Desde el primer día, siempre estuve en el apartamento. Tenía que reportarse conmigo regularmente, pero aparte de eso... quería un último verano de absoluta libertad. No tenía intención de interponerme en su camino. No es reprochable, dada la lista de hombres que sus hermanos ya han recopilado.

Tipos encantadores. Seguramente no entrarían en mi top cinco de personas favoritas. Ni siquiera en ese ranking. La información de que sus hermanos ya habían pensado en cómo vender a su hermana al mejor postor me dio una punzada aguda. Esta posibilidad me carcomió de inmediato, como si no pudiera estar seguro de la situación actual.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —continuó, para volver a concentrarme en lo esencial.

Rafael había hecho un buen trabajo y sin un médico, las cartas de Adriano seguirían estando en su contra, aunque yo lo hubiera remendado de forma improvisada, lejos de los ojos de mis hombres.

Negó con la cabeza, aunque le costaba y visiblemente le causaba dolor. —Quiero asegurarme de que esté bien. Que no esté en peligro.

—¿Y confías en mí para eso?

Adriano se echó a reír. Amargamente. —Como si tuviera elección. Su padre obviamente no la protege. Él prefiere intentar venderla. Podría haber muerto después de que su pequeño secreto saliera a la luz. Pero está viva. Eso dice más sobre ti como persona que cualquier otra cosa.

Al final, no decía nada más que Thalassa había logrado meterse bajo mi piel.

—No me malinterpretes, Rojas. No creo que seas el hombre que merece su corazón y su afecto. Pero mientras sea su deseo, no trabajaré en tu contra.

Me eché a reír. —Estás más muerto que vivo.

—No cambia nada.

Aunque Adriano había elegido palabras muy claras, era absolutamente evidente que no veía en Thalassa nada más que una hermana con la que no estaba unido por sangre.

Emití un sonido indefinible. —¿Trabajarás para mí si ella lo quiere?

—¿Cuál es la alternativa? ¿Que Ferrante me dispare por alta traición?

—O el cuchillo de Rafael —respondí, levantándome de mi sitio en la mesa de metal que habíamos estado usando todo el tiempo para atender sus heridas de manera improvisada.

Me miró durante un buen rato. De enemigo a traidor, solo para convertirse en aliado. Si eso no era un desarrollo digno de una película.

—Con una condición.

Este hombre era tal vez valiente. Querer exigir algo en esta situación... esperaba por él que valiera la pena. —¿Cuál sería?

—Si alguna vez llega el momento, ella decide si vivo o muero.

—No creo que ella mataría. Un mal trato para mí, Adriano.

Chasqueó la lengua. —Deberías conocerla mejor. Lo ha hecho una vez. Con los incentivos adecuados, lo hará de nuevo. Talia no es una persona violenta, pero entiende mejor que nadie que a veces es necesario matar a alguien para protegerse a uno mismo.

Entrecerré los ojos, mirándolo en silencio durante unos segundos. Posiblemente Thalassa tenía aún más secretos que yo debía descubrir.

—Esa no es mi historia, si crees que te la voy a contar.

—Mejor que ni siquiera lo pienses. O empezaré a dudar de tu lealtad de nuevo. —Mi respuesta fue un gruñido.

No necesitaba que me hiciera un análisis de personalidad de Thalassa cuando yo era perfectamente capaz de evaluarla por mí mismo. De conocerla a ella y todas sus facetas profundas. Tal vez habría más cosas que me tomarían por sorpresa.

—Alguien te llevará al médico. Para que no te mueras de sepsis, Ricci —continuó, ante su falta de respuesta.

Con eso estaba todo dicho. Por ahora.

Incluso antes de pisar el primer escalón hacia la *Alcazaba*, supe que algo no andaba bien. El sol

ya se había puesto de nuevo y, excepto por unos minutos, no lo había visto en todo el día.

La música fuerte me golpeó, haciendo vibrar la vieja estructura. Si Enrico la estaba molestando de nuevo... el músculo bajo mi ojo ya estaba temblando cuando empujé la puerta. Un día en el almacén, salpicado de violencia cruda, dejaba marcas. Pero sobre todo, la necesidad de lavar toda esa sangre con abundante agua caliente antes de concederme el sueño de los justos.

Sin embargo, eso no sucedería tan pronto, porque parecía que todo el mobiliario hubiera explotado. Objetos cubrían el suelo. Cojines. Jarrones. Platos. Papeles. La decoración. Cuadros. Todo lo que antes tenía un lugar fijo ahora estaba esparcido al azar por el suelo.

Pasé por encima del caos solo para echar un vistazo al comedor. Las sillas estaban en el suelo, justo al lado de todas las demás cosas que habían estado ordenadamente guardadas. El caos continuaba en la cocina y la sala de estar. También en el pasillo. Arriba. No había ni una habitación que se hubiera salvado del huracán que había arrasado por aquí.

Sin embargo, no era la ira lo que se extendía dentro de mí, sino la pregunta de cuál era la razón de todo esto; conocía la causa. Pero la razón...

Encontré a Thalassa en el dormitorio, con las manos en la cabeza. Una y otra vez giraba en círculos, como si estuviera buscando algo, pero incapaz de encontrarlo.

Sus hombros se hundieron cuando me vio. Se detuvo en su movimiento, lo que aproveché para quitarle el teléfono de la mano y desconectar la conexión con todos los altavoces Bluetooth de toda la casa.

Ella sacudió la cabeza. —No.

Mis cejas se alzaron interrogantes. ¿Qué pasaba por su mente? ¿Estaba perdiendo la razón porque nuestras vidas habían entrado en un ciclo de centrifugado?

—Tienes exactamente cinco minutos para meterte en la ducha —respondí peligrosamente bajo y la dejé allí. De camino al baño contigo, me deshice de la ropa ensangrentada.

El agua caliente no llevaba ni un segundo cayendo sobre mi cabeza cuando sentí su cuerpo mucho más delgado detrás de mí. En un movimiento fluido, me di la vuelta, la atraje contra mi pecho y luego presioné su espalda contra los azulejos.

Casi expectante, me miró desde abajo. Como si esperara otro estallido por haber sacudido la fortaleza como si fuera una bola de nieve. Pero Thalassa no estaba loca. Lo que hacía siempre tenía un trasfondo. Al menos eso me lo había grabado con éxito en los últimos días.

—¿Quieres decirme por qué mi casa parece que le ha caído una bomba encima?

Ella negó con la cabeza antes de que una risa escapara de su boca. —Simplemente no puedo encontrarlo. Tiene que estar ahí, pero no puedo encontrarlo. Sé que está ahí. *Tiene que estar ahí*. Pero no lo encuentro.

Agarré su barbilla y la obligué a mirarme a los ojos. Necesitaba usar palabras que no dieran la impresión de que realmente había perdido la cabeza. —¿Qué estás buscando?

—Él no deja nada al azar, ¿verdad? No puede haberse fiado solo de Dani. ¿Por qué la llamada de esta mañana? ¿Cómo podía saber lo que estaba pasando aquí? ¿Por qué te da respuestas a preguntas que yo te hice horas antes? Lo sabe todo. Pero *no puede* saberlo todo. No es un vidente. Así que tiene una forma de espiarte. Pero simplemente no puedo encontrarla. —La desesperación bailaba en sus ojos. ¿Había pasado todo el día poniendo todo patas arriba?

Con cuidado, solté su barbilla solo para deslizar mis manos hacia abajo por su cuerpo. Por el momento, le debía una respuesta, en su lugar me arrodillé y levanté su pierna para colocarla sobre mi hombro. Sin rodeos, enterré mi rostro en su centro, deslicé mi lengua por su coño y comencé a provocarla hasta que escuché el primer suspiro salir de su boca.

En lugar de seguir sujetando su cadera, moví mis manos hacia su trasero, enterré mis dedos

firmemente en su carne suave y la acerqué aún más, para que sus suspiros se convirtieran en gemidos, y ella se transformara en mis brazos de un caos desesperado a uno que al menos pudiera pensar con claridad... una vez que hubiera terminado con ella.

Su sabor se extendió por mi lengua y en realidad me lo había imaginado de otra manera: no bajo la ducha, sino en mi cama, con sus manos atadas por encima de su cabeza y las piernas separadas, también atadas a los postes de la cama, para poder tomarme todo el tiempo del mundo con su cuerpo, que aunque había declarado mío, aún no había explorado ni remotamente de la manera que quería.

La tensión en ella permaneció, pero se transformó en otro tipo. Su cabeza cayó hacia atrás contra la pared, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello, tirando de él. Intentaban dirigirme, pero seguro que no necesitaba ninguna maldita instrucción para darle un orgasmo.

Mientras el agua caliente caía sobre nosotros y el sonido se mezclaba con sus gemidos, también me di cuenta de que tenía razón. Casi al mismo tiempo, su cadera se sacudió contra mi lengua. Su clímax la arrastró y seguí jugando con ella hasta que el último temblor, el último estremecimiento, se apoderó de su cuerpo y luego la liberó. Solo entonces me incorporé, deslicé la mano por su cabello mojado y la atraje hacia mí. Su aliento caliente golpeó mi rostro cuando reclamé sus labios y me aseguré de que se probara a sí misma.

Pero no la solté después. —Tienes que prometerme algo —dije, deslizando el pulgar sobre su labio inferior.

Me miró expectante.

—No dejaste que te rompiera. Las circunstancias que prevalecen ahora tampoco deberían hacerlo.

Su frente se hundió contra la mía, buscando más de mi toque. —Simplemente no esperaba que alguna vez se volviera contra su familia. Eso es todo.

Me quedé sin darle una respuesta a eso, porque no creía que se hubiera puesto en contra de su familia. Contra Thalassa, seguramente. ¿Pero contra sus hijos? ¿Su esposa? Jamás.

No cerré la ducha antes de salir, le tendí una toalla y me envolví otra alrededor de la cintura. Luego cogí el smartphone y le escribí un mensaje a Rafael. No me gustaba, pero aparentemente no había manera de evitar invitarlo a nuestra pequeña fiesta en la ducha.

Thalassa se sentó en el borde de la bañera. —¿Me crees?

—En realidad, es una verdadera lástima que no se me haya ocurrido a mí mismo —murmuré.

Todo el día había estado ocupado con Adriano. Con la traición de Dani y la tortura que se había prolongado durante horas sin que él hubiera soltado ni una palabra sobre lo que realmente queríamos saber.

—No puedes tenerlo todo bajo control. Es imposible.

—Y aun así parece que tú tienes un talento para ello —repliqué, arqueando una ceja.

Ella negó con la cabeza. —Se siente como si siempre tuviera que estar un paso por delante. No importa en qué.

Porque le salvaba la vida. Y obviamente no solo la suya, sino también la mía. Si Cesare Ferrante realmente estaba espiando la fortaleza, tenía información que nadie más que Rafael y yo debería tener.

Antes de que pudiera darle una respuesta, alguien llamó a la puerta. Lo dejé entrar, plenamente consciente de la extraña situación.

—Has visto el caos por todas partes, ¿verdad? —preguntó, incluso antes de echar un vistazo a la ducha que seguía funcionando, a Thalassa, que aún estaba sentada en el borde de la bañera, y luego a mí. Sus cejas se elevaron. La sangre seca se pegaba a él como una segunda piel. Ninguno

de nosotros se molestó por ello. —Ya sé que ustedes dos se divierten muchísimo juntos, pero eso no significa que...

Puse los ojos en blanco antes de asentir hacia Thalassa. —Díselo.

Ella me lanzó una breve mirada, pero definitivamente no iba a ser yo quien reclamara este descubrimiento.

—Algunas cosas simplemente no tienen sentido. Creo que... Cesare está espiando la *Alcazaba*. Pero no puedo encontrar el micrófono. Tiene que estar ahí, de otra manera algunas cosas no se pueden explicar.

Su mirada volvió a caer sobre la ducha hasta que finalmente hizo la conexión y echó la cabeza hacia atrás para emitir un sonido de fastidio. —Claro. ¿Qué más podría ser? Primero Dani, luego un micrófono. ¿Qué sigue? ¿Va a tocar la puerta y entrar paseando?

Thalassa se inclinó un poco hacia adelante, apretando los labios. —Eso no es tan descabellado como pueda sonar. Pero no viaja solo. Si aparece, también lo harán todos los demás. Mis hermanos. Mi madre. Sus hombres más importantes.

—Bueno, entonces papá Ferrante no estará muy contento cuando descubra que su jefe fue descubierto —murmuró Rafael—. Y menos le gustará cuando le meta una bala. Sin ofender, Talia, pero a estas alturas deberías entender lo profundo que se ha arraigado el odio.

Ella se encogió de hombros. —No quiero decir que lo haya buscado... pero lo ha buscado.

Evidentemente, no solo había aprovechado el día para poner patas arriba toda la fortaleza, sino que también había reflexionado sobre sus relaciones familiares. Quizás se debía simplemente al hecho de que Cesare Ferrante no estaba haciendo precisamente nada para mantener el favor de su hija. En cambio, con cada nuevo acontecimiento dejaba claro que estaba más que dispuesto a venderla. O a regalarla, porque de mí no recibiría nada a cambio excepto burlas por haber sido lo suficientemente tonto como para creer que este plan tendría éxito.

—Por esta noche, nos mantendremos en la normalidad. Menos las conversaciones sobre todo lo que este hombre no debería saber. Mañana encontraremos el micrófono. El caos está bien, pero creo que deberíamos proceder de manera más específica. —Rafael sabía de lo que hablaba. Después de todo, nosotros mismos ya habíamos utilizado esta técnica de escucha, aunque siempre durante períodos limitados.

¿Quién sabía desde hacía cuánto tiempo Cesare nos estaba espiando? —Se me ocurrirá algo.

—Y la próxima vez preferiría no tener ningún tipo de reunión en este baño.

Si se le ocurría una mejor solución rápidamente, seguramente me dejaría convencer de una alternativa. Pero por el momento, era la única opción que teníamos.

Rafael nos dejó solos.

—Antes de que salgamos ahí fuera, Thalassa... —Me giré hacia ella—. Adriano está vivo. Al menos mientras realmente esté de nuestro lado. Si resulta que aún está trabajando con tu padre...

Me miró confundida. —Pensé que ya estaba muerto.

—Hubo algunos argumentos convincentes.

—No te gusta esto, ¿verdad?

—¿Qué?

Ella se encogió de hombros. —La mini conciencia que te estoy dando.

Cerré los ojos, sacudí la cabeza y no pude evitar una ligera sonrisa. —¿Qué puedo decir? Tienes cierta influencia sobre mí.

Thalassa se levantó, solo para extenderme la mano. —No puedo afirmar otra cosa sobre ti, Santi.

TALIA

¿H ablas en serio? —Arqueeé una ceja y miré fijamente la tarjeta metálica negra que Santiago acababa de sacar.

Rafael estaba sentado frente a mí y parecía tan sorprendido como yo me sentía. En realidad, no creía que el desayuno fuera a tener lugar como todas las mañanas, pero ahí estábamos, mirándonos fijamente, diciendo más con nuestras miradas de lo que era posible con palabras en ese momento.

—Sí. Quiero que vayas a la ciudad con Rafael y gastes dinero.

Entrecerré los ojos. —¿Así sin más?

—La tarjeta no tiene límite.

Las cejas de Rafael se elevaron aún más, mientras yo miraba a Santiago con una mezcla de sorpresa y conmoción.

—¿Por qué? —pregunté, sin entender todavía qué pretendía con esto. ¿Se trataba de que volverían a poner la casa patas arriba hoy? Aunque si enviaba a Rafael conmigo, difícilmente podría participar en la búsqueda.

—Compensación —fue su simple respuesta, con la que pude hacer aún menos que con la tarjeta de crédito.

Negué con la cabeza. —Solo para repetirlo: ¿quieres que tome esta tarjeta, gaste un montón de dinero y luego...?

—Nada más. ¿Me estoy expresando de forma poco clara?

—¿Y Rafael está de acuerdo con esto?

Santiago se encogió de hombros.

—No voy a llevar a tu novia de compras solo porque tú no tengas ganas de pasar cinco horas en alguna tienda, Rojas —respondió secamente.

¿Novia? ¡¿Qué?!

—¿Y compensación? —Resopló—. ¿Has visto tu obra?

Abrí la boca, solo para cerrarla de inmediato. Aparentemente, los dos hombres habían perdido la cabeza. No podía explicarme este comportamiento de otra manera. A menos que...

Examiné la tarjeta, la tomé y la giré entre mis dedos. —Puedo hacer que duela de verdad.

—No te contengas —respondió Santiago y me lanzó una mirada desafiante, seguida de cerca por una sonrisa divertida.

—Y me parece realmente amable que me acompañes, Rafi —dije con exagerada alegría.

—¿Rafi? —repitió—. ¿Y lo siguiente será que me regales una pulsera de la amistad, o cómo debo imaginármelo?

—Si insistes. —Esperé ver un tic nervioso en su mejilla, pero en su lugar sonrió. Algo que se

veía relativamente poco en él.

—Hay reglas —continuó sin pausa.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

Incliné la cabeza.

—Andra también las encontraba terribles al principio. En algún momento dejó de hacerlo.

Lentamente me recliné. —No es lo mismo. A tu esposa podías follártela en algún probador para que toda la excursión fuera más agradable para ti. Eso no funciona conmigo.

Rafael le lanzó una mirada significativa a Santiago, como si le hubiera advertido exactamente sobre este tipo de comentario.

—Al menos puede leerle como un libro abierto, Cortez.

—Maravilloso. Me encanta. ¿Por qué no vas tú mismo? Tu idea. Tu responsabilidad.

—Porque aun así vendrías con nosotros.

Rafael hizo una mueca, porque Santiago no se equivocaba. En el futuro próximo, probablemente no iría a ninguna parte sin su vigilante personal.

Finalmente, solté un suspiro. —Me portaré bien, ¿de acuerdo? Sin comentarios inapropiados, solo treinta minutos por tienda, te conseguiré algo de comer entre medias y no tendrás que hacer de mula. ¿Cómo suena eso?

—Como una pesadilla.

Santiago se echó a reír. —Perfecto. Entonces eso está arreglado.

Por alguna razón, quería mantenerme alejada de esta propiedad durante las próximas horas, y como no confiaba en nadie excepto en Rafael en este momento, a él se le había encomendado la tarea de mantenerme ocupada mientras tanto.

Tal vez el tiempo fuera suficiente para convencerlo de que no tenía que odiarme tanto como, por ejemplo, a mi padre. Aunque trataba de ocultarlo y asegurarse de que siguiera sintiéndome bienvenida, aún se notaba que le resultaba difícil.

No podía culpar a ninguno de los dos hombres. Todos habíamos sido criados para odiar a nuestros enemigos. Sin embargo, me movía entre ellos casi como si ya perteneciera a ellos. La verdad era un poco diferente, porque era muy consciente de lo que todo esto me costaba.

Al principio, solo había percibido vagamente la información que Santiago me había filtrado. Pero cuanto más tiempo pasaba, más sentía el peso sobre mis hombros.

No era casualidad que estuviera sentada en la *Alcazaba*. Mi padre había contado desde el primer minuto con que me encontraría con Agustín. Tal vez incluso lo había orquestado exactamente así porque esperaba algo de ello. Una ventaja. Una alianza. No sabía qué buscaba, solo que me había utilizado y probablemente lo volvería a hacer cuando le conviniera.

Sobre el papel, su plan seguramente parecía bueno, pero más allá de eso, simplemente había olvidado que las personas no eran solo piezas de juego, sino que también tenían sentimientos que podrían cambiar o complicar algunas cosas. No importa cómo se le llamara... seguramente no había contado con que surgiera esta atracción entre Santiago y yo. Que me encontrara con él en el embarcadero y que desde esa noche pareciera no poder alejarme de él. No es que ahora quisiera hacerlo.

Sin embargo, no habían sido las acciones de mi padre las que me habían empujado a sus brazos. Había sido mi libre decisión y, sin importar qué mentiras salieran a la luz, yo sabía con certeza de qué lado estaba. Y no era el del hombre que había estado dispuesto a entregarme al enemigo sin pestañear para obtener una ventaja.

Fuera lo que fuera lo que Rafael esperaba de la excursión de compras, hasta ahora parecía que yo no estaba cumpliendo sus expectativas. Lo había convencido de cambiar el Jeep por un coche de alquiler, un descapotable, para ser exactos. Luego había subido el volumen de la música y nos había llevado por una de las carreteras que pasaba por los lugares de interés de la ciudad.

—Me sangran los oídos —declaró después de unos minutos en los que habíamos escuchado las primeras canciones de la lista de reproducción Good Vibes.

—¿Qué? ¿No eres fan de *Walking On Sunshine*? ¿O *Footloose*? ¿Qué tal *Dancing Queen*?

Antes de que pudiera responder a la pregunta, había agarrado mi smartphone y estaba tecleando en la pantalla. —El copiloto elige la música. Es una regla antigua.

Me reí. —Claro. ¿Y qué tengo que escuchar ahora? ¿Viejos clásicos españoles?

—Aunque estás tratando con *viejos* clásicos españoles, la música tiene poco que ver con eso.

—No dejes que Santiago te oiga decir eso —respondí divertida.

Cuando una canción de las listas de éxitos actuales retumbó en los altavoces, miré sorprendida en su dirección, lo cual no era un problema dado el denso tráfico. ¿Música rock? ¿Rafael tenía debilidad por la música rock?

Era una voz femenina la que resonaba en los altavoces. Una que se había escuchado con mucha frecuencia en la radio, visto en la televisión o admirado en conciertos en los últimos años.

—Un momento.

—¿Qué?

—¿Tu esposa es Andra Cortez? ¿*La Andra Cortez*?

—*Exesposa*.

—Oh, Dios mío. —Genuinamente sorprendida, intenté concentrarme de nuevo en la carretera, pero después de unos segundos no pude evitar sacudir la cabeza—. ¿Has estado en alguno de sus conciertos?

—No.

—Yo sí. Nueva York. El año pasado. Es grandiosa.

—No creo que ella me quisiera en uno de sus conciertos.

—¿Y cómo se daría cuenta? Entre miles de personas no destacarías.

—Paso.

—¿Y el concierto en Málaga? ¿Casualidad?

—No es como si ella tuviera influencia sobre dónde toca.

—Deberías ir. Es...

—En tres meses. Lo sé.

Levanté una ceja. Si no le interesaba, tenía una visión bastante precisa de la vida de su exesposa. —Tal vez se alegre.

—Me odia. No lo creo.

—Santiago también pensaba que me odiaba.

—Eso es completamente diferente.

—Rafael —dije frustrada—. Ella lleva tu nombre por ahí desde hace diez años y tú actúas como si cada mujer que te encuentras fuera invisible. La señora del alquiler de coches estaba coqueteando contigo y podrías haber tenido a tu abuela de noventa años frente a ti, por la forma en que la ignoraste. No me digas que te da igual.

Él suspiró. —Nunca he dicho eso.

—Pero tampoco quieres ir a uno de sus conciertos. —Después de todo lo que había

aprendido en los últimos días, podía imaginar la historia aproximada de por qué se habían separado. No había sido para que ella pudiera hacer carrera. Eso estaba claro.

—Preferiría que simplemente no te metieras en asuntos que no te conciernen, Talia.

—Entonces, cuéntame por qué Santiago nos echó.

Aparentemente, este tema le entusiasmaba aún menos que el anterior. —Está desmantelando la fortaleza con algunos hombres. Y dependiendo de lo que encuentre, podría ponerse desagradable.

Estaba segura de que había más detrás, pero por el momento lo dejé estar. En su lugar, estacioné el coche cerca de la playa para que pudiéramos disfrutar de un almuerzo temprano. Tapas frescas, seguidas de un cóctel afrutado para mí, que sorví bajo la mirada poco entusiasta de Rafael, antes de arrastrarlo a la noria, ponerle algodón de azúcar y palomitas en la mano y obligarlo a hacer todo el recorrido. De alguna manera tenía que conseguir levantar el ánimo de este hombre. No podía ser posible que siempre mostrara el mismo humor neutral o malo.

Después, mi camino, con Rafael a cuestas, nos llevó a un concesionario que vendía exclusivamente coches deportivos caros. Tan pronto como entramos, un joven se acercó a nosotros, al que prontamente despedí. No necesitaba ayuda para leer las etiquetas de precios y elegir la más cara.

—No creo que Santiago haya dicho nada sobre comprar un coche nuevo —intervino Rafael cuando me subí al asiento del conductor de un *Pagani Huayra*. Poco más de un millón. Una ganga.

—Pero dijo muy claramente que tú solo eras mi acompañante —le miré significativamente y cambié a un Lamborghini rojo intenso, cuyo precio me gustaba mucho más.

Hice un gesto al joven de antes, que se apresuró como si ya oliera el dinero.

Señalé el *Veneno Roadster*. —Quiero este.

—¿Paga su marido? —Su mirada se deslizó hacia Rafael, que ahora casi sudaba visiblemente.

—No. Yo pago —ronroneé y le tendí la tarjeta de crédito dorada después de sacarla de mi bolso.

—Por favor, sígame para el papeleo. —Así que lo seguimos y cuando una hora después estábamos frente al concesionario, con la perspectiva del Lamborghini que se entregaría en unas semanas, una gran sonrisa se extendió por mis labios.

Rafael se volvió hacia mí tan pronto como nos alejamos unos metros del vendedor de coches de lujo. —Esa no era la tarjeta de crédito de Santi.

Levanté una ceja. —No, no lo era —admití.

—¿De quién entonces?

—Posiblemente la de mi padre.

—¿Cuatro millones y medio a nombre de Cesare Ferrante? —Rafael se echó a reír a carcajadas.

Me encogí de hombros automáticamente. —¿Qué? Él me traicionó. Puede pagar por mi estrés emocional.

—Oh, por favor, déjame contarle esto a Santi. —De repente, sonaba como un niño pequeño emocionado en Navidad, lo que mejoró aún más mi estado de ánimo. Gastar unos cuantos millones a costa de mi padre era un comienzo, pero la reacción de Rafael... eso no tenía precio.

—Si eso te hace feliz.

—Seré aún más feliz si me dices a dónde vamos a ir después para gastar más dinero.

Incliné la cabeza y volví a sentarme detrás del volante del descapotable prestado, antes de

indicarle con un gesto que me dijera a dónde iríamos a continuación. —Tienes libertad de elección.

No fue hasta el atardecer que regresamos a la *Alcazaba*, después de haber hecho un agujero considerablemente profundo en la fortuna de mi padre. Una parte de mí se sentía como la hija caprichosa y fuera de control. Otra estaba orgullosa de haber encontrado una forma tan creativa de hacerle pagar por su traición. Al final, seguramente era solo calderilla para él, pero se sentía condenadamente bien extender su tarjeta de crédito sobre el mostrador cada vez y saber que con cada gasto posiblemente estaba sufriendo otro infarto mientras sus asesores intentaban averiguar el motivo.

Bueno, la razón era fácil de nombrar. A saber, Thalassa Ferrante, la hija que había querido regalar al enemigo sin el menor escrúpulo.

En la fortaleza ya no reinaba el caos: todo estaba de nuevo en su lugar, como si nunca hubiera buscado el micrófono. Rafael entró en el área de recepción después de mí, todavía muy contento de que hubiéramos lastimado a Cesare sin siquiera estar cerca de él.

Santiago salió de su oficina tan pronto como notó nuestra presencia. —Probablemente ahora se dé cuenta de que sabemos lo que hizo —explicó lo primero de todo.

Eso significaba que había tenido éxito y realmente había encontrado el dispositivo de escucha. Automáticamente levanté la mano y Rafael, que estaba a mi lado, chocó los cinco conmigo sin que nos miráramos.

Santiago parpadeó. —Parece que han tenido un buen día —comentó. Un mínimo de escepticismo se percibía en su voz.

—¿Un buen día? Esa es la subestimación del siglo —respondió Rafael. Una declaración bastante infundada, considerando que no teníamos ni una sola bolsa con nosotros. —Apenas puedo esperar para contarte todo lo que compramos.

Incluso yo tuve que reírme de eso. Santiago me había enviado con su tarjeta de crédito y recibía de vuelta a un Rafael que aparentemente estaba encantado con los acontecimientos del día.

—¿Qué le has hecho a mi teniente, Thalassa?

—Nada —respondí rápidamente—. Nos dimos un día agradable. Alquilamos un descapotable, comimos algo, visitamos la noria, devoramos dulces...

—Y entonces... —comenzó Rafael, captando toda la atención.

Santiago ya estaba sonriendo, porque simplemente era demasiado divertido ver a Rafael tan emocionado. Este hombre normalmente consistía en un máximo de cuatro emociones, y la emoción ciertamente no era una de ellas.

—¿Y entonces? —instó Santi, para finalmente escuchar el resto del día.

—Pagamos cuatro millones y medio por un Lamborghini nuevo. Después vimos un complejo hotelero que está en venta y decidimos que también lo queremos.

Las facciones de Santiago se congelaron. —¿Qué?

—Ha omitido la parte importante. ¿Rafael?

—Todo a la tarjeta de crédito de su padre.

Casi instantáneamente, Santiago estalló en una carcajada sonora. Luego tomó su tarjeta de crédito, que yo tenía en la mano. —Recuérdame nunca volver a dártela. Por un momento tuve miedo.

Le hizo un gesto a Rafael para que entrara en la oficina, antes de que sus grandes manos se posaran en mis caderas y me apretaran contra él de un tirón. En el siguiente segundo, se apoderó de todo de mí. De mi boca, pero también de todos los sentidos que tenía a mi disposición.

—No sabía que era posible entusiasmar a Rafael con algo así —murmuró contra mis labios, antes de robarme el siguiente beso.

Mi cuerpo reaccionó a él. Sentí cómo el calor me atravesaba y se extendía con deseo por mi bajo vientre. Automáticamente, mis dedos se clavaron en sus brazos, me puse de puntillas para acercarme a él y con una mano le agarré la nuca para que no volviera a separarse de mí.

—Aun así podrías haber visitado la Calle Lorios, ¿sabes?

Resoplé. —No te sientes realmente mal por los moretones, ¿verdad, Santiago?

—Habría sido una disculpa.

—¿Por qué? ¿Por ser tú mismo? Dios, no estaría aquí si no hubiera sabido en qué tipo de hombre me estaba metiendo.

Sin embargo, no cedió. —¿Entonces qué quieres?

¿Realmente creía que así funcionaba? —Quiero que me tomes en serio, Santiago. Si hubiera un problema, el dinero no lo resolvería. Pero si realmente quieres sentirte mejor, dame algo que no se pueda comprar con dinero. Sé creativo. Demuéstrame que eres capaz de deshacerte de esos estúpidos prejuicios.

Como si el dinero fuera capaz de hacerme feliz. Como si cambiara algo en mi estado físico. Además, no estaba enojada con él, ni necesitaba una compensación por lo que le había hecho a mi cuerpo. Había disfrutado casi cada segundo, sin importar cuán brusco hubiera sido o cuán maliciosa fuera la intención detrás de la acción. Se necesitaba más para ponerme de rodillas. O lo aprendía —y rápido— o tarde o temprano tendría un problema. Consigo mismo, no conmigo.

Rodeé su barbilla con mis dedos, lo atraje bruscamente para besarlo y terminé mordiendo su labio inferior hasta saborear la sangre. —No soy de porcelana, Santiago. Métetelo en la cabeza. No tienes que sentirte mal. Aparte de que no te queda... Me gusta sentir la marca de tu mano en mi trasero. O la de tus dientes en mi hombro. Y el solo pensamiento de que por momentos se sintiera como si me estuvieras partiendo en dos mientras estabas dentro de mí...— Pasé la lengua por la sangre en su labio inferior. —Sé que hay más. Muéstramelo antes de que tenga que idear algo para sacarlo a la luz. Se acabó el juego del gato y el ratón. Se acabaron los escondites y las tácticas evasivas.

—Como si hubieras estado esperando una eternidad para decir eso.

Negué con la cabeza mientras mis dedos se deslizaban más abajo y se clavaban tentativamente en su cuello. —No. Lo que realmente he estado esperando decir son estas palabras: Te pertenezco. Así que úsame, Santiago.

Su postura cambió ante mis ojos mientras la oscuridad en su mirada cobraba vida. —Dame un poco de tiempo para deshacerme de Rafael.

—No esperaré para siempre.

Maldiciendo, se apartó de mí bruscamente. —Esa es una amenaza vacía, *Lionheart*. Ambos lo sabemos.

Lentamente, arqueé una ceja. —¿Estás seguro de eso?

SANTIAGO

Para lo mucho que te resististe, parece que te has divertido bastante, Cortez —observé mientras cerraba la puerta de la oficina tras de mí.

El día había sido interesante. La mayoría de los hombres habían visto partes de la fortaleza que nunca antes habían pisado y que seguramente no volverían a pisar en el futuro. Pero habíamos encontrado los dispositivos de escucha que Cesare Ferrante había instalado. Tecnología de última generación, lo que sugería que no llevaban mucho tiempo en su sitio.

—¿Qué puedo decir? Puede ser muy convincente. Pero eso no tengo que decírtelo a ti —respondió, ya inclinado sobre el escritorio para examinar los restos de los dos micrófonos—. Estos están diseñados solo para transmisión a corta distancia.

—¿Eso qué significa?

—Que el receptor está instalado cerca. Probablemente en la propiedad.

—¿Russo?

—Es lo más probable. Quizás le pregunte sobre eso la próxima vez que lo convierta en tequila humano.

Asentí. —Te estás dejando llevar por infligirle dolor a ese hombre.

—Por el momento, es lo más cerca que puedo estar del hombre al que realmente me gustaría hacer sufrir.

—¿Por qué ahora? Diez años y nunca habíamos sabido nada de él —murmuré, porque era una pregunta que me hacía una y otra vez sin encontrar respuesta. Era imposible que fuera solo por Thalassa, pues Cesare difícilmente podría haber creído que ella era la solución al problema.

Sin mencionar que la conversación con él no había sido más que una tomadura de pelo. Uno de los micrófonos se había encontrado en mi dormitorio, el otro en la oficina. Sabía de Thalassa y de mí, más aún, probablemente lo había escuchado todo. La idea me provocaba náuseas. Aunque Thalassa seguramente ya podía imaginarse este detalle, no se lo mencionaría. No deberíamos hablar de lo enfermo que era realmente su padre.

Rafael se enderezó, dejando de lado los restos de los micrófonos. —Pronto lo averiguaremos. Ya no puede escucharnos, Dani ha sido descubierto, Adriano ha desaparecido y si intentara contactar con Thalassa... bueno, supongo que los cuatro millones y medio han enviado un mensaje claro.

Así que sus pensamientos iban en una dirección similar a la mía. No pasaría mucho tiempo antes de que pudiéramos esperar una visita de Cesare Ferrante. Sin embargo, no era una idea inteligente por su parte poner un pie en esta ciudad. Rafael lo declararía objetivo en cuanto viera su feo rostro, y yo ciertamente no le pondría una correa.

Nadie podría hacer nada si cortaba la cabeza del outfit de Chicago. Los Ferrante no formaban

parte del Crimson Echelon, así que tampoco importaba si Cesare moría a manos de Rafael. Por supuesto, no era tan simple, porque tenía hijos y yo no estaba cien por cien seguro de cómo sería la réplica, pero estaba claro que nada de eso sería pacífico.

—¿Fue idea de ella? —pregunté finalmente.

—Mía desde luego que no.

Sacudí la cabeza, un poco impresionado por el nivel al que había llevado el enfrentamiento con su padre. No había hablado con él ni una sola vez desde que estaba aquí, y sin embargo, todas sus acciones la habían alcanzado y habían pintado una imagen muy clara de él y sus intenciones. A estas alturas, me atrevía a afirmar que no se enfrentaría a él con un arma. Obviamente no lo necesitaba si podía demostrar su superioridad de otras maneras. Este era el resultado de mantener a tus hijos encerrados en una jaula de oro y dejarlos observar desde fuera cómo funcionaba la vida dentro de la mafia durante años... criabas a los criminales perfectos que se movían por el mundo como si les perteneciera. Sin miedo. Sin remordimientos. Solo el conocimiento de que poseían algo más fuerte que cualquier arma física. Privilegios. Y sangre que se concentraba de generaciones que nunca habían estado del lado correcto de la ley.

—¿Has sabido algo de Agustín? —preguntó cuando no dije nada más al respecto.

—No. Aunque no habría estado mal hacerlo partícipe de la caída de Dani. Podría aprender. —Agustín había sido un enigma para mí durante años. Distante y reservado, ignorante respecto al cártel, pero al mismo tiempo lo suficientemente ambicioso como para creer que podría seguir mis pasos sin ningún esfuerzo. Si seguía manteniéndose alejado y demostrando claramente con sus acciones que no era capaz de dominar tal tarea, su futuro no sería tan brillante como había creído.

—Puedo intentar contactarlo. Pero me temo que no será tan fácil una vez que se entere de que...

Mi ceja se elevó. Sabía exactamente a qué se refería Rafael. Sin embargo, no tenía necesidad de hablar de ello. Después de todo, podía imaginarme más o menos la reacción de Agustín y sabía que le daría otra razón para mantenerse alejado de la *Alcazaba*. De mí. Y de Thalassa.

Así que pasé a darle a Rafael un breve informe sobre el resto del día, aunque ya conocía los detalles más importantes. No quería entretenerme más de lo necesario, sabiendo que Thalassa me estaba esperando... y que había tenido que dejarla con palabras tan atrevidas en la lengua, cuando lo que más deseaba era ocuparme de ella inmediatamente. Mientras tanto, ya tenía mi smartphone en la mano y estaba tecleando en él, porque sabía exactamente lo que quería hacer con ella. Y nada de eso sucedería en la fortaleza, porque no me gustaba la idea de que hubiera más intentos de escucha por parte de su padre, o más llamadas en los momentos más inoportunos.

TALIA

Santiago estaba lleno de sorpresas, no había otra forma de expresarlo. Desapareció con Rafael para discutir los acontecimientos del día y poco después uno de sus hombres estaba en la sala de estar entregándome un paquete, todo el tiempo cuidando de no mirar en mi dirección de la manera equivocada.

Divertida, observé al hombre mientras dejaba el paquete, me hacía un breve gesto con la cabeza y luego desaparecía, como si no pudiera poner suficiente distancia entre nosotros lo suficientemente rápido.

Evidentemente, la conversación con Rafael solo requería una parte de su atención, porque la caja contenía lo que había evitado comprar durante todo el día. Ropa. Zapatos. Dos botellas de perfume que parecían costar una pequeña fortuna cada una. Solo faltaba la nota escrita a mano por Santiago diciendo que me preparara para una cita con él.

Saqué el vestido blanco ajustado de la caja y eché un vistazo a la etiqueta, solo para descubrir que era de una marca española cuya tienda seguramente no estaba representada en la *Calle Lorios*. Los zapatos que, en su opinión, combinaban mejor me hicieron sonreír. Sandalias de gladiador cuyas cintas llegarían hasta mis rodillas. Los acentos dorados les daban un aspecto elegante. Parecía que, de paso, había reflexionado sobre lo que le había dicho. Eso me hizo pasar por alto el hecho de que había desaparecido durante una eternidad, aunque poco antes le había instado a darse prisa.

Mis pensamientos comenzaron a divagar y llegaron a Cesare. Seguramente no pasaría mucho tiempo antes de que intentara ponerse en contacto conmigo. Y aunque la tentación de gritarle mi opinión sobre todo esto era grande, ya decidí no hacer nada por el estilo. Él esperaba una reacción como esa, así que haría bien en no cumplir esa expectativa. De hecho, incluso me sorprendía un poco no haber tenido noticias suyas todavía. O de mi madre. Mis hermanos... seguramente ya sabían del coche deportivo y del complejo hotelero, al igual que la conexión entre Santiago y yo obviamente ya no era un secreto.

Me ponía nerviosa que tuvieran todo este conocimiento y no actuaran como normalmente lo harían. Esto despertaba en mí un sentimiento que no me gustaba: la premonición de que estaba sucediendo algo mucho más grande que yo misma.

A mi línea de pensamiento le siguió el golpe de una puerta y cuando fui catapultada de vuelta a la realidad por esto, ya oía los pasos de Santiago acercándose.

—Se podría pensar que tienes cosas mejores que hacer durante una conversación con Rafael que comprar en línea —le dije divertida.

Con los brazos cruzados, se apoyó en el marco de la puerta. —Puedo dividir bien mi atención. ¿No lo sabías?

—Aparentemente, hay muchas cosas que no sé. ¿Tienes debilidad por los perfumes?

—Solo cuando en mis pensamientos resaltan excelentemente otros aromas —respondió con indiferencia.

Sin embargo, de repente se extendió un cierto calor en mi bajo vientre. Obviamente estábamos continuando donde lo habíamos dejado. —Entonces quizás no debería ser yo quien decida cuál de ellos usar.

—¿No tienes preferencia?

Me encogí de hombros, sosteniendo su mirada cada vez más tormentosa. —No sé. Hasta ahora no he probado ninguno de ellos.

—Una lástima —murmuró y se acercó a mí. De repente me sentí como la presa de un depredador. Su mirada era tan decidida, su lenguaje corporal tan claramente diseñado para atraerme.

Antes de que me alcanzara, tomé una de las botellas y quité la tapa para poder aplicarme la fragancia. La mirada de Santiago ya me indicaba que la muñeca no sería suficiente, así que elegí mi cuello. En el lado derecho una fragancia, en el izquierdo la otra. Apenas había dejado las pequeñas botellas, me agarró y me puso de pie.

La expresión en su rostro presagiaba algo oscuro. Con un movimiento fluido me hizo girar, atrayéndome de espaldas contra su pecho. Luego sentí sus manos subir por mis brazos, solo para apartar mi cabello del hombro e inclinar mi cabeza ligeramente hacia un lado, sin retirar sus dedos después. Descansaban a los lados de mi cráneo, dirigiendo su posición.

Cuando sus labios se posaron en mi hombro, un agradable escalofrío se extendió por mi cuerpo, dejando una sensación placentera. Me recosté contra él, cerré los ojos y me mordí el labio inferior para no revelar aún lo fácil que era para él derretirme con simples caricias.

Su boca se deslizó por mi piel, sobre la hondonada de mi clavícula y hacia la base de mi cuello. Sentí su lengua, sus dientes, pero sobre todo el palpitante entre mis piernas, que aumentaba con cada toque, sin que él estuviera siquiera cerca de mi centro. Solo su otra mano descansaba en mi vientre, presionándome firmemente contra su cuerpo inflexible.

Santiago subió más, comenzó a besar mi cuello hasta que olvidé cómo respirar correctamente. Cómo pensar. Jugaba conmigo, encendiendo el deseo sin la más mínima intención de moverse más abajo. Aun así, disfrutaba de la atención indivisa, quería más de ella, porque la pasión con la que reclamaba mi cuello y nuca sensibles se transmitía al resto de mi cuerpo. Así de simple.

—No creo que así descubras qué fragancia me queda mejor, Santi —solté y tragué saliva, porque en ese mismo momento giró mi cabeza para que sus labios vagaran por mi garganta. Me sentía expuesta y al mismo tiempo tan increíblemente excitada que el calor de mi centro se sentía como fuego.

Río suavemente, lo que hizo vibrar el lugar que estaba besando. De nuevo, un escalofrío recorrió mi espalda y esta vez no logré contener el suspiro que se abrió paso entre mis labios.

—No acabo de entender cuál es el problema —murmuró y dirigió mi cabeza hacia el otro lado para poder besar mi otro hombro. Una vez más, apartó mi cabello, me mantuvo en mi lugar con sus manos mientras sus labios vagaban sobre mí y me robaban el aliento.

Con cada caricia, mis rodillas se sentían más débiles. Con cada beso, aumentaba la necesidad de arrancarle la ropa inmediatamente y hacer que me penetrara. Cada mordisco, por pequeño que fuera, me transformaba más en alguien que desarrollaba una adicción a Santiago. Siempre que sentía sus manos cálidas y ásperas en mi cuerpo, percibía el traicionero aleteo en mi estómago. Siempre que sus palabras subrayaban cuánto me deseaba, no podía evitar entregarle otra parte de

mí. Voluntariamente. Que poseyera todo de mí. Que me dominara. Si significaba sentirme siempre como en este momento, nunca me arrepentiría. Siempre que Santiago me tocaba, mi cuerpo se sentía como el cielo en la tierra. No creía que existiera algo que tuviera un efecto similar en mí.

—Me estás seduciendo —logré decir, un poco sin aliento porque no me soltaba y seguía torturándome de esta manera malditamente buena.

—¿Eso está mal? —Sus palabras golpearon mi piel, enviando un escalofrío tras otro por mi cuerpo.

De alguna manera logré negar con la cabeza. —Pero no es solo mi cuerpo.

—¿No?

—Mi mente también.

Sus dientes se cerraron alrededor de mi lóbulo, tirando de él antes de besar el sensible lugar justo debajo. Inhalé bruscamente. No se detenía con mi mente. Hacía tiempo que también había cerrado sus dedos alrededor de otras partes de mí, partes mucho más peligrosas.

—Tú me haces lo mismo, Thalassa.

Y eso que yo no estaba haciendo absolutamente nada.

—Es tu mera existencia cerca de mí lo que me seduce. Existes y solo eso despierta en mí el deseo de declararte mía una y otra vez —Mi cabeza se hundió contra su hombro, permitiéndole besarme—. Y por esa misma razón, ahora vas a cambiarte. Y la izquierda es el complemento perfecto para tu excitación, por si te lo preguntabas.

Solté el aliento que inevitablemente había contenido en los últimos segundos. Aunque mi mente había estado demasiado nublada para hacerme esa pregunta, seguramente más tarde encontraría este aroma no solo en mi cuello, si allí ya lo llevaba a casi devorarme por completo.

—¿Querías que me vistiera así para verte pelear en la arena? —Levanté ambas cejas con escepticismo y eché un vistazo a la arena, iluminada por varios reflectores. La plaza frente a ella estaba vacía, y no había visto coches en el estacionamiento subterráneo. Aunque había bullicio colorido en las cercanías, el sentido común parecía disuadir a la mayoría de los turistas de examinar este lugar más de cerca. No era de extrañar, pues irradiaba un aura oscura que solo podía ser alimentada por todas las luchas que habían tenido lugar aquí a lo largo de los siglos. Primero las brutales corridas de toros, luego las que Santiago organizaba. Hasta ahora no había pensado en cuál consideraba peor, pero de alguna manera me resultaba más fácil compadecerme de los inocentes toros que de las personas que, por su naturaleza, lo merecían mucho más que un animal que simplemente quería existir y no tenía malas intenciones.

Santiago debió encontrar divertida mi pregunta, porque una amplia sonrisa se extendió por sus labios, iluminando todo su rostro.

En realidad, era un milagro que hubiéramos llegado a la arena en absoluto; ya en la sala de estar había esperado firmemente encontrarme desnuda en el suelo con él entre mis piernas en cualquier momento. No había sucedido. Luego, en el coche, apenas había podido mantener sus dedos quietos, pero su férrea voluntad fue lo suficientemente fuerte como para no aparcar a un lado de la carretera y dar un espectáculo a todos los coches que pasaban.

—No. Hoy no hay peleas aquí —respondió finalmente.

—Y aun así estamos aquí.

—Pronto descubrirás por qué. Y tal vez despierte en ti la necesidad de huir.

—¿A dónde? —pregunté, bastante divertida.

—Tan lejos como sea posible.

—No creo que esa sea una idea inteligente. —Por un lado, difícilmente llegaría muy lejos, por otro, la arena era enorme y no tenía ganas de perderme dentro de los viejos muros. Prefería enfrentarme a Santiago y descubrir qué planes seguía en secreto.

—Tal vez disfrutaría cazándote.

Negué con la cabeza. —No huyo de ti, Santiago. Nunca. Ni en este contexto ni en ningún otro. O me enfrento a la tormenta y sobrevivo, o me enfrento a la tormenta y sucumbo. Cualquier otra cosa es cobardía.

Aunque estábamos en uno de los pasillos relativamente oscuros que conducían a la arena, tiró de mi mano, me empujó contra el frío muro y cubrió mi cuerpo con el suyo. Antes, el frío de las piedras se había colado en mis extremidades, ahora era su calor lo que casi me quitaba el aliento.

—Deberías dejar de hacer esas declaraciones peligrosas. Suenan como promesas.

Deslicé mis manos hacia arriba por su torso mientras él apoyaba las suyas en la pared junto a mi cabeza. —¿No crees que soy capaz de cumplir mis promesas?

No mencioné que en los últimos días él había dicho muchas más cosas que podrían considerarse igualmente peligrosas.

—Creo que algunas palabras de tu boca son como una maldición.

—¿Como una maldición? —repetí indignada—. No te veo retorciéndote en el suelo gritando de dolor.

—Pero podría suceder si no cumples tus promesas.

Chasquéé la lengua. —El león de España de rodillas. Me temo que solo quiero ver eso cuando su cabeza esté entre mis piernas y su lengua me haga gritar.

Sus manos se presionaban tan fuerte contra la pared a ambos lados de mi cabeza que podía oír el crujido de las viejas piedras. El yeso se desmoronaba al suelo. —Si tu sucia boca sigue diciendo esas cosas, no llegaremos a la arena —dijo en voz baja, con un tono amenazador en su voz.

Lentamente, dejé caer la cabeza contra la pared, mis dedos aún sobre su pecho. Se me escapó un sonido de pesar, para nada accidental.

—Entonces... lo que dijo Rafael esta mañana... ¿es cierto? ¿Soy ahora la novia de Santiago Rojas?

Por un breve momento, cerró los ojos. Luego resopló, visiblemente luchando por no reírse. —No estamos en el jardín de infantes —respondió antes de volver a abrir los ojos—. Eres mi mujer. Nada menos.

Dejé que mi dedo vagara más abajo, mordiéndome el labio inferior. —Ese es un título muy interesante.

—¿Para alguien cuyo cuerpo está cubierto de cientos de pruebas que lo respaldan? —Su pregunta estaba formulada de manera provocativa.

—¿Entonces el estatus se desvanece en el aire tan pronto como todo sana?

Sin previo aviso, sus manos se cerraron alrededor de mi cintura, levantando mis pies del suelo. Me arrojó sobre su hombro sin detenerse ni una vez. —Te has perdido un punto pequeño pero importante, Thalassa —anunció y me llevó boca abajo por el pasillo hacia la puerta que conducía a la arena. Sus dedos se clavaron posesivamente en mi trasero, lo que inevitablemente resultó en que me humedeciera de nuevo para él.

—Creo que eso es un rumor.

Resopló. —No vivirás para ver el día en que te despiertes y no encuentres prueba en ti que

confirme mi existencia.

Tan pronto como entramos en el campo de batalla, sentí cómo la adrenalina corría por mis venas. Tal vez era la atmósfera de la enorme arena, o el recuerdo de la última vez que estuvimos en este lugar. Posiblemente también era la premonición de mi cuerpo. Todo este extenso juego previo no ocurría sin razón. No se estaba conteniendo sin motivo. Santiago tenía un plan, y se cumpliría en este lugar.

—¿A quién tuviste que sobornar para que nos dejaran entrar aquí?

Se echó a reír. —Me pertenece. No tengo que sobornar a nadie para hacer nada.

—¿Peleas aunque te pertenezca?

—Por supuesto. Por eso nadie sabe quién soy. Y alguien más se encarga de organizar todo. Pero no estamos aquí para hablar sobre la historia de la arena. —Se detuvo y de un tirón me puso de pie. La arena se coló entre mis dedos de los pies, que no estaban protegidos por las sandalias.

Esta vez no había oscuridad absoluta. Al contrario, las luces estaban atenuadas pero dirigidas hacia el campo de batalla, por lo que la arena brillaba intensamente. En ninguna parte vi rastro de la sangre que Santiago había perdido por la puñalada.

En cambio, descubrí en el centro de la arena un poste de madera que sobresalía del suelo. Se habían colocado grilletes metálicos en él.

Pareció seguir mi mirada, porque Santiago se acercó lo suficiente como para intimidarme con su proximidad física. Al menos lo intentó.

—Y, ¿cómo está tu necesidad de correr ahora?

Incliné la cabeza. —No huiré de ti, Santiago —repetí.

Su mano se posó entre mis omóplatos. —Bien. Sé que eres capaz de transformar lo que siento en algo diferente. Suavizarlo. Quiero que lo hagas de nuevo por mí.

Fruñí el ceño, abrí la boca, solo para no decir nada después de todo.

—Cesare y su comportamiento. La traición de Dani. La vigilancia. Tantas razones para alimentar las emociones negativas en mí. —Su mano se deslizó más abajo, por mi espalda y hasta mi trasero.

Me reí. —Esa es, ¿verdad? La razón por la que no ha habido ninguna mujer en tu vida hasta ahora. Crees que no sabes cómo expresar todos los sentimientos positivos. Así que te aferras a los negativos. Me los das para que se sientan mejor para ti.

—Incorrecto —gruñó en mi oído. Sin embargo, habría apostado que al menos en parte tenía razón.

—Entonces ilumíname, Santi.

—Preferiría follarte hasta que mi nombre haga eco en las paredes.

—¿Qué te lo impide?

—El hecho de que sigas aquí parado hablando.

—¿Y no eres capaz de impedirlo?

—Me pregunto si llegará el día en que tu boca no tenga un desafío insolente para mí.

Automáticamente me encogí de hombros. —Poco probable, lo siento.

—No deberías mentirme.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

Sonriendo, noté que me empujaba desde atrás hacia el poste. Inmediatamente mi corazón comenzó a latir más rápido. El calor subió desde mi estómago hasta mi rostro, solo para extenderse luego a mi bajo vientre. Sentí el palpar entre mis piernas despertar al mismo tiempo que el deseo por él se encendía dentro de mí. Quería a este hombre. Incluso si me ataba a un poste, desahogaba toda su ira acumulada en mí y solo me tocaba con suavidad cuando la punta

de sus sentimientos negativos se había desgastado. O tal vez precisamente por eso, porque nuestros respectivos temperamentos eran tan diferentes y por eso nos complementábamos aún mejor.

Con un movimiento brusco, estrelló mis manos contra la madera áspera. Se me escapó un jadeo y tan pronto como el metal tintineó alrededor de mis muñecas, todos mis sentidos se agudizaron mil veces. Sentí cómo su ropa rozaba mi piel desnuda donde el vestido no la cubría. Su aliento caliente golpeaba mi nuca y los finos vellos de mis brazos se erizaron tan pronto como su mirada se deslizó sobre mí, sin que pudiera verlo.

El poste era lo suficientemente estable como para no ceder cuando apoyé las manos firmemente contra él. Supuse que también resistiría la tormenta que se estaba gestando detrás de mí.

Entonces escuché cómo un solo golpe de látigo rasgaba el aire e inhalé profundamente, enderezándome un poco para poder girar la cabeza. *Joder.*

—Si te atreves a golpearme con eso, Santiago... —gruñí entre dientes apretados, observando el instrumento de tortura en su mano.

—¿Qué pasará?

—Me aseguraré de que te arrepientas.

La arena crujió bajo sus zapatos cuando se acercó a mí. Con la mano se deslizó sobre mi trasero.

Tragué saliva. —No te preocupes. Solo quería ver si realmente no hay nada en este mundo que te asuste.

Lentamente me incliné hacia él, solo para dar un salto hacia adelante contra el poste al momento siguiente, siseando. Me había golpeado, pero no con el maldito látigo de toro, sino con algo mucho más pequeño. Aunque la tela del vestido protegía mi piel, aun así sentí la reverberación del golpe.

—Pensé que una fusta sería más apropiada. Para empezar.

—¿EMPEZAR? ¡Haz eso con tus prisioneros!

—Pero ellos no se mojan tan hermosamente cuando los golpeo —me susurró, antes de que su mano se deslizara bajo mi vestido y entre mis piernas. Pude escuchar la sonrisa en su voz cuando emitió un sonido de aprobación tan pronto como sus dedos se deslizaron sin esfuerzo a lo largo de mí.

Para reprimir el gemido, presioné los labios firmemente. Aun así, mi cadera se inclinó traicioneramente hacia él. Todo mi cuerpo era un traidor.

Me golpeó de nuevo, pero esta vez su dedo se deslizó dentro de mí al mismo tiempo, lo que casi me llevó al orgasmo inmediatamente porque la palma de su mano se presionó contra mi clítoris debido a la posición de su mano.

Un jadeo escapó de mi garganta. Automáticamente cerré los ojos, dejé caer la cabeza hacia adelante contra la madera y sentí el caos en mi cuerpo.

La indignación por haberme golpeado no duró. Al igual que el dolor que la fusta causó en mi trasero. Solo fue de corta duración y casi inmediatamente fue reemplazado por el placer que desencadenó con sus dedos dentro de mí. No era como si tuviera elección sobre lo que mi cuerpo sentía. Santiago simplemente me obligaba a aceptar todos estos sentimientos y procesarlos.

Otro golpe se precipitó sobre mí, esta vez rozando la parte posterior de mis muslos desnudos. Un dolor agudo hizo que mis piernas se elevaran, queriendo fallarme por un momento. Pero entonces estaba de nuevo su mano, frotándose contra mi centro, y olvidé que quería mantenerme atrapada en este bucle interminable de dolor y placer hasta que... hubiera alcanzado su objetivo,

fuera cual fuera.

—No te correrás en mi mano, Thalassa.

¿Era eso una orden?

Resoplé. —Entonces deja de provocarme.

La respuesta salió antes de que me diera cuenta de las palabras.

Su mano desapareció, lo que inmediatamente me hizo sentir más vacía. El siguiente golpe y el dolor subsiguiente se quedaron mejor grabados en mi memoria.

Santiago agarró mis bragas, las rasgó sin esfuerzo y luego subió el vestido. Sentí el aire fresco en mi piel desnuda, deslizándose sobre la humedad entre mis piernas. Luego sentí la textura de cuero del látigo de toro que antes había usado para asustarme.

De repente, mi cuerpo ya no estaba relajado. Cada músculo en mí cobró vida, protestando.

—No te preocupes, no te golpearé con él —me susurró y deslizó el mango más abajo, sobre mi trasero y hasta entre mis piernas. Una sensación extraña, porque no era lo que normalmente sentía allí—. Tu sangre en mi cuchillo. Tu lujuria en mi látigo. Pronto estarás en todo lo que poseo.

No fue la declaración lo que me dejó sin aliento, sino el mango duro e implacable del látigo que presionaba contra mi entrada y se deslizaba centímetro a centímetro dentro de mí, hasta que mis músculos se cerraron firmemente a su alrededor y ya no pude contener un sonido de placer.

Este hombre estaba medio loco. Nadie podía decirme lo contrario; solo tenía un control férreo sobre ello, que otros podrían haber envidiado.

Cuando empezó a mover el mango, olvidé de nuevo cómo respirar.

—Mira. ¿Acaso quieres dejarte llevar al orgasmo por un objeto inanimado?

Negué con la cabeza. Luché contra ello.

—¿Por qué entonces tu cuerpo reacciona así? Te gusta esto.

—No es el látigo —jadeé entrecortadamente—. Es el hombre que me está haciendo todo esto.

Santiago permaneció sospechosamente callado.

—Eres tú ese hombre. Tú me excitas, Santiago. *Solo tú*. Solo tú. Nadie más.

Él podría usar lo que quisiera para excitarme. Siempre funcionaría, siempre y cuando fuera su mano la que guiara ese objeto.

De repente, retiró el mango. Oí caer el látigo al suelo y al momento siguiente era la punta de su miembro la que presionaba contra mí.

No entró en mí lenta y cuidadosamente, sino con tanta fuerza que catapultó mis caderas hacia adelante contra el poste. Perdí el control de mis sentidos, de lo que mi cuerpo sentía. Otras dos veces entró en mí de esta manera, hasta que simplemente, sin previo aviso, llegué al clímax.

No en su mano. No en el látigo. Sino en su miembro, que estaba profundamente dentro de mí, llenándome completamente y dándome la conexión necesaria con Santiago para simplemente dejarme llevar.

Gemí su nombre mientras me follaba a través del orgasmo, una mano en mis pechos y la otra en el poste para encontrar el apoyo necesario. Pero con eso no encontró su final ni mucho menos, porque había más de estos sentimientos reprimidos en él que necesitaban urgentemente una válvula de escape.

Mi cuerpo de todos modos gritaba por más. Por más de Santiago, sus caricias, su miembro y la forma en que se hundía una y otra vez profundamente en mí, solo para que nuestro deseo, nuestros gemidos y la pasión que ardía entre nosotros se transformaran en algo más y más intenso.

Sucedió exactamente lo que él había profetizado antes. Cada vez que su nombre salía de mi boca, en una exclamación encantada o un gemido porque acertaba ese punto maravilloso dentro de mí, resonaba en la arena, que ya estaba llena de los sonidos de nuestros cuerpos chocando casi violentamente.

Sentía cada centímetro de él, preguntándome si la sensación que provocaba en mí me hacía perder la cordura. No se sentía mal haber sido encadenada por él. Estar atada a un poste. En medio de una plaza de toros donde ahora se golpeaba a la gente hasta la muerte.

La falta de moral tenía poco que ver con ello, sino la corrupción que reinaba profundamente en mí y que él sacaba a relucir cada vez que me enviaba sus demonios para jugar. Sabía que tenía otro lado, que también podía follar como un hombre normal, pero en este momento nos encontrábamos en un nivel que se ajustaba a la situación general.

Lo necesitaba, y a estas alturas también podía admitir que yo lo necesitaba igualmente. Aunque por razones completamente diferentes. Mientras él necesitaba una forma de liberar sus emociones, yo necesitaba una manera de expresarlas, porque de lo contrario se devorarían mi consciencia y apagarían todo a mi alrededor.

Por un breve momento, Santiago se apartó de mí. Un sonido de protesta se me escapó cuando me dejó con nada más que vacío. Me hizo girar, presionó mi espalda contra el poste de madera y levantó mi pierna alrededor de su cadera, solo para continuar sin problemas follando.

Cuánto deseaba poder tocarlo: enterrar mis dedos en sus musculosos brazos, dejar allí las marcas de mis uñas, solo para subir más y recorrer su espalda o ponerlas alrededor de su trasero, para poder controlar los movimientos por un breve momento, hasta que se diera cuenta de que no era yo quien tenía el control, sino únicamente él.

Así que solo eran sus manos las que vagaban por mi cuerpo. Me llevaban más a la locura, porque cada toque suyo me hacía más sensible a su polla profundamente dentro de mí. Cada vez que su cadera se encontraba con la mía, cuando yo iba a su encuentro, pequeños rayos eléctricos me atravesaban.

Sentí cómo el siguiente orgasmo se construía dentro de mí, fomentado por su boca que se apoderaba de la mía. Su lengua empujaba contra la mía, hasta que nuestro beso reflejó el ritmo salvaje con el que me tomaba.

El calor líquido tomó el control en mis venas. Estábamos tan cerca que sentía que en cualquier momento me fundiría con él. Y aun así no habría sido suficiente. No suficiente del sexo. No suficiente de Santiago. Y mucho menos suficiente de la mezcla explosiva que éramos juntos.

Si yo aparecía con la gasolina, él traía los fósforos. Si yo colocaba el explosivo, él presionaba el botón y lo hacía explotar. Si él me ponía el arma en la mano, yo apretaba el gatillo sin dudar.

Un temblor recorrió mi cuerpo, los precursores de mi próximo orgasmo que me partiría en dos en cualquier momento. Una vez más, me di cuenta de lo mucho que anhelaba la cercanía física con él, lo mucho que me molestaba que mis manos estuvieran atadas al poste sobre mi cabeza. Quería hacerle sentir cuán intensas eran las sensaciones que corrían a través de mí. Pero así solo me quedaba gemir mi placer contra sus labios y doblar más firmemente la pierna que rodeaba su cadera, atrayéndolo tan cerca de mí que apenas podía moverse.

Pero eso solo hizo que la fricción entre nuestros cuerpos fuera aún más intensa, hasta que olvidé por completo dónde estaba arriba y abajo. Vi estrellas, aunque el techo sobre nosotros yacía en la oscuridad. De repente, todos los sonidos parecían amortiguados y cada embestida larga y dura que Santiago hundía en mí me acercaba rápidamente al orgasmo. Hasta que ya no pude contenerme más.

Me quitó el suelo bajo los pies, de modo que solo eran el poste y Santiago los que me mantenían en pie, mientras espasmo tras espasmo me atravesaba. Mi coño se cerró tan fuertemente alrededor de su polla que automáticamente lo catapulté también más allá del abismo.

Sentí cómo se corría profundamente dentro de mí, derramándose en mí con espasmos y automáticamente se desplomó contra mí, de modo que en ese momento era solo el maldito poste de madera el que nos mantenía a ambos en posición vertical.

Una parte de mí deseaba que el momento durara por toda la eternidad. Cuando estaba cálido, quieto y aún duro dentro de mí, me sentía cómoda. Tan cómoda que escondí mi rostro en su cuello, presioné mis labios contra su garganta y simplemente respiré, hasta que nuestros cuerpos se sincronizaron y una calma se instaló entre nosotros, abarcando cada músculo, cada fibra.

Pasó una eternidad antes de que se moviera, y solo lo hizo para soltar mis manos de las esposas de metal. Las dejé caer sobre sus hombros, solo para que él pudiera acariciar mis brazos con sus dedos y devolverles la sensación.

Este era el momento que hacía que la intimidad entre nosotros fluyera aún más profundamente. Entregarme completamente a sus manos, confiar en él sin reservas y soltar el control sin saber qué pasaría después, solo para ser recogida por él y sentir cómo el vínculo entre nosotros se fortalecía aún más...

Levanté la cabeza, buscando su mirada. En el mismo momento, escuché cómo una puerta pesada se cerraba de golpe.

Una profunda arruga se formó en su frente, nuestra pequeña burbuja segura estalló. De repente, ya no había calma en mí, solo la sensación de peligro.

Santiago giró bruscamente la cabeza, fijando la mirada en una de las tribunas. Al mismo tiempo, se subió los pantalones, cerró la cremallera y el cinturón. Un músculo se crispó en su mejilla. La oscuridad se extendió en su mirada.

—Quiero que no te muevas ni un centímetro de donde estás. Te quedas exactamente aquí parada, ¿entendido?

Tenía una protesta en la punta de la lengua, pero finalmente asentí, alisé mi vestido hacia abajo y observé cómo él salía corriendo hacia una de las puertas. Solo que él no era el perseguido por el diablo... él *era* el diablo que perseguía.

Sin su presencia, me sentí perdida bajo la luz de los reflectores. Como si estuviera en el punto de mira. Y tal vez ese fuera el caso, me di cuenta. Las puertas no se cierran así como así, a menos que alguien las haya dejado caer.

SANTIAGO

En toda la maldita arena no debería haber un alma, excepto Thalassa y yo. Sin embargo, una de las puertas que conducía desde las gradas a los pasillos detrás se había cerrado de golpe. Podría haberse atribuido a una corriente de aire, pero gracias a las normas, podía asegurar que las puertas nunca estaban abiertas, ni siquiera cuando había peleas aquí dentro.

Esto significaba que había alguien más en la plaza de toros abandonada además de nosotros... lo que a su vez implicaba que el espectáculo que acabábamos de ofrecer no había sido tan privado como yo había imaginado.

El pensamiento provocó un ardor intenso en mis entrañas. Justo cuando me había librado de la ira en mi interior, volvía a encenderse. ¿Por qué huir si no tenías nada que ocultar?

Como un sabueso, seguí el rastro, echando miradas al ruedo a través de los arcos abiertos. Sin mí, Thalassa parecía solitaria y abandonada. Perdida, si se quiere.

Oí pasos, alguien huyendo delante de mí. Con ligereza, como si conociera la arena a la perfección por haber pasado mucho tiempo aquí. Los pasillos eran como un laberinto. Era fácil perderse si no sabías en qué dirección moverte para salir.

Afortunadamente, yo conocía la arena y sus numerosos laberintos tan bien como la *Alcazaba*, así que alcancé rápidamente al fugitivo y le corté el paso justo antes de que llegara al paso al aparcamiento subterráneo.

Era más bajo que yo y, en consecuencia, lo estrellé contra la pared de piedra con considerable fuerza. El yeso cayó del techo mientras el aire era expulsado de sus pulmones.

Al mismo tiempo, mi puño aterrizó en el centro de su cara, haciendo que su cabeza se encontrara con las piedras por segunda vez. La sangre brotó de su nariz. Algo cayó al suelo. El smartphone que había estado agarrando con tanta fuerza como si su vida dependiera de ello.

Eché un vistazo a su cara, constaté que nunca lo había visto antes y recogí el teléfono para examinarlo. La galería de fotos seguía abierta y un video estaba cargado. No necesitaba pulsar el botón de reproducción para saber que había grabado a Thalassa y a mí teniendo sexo.

Me costó un esfuerzo no estrellar el smartphone contra la pared y, en su lugar, agarrar su nuca. —Creo que tenemos algo de qué hablar —gruñí, arrastrándolo de vuelta hacia la arena.

—Por favor —jadeó. Su voz sonaba terriblemente nasal—. Necesito el dinero.

Se me escapó una risa. —¿Dinero? ¿Querías vender esto?

Asintió. Gran error.

Lo estrellé contra la pared de nuevo, dejándole probar mi puño una vez más.

Hace un momento estaba en el paraíso, y ahora este pequeño bastardo aparecía y lo arruinaba todo.

—Malas noticias, *hijo de puta*. Esta noche vas a morir.

—¿Qué? ¡No! Lo borraré. Por favor. Fue una idea estúpida. —Empezó a balbucear, lo que rápidamente se convirtió en un sollozo.

Mi compasión era limitada. No. Incorrecto. Era inexistente. No presté atención a su arretrato emocional y en su lugar lo empujé hacia la puerta que conducía de vuelta al ruedo.

—¿Fue idea tuya venir aquí hoy?

—Q-q-quería instalar algunas cámaras p-para grabar las próximas peleas. P-p-para poder ofrecerlas en línea.

—Y entonces nos viste.

—Eso era mucho mejor que cualquier cinta de peleas.

—¿Así que decidiste por nosotros que debería haber un video sexual? —Pero ese ni siquiera era el punto principal. El problema mucho mayor era que había visto algo que no estaba destinado a sus ojos.

Su cuerpo semidesnudo. Su lujuria. El dolor y la pasión que yo había provocado en ella por igual. No me molestaba que me hubiera grabado, pero me enfurecía de ira reprimida que hubiera estado allí, violando descaradamente su privacidad. Por dinero.

Suponiendo que eso fuera siquiera la verdad.

Apreté los dientes con fuerza y lo empujé hacia la arena. Cayó a cuatro patas, solo para volver a ponerse de pie.

Su mirada se movía frenéticamente de un lado a otro, buscando una salida. Pero para él no había ninguna.

Thalassa me miró interrogante, pero tan pronto como levanté la mano y el smartphone, pareció juntar las piezas del rompecabezas que faltaban. Una expresión de absoluto asco, de pura repugnancia, se reflejó en su rostro.

—¿Sabes siquiera con quién te estás metiendo? —pregunté provocadoramente, observando su cara ensangrentada.

Negó con la cabeza. El pánico ya no se limitaba a sus ojos.

—Este lugar me pertenece. Así que no solo has cometido allanamiento de morada, sino que también has violado nuestra privacidad. Esa fue una mala idea. Uno pensaría que alguien como tú no querría tener como enemigo al *Kingpin* del cártel Rojas. —Yo era la persona más importante en toda la organización, así que también tenía el derecho de designarme como tal.

Todo el color desapareció de su rostro. Fuera cual fuera la forma en que se había enterado de este lugar, era obvio que no había reflexionado lo suficiente antes de decidir visitarlo.

—Deberías considerar disculparte con ella.

Se volvió hacia Thalassa, que seguía cerca del poste. Exactamente como le había ordenado antes de emprender una breve pero exitosa cacería del idiota.

—¡Lo siento! —exclamó—. Borraré el video. ¡Lo prometo!

Su boca se crispó.

Divertido, crucé los brazos. —¿Te basta con eso, Thalassa?

Alzó la barbilla antes de hacer una mueca y negar con la cabeza. —En absoluto.

Una sonrisa cruzó mis labios. —¿Has oído, *hijo de puta*? No es suficiente para ella. Tal vez deberías arrodillarte e intentarlo de nuevo.

Observé cómo soportaba la humillación y se arrodillaba, solo para volver a ofrecer la disculpa. Tartamudeando. Inseguro. No creí ni una palabra, y aparentemente Thalassa tampoco. Volvió a negar con la cabeza.

—Todavía no es suficiente para mí. —Considerando que nos había filmado, esto estaba lejos de ser suficiente.

Así que di un paso hacia él y le di una patada. Cayó de cara en la arena de la arena. —¿Por qué no intentas arrastrarte a cuatro patas hacia ella y venerar el suelo que pisa?

Se incorporó y giró la cabeza bruscamente hacia mí. Aparentemente creía que no hablaba en serio.

Así que me incliné, le agarré la cabeza y se la hundí en la arena. —Querías convertir a la reina en una puta. Se necesita más que unas pocas palabras para obtener el perdón.

¿Ya sospechaba que no lo obtendría? ¿Ni de mí ni, obviamente, de Thalassa?

Maldiciendo, se arrastró por la arena después de que le soltara la cabeza y se acercó a unos pocos metros de ella, con la frente presionada contra la arena. Dijo algo que no pude entender.

Sin embargo, Thalassa puso los ojos en blanco una vez más, lo que fue suficiente indicación de que lo estaba jodiendo una y otra vez.

—Quiero que le beses los pies —anuncié con un gruñido profundo.

—No voy a...

Antes de que pudiera alcanzarlo, ya tenía su pie directamente frente a su cara. Ella lo miraba desde arriba. Esperando, como una araña al borde de su red, esperando que su víctima hiciera un movimiento en falso. Miró desafiante al joven. Él era mayor que ella, sin embargo, Thalassa estaba en la posición superior por más de una razón.

—No me gusta repetirme. Hazlo —tronó detrás de él, pero negó con la cabeza, se echó hacia atrás y directamente hacia mi mano que esperaba, que se cerró como un tornillo alrededor de su nuca.

Sin rodeos, lo puse de rodillas.

—Qué lástima. La escoria como tú debería saberlo mejor. Pero ¿sabes qué? No importa. De todos modos no vas a salir vivo de aquí. El problema es que la viste desnuda mientras te excitabas beneficiándote de su diversión. —Sin previo aviso, hundí el pulgar profundamente en su cuenca ocular derecha, ejerciendo presión sobre el órgano sensible.

Empezó a retorcerse en mi agarre. A gritar. A golpear. Con un sonido blando, el primer globo ocular estalló bajo mi pulgar, derramándose por su mejilla y mi mano.

Sus gritos continuaron. Puse los ojos en blanco, miré a Thalassa, que observaba con gélida satisfacción cómo le quitaba sistemáticamente la vista al hombre.

Una vez más, hundí el pulgar en su cuenca ocular, esta vez en el otro lado. De nuevo, el delicado órgano estalló como una fruta demasiado madura y el contenido viscoso se derramó por su rostro.

Lo solté, solo para que se desplomara de lado gritando, con las manos sobre la cara. Ya no formaba palabras, solo gritos de dolor.

Sin dignarse a mirarlo, Thalassa pasó por encima de él, agarrando mi mano ensangrentada. —Lo estás haciendo de nuevo —constató. Desde su voz, me miraba una oscuridad profunda y negra. Mi polla reaccionó al instante.

—¿Te refieres a matar por ti?

Sus dedos subieron por mi brazo hasta mi cara. Acariciaron mi mejilla como una pluma. De puntillas, se acercó para besarme, llevándome por una fracción de segundo a otro mundo, acompañado por los gemidos de dolor del hombre en el suelo.

Me costó autocontrol separarme de ella y no continuar donde lo habíamos dejado poco antes.

—Perdió el derecho a su vida en el segundo en que pensó que era una buena idea intentar humillarte.

—¿Entonces matarás a todos los que se atrevan a hacerlo en el futuro?

—Mataré a cualquiera que te mire siquiera con las intenciones equivocadas, Thalassa. Espero

que te guste bañarte en sangre, porque este pequeño cagón es solo el principio.

Con determinación, me separé de ella, recogí al tipo del suelo y lo arrastré hacia el poste. A unos metros de distancia, uno de los trabajadores había dejado unas palas. Las agarré y empecé a cavar un pequeño agujero justo debajo del poste.

Luego agarré los pies del tipo, los levanté en el aire y cerré de golpe el primer grillete de metal alrededor de su tobillo. Su segunda pierna siguió, de modo que quedó colgado boca abajo y físicamente retorcido en el poste. Até sus manos a la espalda.

Lo puse en posición para que su cabeza descansara en el agujero. Se había quedado sospechosamente tranquilo. La oportunidad perfecta para que yo llenara el silencio.

—Deberías rezar tus oraciones. Porque puedo decirte exactamente lo que va a pasar a continuación. Aprenderás a respirar arena. Los finos granos se asentarán en tu boca. Tus pulmones. Cada respiración será de arena, hasta que te llene hasta el último centímetro y simplemente te asfixies con ella. Arderá en tus heridas y te hará morir dolorosamente. —Con desinterés, recogí un poco de arena con la pala y la vertí en el agujero relativamente pequeño.

Inmediatamente el tipo empezó a toser cuando el polvo se asentó en su garganta. Siguio otra palada, hasta que sin reparos llené todo hasta el último centímetro con arena. Su pecho aún subía y bajaba, pero eso pronto cambiaría. Muy pronto.

Mi mirada se deslizó hacia Thalassa, que no podría haber estado más impasible. Este no era, ni de lejos, el primer hombre que moría ante sus ojos y aparentemente no sentía ni el más mínimo remordimiento.

—¿Lo vas a dejar así?

—Tardará un tiempo en morir. Para mañana por la noche su cadáver habrá desaparecido.

—¿Y el vídeo?

Torcí la boca en una sonrisa torcida. —Será el próximo elemento de mi colección.

—Puedo vivir con eso —respondió y me tendió la mano. Sus dedos también estaban ensangrentados. La agarré.

—¿La muerte no te impresiona?

—¿Preferirías que gritara y llorara?

—Solo me pregunto cuán profunda es esta oscuridad. —Tal vez ni siquiera ella lo sabía, porque me quedé sin respuesta a eso.

No fue difícil encontrar a Rafael después de que no respondiera a mis llamadas. Tal como había sospechado, llevaba horas ocupado con Dani, quien ahora estaba más cerca de la muerte que de la vida.

Todavía colgaba del techo por las muñecas, pero su estado físico se había deteriorado rápidamente. Empezando por el hecho de que estaba cubierto de sangre seca de pies a cabeza y terminando por no encontrar ni un centímetro de piel que no estuviera cortada, amoratada o magullada. Rafael había hecho un trabajo excelente con solo unos pocos instrumentos. Un cuchillo, sus puños y una bien seleccionada variedad de sustancias que elevaban el dolor que Dani sentía hasta lo inconmensurable.

Lo observé con los brazos cruzados. A estas alturas, Rafael podía hacerle lo que quisiera. Las reacciones eran mínimas. A veces un músculo se contraía, o Dani emitía un sonido de dolor, pero aparte de eso, obviamente le faltaban las fuerzas para seguir resistiéndose a la tortura.

En realidad, era el momento perfecto para empezar con las preguntas. *En realidad.* Tanto

Rafael como yo sabíamos con absoluta certeza que Dani no diría una palabra. Si traicionaba a su jefe, nunca se lo perdonaría. En consecuencia, prefería soportar la tortura que se prolongaba durante horas y días, antes que hacer una sola declaración que pusiera en problemas a la mafia italoamericana.

—Tuvimos un incidente en la arena —anuncié, atrayendo toda la atención de Rafael hacia mí.

Dejó a Dani, solo para agarrar una toalla y limpiar sus manos ensangrentadas de los restos de fluidos corporales.

—Empiezo a ver un patrón aquí, Santiago, y no me gusta.

Un patrón. ¿Porque ambas veces que algo sucedió yo estaba fuera sin él? Coincidencia, nada más.

—El tipo era un idiota. Quería grabar las peleas con una cámara oculta. Sin embargo, recibió un espectáculo que le venía mucho mejor.

Rafael levantó ambas manos en señal de protesta. —Sin detalles.

—Está muerto —continué, sin volver a mencionar el vídeo sexual.

—Por supuesto. ¿Y quieres que hagamos desaparecer el cadáver?

—Exacto. Obviamente dijo la verdad, porque no hay indicios de que estuviera trabajando con alguien o que le pagaran por ello.

—Así que solo era un chico tonto que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió Rafael y yo asentí.

La gente siempre tiene opciones sobre sus acciones y este hombre había decidido a sabiendas filmarnos, huir y negar a Thalassa una disculpa sincera. ¿Qué esperaba que pasara? Bajo ninguna circunstancia le habría dado una palmada en el hombro y le habría deseado una buena vida.

—¿Y Dani? Supongo que no dice ni una palabra.

—Ni una sola. Pero creo que pronto tendremos visita.

Que me contara algo nuevo. Era perfectamente consciente de que solo era cuestión de tiempo antes de que Cesare Ferrante entrara en la ciudad yuviéramos que soportar su presencia. ¿Pero a qué precio?

—Si me preguntas, tardará como máximo cinco días en aparecer —respondí.

—Eso significa que deberíamos tener una conversación con la gente importante lo antes posible. Prevenir para el caso de emergencia.

Fuera cual fuera esa emergencia de la que hablaba Rafael, porque actualmente había muchas razones para meterle una bala entre los ojos al bastardo de inmediato, pero pocos indicios de sus verdaderas intenciones. No me gustaba la idea de que nos llevara ventaja y ocultara con éxito algo que era esencial para nosotros.

Mientras no pudiéramos evaluar qué objetivos perseguía, era difícil reaccionar adecuadamente a sus ataques. ¿Realmente estaba tratando de tomar el control del cártel? ¿Quería un asiento en la mesa que gobernaba la ciudad? ¿Se trataba solo de mantenernos vigilados y espiar a un potencial enemigo futuro? ¿O realmente hablaba en serio con su intento de enmienda?

Tantas preguntas, tan pocas respuestas.

—¿Qué hay de Talia?

Levanté una ceja interrogante.

—No puede convertirse en un peón. Entre ninguna de las facciones. Deberías asegurarte de que todos los límites estén claramente definidos. Entre nosotros y los escoceses, entre nosotros y los rusos...

—¿Hay novedades de los rusos?

—No. Ksenia sigue desaparecida sin dejar rastro y no logro contactar con su superior. Los otros *patsanov* se mantienen discretos. Parece que no deberíamos confiar en ellos más allá de lo que podemos ver.

Me sorprendía que no hubiera habido reacción a la muerte violenta de Luka. Por un lado, no era asunto nuestro cómo manejaban las cosas dentro de sus filas, por otro lado, necesitaba poder contar con un interlocutor fijo y confiable. En este momento ese no era el caso y probablemente tendría que asegurarme, más temprano que tarde, de que recibieran un recordatorio de quién dictaba las reglas en esta ciudad.

—Mantenlos vigilados. No quiero sorpresas desagradables. Y en cuanto el avión de Ferrante aparezca en el radar de vuelos, quiero saberlo también.

—¿Y Dani?

—Mátalo, mantenlo vivo... me da igual. Lo que te dé más satisfacción.

Rafael me miró sombrío, como si hubiera esperado una respuesta clara que le quitara esta decisión. —¿Y Adriano? ¿Qué hacemos con él cuando salga del hospital?

—Pondrás a prueba su lealtad. Ganarás su confianza y te asegurarás de que se sienta cómodo en nuestras filas. Ahora pertenece al cártel. Pero no quiero verlo cerca de Thalassa por ahora.

Rafael asintió. —Entendido.

TALIA

Mi cuerpo albergaba el recuerdo de la noche anterior, pero en lugar de sentirme mal por los músculos sobrecargados, me bañaba en la sensación que provocaba en mí. Santiago ni siquiera necesitaba tocarme para que aparecieran imágenes en mi mente que me dejaban sin aliento por un breve momento.

Esta mañana me había despertado con los primeros rayos del sol y su cabeza entre mis piernas, solo para llegar al clímax con su lengua en cuestión de minutos y comenzar el día con un humor casi asquerosamente bueno.

Ni siquiera Rafael pudo empañarlo cuando me lo encontré en la cocina. Se saltó el saludo. — ¿Viste cómo le hizo eso a una persona y... ni siquiera parpadeaste?

Lo miré sorprendida, cogí uno de los pasteles que acababa de colocar en un cuenco y me apoyé en la encimera. — ¿Es tan sorprendente?

— Conozco hombres curtidos que habrían vomitado ante esa visión.

Imperturbable, le di un mordisco y mastiqué antes de responderle. — El *Outfit* no es un jardín de infancia, Rafael. Durante un tiempo intentaron mantenernos alejados de la violencia. Pero en cuanto se trató de que mis hermanos se convirtieran en *Made Men*... Lo escuché todo. Cada lección. Cuando rompían huesos o cortaban extremidades. Cuando torturaban. Cuando mi padre mataba para demostrar técnicas. Lo sabían. Pero no les importó lo suficiente como para evitarlo.

Me miró casi sin emoción durante un buen rato. Para mí era difícil encontrar un error en ello, ya que tarde o temprano me habría topado con eso de todos modos. De esta manera estaba preparada. No me desmayaba en cuanto la sangre me salpicaba o alguien era torturado, quien sin duda lo merecía por una razón u otra.

— No creo que ese sea un ambiente en el que deban crecer los niños — afirmó finalmente.

— Bueno. Es difícil separar el trabajo de la familia cuando uno está tan profundamente conectado con el otro. Y no es como si yo tuviera el deseo de seguir esos pasos. — Volví a concentrarme en el pastel que tenía en la mano, pero Rafael aún no había terminado.

— Pero podrías hacerlo si quisieras, ¿verdad?

Con un suspiro, eché la cabeza hacia atrás, solo para enderezarme un poco más después. — No quiero torturar. No quiero matar. ¿Sería capaz de hacerlo? Sí. ¿Ya he matado a alguien? También sí. ¿Lo haría de nuevo, solo por matar? Ciertamente no.

Abrió la boca, pero la cerró de inmediato. Alguna de mis declaraciones parecía haberlo pillado desprevenido. ¿Pero cuál?

— Quiero verte en el campo de tiro al mediodía, Talia. Tienes que ser capaz de protegerte a ti misma. Y cuando llegue el momento, quiero estar seguro de que puedes cubrir la espalda de Santi.

Por un breve momento, dejé de masticar y simplemente lo miré. ¿Le resultaba difícil ceder parte de su área de responsabilidad y ponerla en otras manos? No es que yo fuera capaz de reemplazarlo... y mucho menos que quisiera hacerlo. Sin embargo, sonaba como si se estuviera haciendo a la idea de que ya no podría convertirse permanentemente en la sombra de Santiago.

Finalmente, asentí. —Bien. Ha pasado un tiempo, así que no esperes demasiado.

Esta vez, una sonrisa se extendió por sus labios. —Darás lo mejor de ti, nada menos. Aunque solo sea porque todos estarán presentes.

Así que no se trataba solo del entrenamiento de tiro en sí. Estos hombres necesitaban una prueba de que el tipo correcto de mujer se había extraviado al lado de Santiago. Necesitaban una razón para mostrarme respeto que no tuviera nada que ver con Santiago mismo. Y Rafael me estaba ofreciendo la plataforma para ello, probablemente sin que su jefe siquiera lo supiera.

—Prométeme que no me pondrás en ridículo.

—No me atrevería —respondió divertido, pero de alguna manera eso no me ayudó a creerle.

Finalmente, cogí los platos y los cubiertos para llevarlos al comedor y poner la mesa. Abrí las puertas de la terraza y me detuve un momento para disfrutar de la vista. Desde aquí se podía ver por encima de los viejos árboles y la muralla de la fortaleza. Una parte de la ciudad brillaba bajo el sol de la mañana, mientras que al fondo se extendía el mar, tranquilo y ocupado en disipar las últimas brumas. El aire fresco entraba en la habitación, seguido de cerca por el intenso aroma de todos los árboles y flores que brotaban alrededor de la terraza.

¿Por qué vivir en la ciudad cuando se podía observar todos los días desde arriba, sin tener que soportar el ruido y todos los turistas? Desde otra parte de la fortaleza se podía ver hasta el puerto, así que estabas muy cerca del océano si en algún momento la piscina no era suficiente y preferías sentir la arena de la playa bajo tus pies.

En Nueva York todo era estrecho, lujoso y diseñado para mostrar el propio estatus y el dinero. Uno se encontraba en una competencia constante con las otras familias, siempre bajo observación y teniendo que medirse con las hijas de otros padres influyentes. El cártel Rojas también gobernaba un imperio, pero era mucho más tangible y real, lo que hacía que me enamorara cada vez más de él.

Sin embargo, no me hacía ilusiones. El reino se había construido sobre sangre y muerte, había cobrado innumerables víctimas y no era menos peligroso que el *Outfit* o la *Camorra*.

Detrás de mí se acercaron unos pasos y, antes de darme cuenta, estaba apoyada con la espalda contra el amplio pecho de Santiago. Una sola gota de agua se desprendió de su cabello aún mojado y cayó sobre mi brazo.

—Mañana por la mañana te llevaré abajo, te sentaré en esta mesa y podrás ver el amanecer mientras disfruto de mi primer desayuno —me susurró.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato, como si no hubiera pasado ya un buen rato hoy gimiendo su nombre como un maldito mantra, porque no le bastaba con regalarme un solo orgasmo.

—Me pregunto si alguna vez podré entrar a una habitación de esta maldita casa sin que sus manos estén en lugares inapropiados de tu cuerpo.

Me reí involuntariamente cuando el seco comentario de Rafael arruinó el ambiente. Si ya consideraba eso inapropiado, era realmente bueno que no estuviera presente todo el tiempo. —Realmente me encanta lo feliz que estás por Santiago —respondí con sarcasmo y me aparté de sus brazos.

Tan pronto como me di la vuelta, la silla junto a Santiago y frente a Rafael se deslizó elegantemente desde debajo de la mesa.

Rafael pasó sin problemas al desayuno antes de que su atención se centrara en Santiago. —El

tipo de la arena ha sido eliminado. Dani sigue con vida. Esta noche nos reuniremos con Cahal y los demás. Probablemente sin los rusos, están sospechosamente callados. La autoridad aeroportuaria está dispuesta a informarnos si hay actividades sospechosas.

No dejé que se notara mi sorpresa. Todo este tiempo habían convertido sus reuniones de desayuno en algo civilizado, solo por mi presencia. Ahora que ya no era necesario, los dos hombres parecían no tener problemas en discutir todos los asuntos relacionados con el cártel y los negocios diarios.

Santiago asintió y continuó por su parte. —Cahal dice que el próximo envío llegará pronto. Además, recibiremos un contenedor de Guadalajara. Los clubes están esperando que revisemos la contabilidad. Tenemos que aumentar la suma que va a las autoridades.

Esta vez fue el turno de Rafael de asentir. Durante todo este tiempo, ni una sola vez interrumpieron el desayuno. Negocios y familia. Las similitudes eran difíciles de ignorar. Mientras escuchaba en silencio y me ocupaba de una naranja sanguina, obtuve una visión profunda de lo que constituía el cártel.

Dos hombres que tenían el control de una ciudad entera en sus manos y suficientes personas bajo su mando para ejercer influencia en todo el país. Santiago podría ser el *Kingpin*, pero Rafael no era de ninguna manera solo su mano derecha. Gozaba de una confianza que no se podía comprar y, en consecuencia, desempeñaba un papel mucho más importante de lo que era evidente desde fuera.

Y el hecho de que dieran por sentada mi presencia durante todas estas conversaciones solo podía significar que realmente merecía el lugar al lado de Santiago.

Justo había terminado de cargar y encender el lavavajillas cuando la puerta de entrada se cerró de golpe. Demasiado fuerte como para ser uno de los hombres que todavía hacían guardia frente a la puerta principal de vez en cuando —ya no dentro, porque Santiago obviamente no tenía ganas de atrapar a otro de sus hombres hablándome. En ese sentido, realmente me hacía sonreír, porque no importaba a quién me presentara. Aparte de algunas palabras corteses, seguramente no diría nada. Sin embargo, parecía importante para él tener un control exacto sobre quién tenía que ver conmigo y quién no.

Se acercaron pasos y cuando volví la cabeza, me quedé paralizada por un segundo.

—Agustín —exclamé sorprendida. Y lo suficientemente alto como para que Santiago lo escuchara en su oficina si no había cerrado la puerta por completo.

Él hizo una mueca y cruzó los brazos. —¿Todavía estás aquí?

¿Qué podía responder a eso? La respuesta era obvia, después de todo estaba parada justo frente a él. Sin embargo, eso no explicaría el porqué, porque en su opinión seguramente no había razón para que yo siguiera aquí.

Fruñí el ceño y busqué palabras que simplemente no me venían a la mente.

—Parece que has encontrado una manera de consolarte por todo —continuó.

—¿Perdón? —solté.

Él negó con la cabeza. —La casa, la piscina. Es el escenario perfecto para regodearse en la autocompasión, ¿no?

Lo miré desconcertada. Hace un momento sonaba como si supiera... ahora quería insinuar que lo estaba lamentando.

—Yo... Lo siento, no sé qué responder a eso. Santiago está en su oficina, si lo buscas.

—¿Ahora juegas a ser su secretaria para que no te eche? Eso es un poco patético, ¿no crees?

Hasta ahora no había escuchado una sola palabra cruel de su boca, pero aparentemente en los últimos días de su ausencia había encontrado cierto valor que ahora me dejaba sin palabras. Lo que me estaba insinuando... aunque no fuera verdad, me desconcertaba en más de un nivel.

—Tal vez deberías simplemente hablar con tu padre. Definitivamente no estás aquí por mí. —Me di la vuelta y guardé los restos del desayuno en el refrigerador. Pero cuando me volví, él seguía apoyado en el marco de la puerta, observando cada uno de mis movimientos.

—No debías descubrir nada.

—No creo que haya nada más que discutir al respecto.

—¿Te quedaste por mí?

Resoplé. —No. No, no lo hice. Y ahora agradecería que me dejaras en paz.

—Esta no es tu casa, ¿sabes? Puedo estar donde quiera.

Por un momento cerré los ojos, luego decidí que Agustín no tenía la capacidad de molestarme. Me acerqué a él para pasar a su lado. Si él no se iba, yo me iría, para no tener que pasar un minuto más en su presencia.

Agustín dio un paso a un lado, pero apenas lo pasé, su mano se cerró alrededor de mi brazo. Lo miré fijamente. En advertencia.

—Suéltame, Agustín.

—¿O qué? ¿Llamarás a Santiago y dejarás que te proteja?

Mis dedos se crisparon con el impulso de darle un puñetazo en la cara. —Simplemente suéltame —repetí.

Su fijación con Santiago y conmigo estaba tomando proporciones que no eran buenas. No es que me importara que alguien se enterara... simplemente no me gustaba enfrentarme sola a la reacción de su hijo adoptivo. La expresión en su rostro ya daba una idea de lo feo que podía volverse si se lo proponía.

—¿Ya se ha puesto en contacto contigo la policía? Es la segunda vez en pocas semanas que he tenido que sacarte de ahí. Esperaba que ya te hubieran encerrado para interrogarte.

—Solo encierran a los criminales que no saben cómo defenderse. Pero eso ya deberías saberlo.

Lo miré irritada. ¿De qué demonios estaba hablando?

De repente, me soltó. —¿Sabes qué? He cambiado de opinión. Diles a los dos que dejen de bombardearme con mensajes y llamadas.

Desapareció tan inesperadamente como había aparecido. Miré mi brazo, donde las marcas rojas de sus dedos se destacaban en la piel, y sacudí la cabeza. ¿Para qué venir aquí si de todos modos iba a cambiar de opinión? Bastante confundida, caminé por el pasillo hasta llegar a la oficina de Santiago.

Me apoyé en el marco de la puerta, observándolo durante unos segundos mientras hojeaba unos documentos, completamente absorto en lo que estaba leyendo.

Finalmente, levantó la cabeza y su expresión cambió de una fachada profesional a algo mucho más personal.

—No sé qué fue eso, pero Agustín entró y... se fue. Dijo que dejen de llamarlo —relaté brevemente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Santiago arqueó una ceja. —¿Eso es todo?

—Parece que no estaba muy contento de que yo siguiera aquí.

Nubes de tormenta oscuras se formaron en su rostro. —Qué bueno que eso no es decisión suya. ¿Y no quiso hablar conmigo?

—Aparentemente cambió de opinión —respondí. Difícilmente se podría llamar de otra manera.

—Lo único que debería reconsiderar es su comportamiento. Si vuelve a aparecer en el periódico, entonces sí tendrá un problema real. —Ya me había intrigado cómo era posible que se informara sobre Agustín Rojas en el *Diario Sur* sin que hubiera consecuencias graves por ser parte del famoso cártel. La respuesta aparentemente estaba sentada detrás del escritorio, porque cuanto más miraba a Santiago, más claro estaba que él debía haber intervenido para evitar las peores consecuencias por el momento.

El campo de tiro se encontraba en la parte trasera del terreno, que Rafael me había prohibido originalmente. Aparentemente, las reglas ya no aplicaban, pues no solo estaba abierta la puerta de la cerca metálica, sino que los trabajos alrededor de los almacenes continuaban sin que nadie prestara atención a mi presencia.

Rafael vino a mi encuentro antes de que llegara al área abierta. Todos los campos de tiro que había visitado hasta ahora estaban dentro de un edificio propiamente dicho, no al aire libre. Las estructuras eran las mismas, pero no había techo, ni delimitaciones entre carriles, y mucho menos supervisores que se aseguraran de que todo marchara según las reglas.

—¿Lista para impresionar un poco? —preguntó, con la voz bajada en tono conspiratorio.

De hecho, el extraño encuentro con Agustín había acumulado algo de tensión que necesitaba liberar urgentemente. Tal vez simplemente me imaginaría su cara cuando disparara a los blancos. Entonces podría meterse sus comentarios descalificadores por donde le cupieran.

—Apenas puedo esperar. —Sonriendo, miré alrededor. Algunos hombres ya estaban ocupados disparando a los blancos con diversas armas. Rafael había bloqueado dos de los puestos de tiro y tenía preparada toda una selección de armas.

La música retumbaba desde un altavoz a unos metros de distancia. Apenas era capaz de ahogar los disparos. Sin embargo, nadie llevaba protección auditiva.

Me acerqué a la mesa baja, observé la *Taurus*, la *Beretta* y la *Colt*, y luego eché un vistazo a las armas que Rafael tenía frente a él. Una semiautomática, una metralleta, un rifle de francotirador y algo que se parecía sospechosamente a un fusil de asalto.

—En realidad, prefiero las pistolas de mano. No armas de grado militar.

Se encogió de hombros. —No te cortes. Simplemente hazlo. Para que sepa con qué estamos trabajando.

Se me escapó un suspiro antes de atarme el pelo en una cola y agarrar la *Beretta*. Con dos movimientos cortos, le quité el seguro y puse un proyectil en la recámara. Automáticamente miré a ambos lados, adopté una postura más amplia y apoyé mi mano derecha con la izquierda.

Mi mirada se fijó automáticamente en el blanco intacto. Al mismo tiempo exhalé, muy consciente de la presencia de Rafael y los otros hombres. Mientras *Head Up* de The Score sonaba de fondo en los altavoces, descargué todo el cargador en el blanco en una rápida sucesión. Solo bajé el arma para insertar un nuevo cargador y disparé la segunda ronda inmediatamente después.

Solo entonces volví a poner el seguro al arma, la dejé sobre la mesa y levanté ambas manos antes de dar un paso atrás. No miré el blanco porque sabía que, si hubiera sido un enemigo, ahora no sería más que carne picada.

Rafael, sin embargo, me miraba fijamente hasta que me encogí de hombros. —¿Qué?

—¿Cómo?

Me encogí de hombros de nuevo.

—Mi padre tiene un campo de tiro en el sótano. Siempre que tenía la casa para mí sola y me aburría... tenía que ocuparme en algo.

—¿Con prácticas de tiro?

—Claro. Netflix se vuelve aburrido en algún momento. Y todos los guardaespaldas tenían que quedarse fuera de la casa. Además, uno se siente más seguro cuando sabe que no depende de nadie más.

—¿No podrías al menos haber fingido?

No pude contener la risa. —¿Quieres darme la metralleta en la mano y que "accidentalmente" me desvíe hacia la izquierda?

Negó con la cabeza. —Mejor no. Pero si quieres, puedes vaciar el resto de los cargadores también.

Antes de que terminara de hablar, agarré la siguiente pistola, volví a adoptar mi postura segura y comencé a disparar una bala tras otra. Esta vez, sin embargo, no apuntando a la velocidad, sino a la precisión.

Cuando uno tenía horas y horas para pasar solo en el sótano perfeccionando estas habilidades, inevitablemente las usaba. No solía tener la oportunidad de salir de la propiedad, y mucho menos se nos permitía invitar a amigos de la escuela privada. Con el tiempo, uno se volvía creativo en su autosuficiencia.

Pasó un tiempo en el que ni Rafael ni yo hablamos. Mientras él maltrataba su propio objetivo, yo me ocupaba del mío y, de hecho, en una o dos ocasiones me imaginé a Agustín. Solo por sus comentarios descarados, me resultaba fácil, metafóricamente hablando, pegarle un tiro en medio de la frente.

Finalmente, se acabaron las municiones y yo había demostrado suficientemente de lo que era capaz, y sobre todo, que no necesitaba la ayuda de Rafael.

—Cuando Santiago dijo que podía imaginarte compitiendo con nuestros hombres, lo consideré bastante improbable —me dijo mientras nos alejábamos de los puestos de tiro.

—¿Cómo se le ocurrió eso?

—El arma cargada que le entregaste.

Resoplé. —Un reflejo tonto. Un arma descargada y con el seguro puesto no le salva la vida a nadie.

—Lo que quería decir es... que no estaba del todo equivocado. Aunque disparar a un blanco y a objetivos vivos son dos cosas diferentes, no puedo negarte que definitivamente tienes la habilidad para hacerlo.

—Gracias, supongo.

Rafael asintió. —Debería haberle enseñado a Andra cómo manejar un arma en aquel entonces. Tal vez las cosas hubieran sido diferentes.

Automáticamente, agarré su antebrazo en un gesto reconfortante. —Solo porque sepas manejar un arma no significa que seas capaz de acabar con una vida humana. Lo más probable es que no hubiera cambiado nada. Ponme frente a ocho hombres y caigo sin piedad. Si tú te enfrentaras a ocho hombres...

—...no saldrían vivos de allí.

—Exacto —murmuré—. Si sientes la necesidad de enseñarme otras cosas... no lo rechazaré, Rafael.

—Simplemente se siente correcto, después de todo lo que ha pasado. El enemigo primero va

tras los indefensos. Mujeres y niños. Si son capaces de defenderse hasta que... bueno. Al menos podría comprar tiempo.

—No me importa por qué razón quieras hacerlo —respondí, antes de que una sonrisa se extendiera por mis labios—. Solo tienes que tener cuidado de no dejar marcas permanentes. De lo contrario, Santi te visitará por la noche.

Resopló. —Claro. Porque él es el único que puede dejar su huella en tu piel inmaculada. Cuéntame algo nuevo.

—Agustín apareció esta mañana después del desayuno —dije rápidamente, de repente muy seria. Me subí el borde de la manga de la camiseta y descubrí las marcas de sus dedos—. No estaba contento de que yo siguiera aquí. Creo que al final esa fue la razón por la que desapareció en lugar de hablar con Santi. No quiere que sigáis intentando contactar con él... Estaba raro, Rafael. Más de lo habitual.

Primero, su mirada se posó en mi brazo, luego se dirigió a mi cara. —¿Le has contado esto a Santiago, verdad?

—Los detalles generales. Pero no que me preguntó si ahora era la secretaria de Santiago para seguir disfrutando de las comodidades de la fortaleza.

Un músculo en su mandíbula se crispó mientras su mirada se oscurecía al mismo tiempo. Un cambio que ya había visto varias veces en ambos hombres. Santiago y Rafael eran más parecidos de lo que ellos mismos admitían.

—De hecho, me temo que no ha superado la pérdida de su madre tan bien como hubiéramos deseado. Desde entonces siempre ha sido problemático. Nunca quiso que le ayudaran, pero al mismo tiempo tampoco tenía ambiciones de ascender en los rangos. Simplemente quería existir. Como si estuviera esperando algo. No sé qué le ha pasado para que se comporte así, pero... ni tú ni él deberíais repetir esas palabras en presencia de Santiago. Hijo de Marisol o no, no se lo tomará bien cuando se trate de ti.

—Por eso me lo guardé para mí. —Aunque de alguna manera me pesaba. No quería que Agustín sufriera solo porque estuviera desorientado.

—Debería haber hablado con Santiago. Sobre todo. Ya es hora de que se entere. Por él. No por nadie más.

Rafael tenía toda la razón en eso. Al igual que le había dicho a Santiago que no podíamos usar un doble rasero, ahora le debíamos la verdad a Agustín. No importaba lo incómodo que fuera.

—Pero bueno. Me lo guardaré para mí. Y la próxima vez le tantearé. Esto no volverá a ocurrir, Talia.

No solo sus palabras lo dejaban inequívocamente claro, también su lenguaje corporal indicaba que lo decía muy en serio. Agustín no recibiría un trato especial solo por ser el hijo de la hermana fallecida de Santiago. De alguna manera, eso me tranquilizaba, aunque se sentía extraño considerando que hasta hace poco no quería estar involucrada en nada de esto.

Me lamí los labios, con la mirada fija en el miembro de Santiago, que descansaba entre nuestros cuerpos sobre mi vientre. El agua caliente caía sobre nosotros desde arriba, pero mis pensamientos no se centraban en absoluto en limpiarnos... sino más bien en cómo hacer esta ducha aún más sucia de lo que ya era.

El polvo del campo de tiro se había adherido a mi cuerpo sudoroso como una segunda piel, y

Santiago se había ofrecido oportunamente como voluntario para encargarse de ello.

—La próxima vez te acompañaré. Veremos qué tan bien apuntas entonces.

Una sonrisa divertida se extendió por mis labios mientras mi mano se deslizaba por su costado y entre nosotros. Agarré su miembro y noté con satisfacción cómo inhalaba bruscamente.

—Solo si es una competencia justa —respondí y deslicé mis dedos a lo largo de su miembro, solo para detenerme un momento en la punta. Levanté la vista hacia él sin interrumpir el contacto—. Apuesto a que tus habilidades también disminuyen si, por ejemplo, me arrodillo y...

La frase se perdió porque realmente me arrodillé y deslicé mis manos por sus muslos hacia arriba. Su polla estaba justo frente a mi cara, pero mi mirada seguía fija en la suya. Incluso cuando pasé mi lengua sobre ella, provocándola un poco y notando con satisfacción cómo sus caderas se movían automáticamente hacia mí, mantuve su mirada.

Casi con impaciencia, se agarró a sí mismo, queriendo guiar su erección hacia mi boca. Levanté una ceja en señal de advertencia. —No necesito ayuda, Santiago —dije, haciéndole sentir mis uñas en sus muslos.

—¿Y por qué tus labios no están alrededor de mi polla todavía?

—Porque tu impaciencia me da poder. Quieres algo. Podría dártelo. Pero tu urgencia...

De repente, sus dedos estaban en mi barbilla, sujetándola posesivamente. —No puedes negarme lo que ya me pertenece, Thalassa.

Esta vez me reí. —¿Quieres ponerlo a prueba? O... —Me incliné hacia adelante, deslizando mi lengua por toda su longitud—. ¿O te dejas llevar?

—Elijo la opción tres —gruñó, tirando de mí para ponerme de pie y presionando mi torso contra la fría pared de azulejos. Se me escapó un gemido, y al momento siguiente sentí la punta de su glándula entre mis piernas, luego estaba profundamente dentro de mí y me robó el aliento con una sola y profunda embestida.

Su cabeza descansaba junto a la mía mientras me envolvía con una risa oscura. —Hay una cosa en la que nunca tendrás el control, *Lionheart*, y es cuándo y cómo te follo. Cuánto tiempo paso dentro de ti o torturándote con orgasmos. Puedes decirme a quién matar o no matar, pero tu lujuria me pertenece sin restricciones.

Tortuosamente lento, sus dedos se deslizaron por mi cabello hasta mi cuero cabelludo, tirando de mí hacia atrás hasta que mi cuello quedó expuesto. Sus labios aún así se posaron en mi boca, porque era su otra mano la que se cerró alrededor de mi garganta, de modo que sentí cada embestida doblemente. Profundamente dentro de mí, y cada vez que me tiraba de vuelta contra su cuerpo, añadiendo aún más dureza a sus movimientos.

Me faltaban las palabras. La respuesta ingeniosa. No había ninguna. No ante una declaración como esa, que hizo que el fuego dentro de mí ardiera más intensamente de lo que creía posible.

Apoyé las manos contra la pared y dejé que Santiago me follara de nuevo hasta llevarme a una esfera completamente diferente. Lentamente perdí la cuenta de cuántas veces había estado dentro de mí en los últimos días... solo sabía que cada vez se había sentido tan condenadamente bien que en mí despertó el deseo de que nunca dejara de poseer mi cuerpo de esta manera.

SANTIAGO

Era más que inusual asistir a una reunión con las personalidades más importantes de la ciudad acompañado por alguien que no fuera solo Rafael. Thalassa estaba a mi lado mientras Rafael abría la puerta de su antigua casa, que durante los últimos diez años solo se había utilizado para reuniones de este tipo. En principio, era un terreno neutral, y como no podía deshacerse de ella ni vivir en ella, era perfecta para todo lo que no pudiera llevarse a cabo en el yate.

No había sido una opción dejar a Thalassa en la *Alcazaba*. Después de lo ocurrido con Dani, me resultaba difícil confiar en los hombres, y como Rafael era indispensable para las reuniones, simplemente no había nadie a quien pudiera asignar con la conciencia tranquila para su protección personal. Sin embargo, ese no era el único motivo de su presencia, pues ya era hora de que su rostro se hiciera conocido. Si se encontraba con los escoceses en la ciudad, no quería que la relacionaran con el cártel sin saber realmente quién era. Que supieran que ya no éramos solo Rafael y yo quienes metíamos las manos en el asunto, sino también una mujer.

Cahal no había tenido respeto por Ksenia, pero con Thalassa no podría permitirse tal cosa.

Con la mano en la parte baja de su espalda, la guié hacia el interior. No parecía una joven nerviosa o asustada, sino como si fuera completamente normal que se encontrara en medio de un dominio masculino. Como si se hubiera ganado el lugar en la mesa con sangre y sudor. No tenía duda de que eso aún sucedería, pero esos eran los detalles que ni siquiera le incumbían a Cahal y sus hombres. O a los rusos, que de todos modos no asistirían a esta reunión.

Como siempre, éramos los primeros, así que Rafael se ocupó de revisar la casa. Parecía resultarle más fácil enfrentarse al pasado cuando no estaba solo aquí.

—No vendrá solo —expliqué mientras corría las cortinas de la sala de estar, que ahora no albergaba más que una gran mesa donde todos nos reuníamos. A veces durante horas, cuando había discusiones acaloradas—. Tres de sus hijos lo acompañarán. Dougal, Nechtan y Evir. Los mayores. Es un hombre honesto. Muy orgulloso. Valora más los logros que las palabras. Y como recientemente hubo problemas con la Bratva, es importante advertirle a tiempo sobre posibles desarrollos en un futuro cercano. Para que su lealtad ni siquiera sea cuestionada.

Thalassa se apoyó en la mesa y asintió. —Diplomacia. Entendido. ¿Tiene también motivos para odiarme?

—En la *noche roja* también sufrieron pérdidas, sí. Pero no tuvieron nada que ver con la traición de Cesare. No conozco los antecedentes exactos. Cahal solo comparte la información más importante y la huida de los *Peaky Blinders* de vuelta a su tierra natal estuvo relacionada con la masacre de la que Ángel y yo fuimos responsables. Aunque juegan con los grandes, definitivamente no forman parte de ellos. Cahal sabe cuándo debe quedarse quieto.

Ella asintió de nuevo. —Entonces podemos enfrentarlos ahora por mí.

No dudaba de que en pocos minutos sacaría una cara de póker y asumiría un nuevo papel que nos sorprendería a Rafael y a mí. Todo este conocimiento lo había absorbido en presencia de su padre y sus hombres. ¿Qué sería de ella cuando no se limitara a un aprendizaje estúpido, sino que también se sumara la aplicación de estas habilidades? ¿Cuando tuviera la oportunidad de probarlo en la realidad y darse cuenta de lo bien que se le daba todo esto?

Tan pronto como oímos dos coches en la entrada, ambos nos enderezamos. Thalassa estaba a mi lado incluso antes de que se abriera la puerta de golpe. Con los brazos cruzados, se sentó a medias sobre la mesa y miró con aire despreocupado a la calamidad escocesa que se nos acercaba.

Primero entraron los tres hombres más jóvenes, que inconfundiblemente pasaban por hermanos.

—Rojas —escupió uno de ellos, dejando que su mirada se deslizara brevemente sobre Thalassa antes de mirar a Rafael, que había salido por una puerta lateral—. Cortez.

—Los Sinclair. Qué honor —respondió Rafael y asintió hacia la mesa—. Sentaos antes de que echéis raíces.

Cahal fue el último en cruzar la puerta. Era solo unos años más joven que mi padre y se veía exactamente como uno se imaginaría a un viejo escocés curtido. Poseía un carisma natural, pero no era suficiente para disimular lo que acechaba bajo la superficie.

Nos estrechamos las manos. —¿Cómo está Cicely? —pregunté, para encontrar una entrada relajada a la conversación que seguiría.

—Casi le da un infarto cuando el chico ruso apareció en nuestra puerta —respondió bruscamente.

—Por eso está muerto. ¿Tus chicos están bien?

—Algunos cortes y moretones. Nada trágico. ¿Los rusos entendieron el mensaje?

Hice una mueca y le indiqué que se sentara antes de hundirme yo mismo en una de las sillas. A diferencia de sus hijos, él aún no le había prestado atención a Thalassa.

—La Bratva mantiene un perfil bajo. Ksenia ha desaparecido. Nos evitan. No sé qué está pasando, pero deberíamos estar un poco más atentos en el futuro cercano.

—¿Me hiciste venir hasta aquí por eso, Rojas? —No parecía entusiasmado.

Pero ese nunca era el caso, porque una sonrisa en su rostro nunca significaba nada bueno.

—No. Hay problemas con Cesare Ferrante. En general, solo afectan al cártel, pero quería hacerte el favor de advertirte que podría honrarnos con su presencia en breve —expliqué.

Su mirada se dirigió a Rafael antes de asentir. —¿Eso significa que debo recomendar a mis chicos que mantengan la cabeza baja si no quieren recibir una bala por accidente?

—No te preocupes, me he alejado un poco de mi plan de dispararle a la vista. —Rafael le lanzó una mirada que no se podía malinterpretar.

Cahal se dirigió a mí nuevamente. —¿Y tu chico? No estaría mal que lo mantuvieras con correa. Mis chicos lo han visto con la pelirroja rusa. Hace días. Y he oído que está haciendo afirmaciones que carecen de fundamento.

Cerré el puño. Al mismo tiempo, Thalassa se inclinó hacia adelante. —Agustín y sus acciones son problema del cártel. Nos ocuparemos de ello.

Cahal también se inclinó hacia adelante y un poco sobre la mesa, pero para fijar su mirada en ella. —¿Y tú eres?

—En lo que a ti respecta, es mi esposa —gruñí y me uní a los dos en su gesto, inclinándome también hacia adelante.

Levantó una ceja. —No veo ningún anillo.

—Gracioso. Has estado follando a la misma mujer durante treinta años y tienes ocho hijos con ella, y tampoco hay un anillo en su dedo. Sin embargo, Cicely es tu esposa. ¿Deberíamos seguir hablando de metal sin significado o te gustaría escuchar lo que Cesare ha hecho hasta ahora?

Mi mirada se clavó en la suya, y solo cuando levantó las manos y se recostó contra el respaldo de la silla, la atmósfera en toda la habitación se relajó.

Sus hijos estaban sin duda armados, pero no estaban aquí solo por su fuerza muscular. Algún día deberían hacerse cargo de los *Blinders* y Cahal aún no estaba seguro de quién seguiría sus pasos. Tenían que probarse a sí mismos, así que tenía que tener cuidado de no darles ninguna razón para apuñalarme por la espalda.

Cahal asintió. —Agustín es problema del cártel. ¿Qué hay que decir sobre Ferrante?

No planeaba informarle de todos los detalles, así que elegí mis siguientes palabras con cuidado. —Aparentemente, está tratando de hacer enmiendas por lo que sucedió hace diez años. Sin embargo, de una manera que nadie aprobaría. Como dije, suponemos que aparecerá aquí pronto. Nadie puede predecir lo que sucederá.

No importa cuántos escenarios considerara en mi mente, había innumerables posibilidades y variantes. Era imposible prepararnos para todas ellas, dado que el comportamiento y las acciones de Cesare habían sido todo menos constantes.

—¿Representa un problema para la seguridad de la ciudad? —exigió saber Cahal después de unos segundos.

—Todavía no.

—Si algo cambia, quiero ser informado. Inmediatamente, Santiago. Tienes asegurado el apoyo de los *Blinders*, pero no puedo prometértelo si no sé lo que está pasando.

Con un breve asentimiento, confirmé que lo mantendría informado, aunque no planeaba involucrar a nadie fuera del cártel en el problema con Ferrante. El asunto era demasiado delicado, y dado que su interés se limitaba principalmente a mi familia, había pocas razones para solicitar ayuda que no era necesaria. A posteriori, le debería algo al escocés y de alguna manera me repugnaba la idea de deberle algo a cualquier alma perdida en esta ciudad. No importaba cuán pequeña o grande fuera esa deuda.

Después de unos segundos, Cahal se levantó. —Te agradezco la información, Santiago, pero mis hijos y yo tenemos algunas cosas que hacer.

—Tan pronto como sepas algo de los rusos, quiero ser informado. —Mis palabras de despedida fueron todo menos típicas y Cahal solo las confirmó con un asentimiento, justo antes de salir por la puerta.

Sus hijos lo siguieron, lo que declaró oficialmente terminada la reunión. No había durado mucho y sin embargo era importante para el curso de los próximos días.

Solo cuando escuchamos que los coches se alejaban, la tensión en toda la habitación se disipó. Rafael se levantó. —No me gusta ese viejo bastardo.

—Porque usa la verdad mientras funcione como un arma para él. Su precio no es tan alto como él mismo se hace creer —observé. Mantenía que Cahal era un hombre honesto, pero al final del día, era simplemente humano. Si se encontrara en una situación con la espalda contra la pared de la que no hubiera otra salida más que traicionar a todos con los que antes había mantenido una buena relación comercial, lo haría sin pensarlo dos veces.

Esa era la razón por la que se mantenía a los supuestos amigos a la misma distancia que al enemigo. Al final, obviamente, ambos te apuñalarían por la espalda.

—Tal vez deberías haberle dicho quién es Talia. Lo descubriré y tendrá preguntas.

En cierto modo, Rafael tenía razón con esta afirmación. Habría sido mucho más inteligente decirle que Thalassa era la hija de Cesare. Sin embargo, eso también habría planteado la pregunta de cómo había llegado a estar con nosotros en primer lugar, y esa era una historia que definitivamente no le incumbía. Todavía me gustaba más que asumiera lo que yo le presentaba, sin cuestionar todo. Ocurría raramente, porque yo no lo manejaría de otra manera en su lugar, pero aún no habíamos llegado al final de la historia con Ferrante y, dependiendo de la dirección que tomaran las cosas, era mejor para todos los involucrados si Cahal y sus hombres no tenían una idea exacta de lo que estaba sucediendo.

—Por el momento, sabe todo lo que necesita saber. Sin embargo, me pregunto qué significan sus crípticas palabras sobre Agustín.

—¿Que lo han visto con la rusa? Quién sabe qué fantasías perseguía cuando creía estar cazando a los hombres que acosaron a Talia en el muelle —Rafael se encogió de hombros.

Pero eso no podía ser todo. Agustín sabía que no debía reunirse con los otros bandos de la ciudad. Conocía las reglas y, en realidad, también era consciente de que no era él quien tomaba las decisiones dentro del cártel. Entonces, ¿por qué se dejaría ver con la rusa?

—No me gustan estos acontecimientos. Le prometí a Marisol que cuidaría de él y me lo está poniendo muy difícil para cumplir esa promesa —Mis palabras iban dirigidas a Rafael, aunque Thalassa también era muy consciente de esta situación.

Ella misma lo había presenciado. Apenas estaba en casa, evitaba las conversaciones y hacía todo lo posible por meter al cártel en problemas. Nuestra relación había sido tensa desde la muerte de su madre, pero en los últimos meses se había alejado tanto de todo que parecía estar a la deriva en otro sistema solar al que ni Rafael ni yo teníamos acceso. O queríamos tenerlo, porque ciertamente no íbamos a seguir su camino de destrucción para terminar también con los policías. Sin embargo, ella tenía razón. Agustín era el problema del cártel y nadie más que nosotros se ocuparía de ello.

—Puedo enviar hombres para que lo localicen y lo arrastren a casa de las orejas. Pero me temo que eso será contraproducente para su cooperación —Probablemente solo contribuiría a que la próxima vez se sumergiera aún más profundo.

—No. Esperaremos. Le dejaré un mensaje y veremos si responde.

—Él no quería más mensajes —me recordó Thalassa, pero hice un gesto de desestimación.

Lo que Agustín quisiera en este sentido no tenía absolutamente ninguna importancia. Por mí, podía patalear o tirarse al suelo. Si creía que podía escapar de esta familia por un capricho, estaba muy equivocado.

SANTIAGO

Quizás deberíamos haber apostado sobre cuándo Cesare Ferrante se atrevería a venir a Europa. Yo las habría ganado todas, porque al tercer día después de nuestro encuentro con Cahal, llegó la llamada del aeropuerto. Su avión privado aterrizaría en breve y, aparentemente, viajaba con todo su séquito, si interpretaba correctamente el informe que me habían hecho llegar.

Me encontraba en el hangar al que su avión llegaría en cualquier momento por una sola razón: era un maldito buen anfitrión y no escatimaba esfuerzos para darle la bienvenida a mi ciudad.

Con los brazos cruzados, observé el jet privado que rodaba lentamente en nuestra dirección. Había dejado a Rafael con Thalassa en la *Alcazaba*, pero me acompañaban algunos hombres capaces que flanqueaban mi coche y a mí por la derecha e izquierda. Solo que los hombres se habían quedado en sus coches, y yo estaba apoyado en la carrocería con los brazos cruzados para recibirlos.

Con toda la calma del mundo, vi cómo bajaban la escalera y algunos hombres descendían. Probablemente *sicarios*, que pretendían infundir un poco de miedo y terror.

Lo siguiente que esperaba eran los hijos de Cesare, pero fue él mismo quien apareció al final de la escalera y me lanzó una mirada despectiva a través del hangar.

Observé divertido cómo bajaba. ¿Sospechaba que en menos de treinta minutos las autoridades asaltarían el hangar para acosar a los pasajeros de ultramar? Un avión privado, sin controles... la probabilidad de mercancías ilegales era alta. Y gracias a una denuncia anónima, no tendría que ensuciarme las manos.

A Cesare le siguieron dos versiones más jóvenes de él mismo. Los hermanos mayores de Thalassa, que parecían no haber pasado ni un día de sus vidas riendo. Por último, estaba su esposa, que poco sorprendentemente parecía completamente fuera de lugar entre todos esos hombres serios. Parecía frágil. Un poco arrogante y como si se pudiera confiar en ella aún menos que en el propio Cesare.

No me moví ni un centímetro, en cambio, esperé a que Cesare Ferrante se separara de su gente y viniera hacia mí. Jefe del outfit de Chicago o no, en esta ciudad no tenía influencia, ni nombre y, sobre todo, ningún derecho.

—Si me entregas a Thalassa, estaré de vuelta en el aire en diez minutos —dijo en lugar de un saludo.

Mantenía la distancia. Unos buenos tres metros. Sus palabras resonaron por el hangar, tan alto y claro hablaba.

En mi estómago se agitó una sensación. No me gustaba su elección de palabras. —No sabía

que era un maldito objeto —respondí, pero me reprendí en el mismo momento para no dejar que la situación se escalara. Tenía que cuidar lo que decía. Cómo lo decía. Esto no podía terminar con armas desenfundadas y muertos. Al menos no todavía—. Me temo que eso no es posible.

—¿Dónde está?

—No está aquí. Obviamente. Puedes volver a volar. Sin ella.

Su postura no cambió, aunque en sus ojos se podía leer claramente cuánto le cabreaba tener que mantener esta conversación en absoluto.

—No me voy de la ciudad sin mi hija. —Una declaración valiente. Y tan condenadamente equivocada.

—Tal vez deberías haber pensado en eso antes de enviarla a España como una pérvida compensación. Pero no tengo que contarte todo esto, ¿verdad? Tú mismo lo escuchaste. Me pregunto si lo disfrutaste, Cesare. —Un atisbo de asco se mostró en la forma en que se crispó su labio superior.

—¿Qué quieres con ella de todos modos? Tiene la mitad de tu edad. Ya te divertiste. Ella vuelve a los Estados Unidos y te libras de mí. Así de simple.

Me reí abiertamente de él. —¿Qué hay de tu *sotto capo*? ¿No te interesa liberarlo de su penosa situación? ¿O Adriano? Hombre interesante, de verdad.

Una de sus cejas se elevó. —¿Están vivos?

—Sí. Más o menos. El estado de Dani es considerablemente peor.

—Y aun así te tomó diez largos años descubrirlo.

—¿Por qué colocar a un hombre si no lo usas durante diez años?

—¿Cómo lo descubriste?

—¿Yo? —Una vez más se me escapó una risa—. No tuve nada que ver con eso. Thalassa lo reconoció. Es buena. Realmente buena. Quizás era solo cuestión de tiempo hasta que apareciera alguien que reconociera el potencial detrás y supiera apreciarlo.

Negó con la cabeza, visiblemente frustrado ahora. —Ella no te pertenece, Rojas.

Divertido, me incliné un poco hacia adelante en su dirección, ignorando el clic de las armas que de repente se desaseguraron. —Entonces no deberías haberla enviado a mi ciudad. A mi cercanía. A mi casa. A *mis brazos*. Si la quieres de vuelta, Cesare, primero tendrás que matarme.

El conflicto con él apenas estaba comenzando, sin embargo, por el momento había tenido suficiente de él y sus demandas que contradecían el hecho de que él mismo la había enviado aquí. Sabiendo quién gobernaba en Málaga.

Me di la vuelta y abrí de golpe la puerta de mi coche.

—Tal vez deberías hablar con tu hijo sobre el plan original. Nadie podía imaginar que sería demasiado estúpido para retener a una chica. Si hubiera sabido antes que la perdería ante su padre —exclamó. Pude escuchar el gesto de exasperación en su voz, el ataque verbal detrás de ello, pero fueron las palabras las que se clavaron en mi cerebro y se fijaron como si fueran un veneno corrosivo.

Aún no me subí al coche, en su lugar fijé mi mirada en Cesare. —¿Agustín sabía de tu plan?

Resopló. —Fue su idea. De mí solo vino la historia para encubrirlo todo. Pero ni siquiera eso pudo lograr. ¿Qué le has enseñado exactamente?

Ciertamente no a trabajar con el enemigo. A mentir. A cometer una traición.

—Si crees que eso cambia algo... Thalassa se queda. Mientras ella quiera.

—Entonces déjame hablar con ella.

—¿Para que tengas la oportunidad de obligarla a volver? Conozco bien este tipo de juegos, Cesare. No los jugarás con ella. Ni ahora ni en el futuro. —Sin esperar una respuesta, me deslicé

en el coche—. Ah, por cierto... diviértete con las autoridades —grité, luego cerré la puerta, puse la marcha atrás y pisé el acelerador.

Los neumáticos chirriaron sobre la superficie lisa, pero segundos después el coche corría sobre el asfalto. No era su presencia o el hecho de que quisiera secuestrar a Thalassa a los Estados Unidos lo que me provocaba malestar. Eran sus palabras sobre Agustín. La revelación en combinación con su desaparición y el hecho de que se mantenía alejado del cártel... por una vez, no creía que Cesare estuviera mintiendo. Aunque podría tener varias razones para hacerlo, también sabía que no le daría la ventaja que imaginaba. Entonces, ¿por qué molestarse en inventar una mentira? Lo que había dicho debía ser verdad.

Saqué mi smartphone del bolsillo y presioné el contacto de Rafael. No tardó ni dos segundos en contestar la llamada. —Por favor, dime que no hay muertos.

—Eso me habría gustado mucho más —gruñí—. Agustín. Quiero que lo encuentres. Inmediatamente. Él lo sabía. Todo. Desde el principio. Quién es ella. De quién es hija. Fue su maldita idea. Él se acercó a Cesare.

Lo escuché exhalar de forma controlada. —Pero no estaba planeado que tú y ella...

—No. Pero él lo sabe. Probablemente desde el principio.

—¿Por qué haría causa común con Ferrante?

—Eso me gustaría preguntarle personalmente. Así que asegúrate de que lo encuentren. Tan rápido como sea posible. —Había jurado proteger a Agustín. Con mi vida, si fuera necesario. Pero ahora mismo estaba trabajando activamente para que mis manos sintieran su cuello, para poder sacudirle algo de sentido común en la cabeza.

¿En qué estaba pensando para involucrarse con un hombre como Cesare Ferrante? ¿Qué maldito plan estaba siguiendo que creía que era una buena opción dejarse ofrecer un trato por el enemigo?

—¿Qué le digo a Talia?

Tal vez que su padre era un maldito imbécil que solo veía en ella una oportunidad para enriquecerse. Que estaba dispuesto a negociarla y moverla por un tablero como lo considerara apropiado, sin importarle lo que le pasara en el proceso. No la recuperaría. Ni ahora ni en el futuro, porque ciertamente no permitiría que siguiera usándola para su propio beneficio.

—Dile que se prepare porque esto se va a poner feo, Rafael. Él la quiere de vuelta en los Estados Unidos. Por eso está aquí.

—Pero eso no va a suceder.

—Eso no va a suceder de ninguna manera —gruñí y volví a acelerar el coche. Tenía que llegar a la *Alcazaba* lo más rápido posible y también ocuparme de localizar a Agustín. Preferiblemente antes de que Cesare decidiera cómo quería llevar a cabo nuestro próximo enfrentamiento.

TALIA

Mi smartphone explotaba con mensajes y llamadas perdidas. Ya había desactivado la función de vibración, pero la pantalla seguía iluminándose constantemente para indicar la llegada de un nuevo mensaje. No necesitaba mirar más de cerca para saber que era mi familia intentando contactarme. Mi padre. Mi madre. Mis dos hermanos.

Estaban en la ciudad y, obviamente, con un solo objetivo: llevarme de vuelta a los Estados Unidos para que pudiera serle útil allí. El intento de emparejarme con Agustín había fracasado; había conocido a Santiago y desde ese momento todo lo demás había sido inútil. Un esfuerzo en vano, si se quiere. Y seguía siendo así, porque no planeaba volver a Chicago. No planeaba dejar que mi padre me casara con algún mafioso para que pudiera tener un éxito que le faltaba ahora que su plan había fracasado.

Había pasado toda mi vida en una jaula dorada, con un camino claramente trazado frente a mí. Por casualidad, Santiago había encontrado la llave de la jaula y me había tendido una mano. Me había mostrado otra posibilidad... otra jaula que me gustaba mucho más que la que originalmente estaba destinada para mí.

Había una vida en España esperándome. Un hombre que estaba interesado en mí. Que se aseguraba de que me sintiera bien. Tan condenadamente bien.

Mi mirada se deslizó hacia Rafael, que estaba tecleando en su portátil. Me había dado una breve actualización sobre el primer encuentro entre Santiago y mi padre. Ahora le pasé mi smartphone.

—Aunque saben dónde estoy... no quiero que se pongan en contacto conmigo de ninguna manera. ¿Entiendes? —No quería recibir llamadas. No quería mensajes. No quería escuchar las mentiras que mi padre me serviría para poner una cuña entre yo y lo que no había buscado en Málaga, pero aun así había encontrado.

Como si no hubiera hecho todo lo posible para evitarlo. Habían jugado conmigo. Y al final, no era mi padre quien salía riendo de la partida. Era yo. Porque esta vez se había equivocado tanto que no lograba salvar todas sus piezas. Ya había tenido que sacrificar a Dani. Adriano había cambiado de bando. Y a mí también tendría que cederme al oponente.

Había creído que me resultaría fácil aceptar el futuro que mi padre había previsto para mí. Ahora que conocía la alternativa, se había vuelto imposible. Ni una parte de mí inclinaría más la cabeza o diría que sí y amén a todo lo que él dijera.

Me había criado así, comprando mi lealtad una y otra vez, y simplemente había olvidado que se necesitaba más para mantenerla. Para merecerla. No me alejaba de él por Santiago o por el papel que Cesare había jugado en aquella sangrienta noche hace diez años. Le daba la espalda porque me había traicionado. Siempre había sido consciente de que era una pieza del juego, pero

erróneamente había asumido que no me traicionaría: después de todo, éramos familia. Llevaba su sangre.

Lo importante que era eso para él lo había demostrado en el momento en que aparentemente había aceptado algún trato turbio con Agustín. Nuestro encuentro en el aeropuerto no había sido una coincidencia. Desde el principio, había sido consciente de quién era yo. Tal vez por eso siempre se había mantenido tan reservado. No se había atrevido realmente a tocarme más de lo necesario. Porque yo era realmente veneno para él. La hija del enemigo. Del hombre que también era culpable de la muerte de su madre.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Rafael irritado, con la mano sobre el smartphone que yo todavía sostenía con dos dedos.

—¿Hm?

—Vas a tener uno nuevo. Otro número. No tienes que involucrarte en esta disputa si no quieres. Hablaremos por ti. Él no te enviará lejos. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—¿Por qué querría irme, Rafael? —Se me escapó un resoplido cuando finalmente solté el smartphone.

Inmediatamente lo apagó.

—Porque es tu familia. Y la presión puede ser enorme.

—Me siento más cómoda del lado que injustamente sufrió la traición. Del otro lado, sería parte de la traición. Y ya se lo dije una vez a Santiago: conmigo no hay traición.

—Soy consciente de eso. Aunque no me gusta, Adriano es una buena prueba de ello.

Lo miré interrogante. —Santi me contó lo que se enteró de él. Lo que le dijo sobre ti y sobre vuestra relación. Por qué finalmente lo perdonó y le ofreció un lugar en nuestras filas. No quiero quejarme de este desarrollo, pero hace unas semanas nada de esto habría ocurrido.

Ni siquiera intentaba cambiarlo. No esperaba que fingiera, ni que me ocultara ningún aspecto de su personalidad. Podía manejarlo. A él y a sus demonios, a la oscuridad que acechaba en él... no había razón para retroceder ante ello. Había mirado valientemente dentro y descubierto que la bestia que rugía, después de un tiempo, también estaba inclinada a ronronear en mi mano.

Lo necesitaba. Todo ello, como si completara una parte de mí de la que no había sido tan consciente todo este tiempo, pero que ahora cobraba vida cada vez más cuanto más tiempo Santiago permanecía al borde del campo y me animaba a tomar el control del juego.

El encuentro con Cahal había sido solo el comienzo. Sus palabras me daban protección. La posición que tomaba respecto a mí me otorgaba poder. Me puso en las manos herramientas que antes solo había visto en manos de hombres y que en realidad no creía que pudiera usar jamás.

No era solo una mujer cualquiera que quedaba bien de su brazo. Me estaba arrastrando a un ritmo vertiginoso a una posición en la que apenas me quedaba atrás en unos pocos aspectos.

Como ya no quería simplemente quedarme de pie junto a Rafael, me dejé caer en el sofá con los pies apoyados en la mesa. —Bueno, parece que en general nos estamos desarrollando de una manera muy especial.

—Siempre es así cuando hay algo más detrás. No hay límites. No hay contención. Solo existe toda la gama de emociones posibles y el hecho innegable de que esa persona te domina por completo. Y la atracción. Esa maldita atracción que te atrapa para siempre una vez que has perdido el control. —Rafael no hablaba de Santi y de mí.

Pero en lugar de responder algo, de hacer una pregunta que me quemaba en la lengua, dejé que las palabras flotaran en el aire por un momento.

Finalmente, lo miré. —Me caes bien, Cortez. De verdad. Al principio eras un verdadero imbécil, pero ahora...

Resopló. —Al principio tampoco te soportaba, así que no te hagas ilusiones, Talia. Pero puedo ver que vas en serio. Nada de patrañas. Y eso es lo que he deseado para Santiago durante mucho tiempo.

—Porque tú lo tuviste y sabes la diferencia que hace —murmuré y sacudí la cabeza.

—Porque lo tuve y tuve que renunciar a ello para que ella no se hundiera. Y porque mataría por tenerlo de nuevo. Y Santiago merece tenerlo y no tener que perderlo. Ninguno de nosotros lo admitiría, pero en algún lugar muy profundo existe esa pregunta de ¿Y si...?

—¿Y si decido ponerme de su lado? ¿Del lado de mi padre? —pregunté, solo para asegurarme de que había entendido bien a Rafael.

—Exactamente. —Buscó mi mirada, dejando claro que no podía negar que la posibilidad existía al menos en teoría.

Sin embargo, no se trataba de desconfianza por su parte. Hace unos días, yo estaba decidida a desaparecer inmediatamente después de todo. Hasta que el mundo dio un giro de ciento ochenta grados y de repente todo se veía completamente diferente.

—Comprensible —murmuré. Desde fuera, simplemente parecía que había muchas razones para que yo volviera a los Estados Unidos. De vuelta con mi familia. Con las personas que habían jugado un papel muy importante en mi vida antes de este verano. Parecía igualmente imprudente y precipitado que quisiera elegir Málaga y Santiago. Por una persona que apenas conocía desde hacía unos días. Algunos incluso podrían haber dicho que era ingenuo e inocente. Una decisión estúpida que me costaría más que agachar la cabeza, obedecer a mi padre y darle la espalda a Santiago. Pero entonces ocurriría exactamente lo que había dicho noches antes. Volvería sabiendo que tendría que despedirme y separarme para siempre de una persona que significaba algo para mí.

Se me escapó un suspiro. —Fue su error, ¿sabes? Para mí, solo iba a ser un último verano en libertad. Sabía que estaba buscando hombres con los que casarme. Para su propio beneficio, por supuesto. Conocía mis reglas para las vacaciones aquí. Él jugó con ellas. Las anuló sin que yo siquiera lo supiera. Fue un juego amañado desde el principio. Solo que no contaba con que yo desarrollara una vida propia. Y ahora me falta la razón para seguir apegada a algo que desde el principio fue una absoluta tontería.

Cesare había intentado venderme. Como compensación o lo que fuera que hubiera acordado con Agustín. No importaba; el daño ya estaba hecho y no era reversible.

—Suenas como si hubieran soltado por accidente a la discreta hija de la mafia y ahora tuvieran que preocuparse por controlar los daños.

—¿Soy una fuerza de la naturaleza tal que realmente habría que preocuparse por eso? —Su declaración me hizo sonreír. ¿De verdad creía que yo tenía ese poder?

—Eres una mujer a la que se le ha hecho daño.

Le di un codazo en las costillas. —¡Idiota!

—¿Qué?! ¡Es la verdad!

—¡Eso suena simplemente mal! Como si mi ira amenazara con destruir todo entre aquí y Marbella.

Torció los labios, lo que le dio un aire petulante. —Podría ser, ¿no?

Entrecerré los ojos y sacudí la cabeza. —En realidad, solo quería asegurarte que no os vais a librar de mí. Ni tú ni Santiago. Y la ciudad tampoco se librará de mí. Tendríais que echarme.

Rafael exhaló ruidosamente. —Claro, como si eso fuera a pasar. Prácticamente espero que en cualquier momento traiga a rastras a un sacerdote y cumpla todas sus amenazas.

—El equivalente a una boda en Las Vegas —solté y arrugué la nariz—. No creo que pudiera

imponerlo.

Su risa llenó la habitación. —Lo subestimas, Talia. Y ni siquiera tendría que obligarte. Lo harías voluntariamente porque sabes que es lo correcto. No he oído una sola palabra de protesta de tu boca. No importa si te llama su esposa o te ha declarado suya de más de una manera.

—¿Por qué iba a protestar? —Me gustaba cuando Santiago dejaba claro que yo le pertenecía, y solo a él. Me calentaba el corazón cuando hacía sufrir a la gente por intentar hacerme daño. De alguna manera, también implicaba cierto orgullo, porque todo eso significaba que Santiago no solo estaba interesado en mí. Era mucho más que eso.

—Tienes razón. Después de todo, también lo tienes envuelto alrededor de tu dedo meñique y parece que no le molesta en absoluto.

Excepto cuando intentaba tomar el control mientras teníamos sexo. Entonces Santiago dejaba muy claro que eso no existía en su cama, ni en su casa en general. Pero eso no lo dije en voz alta.

Al final, todo se podía resumir en pocas palabras. Santiago y yo estábamos enamorados el uno del otro y el cambio se notaba en más de un área.

Como si lo hubiéramos invocado con nuestra conversación, Santiago apareció momentos después. Primero, la puerta de entrada se abrió casi brutalmente, luego se cerró de golpe antes de que él se dirigiera hacia nosotros con pasos demasiado fuertes. Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo. Parecía todo menos relajado. En cambio, parecía estar hirviendo por dentro. Tan cerca de la superficie que me preguntaba qué lo haría explotar finalmente.

—No le interesan Dani ni Adriano. Le son indiferentes. Pero no tiene sentido que esté aquí solo por ti. ¿Por qué aceptaría un plan y luego no llevarlo a cabo?

Se me escapó un suspiro. —Porque tiene información que el resto no posee.

Cesare no estaba aquí solo porque el plan con Agustín había fallado. Probablemente tampoco le importaba tanto como afirmaba que Santiago y yo... tenía que haber algo más. Algo que lo impulsaba a querer poner todas sus ovejas a buen recaudo.

—Lo quiero aquí. Dentro de las próximas doce horas. No me importa si hay que mover cielo y tierra para ello. Ese chico estará frente a mí pronto y responderá por lo que Cesare Ferrante me ha revelado. De lo contrario, me aseguraré de que no vea el final del verano. —Sus palabras eran para Rafael, pero el cambio en lo que Santiago sentía sobre los nuevos acontecimientos tampoco me pasó desapercibido.

De repente, surgió la posibilidad de que Agustín hubiera colaborado con el enemigo. Si no se trataba de un error, si realmente había decidido activamente tomar ese camino... entonces solo le quedaba rezar.

—Tal vez solo quería jugar contigo. Confundirte —dije finalmente, aunque yo mismo no creía en estas palabras. Lo que mi padre había dicho tenía demasiado sentido.

—Bueno, para averiguarlo, habría que atrapar al chico. ¡Pero se comporta como una maldita serpiente que se esconde bajo un montón de hojas y ramas!

Y probablemente no sin razón. ¿Por qué otro motivo se mantendría Agustín alejado de la *Alcazaba*? Podía alegar muchas cosas, pero al final nada justificaba su ausencia real, cuando antes de mi llegada había vivido aquí permanentemente.

En realidad, había sido un movimiento inteligente. Desaparecer bajo el pretexto de su búsqueda. Luego, la mujer con la que supuestamente me había engañado, solo para encontrar una manera de distanciarse de la fortaleza. Una oportunidad contra la que inicialmente nadie podía decir nada. Su reaparición y las palabras que me había dirigido. Obviamente, en ese momento ya sabía más de lo que habría admitido voluntariamente. Aparte de las declaraciones que en realidad había interpretado correctamente, solo para rechazarlas de nuevo porque me parecía tan

improbable.

—Los primeros hombres ya están buscando —murmuró Rafael—. Vigilan los clubes. Especialmente los que están bajo dirección rusa. Hacen preguntas, escuchan. Si está en la ciudad, lo cual creo firmemente...

—Deberían vigilar también a Cesare. ¿Quién dice que no siguen trabajando juntos? ¿O que no lo intentarán de nuevo?

—Cesare no da un paso en esta ciudad sin que yo sea informado. Si lo ven con él... —Dejó la frase sin terminar. No era necesario completarla cuando todos ya sabíamos lo que quería decir con eso.

SANTIAGO

Solo los faros del coche iluminaban las polvorientas calles en dirección a la *Ermita de los Verdiales*, a unos kilómetros de la ciudad. Esta quedaba como un faro a mis espaldas, mientras que delante de mí reinaba una noche profundamente negra. La iglesia se había establecido en algún momento como punto de encuentro secreto, porque se encontraba en un lugar apartado y durante el día era visitada por tantos turistas que nadie creía posible que los criminales la utilizaran para reunirse y mantener conversaciones importantes.

En el techo de la iglesia, por lo demás bastante sencilla, se habían colocado guirnaldas de luces que la bañaban en un cálido y acogedor resplandor, visible incluso antes de que la iglesia estuviera cerca. Solo cuando dirigí el coche desde la polvorienta carretera hacia la grava frente al edificio, me preparé mentalmente para la conversación que estaba a punto de tener lugar.

Mi mirada recorrió los alrededores hasta que descubrí el segundo coche. La iglesia en sí parecía abandonada, la puerta principal estaba cerrada con una reja de hierro forjado, flanqueada a derecha e izquierda por dos viejos olivos. Las otras dos puertas también estaban cerradas. Hace unos años se había instalado una cámara de vigilancia en el tejado, pero misteriosamente siempre fallaba cuando necesitábamos el lugar para nosotros solos sin interrupciones.

Salí del coche y descubrí a mi padre en las sombras del edificio. Ya me estaba esperando. Dos hombres, sin ningún tipo de guardaespaldas o vigilantes. Solo él y yo. Y la carga de un cartel que de alguna manera se encontraba en el fuego cruzado, sin que se hubiera revelado quién era el verdadero enemigo.

En pocos pasos lo alcancé. Por un momento nos miramos en silencio. Yo miraba veinte años hacia el futuro, mientras él miraba hacia el pasado. En realidad, había esperado estar aquí con Agustín dentro de muchos años, dándole un consejo sobre algún asunto importante. Pero ahora ya no estaba tan seguro de si siquiera viviría los próximos años si seguía comportándose como una rata traidora.

Ángel Rojas siempre había sido un hombre orgulloso, cuya obra de vida era un imperio en forma de cartel. Dejarme el mando no había sido fácil para él, pero yo nunca le había dado motivos para dudar de mí. Para arrepentirse de haberme nombrado jefe. Y no planeaba cambiar eso en el futuro. Por eso parecía aún más importante informarle sobre los acontecimientos y averiguar su posición al respecto.

Mientras Rafael ponía la ciudad patas arriba, Thalassa estaba en mi cama. Tan segura como era posible, porque eso había sido necesario para que yo pudiera siquiera ponerme en camino. La idea de dejarla sola no me agradaba. Tampoco el hecho de que ya hubiéramos encontrado un traidor en nuestras filas. ¿Y si había más y solo esperaban un momento como este para apuñalarme por la espalda?

—Ferrante sigue vivo. ¿Por qué? —Las primeras palabras que me dirigió, y aun así no falló en su objetivo.

Tuve que pensar en lo que había dicho, no, gritado, aquella noche. Lo importante que había sido para él no solo cortar la planta, sino arrancar la raíz completa y así erradicar el mal donde comenzaba.

—No sabemos cuál es su papel exacto en los nuevos acontecimientos. Por eso sigue con vida. —Y también porque no se mata al jefe del Outfit de Chicago sin desencadenar una guerra. Su estatus podría protegerlo por el momento, pero al final del día pagaría por sus acciones de todos modos. Sobre todo si lograba despertar la vieja sed de sangre de Ángel. El deseo de vengar una vez más la muerte de su hija...

—Cuéntamelo. Todo —exigió, y comencé a explicarle los últimos días. Nada de eso mejoraba mientras lo explicaba en voz alta una vez más. Finalmente, concluí el informe, y la reacción de Ángel no se hizo esperar.

—Su hija está bajo tu custodia, ¿verdad?

Posiblemente había olvidado mencionar que no la mantenía como prisionera, sino más bien todo lo contrario. Aun así, asentí.

—Mátala. Para que sepa lo que es perder a una hija. Una hija por una hija. Me parece justo.

—No —gruñí. ¿Alguna vez le había dicho que no? ¿Alguna vez lo había dicho tan rápido que resonó como el disparo de una pistola?

—¿No?

—Ferrante no fue el hombre que mató a Marisol. No tuvo nada que ver con eso. Ambos lo sabemos. —Era la verdad. Él no había estado presente; su presencia lo habría cambiado todo, sí, pero no había apretado el gatillo ni le había quitado la vida a mi hermana.

Curiosamente, no hacía mucho tiempo que yo había mostrado una reacción similar a la de mi padre. Me había querido convencer de que su muerte mejoraba la de Marisol. Que así le devolvía a Cesare lo que nos había hecho con su traición. Pero la verdad era diferente, y ahora incluso tan diferente que podía admitir tranquilamente que su muerte por mis manos me habría destruido en un nivel del que no habría vuelta atrás.

No quería verla sufrir. Al contrario. En mí despertaba lenta pero seguramente la necesidad de defenderla contra el mundo entero si era necesario. Contra cualquiera que la mirara de la manera equivocada.

—No me importa. Sus manos están manchadas de sangre. Pagará.

—Pero no con la muerte de Thalassa. El cartel está bajo mi mando. La decisión es mía.

Esperaba cualquier reacción, menos que se riera. A carcajadas. —Es mejor que su muerte, ¿no? Eso que me ocultas, *hijo*.

Por cómo lo dijo, casi sonaba como si todo entre Thalassa y yo fuera solo un plan péfido para mostrarle el dedo medio a Cesare Ferrante. Era un efecto secundario agradable, sí. Pero ciertamente no era la razón de la conexión que se había desarrollado entre nosotros.

—¿Crees que le enfurecerá si le doy lo que él nunca tendrá?

—Y ahí tienes su motivo. Quería usarla como llave para obtener el control sobre la ciudad. Probablemente Agustín no se comportó como él esperaba y ahora quiere limitar los daños trayéndola de vuelta a casa. Si no lo hace, solo le quedan dos hijos para casar en su beneficio.

—¿Qué sugieres?

—Dale lo que quiere. Sin dárselo realmente. Eso lo irritará hasta el fin de sus días, sin que pueda decir nada al respecto.

Lo miré asombrado. ¿Cuán rápido había renunciado a exigir su muerte? ¿Y todo porque le

había dado un rotundo no? Normalmente no se dejaba disuadir de obtener lo que quería. No aceptaba un no. Ni falta de respeto. Exigía lo que le correspondía. Siempre. Y sin remordimientos.

—Solo una cosa —añadió, inclinándose un poco más hacia mí—. Antes de que te cases con ella, tu madre quiere conocerla al menos una vez. Y si me escuchas, te asegurarás de que eso suceda. De lo contrario, te hará la vida imposible por toda la eternidad. Ya sabes lo terca que es.

Pero si apenas nos conocíamos desde hace unos días. ¿Cómo se le ocurría a Ángel que yo...?

Su mirada cambió, haciendo que sus ojos brillaran divertidos. —Cuatro semanas con tu madre y conmigo. Solo para recordarte.

Con eso, hizo que cualquier protesta en mí muriera de manera terriblemente efectiva. ¿Qué contraargumento podía encontrar a eso, cuando parecía que tendría que competir brevemente con el pasado de mi padre?

Ahora también divertido, crucé los brazos. —Solo que no estoy aquí para elegir contigo las flores del ramo de novia. Quiero saber cuál es tu postura respecto a Agustín.

—¿Y su mal comportamiento?

—Exactamente.

—Es el hijo de Marisol.

—Lo sé.

—Familia.

—Por supuesto.

—Prometiste cuidar de él.

—Y he hecho lo mejor que he podido. Pero parece que no ha sido suficiente.

—¿Aún no ha mostrado sus verdaderas intenciones, verdad? —La pregunta flotó entre nosotros durante un buen rato, sin obtener respuesta—. Tal vez solo esté un poco perdido. Necesita una mano que lo guíe de vuelta al camino correcto.

—Eso no justifica su supuesta colaboración con Ferrante.

—No. Pero el mundo no siempre es blanco y negro. Y por mucho que me gustaría ver correr sangre, a veces es más inteligente cambiar una satisfacción sangrienta por una diplomática.

Así que intentaría manejarlo de la manera que Ángel acababa de sugerir. Mucho de lo que quería comunicarme ni siquiera lo expresaba. Por ejemplo, sabía muy bien que le interesaba saber cómo Thalassa había logrado envolverme alrededor de su dedo. Solo que no lo preguntaría, prefería afirmar que mi madre quería conocerla a toda costa. Sin entrar en demasiados detalles, también trazaba un camino para el futuro del cártel. Uno en el que a Cesare Ferrante se le recordaría cada maldito minuto que en teoría lo poseía todo, pero en la práctica no sentiría ni una pizca de control en las yemas de sus dedos.

Tal vez era hora de montar un pequeño teatro solo para Cesare Ferrante, que idealmente no solo resolvería el problema con él y liberaría a Thalassa de la situación en la que estaba atrapada, sino que también aseguraría que Agustín volviera al cártel y olvidara lo que sea que estuviera persiguiendo.

—Te invitaría a estar presente mientras le anuncio las noticias a Cesare, pero me temo que eso ofrece un potencial de conflicto demasiado alto. —Rafael y Cesare. Thalassa y su padre. Cesare y yo. Tantas posibilidades de que todo escalara. Tendríamos las manos llenas para evitar que hubiera muertos durante este encuentro.

Se encogió de hombros, como si no importara mucho si él mismo estaba presente o solo se enteraba a través de mí de cómo había transcurrido esta conversación. Lo importante era que ocurriera, y que saliera exactamente como lo planeábamos.

—Ferrante es un hombre astuto. Nunca ha sido lo que aparentaba ser. En consecuencia, tampoco me sorprendería si sacara un as de la manga —continuó mi padre.

Sin embargo, con eso no me contaba nada nuevo. Ya había experimentado en carne propia cómo eran los ases de Ferrante. También había dejado caer la bomba sobre Agustín sin previo aviso. Me había revelado algo que inicialmente me había descarrilado inevitablemente. Exactamente lo que había querido lograr con ello. Creía que le compraría tiempo. O que haría que me alejara lenta pero seguramente de Thalassa. Todas las demás declaraciones que había hecho también estaban diseñadas para eso... ¿sabía lo poco exitoso que estaba siendo?

La edad no jugaba ningún papel en nuestro mundo. Había hijas que se casaban con hombres tres veces mayores que ellas, simplemente porque prometía un ascenso en los rangos para una de las familias o traía otras ventajas. Al final, hombres como Ángel y yo siempre hacíamos el mundo a nuestra medida.

—Bueno. Por una vez, creo que le llevo un paso de ventaja.

Asintió. Confiado. —Espero actualizaciones. Pronto.

—Por supuesto. En la próxima cena familiar ella estará presente. Para que *máma* pueda satisfacer su curiosidad.

A eso ya no recibí respuesta, pues ya había desaparecido en dirección a su coche. Antes no habría sido posible que las conversaciones entre nosotros transcurrieran de esta manera. Hubo tiempos en los que habíamos tenido discusiones acaloradas, en las que lo viejo chocaba con lo nuevo y no encontrábamos manera de representar los intereses de ambos al mismo tiempo.

Pero cuanto más tiempo pasaba dirigiendo el cártel y atravesando las aguas turbulentas de la criminalidad, más consciente me volvía del hecho de que la sangre, la muerte y la violencia no siempre podían, debían o tenían que ser la primera opción para resolver un problema. Como quiera que se le llamara.

Un régimen podía establecerse con sangre, pero nadie lo mantenía así. Se necesitaba más. Curiosamente, Cesare me había puesto este *más* tan generosamente frente a las narices que no tenía que hacer nada más que observar cómo florecía.

Me llevó un tiempo volver a mi propio coche y entrar. Los pensamientos sobre lo que estaba a punto de hacer corrían por mi mente. Un millón de preguntas. Un millón de posibles resultados, cursos, problemas. Tanta incertidumbre, excepto en un aspecto. No solo era un movimiento inteligente, sino también la única decisión absolutamente correcta si quería hacer una declaración clara.

Cuando finalmente entré en el coche, mis pensamientos se habían dirigido a otro asunto. El paradero de Agustín seguía siendo un misterio para nosotros, lo que hacía difícil tenderle una mano y sacarlo del caos que había causado.

Quería saber dónde estaba. Echarle una buena bronca para que no se le ocurriera volver a intentar colaborar con el enemigo. Tenía que averiguar sus motivos y asegurarme de que por fin encontrara un lugar en las filas del cártel, para que siguiera los pasos de los que su madre pudiera estar orgullosa. A veces me costaba recordar la promesa que le había hecho a Marisol. Desde luego, él no me lo ponía nada fácil, si pensaba en lo obsesionado que estaba por mantenernos a todos a una distancia respetable. Su interés por el cártel era tan limitado que algunos días se había convertido casi en una carga soportar su presencia.

Convivir con personas que eran como extraños para el propio trabajo era difícil. Llevaba a conflictos. Y, evidentemente, algunos de ellos no se podían evitar, por muchos problemas que se hubieran evitado antes. A pesar de todo, estaba claro que había que encontrarlo. Si no para tenderle una mano, entonces sin duda para evitar algo peor.

El estado de Dani se deterioraba tan rápidamente que solo era cuestión de tiempo antes de que sucumbiera a sus heridas. No quedaba mucho de la piel de su espalda. Se podían ver los músculos crudos que se extendían ensangrentados sobre los huesos, que sobresalían claramente en más de un lugar. Si no me equivocaba, Rafael no solo había arañado los tendones de Dani, sino que también había raspado repetidamente la punta de un cuchillo sobre los huesos. Era realmente un milagro que todavía estuviera más o menos consciente y que de alguna manera se mantuviera erguido en sus ataduras a pesar de las lesiones.

Tal vez se debía a los analgésicos cuidadosamente dosificados que le administraban, justo lo suficiente para evitar que perdiera el conocimiento por el dolor, pero no tanto como para que ya no sintiera nada de la tortura.

Ya llevaba días... y hasta ahora no había producido ningún resultado, aparte de la satisfacción que le daba a Rafael ver sufrir a este hombre.

En medio de la noche, el almacén estaba vacío y Dani estaba solo. El fresco aire nocturno soplaba por el almacén, por lo que nunca se sentiría cómodo, ni siquiera si de alguna manera lograba dormir unas horas.

Me paré frente a él con los brazos cruzados. Solo había una luz encendida, y estaba a unos metros de distancia. Los ojos de Dani estaban medio abiertos, pero sobre todo veía el blanco. Tal vez se estaba volviendo loco lentamente y su mente se estaba destruyendo a sí misma para escapar de la miseria que tenía que experimentar aquí.

—Tu jefe está en la ciudad —anuncié, sin alzar demasiado la voz. Los otros hombres no debían despertar; por una vez, no necesitaba testigos. Ni siquiera Rafael, que seguramente habría querido saber qué estaba haciendo con su prisionero—. Pensé que intercedería por ti. Que exigiría que te entregara. Pero no le interesa lo que te pase. ¿Cómo te hace sentir eso? ¿Diez años con el enemigo, solo para ser olvidado? ¿Para no importar?

—Mentira —logró decir entre toses. Todo su cuerpo temblaba con el violento ataque. Un fino hilo de sangre corría por su mandíbula. Por supuesto, se había deteriorado mucho en los últimos días; para hombres como él no había comida, y el agua estaba tan racionada que, aunque no lo mataba, tampoco prevenía precisamente la deshidratación.

Al menos había que reconocerle una cosa a Dani: no se había doblegado bajo las técnicas de tortura. Se había mantenido firme. Pero ¿de qué le servía resistir si nadie vendría a rescatarlo?

—No es mentira. Me he reunido con Cesare. Le he dicho que *todavía* estás vivo. Adriano también. Pero solo le interesa llevar a su hija de vuelta a los Estados Unidos —continué.

Si lo confrontaba con la verdad y le hacía ver que no había salida para él... esa era el arma perfecta para acorralarlo definitivamente. Se desmoronaría porque todo lo que había sacrificado en los últimos años de repente ya no tendría valor. Todo por lo que había trabajado, todo lo que había renunciado... sin valor. Así de simple.

—Tal vez tu puesto aquí solo era una forma de deshacerse de ti. ¿Diez años y ni un solo ataque por su parte? Parece que su interés en Málaga era muy limitado.

—Simplemente estaba esperando el momento perfecto —respondió, sonando tan desafiante como un niño pequeño.

Torcí la boca y sacudí la cabeza. —¿Y qué momento se supone que es ese? Se va con las manos vacías.

—Porque fue lo suficientemente tonto como para confiar en un mocoso.

Sentí ganas de reír. ¿Acababa de confirmar lo que Cesare me había revelado? ¿Agustín se

había puesto en contacto con la mafia, había propuesto un plan y había decidido, sin pestañear, colaborar con el enemigo?

—Le advertí —continuó. Suave. Lento. Su cuerpo se balanceaba un poco en las cadenas metálicas. Hacia adelante, luego hacia atrás. No estaba seguro de si Dani era siquiera capaz de fijar su mirada, porque cada vez que intentaba girar la cabeza en mi dirección, perdía el control de sus ojos.

—¿Advertirle sobre qué?

—No es honesto.

—¿Agustín?

Dani resopló. —Cree que tiene agallas, pero en realidad solo es un megalómano.

Instintivamente, mi mano se disparó hacia adelante, se cerró alrededor de su garganta y lo acercó a mí. Dani gimió porque la nueva posición tensaba sus hombros. Y como los músculos habían sufrido considerablemente por la tortura de Rafael, casi sonaba como si estuviera a punto de dislocarse los hombros en cualquier momento. Aun así, seguí sujetándolo exactamente de la misma manera. —¿De qué estás hablando?

—Está jugando. Pero el precio es demasiado alto. Cesare creía que de todos modos tenía la sartén por el mango, así que no le importaba... —Con cada palabra que Dani pronunciaba, su habla se volvía más arrastrada. Menos clara. Como si tuviera problemas para formar las palabras o recordar cómo se pronunciaban correctamente—. Cesare siempre ha sido bueno deshaciéndose de algo cuando ya no le parece lo suficientemente bueno. O cuando significaría demasiado trabajo. Supongo que ese es mi caso también.

La risa que salió de su garganta sonaba extraordinariamente amarga.

—Es tan bueno dando a su gente razones para darle la espalda... todo lo que tengo que hacer es esperar. Paradójico, ¿no? —Cesare había logrado en muy poco tiempo hacer que varias personas lo repudiaran. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que hubiera un cambio de poder entre las familias mafiosas de Nueva York? Una vez que se supiera lo miserablemente que había fracasado en sus planes y lo que le había costado el éxito...

El destino aparentemente había intervenido por sí mismo para distribuir el karma por sus acciones.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué lo que le había traído a Dani como regalo. Había sido consciente de lo que la revelación sobre la lealtad unilateral le haría.

—Contéstame una última pregunta, Dani —continué y levanté la jeringa para que pudiera echarle un vistazo.

—¿Cuál? —logró decir, con la mirada ya fija en el contenido letal de la jeringa.

—¿Tenía planes de apoderarse de Málaga? ¿De destruir el cártel?

Un resoplido se le escapó. —Por supuesto. Nueva York ya no le es suficiente.

Quitó la tapa de la jeringa. —Fentanilo. Te lo entregaría, pero... —Con los dedos rotos, difícilmente podría inyectarse la jeringa él mismo.

En realidad, el simple contacto con el opioide era suficiente para provocar una reacción potencialmente mortal; en su estado, sin duda sería fatal. Pero también conllevaba riesgos que no estaba dispuesto a correr.

—Te dejo elegir tu propia muerte porque has respondido a mis preguntas. Por tu traición y deslealtad ya has sufrido lo suficiente a manos de Rafael —expliqué, aunque era completamente irrelevante—. Así que dime, ¿quieres que te administre esto? ¿O prefieres esperar a que tu cuerpo te falle lenta y dolorosamente?

—Hazlo, Rojas —siseó.

Sabía exactamente lo que pasaría. Su respiración se ralentizaría. Se sentiría cansado. Su conciencia se perturbaría hasta que finalmente se produjera un paro respiratorio o cardíaco. Lo que fallara primero.

Nadie sospecharía nada; para todos los demás, simplemente habría sucumbido a sus heridas durante la noche.

Con un movimiento rápido, clavé la jeringa en su cuello, le administré la sustancia y luego la guardé de nuevo. Después me di la vuelta, apagué la luz y me dirigí de vuelta a la *Alcazaba*.

A algunos hombres no hace falta mirarlos a los ojos mientras mueren.

Fuera como fuese que habíamos pasado de su coiletero en mi cama a que ella misma estuviera bajo mis sábanas, estaba agradecido por la sensación que se instaló en mi pecho tan pronto como entré en el dormitorio.

Dormía lo suficientemente profundo como para no despertarse con mi entrada, lo que al menos significaba que tenía la confianza suficiente para no preocuparse automáticamente cuando la dejaba sola al cuidado de mis hombres.

De camino a la cama me deshice de toda la ropa y cuando finalmente me acosté a su lado, pasaron exactamente dos segundos antes de que su cálido cuerpo se acurrucara contra mí por sí solo. Como si siempre hubiera sido así.

Escuché su respiración regular y cerré los ojos. Mostrarle a Dani un atisbo de misericordia había sido una decisión espontánea cuando me di cuenta del tipo de juego en el que todos estábamos realmente involucrados. Aunque la conversación con mi padre también seguía resonando en mí, lo que Dani había insinuado sobre Agustín, sin que yo siquiera lo mencionara... confirmaba lo que había estado en el aire todo el tiempo y hacía todo lo demás aún más difícil.

Lentamente, deslicé el brazo alrededor de los hombros de Thalassa, apretándola más contra mí. Una parte de mí quería enfadarse. Con Agustín y con lo que había pasado. Con el hecho de que también debía ser mi culpa los caminos que ahora recorría. Pero al igual que en aquella primera noche, su presencia ejercía un efecto sobre mí comparable al de una droga. En este caso, una droga que mi propio cuerpo producía. Un traidor de pies a cabeza, pero eso siempre lo había sabido.

Al igual que el hecho de que siempre me había sentido atraído por mujeres que pintaban mi oscuridad un poco más clara. Sin embargo, Thalassa superaba eso en todos los aspectos. No intentaba aplicar una segunda capa de pintura sobre algo que no se podía ocultar. En su lugar, simplemente ampliaba el marco. La imagen. Le daba a la oscuridad un marco que no era también negro.

Se movió justo cuando estaba a punto de sumergirme más profundamente en esta metáfora. En un movimiento perezoso, se deslizó sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo, apoyando la cabeza en mi hombro. Automáticamente, rodeé su espalda con un brazo, mientras la otra mano se deslizaba bajo sus bragas para descansar en su trasero.

—¿Quieres hablar de ello? —murmuró, claramente atrapada en un estado de duermevela.

Negué ligeramente con la cabeza. —No es necesario. Sé lo que hay que hacer.

—No voy a dejarte, ¿sabes?

Una de mis cejas se arqueó. —¿Por qué dices eso?

—Rafael dijo que podrías temerlo —murmuró contra mi cuello—. Así que pensé en dejarlo claro que no es así.

Rafael. Por supuesto que tenía una visión más profunda de mis miedos y preocupaciones que yo mismo. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Lentamente, deslicé los dedos por su espalda. —De todos modos, no te habría dejado ir.

En cuestión de segundos, un agradable escalofrío se extendió por su piel desnuda.

—¿Qué más dijo? —pregunté, claramente aprovechándome de su estado actual.

Se le escapó un sonido pensativo, un suave *hmm*, que sonaba muy similar al que emitía inconscientemente cuando la besaba y, unos segundos después, se daba cuenta de que no la dejaría ir tan fácilmente.

—Nada. Solo desea que no te pase lo mismo que a él —Por supuesto que lo deseaba. Rafael y yo éramos como hermanos y solo queríamos lo mejor el uno para el otro. Darle la libertad a Andra había sido su decisión, aunque sufría por ello cada maldito día. El hecho de que al mismo tiempo me tratara con benevolencia y de alguna manera se asegurara de que al final no lo arruinara con Thalassa, demostraba claramente qué tipo de hombre era. Y sobre todo, probaba que hacía bien en tenerlo a mi lado. En confiarle mi vida sin dudar ni un segundo.

Sin embargo, la presencia de Thalassa aparentemente no solo tenía una influencia positiva en mí, sino también en Rafael al mismo tiempo. Hablaba más. Contaba más. Mencionaba a Andra. A veces lo oía reír, lo que en su caso era realmente más que un milagro.

La dejé volver del duermevela al sueño profundo. Mañana por la mañana la pondría al tanto del plan que se había consolidado en mi mente durante las últimas horas, y entonces descubriríamos de qué madera estaba realmente hecho su padre. Lo que planeaba ciertamente no era poca cosa y conllevaba más de un riesgo, pero también significaba que no habría derramamiento de sangre si todos se atenían a reglas civilizadas.

No podía evaluar a algunos de los jugadores en el campo, pero para eso tenía a Thalassa. Ella sabía si sus hermanos se volverían una amenaza o si seguirían ciegamente la decisión de su padre. Si se saldrían de la fila para probarse a sí mismos.

Rafael sería mi problema, porque por mucho que hubiera apoyado la idea de simplemente pegarle un tiro a Cesare Ferrante, ahora me parecía imprudente después de la conversación con mi padre. Una muerte rápida frente a varios años en los que recordaría una y otra vez lo que había perdido en Málaga. Era casi un poco péfido, pero me daba aún más satisfacción.

Ferrante era la última espina en mi costado, y una vez que la sacara, esta ciudad ya no correría el peligro de ser dominada por su presencia. No le entregaría ni el más mínimo trozo de control. Al contrario. Se lo quitaría por completo.

Con cuidado, incliné la cabeza, deposité un beso en la cabeza de Thalassa y me quedé mirando la oscuridad que tenía el cuarto firmemente agarrado. Todo seguiría su curso y sucedería exactamente como debía. Yo estaría al lado y reclamaría el resultado para mí.

Dani estaba muerto, se había alejado de Cesare en sus últimos minutos. Adriano estaba en vías de recuperación, estaba de nuestro lado y, si realmente demostraba su valía, también recuperaría su antiguo trabajo. Había pasado años en presencia de Thalassa sin querer hacerle daño. No se podía decir lo mismo de ninguno de mis hombres.

Tan pronto como Cesare Ferrante estuviera de vuelta en los Estados Unidos, cumpliría el otro deseo de mi padre y arrojaría a Thalassa al estanque de tiburones que sin duda representaba una visita a mis padres. Ella se impondría una vez que se diera cuenta de lo que realmente importaba durante estos encuentros. Cahal también lo había dominado, así que Azahar Rojas no representaría un gran desafío para ella.

Me ocuparía de Agustín tan pronto como lo tuviéramos en nuestras manos —lo mismo aplicaba para la rusa, de la que tampoco había rastro. Ambos no podían esconderse eternamente.

En algún momento, uno de los dos cometería un error, y tal vez encontrar a uno significaría automáticamente encontrar al otro. Después de todo lo que había oído hasta ahora, no me sorprendería en absoluto si Agustín también hubiera logrado congraciarse con los rusos.

Pero nada de eso hacía que mi pulso se acelerara en este momento, y eso se debía única y exclusivamente a la mujer en mis brazos.

TALIA

Esa es la peor idea que he escuchado jamás —solté, tratando de no decirle directamente a Santiago que debía haber perdido el juicio.

Rafael parecía sentir lo mismo que yo, pues sacudía la cabeza repetidamente. —¿Por qué demonios querrías meter a esa familia en la misma habitación que nosotros? ¡Esto solo puede terminar en un baño de sangre!

Aunque escuchó nuestras objeciones, Santiago las desestimó con un gesto. Era evidente que ya había tomado la decisión y lo que dijéramos no importaba en absoluto. Me puse las manos en las caderas e intenté descifrar qué pretendía lograr con esto.

Una reunión con toda la familia: en mi mente ya veía las bolsas para cadáveres apiladas en una esquina antes de que comenzara el encuentro, listas para usar cuando fueran necesarias.

—La reunión se llevará a cabo. Una cena civilizada. No es mucho pedir. —Las palabras de Santiago sonaban definitivas. Su decisión era inamovible, lo que significaba que a Rafael y a mí no nos quedaba más remedio que seguir la corriente y prepararnos para una velada que ya se sentía como una excursión al mismísimo infierno.

Entramos por la puerta principal del club, pasando junto a los porteros y la fila de espera. Desde los primeros metros era evidente que no se trataba de un establecimiento normal. Hasta ahora no había estado en ninguno de los negocios que Santiago dirigía, pero este club encajaba con él de una manera que no hubiera creído posible.

Sin embargo, no era él quien estaba a mi lado y me guiaba entre la multitud con una mano en mi espalda, sino Rafael. Su mirada estaba en todas partes, como si esperara que en cualquier momento uno de los *sicarios* de mi padre apareciera frente a nosotros y me arrebatara de su cuidado.

Automáticamente arrugué la nariz. El escenario no era tan improbable como me hubiera gustado.

Rafael me condujo hacia una escalera, y con cada peldaño que subíamos, la música del club se hacía más tenue. El volumen se desvaneció por completo cuando llegamos al cuarto piso. Mientras que los pisos inferiores no tenían ventanas, este piso estaba compuesto casi enteramente de cristal. Se podía contemplar la ciudad, como si estuvieras en medio de ella, a pesar de encontrarte dentro de un edificio.

Todo el piso estaba despejado, a excepción de los empleados que esperaban para entrar en acción.

—No olvides que todo esto es un juego. Es jodidamente importante que ganemos. —Rafael se había inclinado ligeramente hacia mí para susurrarme las palabras directamente al oído.

Precisamente por eso no era Santiago quien estaba a mi lado. Un juego. Y el premio era alto. Mi padre también intentaría ganar.

En algún rincón al fondo, oculta tras enormes plantas, la familia Ferrante esperaba a que comenzara la velada y se desarrollara a su favor. Sin embargo, el primer desaire les llegaría pronto, pues al llegar tarde, Santiago no solo reclamaría toda la atención, sino que también dejaría claro lo poco que le importaban Cesare y su tiempo.

Los pocos metros hasta el rincón elegido se recorrieron rápidamente. Nadie estaba sentado. Mi padre estaba de espaldas a nosotros frente a uno de los ventanales que llegaban hasta el suelo. Mis hermanos miraban fijamente sus smartphones, como si hubiera información extremadamente importante que leer allí. Solo mi madre reaccionó de inmediato —y de manera exagerada— a nuestra llegada.

—¡Talía! —exclamó aliviada.

Su mirada me recorrió de arriba abajo. Vi cómo absorbía mi aspecto. El vestido corto que Santiago había elegido. Los zapatos mortíferos. Todos los pequeños detalles que enviaban un mensaje claro: mi apellido ya no decía a quién pertenecía. Luego examinó a Rafael. Pequeñas arrugas se formaron alrededor de sus ojos cuando los entrecerró ligeramente. Él se había quedado con una simple camiseta negra y unos pantalones cargo de estilo militar. Incluso las pesadas botas decían que tenía poco que ver con las modas más refinadas.

No encajaba en la imagen que presentaba la familia Ferrante. Trajes oscuros, un vestido de tubo en mi madre. Modesto. Sin revelar demasiado.

Después de recuperarse, al siguiente segundo se deslizó hacia nosotros. Sus manos aterrizaron en mis hombros. —Ven con tu padre. Así podremos irnos a casa de una vez —dijo, con un tono suplicante en su voz.

Mientras me hablaba, ignoraba completamente a Rafael. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, él se hizo notar con un carraspeo, justo cuando Rhea, mi madre, intentaba dirigirme suavemente fuera de su agarre.

Planté los pies en el suelo. —Podéis iros ahora mismo si ese es tu deseo. Pero sin mí.

Como si se hubiera quemado conmigo, de repente me soltó. El sonido que escapó de su boca hablaba de pura decepción, que ni siquiera intentó ocultar, aunque normalmente se enorgullecía de mantener siempre una cara de póker.

—Deberías entrar en razón, niña. Porque esto está tomando proporciones que ninguno de nosotros puede aprobar. —Sonaba como si necesitara su bendición. Su permiso para estar aquí siquiera.

Con una mirada de reojo a Rafael, enderecé los hombros. Sin perder el ritmo, me condujo a la mesa, solo para sacar una de las sillas. Después de que me senté, él se acomodó en el lugar a mi derecha.

Esta noche no habría desarrollos imprevistos.

Mi padre se apartó de la ventana, dirigiéndose con determinación hacia la silla a mi izquierda. —Ese es el lugar de Santiago —dije lo suficientemente alto como para que se detuviera en seco. Sus dedos se crisparon delatadoramente.

Miró a su alrededor de manera demostrativa. —Pero él no está aquí.

—No importa. No me sentaré a tu lado.

Ares levantó la cabeza bruscamente, apartando por fin la mirada de su smartphone. Sus ojos se clavaron en mi rostro. Una advertencia tácita sobre lo imprudente que era llevar las cosas tan

lejos esta noche.

Sin embargo, mi padre mantuvo su fría fachada y, en su lugar, sacó la silla frente a mí de debajo de la mesa. Con movimientos lentos, se dejó caer en ella, mirándome fijamente a través de lo que nos separaba.

—Unos días con estos salvajes y te comportas como si te hubieras criado en el arroyo —constató.

Me recliné. Curiosamente, no sentía tensión en mi cuerpo. Ni ira. Solo la calma antes de la tormenta. Por un momento, mi mirada se posó en la mano de Rafael, que bajo la mesa me indicaba que pensara bien lo que iba a responder. Así que incliné la cabeza antes de hablar.

—En tu lugar, no atribuiría este comportamiento a los hombres con los que me rodeo —repliqué—. Ellos no me vendieron. Ni me traicionaron.

—Seguramente no tardará mucho en que lo hagan. Los conozco. Desde hace tiempo. —Unas cuantas frases y ya estaba intentando jugar conmigo. Desestabilizarme—. ¿Ya te ha hablado de su hija? Me refiero a Rafael. La traicionó. Y luego su mujer lo abandonó.

Mi mano se disparó hacia adelante, clavando mis dedos en el muslo de Rafael antes de que pudiera saltar por encima de la mesa para estampar su puño en la cara de Cesare. Sentí cómo tensaba todos sus músculos, pero no me atreví a mirar su rostro.

Cesare no estaba contribuyendo precisamente a que Rafael olvidara su intención de matarlo en cuanto lo viera.

Apretando los dientes, observé a mi padre por un momento. —Te convendría no hablar de acontecimientos en los que no estuviste presente.

Fue mi madre quien contuvo bruscamente la respiración. Sin embargo, la mirada de mi padre era letal.

—No creo que estés en posición de darme consejos, Talia. No tienes ni idea de lo que está pasando.

Lentamente, me encogí de hombros. —Conozco los datos relevantes. El intento de venderme a Agustín Rojas para que tú obtengas una ventaja. Por ejemplo.

Mis sentidos se agudizaron inesperadamente y me di cuenta de que Santiago acababa de entrar en el edificio. Sentí su presencia y registré cómo toda la energía cambiaba.

—De todos modos, deberías casarte. Aunque parece que ahora tendré que reconsiderar este asunto.

Sin previo aviso, se me escapó una risa. Rafael, a mi lado, estaba a punto de explotar internamente. Probablemente eran solo mis dedos, que seguían clavados en sus músculos pétreos de la pierna, lo que le impedía hacer algo muy, muy estúpido.

Se me escapó un suspiro. —¿Cuántas veces tendré que repetirme sobre esto? No voy a volver a los Estados Unidos y ciertamente no me casaré con ninguno de esos hombres que tienes en mente.

Al margen, me había dado cuenta de que se habían acercado pasos detrás de nosotros y ahora sentía la presencia de Santiago tan claramente que una sonrisa se formó automáticamente en mis labios.

—Te agradezco de verdad que hayas enviado a Thalassa, Cesare. Se está desempeñando bien en mis filas. —La voz profunda detrás de mí me provocó escalofríos en los brazos. Al segundo siguiente, su mano estaba sobre mi brazo mientras se deslizaba con desenfado en la silla a mi lado.

Los ojos de mi padre echaban chispas, sobre todo porque Santiago no hacía ningún ademán de quitar la mano de mi brazo. Por un momento, nuestras miradas se encontraron. Le sonreí,

asegurándole que todo estaba bien.

Hasta ahora no había muertos. Era un comienzo.

—Creo que mi hija debería sentarse con su familia. Después de todo, nos acompañará de vuelta a los Estados Unidos y no hay razón para que nadie la vea como miembro del cártel.

Automáticamente contuve la respiración porque Cesare se atrevía a contradecir tan abiertamente las palabras de Santiago. Pero no fueron los dos hombres a mi lado quienes tomaron la palabra. Sino yo.

—Me enviaste a Málaga como una especie de regalo pérfido —solté, dejando entrever parte de mi ira por ello—. No puedes creer realmente que me voy a sentar al otro lado de esta mesa.

—¿Entonces crees que es correcto que te asocien con estos hombres? —Así que era una vergüenza para la familia que me vieran con el cártel Rojas... una opinión interesante, considerando que me había vendido tan generosamente a Agustín.

—Me temo que no es solo una *asociación* —repliqué con acidez, permaneciendo ostensiblemente en mi lugar entre Santiago y Rafael, mientras ambos concentraban obviamente al menos la mitad de su atención solo en mí. Sus cuerpos estaban orientados hacia mí, su posición gritaba protección y el hecho de que Santiago siguiera aferrado a mi brazo mientras Rafael seguía usando mi mano para contenerse, despejaba la última pizca de dudas y preguntas.

En realidad. Para todos, excepto mi padre, que evidentemente seguía sin querer entender qué me había pasado para que lo rechazara de esta manera. Lo mantuviera a distancia.

—Entonces eso queda claro —concluyó Santiago con un gesto indolente, y le hizo una seña a una de las camareras para que le trajera un vaso de su ron favorito. *Black Tot*. El líquido negro parecía capaz de desarrollar repentinamente propiedades letales.

La tensión aumentó. Nadie se atrevía a decir nada. Mientras mi atención estaba puesta en Santiago, Rafael fijaba la mirada en mi padre. Este, a su vez, me miraba fijamente, mientras mi madre lo observaba de reojo. Ares y Ker también miraban en mi dirección, como si esta cena dependiera de mi comportamiento para subir o bajar.

—No habrá una cena conjunta —anunció Santiago finalmente—. Esto es solo una pequeña reunión informativa.

Cesare abrió la boca, pero Santiago no permitió que lo interrumpiera.

—Estoy aquí para decirte que estoy dispuesto a darte lo que quieres.

Sorprendidos, Rafael y yo giramos la cabeza hacia Santiago, cuya mano sobre mi brazo de repente pesaba varios kilos. Aún no había terminado su frase, pero en el rostro de mi padre ya se vislumbraba un atisbo de triunfo.

—Quieres que tu familia tenga voz en Málaga. Puedes tenerlo. Quieres poder. Lo tendrás. Influencia. También —continuó Santiago. No podía hablar en serio. No entregaría esta ciudad a mi padre si había cultivado su odio hacia él durante diez años—. Thalassa ocupará el lugar a mi lado. Es una Ferrante. Y tiene libre elección en cuanto a cómo quiere involucrar al *Outfit*.

La bomba estalló ante mis ojos.

Me quedé sin palabras.

¿Qué acababa de decir?

Mientras yo aún luchaba por comprender el alcance de sus palabras, Cesare fue el primero en recuperarse. —Ella no es apta para eso. Uno de mis hijos se quedará y hará el trabajo por ella.

Una mirada al rostro de Rafael me dijo que él sabía tan poco de esta decisión como yo. ¿O era parte del juego? ¿Era una farsa, una mentira con la que Santiago quería desterrar a mi padre de vuelta a los Estados Unidos? ¿Iba a retractarse enseguida y hacer otra propuesta que pareciera mucho más aceptable en comparación con lo que acababa de decir?

Pero la respuesta de Santiago consistió inicialmente solo en una risa, antes de que se controlara. —Trabajaré con exactamente una persona de tu maldita familia. Al resto no quiero verlo más en esta ciudad. Esto es exactamente lo que querías, ¿no? Que tu nombre tenga un significado en esta ciudad.

Había pocas respuestas seguras a esta pregunta provocativa. Yo era tan consciente de ello como mi padre. Si decía una palabra equivocada, se exponería a sí mismo. Si admitía que había conspirado en un intento de tomar el control de la ciudad, ya no habría razón para que Santiago o Rafael guardaran sus armas.

Una delgada sonrisa se extendió por los labios de Cesare. —No creo que ella deba poseer ese tipo de poder. Es una mujer. Una mujer joven e inexperta que no tiene idea de lo que quiere. Podrías hablar con todos los hombres que ha conocido en los últimos años.

¿Creía que lograría algo con eso? ¿Consideraba a Santiago lo suficientemente superficial como para usar eso como razón para alejarme de él? Si acaso, estaba haciendo que su aversión hacia mi padre creciera aún más. Los hombres aquí tenían poco aprecio por las prácticas anticuadas que la mafia aún implementaba.

Se aferraban a ellas de manera casi exagerada, porque a menudo era la forma más fácil de asegurarse ventajas. En lugar de buscar una conversación y confiar en la credibilidad de un hombre, se vendía a la hija al hijo del enemigo, creyendo que esto creaba una paz que ataba las manos de ambas partes, impidiendo un ataque a la otra parte.

Bueno. Política medieval. En España, las cosas se manejaban de manera diferente y Santiago estaba haciendo un gran espectáculo para demostrarlo. Sin embargo, este desarrollo inesperado despertó nerviosismo en mí.

Lo que me estaba ofreciendo sin dudarlo no solo era un gran gesto, sino también otra prueba de lo que existía entre nosotros.

—Ese es un intento realmente barato, Ferrante. Lamentable en el mejor de los casos —gruñó Rafael a mi lado. Su mano se había posado sobre la mía, agarrándola con fuerza. Mientras Santiago maltrataba mi brazo y lo usaba como un maldito ancla para sostenerse, Rafael usaba mi mano del otro lado. Tal vez saldría del restaurante más tarde con huesos rotos.

Me contuve de dar la justificación que tenía en la punta de la lengua y en su lugar me lancé a lo que le parecería una puñalada a mi padre. —Acepto el puesto. Pero no creo que el nombre Ferrante vaya a jugar un papel importante por mucho tiempo. Por un lado, la familia no tendrá voz y por otro... me gusta cómo suena Thalassa Rojas. Tiene algo, ¿no?

No era solo una puñalada. En principio, también estaba girando la hoja mientras estaba profundamente clavada en su cuerpo. Internamente, no pude evitar reírme.

Santiago realmente le había dado todo lo que quería. Solo que lo puso en mis manos, sabiendo bien de qué lado estaba yo y quién se había ganado mi lealtad. Mi padre la había perdido en el mismo aliento, y todo debido a sus propias acciones. Sus hechos. Las intrigas en las que me había involucrado, solo para mentirme en la cara y fingir algo que ni siquiera se acercaba remotamente a la realidad.

—Suena perfecto. —Las palabras de Rafael hicieron que Santiago se levantara y automáticamente me llevara con él.

—Entonces todo está dicho. Para el final de la semana habrán abandonado la ciudad, Cesare. De lo contrario, la próxima reunión no será tan agradable. —Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y yo con él.

Oí la acalorada discusión que estalló detrás de nosotros. La ira. La furia. También estaba el deseo de sacar el arma y disparar a Santiago por la espalda, cometer un asesinato cobarde a

sangre fría... pero por alguna razón Cesare no lo hizo.

¿Porque Rafael estaba detrás de nosotros? ¿Porque temía las consecuencias que tendría matar a un hombre como Santiago?

No importaba, logramos llegar a las escaleras y una vez que pasamos la primera, todo lo demás dejó de importar de todos modos.

—¿Eso era parte del juego? —pregunté.

—No. ¿Lo tuyo iba en serio?

—¿Que tengo la mira puesta en tu apellido? —Se me escapó una risa nerviosa—. Me gustaría negarlo, pero... sí. Iba en serio.

—Bien. Mi madre quiere conocerte. Te adorará. —La conversación que estábamos teniendo era tan malditamente bizarra, considerando el delicado equilibrio que acabábamos de atravesar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

De repente, me encontré con la espalda contra la pared, Santiago directamente frente a mí. Me miró seriamente. —Porque lo pones condenadamente fácil.

Abrí la boca para responder algo, pero él selló mis labios con un beso que me dejó sin aliento en cuestión de segundos.

Rafael se aclaró la garganta. —Creo que él no sobrevivirá a esta vista. Y pensándolo bien... yo tampoco. Moveos.

Sonriendo, me separé de Santiago. —¿No querías hacer poco darle un espectáculo a algunos conductores? —pregunté, con un tono casi inocente.

Rafael maldijo. —Hacéis mi trabajo mil veces más difícil de lo que debería ser.

La expresión de Santiago ya me revelaba lo que diría a continuación, y automáticamente me aparté unos pasos en la dirección opuesta.

—Eso no es lo único que se está poniendo más difícil aquí.

—¡Gracias por esa información absolutamente innecesaria, Santi! —gritó Rafael, porque Santiago ya se acercaba a mí con una intención muy clara.

Casi esperaba que me echara sobre su hombro y me llevara al coche, pero en su lugar me tendió la mano de manera exageradamente civilizada. Molestar a Rafael de esta manera nos divertía a ambos.

Sin mirar atrás, me dejé guiar fuera del club y hacia el coche. —Podrías haberme avisado —dije tan pronto como llegamos al vehículo y no había nadie más al alcance del oído.

—Me habría arruinado la diversión.

—¿Pero por qué?

—Porque tiene sentido vencerlo con sus propias armas. Quería la ciudad y el cartel para sí mismo. Sin embargo, no puede perder la cara. Así que debe aceptar la oferta... o pintarse una diana en la frente. Sabe que al menos un hombre está esperando ese momento.

—Entonces, ¿crees que desaparecerá?

—Si no lo hace, no saldrá vivo de la ciudad.

La aparición de mi familia fue todo menos algo de lo que estar orgulloso. Mientras mi padre mostraba el mismo comportamiento arrogante de siempre cuando se encontraba entre extraños, mi madre pasó completamente desapercibida a su lado. Había perdido su voz, aunque normalmente estaba orgullosa de poder guiar a mi padre en la dirección correcta en muchos aspectos. De influir en él y en sus decisiones siempre que fuera en el interés de la familia. O en el

interés de nuestra protección. Hoy se había mantenido callada, desapareciendo en el fondo. ¿Estaba de acuerdo con sus declaraciones? ¿O ahí estaba la razón por la que ni siquiera se había atrevido a abrir la boca? Por no hablar de mis hermanos. Normalmente aprovechaban cualquier oportunidad para demostrar sus habilidades, pero hoy también habían estado sospechosamente callados. Como si Cesare les hubiera inculcado que no tenían absolutamente nada que decir en este asunto.

Aunque Santiago me había asegurado que no era parte de un juego, aún no podía creer completamente sus palabras. Se sentía surrealista. Como un universo paralelo. ¿De dónde sacaba esa confianza ilimitada para elevarme a una posición como esta? Ya había demostrado frente a Cahal que lo decía en serio, pero una parte de mí había estado convencida de que decía todo eso solo para ejercer cierto poder sobre su interlocutor. A estas alturas ya no estaba tan segura, sobre todo por Rafael, quien ya me había pronosticado esto y cosas similares. Sin embargo, nada de esto se sentía mal, y posiblemente era eso lo que me hacía perder el suelo bajo los pies. La sensación de que no podía ser tan sencillo. Que había un truco, o que algo sucedería que impediría todo esto.

Sin embargo, no tuve mucho tiempo para todos estos pensamientos, porque en el siguiente segundo noté cómo el coche reducía la velocidad. Recordé la noche después de la arena, cuando Santiago estaba sentado a mi lado, herido y sangrando, y me había mentido en la cara. Cómo habíamos discutido sin poder dar una válvula de escape al ambiente explosivo.

—¿Siempre le coges la mano a Rafael cuando no estoy cerca? —La pregunta salió de su boca de manera tan provocativa que inmediatamente empecé a reír.

—¿Quieres castigarlo por eso? Necesitaba una razón para no saltar por encima de la mesa y arrancarle los órganos a Cesare.

Santiago torció la boca. El coche iba cada vez más lento, su destino —el borde de la carretera— ya demasiado evidente. —No, quiero castigarte a ti.

—¿Por ayudarlo?

Un gruñido escapó de sus labios. —Porque necesito una razón para hundirme en ti, y él fue la voz de la razón en el restaurante para no hacerlo inmediatamente.

—Se toma su trabajo muy en serio —respondí divertida.

El coche se detuvo abruptamente. Inmediatamente me quité el cinturón y trepé del asiento del copiloto al regazo de Santiago. Mi vestido se subió, de modo que su erección se presionó perfectamente entre mis piernas. Solo la tela entre nosotros evitaba que estuviera inmediatamente dentro de mí.

Esperaba que tomara el control, que me quitara mi posición a la fuerza, pero por el momento parecía satisfecho con que yo tirara de su cinturón y liberara su miembro de la molesta prisión que representaban sus pantalones. En un movimiento fluido, levanté las caderas y al mismo tiempo lo coloqué en posición debajo de mí.

Un temblor recorrió mi cuerpo cuando su boca se deslizó por mi cuello. Mi corazón se tropezó, solo para hacer que mi pulso se acelerara al momento siguiente. El calor se disparó a todas mis extremidades, amenazando con consumirme, aunque ni siquiera estaba dentro de mí y los besos, ahora en mi nuca, solo daban un suave presagio de la pasión que se apoderaría de nosotros en cualquier segundo.

Tan pronto como sentí que su punta se introducía un centímetro en mí, despertó el deseo de sentirlo tan profundo como fuera posible. Solo que eso no sería suficiente. Nunca lo era.

De repente, sus manos estaban en mis caderas y con un movimiento fuerte me empaló en su miembro. El aire salió de mis pulmones mientras él maldecía en mi cuello. Palabras en español

salieron de su boca, demasiado rápidas y oscuras como para que yo entendiera siquiera un fragmento.

No podía soportar simplemente sentirlo dentro de mí, así que comencé a frotar mis caderas contra las suyas. Me empujé hacia arriba, volví a hundirme sobre él, buscando apoyo en sus hombros.

Cada movimiento enviaba otra oleada de placer a través de mí, seguida de cerca por la desesperación, porque se sentía tan condenadamente bien que no tenía idea de qué hacer con todas las sensaciones que él despertaba en mí. Que cada palpitación de su polla dentro de mí intensificaba aún más.

Sus manos se deslizaron sobre mi cuerpo, dejándome el control sobre el ritmo y la intensidad de la forma en que me penetraba. Pero solo por una razón, pues sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás y exponiendo mi garganta a sus rudas caricias, que desde ese punto se disparaban directamente entre mis piernas, como si hubiera una conexión directa.

—Quiero probarte algo —su gruñido vibró sobre mi piel.

Se me escapó un jadeo, la única respuesta que pude articular.

—No importa cuántos hombres hayan cortejado tu atención antes. —Las palabras de mi padre. Habían tocado un nervio después de todo.

La mano libre de Santiago se deslizó por mi muslo desnudo, dejando tras de sí un rastro cálido que me excitó aún más. Sin esfuerzo, hizo que la fuerza con la que lo follaba ganara más énfasis.

—No importa porque eres perfecta para *mí*. Porque tu coño fue creado para mí. Para mi polla. Dame unos días más, y tu cuerpo no responderá a ningún otro toque que no sea el mío. Te mojarás cuando te mire, pero para todos los demás ni siquiera tendrás una segunda mirada. Mi cuerpo controla tus orgasmos. Llegará un momento en que ni siquiera tus dedos serán capaces de darte alivio, Thalassa. Solo yo. Así que no importa quién te haya tocado antes. Sé que ya los has olvidado... y en el futuro solo existiré yo y el mundo que pongo a tus pies.

—Oh, joder, Santi —solté. En ese mismo momento, atravesé una pared de pura éxtasis que me hizo correrme al instante.

Su mano se cerró alrededor de mi garganta. —Exactamente de eso estoy hablando.

Perdí el ritmo, sintiendo cada temblor de mi cuerpo con claridad. El orgasmo tiraba de mis músculos, incluso provocó que me sintiera mareada por un breve instante. Pero Santiago no me soltó.

Me penetraba una y otra vez, aumentando mi sensibilidad a lo que estaba azotando a través de mí hasta lo inconmensurable. No podía bajar de mi clímax, porque cada vez que entraba en mí, su polla dura como una roca se deslizaba sobre ese punto dulce que se sentía demasiado bien como para no perseguir lo que estaba construyendo dentro de mí.

Palabras suplicantes salieron de mi boca, rogando que no parara lo que me estaba haciendo.

Su risa oscura vibró a través de mi cuerpo, casi haciendo que me corriera de nuevo en el acto. Pero en lugar de darme la oportunidad de entregarme a la sensación, abrió la puerta de golpe.

—Déjame hacerlo aún mejor. —Sonaba tan fuera de sí como yo me sentía. Dominado por nuestros cuerpos y los instintos animales de follarnos tan duro que todo lo que sucedía a nuestro alrededor ya no importaba.

No tenía idea de cómo, pero logró sacarnos a ambos del coche sin que tuviera que separarme de su polla ni por un momento. Con mis piernas envueltas alrededor de su cadera, rodeó el coche, me sentó sobre el capó y pasó sin problemas a retomar el ritmo.

Su mano en mi pelo tiró de mi cuerpo hacia atrás, haciendo que me recostara. El nuevo

ángulo, la profundidad diferente, el hecho de que los coches pasaban zumbando a unos metros de distancia... mierda. El sexo ya parecía deseable solo si Santiago estaba involucrado, y su manera de follar no solo mi cuerpo, sino también mi mente.

Porque sus palabras se habían clavado tanto en mis pensamientos que las escuchaba una y otra vez. Acompañaban cada embestida de su cadera, cada caricia de sus manos, cada beso, cada sensación de deseo que mantenía cautivo mi cuerpo.

Me remató cuando deslizó una mano entre nuestros cuerpos y jugó con mi clítoris con el pulgar. La suave presión contrastaba fuertemente con las duras embestidas y los besos posesivos, convirtiendo mi atención en un carrusel que ya no sabía en qué dirección girar.

Primero el encuentro con mi familia y sus palabras. Ahora follaba cada palabra que había dicho dentro de mí, como si tuviera que asegurarse de que nunca la olvidara.

Ya ejercía una forma de control sobre mi cuerpo que habría hecho retroceder a cualquier otro. Pero no a mí; necesitaba más. Quería que dirigiera las sensaciones de mi cuerpo. Que determinara cómo reaccionaba. Qué forma de lujuria me mantenía cautiva, cómo me corría. Cuándo. De qué manera.

Mientras fuera él quien controlara todo eso, me sentía segura. Mi cuerpo estaba de acuerdo, porque el siguiente orgasmo se estaba gestando dentro de mí.

Me iba a correr. Con su polla profundamente dentro de mí, los coches pasando a toda velocidad y sobre el capó de su maldito coche en medio de Málaga. Y amaría cada segundo de ello.

SANTIAGO

Encontrar a Rafael no fue particularmente difícil. Se había retirado directamente al gimnasio junto a los almacenes después de salir del restaurante y no había salido en horas. La música fuerte y agresiva retumbaba a través de las paredes hasta la noche. Solo después de que Thalassa me contara lo que se había dicho en la conversación antes de mi llegada, me di cuenta de que había sido un error dejarlo solo. No porque creyera que perdería el control, sino porque las palabras de Cesare sin duda habían dado en el blanco, aunque no podrían estar más lejos de la verdad.

Era evidente que ninguno de los otros hombres se había atrevido a acercarse, pero yo abrí la puerta de nuestro gimnasio privado y me apoyé contra la pared con los brazos cruzados, solo para observar a Rafael golpeando un saco de boxeo con los puños vendados. Algo me decía que se estaba imaginando la cara de Cesare. Y probablemente los puños no eran su herramienta favorita para infligir dolor a ese hombre.

Después de esta noche, solo había dos posibles desenlaces de la situación: o Cesare decidía volver a los Estados Unidos, demostrando así que tenía al menos una chispa de sentido común, o se quedaba y se convertía en el objetivo del ataque que entonces lanzaríamos contra él. Ya esta noche, Cesare había estado muy cerca de delatarse a sí mismo. Todos sabíamos que las intenciones detrás de lo que había hecho no habían sido buenas. Al contrario. Había visto una oportunidad y había querido aprovecharla para hacerse con el control de Málaga. Desafortunadamente, no había contado con que la situación cobrara vida propia y todo saliera diferente a lo que había planeado.

Ahora volvería con las manos vacías. Sin ciudad. Sin poder en España. Y su hija también se quedaba. Aunque dudaba seriamente que le importara. Para él, el valor de ella solo era relevante si podía usarla para su beneficio.

Interiormente, seguramente estaba hirviendo de rabia porque yo le había dado a ella lo que él había estado trabajando durante diez años. Sin muertos, sin derramamiento de sangre. Simplemente había decidido convertirla en una de las personas más importantes del cártel y confiar en sus palabras tanto como confiaba, por ejemplo, en las de Rafael.

Thalassa era inteligente. En unos meses, podría relajarme cómodamente mientras la observaba negociar con nuestros aliados. Y tan pronto como todos se hubieran ido, podría hundirme profundamente en ella, porque era jodidamente excitante verla enfrentarse a todos esos hombres. Cómo desafiaba las adversidades y exigía respeto de una manera que seguramente ningún hombre hubiera logrado jamás.

Rafael aún no había notado mi presencia, o la estaba ignorando hábilmente. Fuera lo que fuera, le di tiempo hasta que realmente quisiera hablar conmigo. Andra era un tema muy por

debajo del cinturón, especialmente viniendo de la boca de un hombre como Cesare. No tenía idea de lo que había pasado esa noche. Pocos lo sabían. No era asunto de nadie. Y solo porque Rafael aceptara el desprecio y el odio de su esposa, eso no significaba que nadie más tuviera derecho a juzgar sus acciones de aquella noche.

El sudor empapaba su camiseta, haciendo que se pegara a su cuerpo como una segunda piel. En su rostro llevaba esa expresión obsesivamente agresiva que rara vez se veía en él.

No sabía cómo, pero Thalassa había encontrado una manera de llegar a él y era capaz de evitar que tomara malas decisiones. Normalmente, Rafael no tenía problemas con eso, era una persona muy estable, pero tan pronto como se trataba de Andra, parecía que todas las conexiones sinápticas fallaban simultáneamente. Eso lo hacía fácil cometer un error.

Finalmente, Rafael me lanzó una mirada que podría haber incendiado un lago congelado. — No estoy de humor para hablar —dijo entre dientes. La pausa entre las canciones fue breve, y tan pronto como la música volvió a sonar, volvió a golpear el saco de boxeo con su puño, sin prestarme atención de nuevo.

Conocía muy bien los pensamientos que lo perseguían. Todo esto podría haberse evitado. Toda la noche. Si Cesare se hubiera quedado y hubiera dado la cara, si hubiera decidido hacer lo correcto, nada de esto habría tenido que pasar. Marisol estaría viva. Mi padre seguiría siendo el *kingpin* del cártel. La hija de Rafael estaría viva. Su esposa aún estaría a su lado. No habría habido masacre. La ciudad seguiría bajo el control de cuatro familias.

Pero Cesare había tomado una decisión diferente, probablemente había aceptado todo esto a sabiendas, y ahora nuevamente tenía la oportunidad de huir a los Estados Unidos sin haber pagado por sus acciones. En realidad, era un *dead man walking*. Habíamos esperado diez años, ¿qué significaban unos años más? Lo intentaría de nuevo. Y entonces lo estaríamos esperando, con el arma desenfundada. Entonces moriría y el *Outfit* se sumiría en el caos, listo para ser controlado por alguien más.

Todas estas eran cosas que probablemente no necesitaba decirle a Rafael. Podía imaginárselo por sí mismo. Sin embargo, su ira no se disipaba. Por supuesto que no. Las palabras habían desatado una avalancha. El odio de Rafael hacia sí mismo era profundo.

Tomé dos vendas del suministro y comencé a envolver mis manos también. La próxima pelea en la arena estaba cerca y de alguna manera tenía que averiguar cómo respondía mi cuerpo al estrés. La herida en mi abdomen estaba sanando bien, pero solo pasaba desapercibida porque mis nuevos mejores amigos vivían en un pequeño frasco naranja y siempre hacían su trabajo en parejas. Generalmente en combinación con un trago de alcohol o algo con mucha cafeína. Eso aumentaba tanto el efecto que en los últimos días ni siquiera había pensado si la sutura podría abrirse o no. Probablemente ni siquiera me habría dado cuenta hasta que mi camisa se tiñera de rojo por la sangre.

Rafael me miró de frente, sin ocultar su mal humor. Negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Por supuesto que no quería pelear conmigo. Pero el saco de boxeo no devolvería los golpes y él pasaría horas descargándose contra él. Así que le estaba haciendo un favor, y sus golpes me ayudarían a prepararme para la próxima pelea en la arena. Con suerte, eso haría que todo volviera a su cauce normal.

El ambiente explosivo estaba a punto de estallar cuando entré también al ring y eché un vistazo evaluador al saco de boxeo. Este no representaba un oponente para Rafael. Más bien lo arrancaría del techo y lo destruiría antes de que se disipara siquiera una fracción de su ira.

Automáticamente torcí la boca y le hice una señal con la mano para que dejara de una vez el objeto inerte y pudiera tener una pelea de verdad.

Sin previo aviso, giró el cuerpo y su puño voló directo hacia el centro de mi cara. Levanté el brazo, bloqueé el golpe y me agaché para atacarle desde abajo. Mi mano impactó en su caja torácica, catapultándolo medio metro hacia atrás.

Aterrizó sobre sus pies, permaneció en posición agachada y me fijó con la mirada como si yo fuera a quien quería ver muerto.

No era la primera vez que peleábamos entre nosotros y ciertamente no sería la última. A veces no había otra solución que liberar las emociones acumuladas de esta manera.

Rafael se lanzó de nuevo hacia mí, esta vez claramente con ventaja. Fingió un movimiento, solo para asestarme un fuerte golpe en el pecho que hizo que mi corazón se saltara un latido. De nuevo su puño voló hacia mi cara, esta vez dando en el blanco. Me alcanzó en la mandíbula, justo en el mismo lugar que Thalassa había apuntado hace unos días. Algo crujió, pero la explosión de dolor pasó completamente desapercibida. Los analgésicos evitaban que me diera cuenta de ello.

Pero Rafael no retrocedió para darme un momento. Pasó directamente al siguiente ataque, con una expresión decidida en el rostro. No nos lastimábamos gravemente el uno al otro, era una de las reglas principales. Pero algo me decía que esta noche nos acercaríamos mucho a ese límite.

A cada uno de sus ataques seguía mi defensa y un contraataque de mi parte. Apenas se molestaba en protegerse a sí mismo. Como si necesitara la fuerza bruta y cada golpe que impactaba en su cuerpo. Como si se estuviera castigando a sí mismo por algo de lo que no tenía ninguna culpa.

Perdí la noción del tiempo, pero cuando finalmente nos separamos, ambos teníamos las narices ensangrentadas y estábamos tan sin aliento que durante varios minutos no pude hacer otra cosa que quedarme tumbado en la colchoneta mirando el techo, mientras la música retumbaba por la habitación haciendo vibrar el suelo.

En algún momento, la música cesó.

—Sois realmente dos grandísimos idiotas.

Levanté la cabeza. Thalassa estaba junto al equipo de música, claramente no entusiasmada con la escena que tenía ante ella. ¿Por qué estaba aquí? Dejé caer la cabeza de vuelta a la colchoneta. ¿Había sido la preocupación lo que la había traído? ¿La curiosidad? ¿O el hecho de que yo había prometido no dejarla sola por mucho tiempo?

Sobre mi pecho aterrizó un paquete de frambuesas congeladas. Dos segundos después escuché el mismo sonido otra vez, lo que probablemente significaba que había previsto para ambos.

¿Cuánto tiempo llevaba observándonos?

—Considéralo simplemente como una medida terapéutica alternativa —murmuré y presioné el paquete contra mi nariz. Un agradable frío se extendió y apagó el latido sordo en mi cara.

—¿Porque es mejor golpearse mutuamente hasta sangrar que hablar entre ustedes? Esto no se trataba de que él me hubiera tomado de la mano, ¿verdad?

Resoplé. Rafael se echó a reír.

—Por supuesto que no. Se trataba de lo que dijo Cesare.

—Sobre Andra —afirmó ella en respuesta a mi comentario.

El silencio que siguió fue confirmación suficiente. La oí acercarse y finalmente se sentó en el suelo con las piernas cruzadas entre Rafael y yo.

—Él no tiene idea. Dice cosas para provocar una reacción. Necesita un punto de partida para manipular a la gente a su antojo. A ti te consideró lo suficientemente superficial como para que

me dejaras después de su declaración. Con Rafael, creyó que lo haría explotar si atacaba su honor. Minimizar su propio error, sacar a relucir esa noche... todo fue un cálculo frío. Pensó que realmente podría ganar.

Pero no lo había hecho. Nunca lo haría. No mientras yo respirara y hubiera personas a mi lado que no se dejaran influenciar por tales intentos ruines.

—Cesare se va realmente. Hace veinte minutos abordó su avión de vuelta a Nueva York. Por eso vine —continuó finalmente.

Me incorporé bruscamente. —¿Cómo lo sabes?

Me tendió mi smartphone. —Lo olvidaste. Y como no dejaba de sonar... bueno. El tipo del aeropuerto me pidió que te saludara. Dice que no dejarán a nadie atrás. Todos vuelven a los Estados Unidos.

¿Realmente Cesare habría decidido tan rápido abandonar su plan original? En secreto, había esperado una confrontación. Una lucha por Thalassa, porque después de todo, era su propia sangre a la que debía renunciar.

Pero ella estaba sentada frente a mí, aliviada de que su familia se marchara y de que este conflicto se hubiera resuelto tan fácilmente.

—¿Por qué se siente tan mal que haya sido tan fácil? —expresé mi pensamiento en voz alta. Estaba contento. Y desconfiado. Lo cual tampoco estaba mal, porque seguíamos hablando de un hombre que ya nos había traicionado a todos una vez sin pestañear ni mostrar remordimiento. Tal vez lo hiciera de nuevo... aunque la próxima vez se lo pondría mucho más difícil.

—Me alegro de que ese cabrón se haya ido. Una preocupación menos —dijo Rafael. Un tipo diferente de relajación se extendió por la habitación. Una que nuestro pequeño combate nunca habría podido producir.

—Deberías infiltrar a alguien con él. Para mantenerte al día. Si él es capaz de hacerlo... —Mentalmente, completé la frase de Thalassa. *Nosotros también lo éramos.*

Con un breve asentimiento, confirmé la idea. Por el momento, sin embargo, teníamos que concentrarnos en lo que aún teníamos por delante.

En lo alto de la lista seguía estando Agustín, que continuaba escondiéndose de nosotros como si fuera un maldito criminal. Había cometido errores. Muchos, de hecho. Pero hasta que no hablara personalmente con él, no podía emitir un juicio al respecto.

—Deberíamos pensar en general cómo seleccionaremos a los hombres con los que trabajamos en el futuro. Cómo ponerlos a prueba. No necesito otro Dani. Por cierto, el cerdo nos dejó anoche. Parece que no soportó bien la tortura —Rafael no albergaba ni la más mínima sospecha de que yo le había otorgado cierta gracia a Dani.

—No te contuviste precisamente —respondí secamente.

—No con hombres como él —El disgusto en su voz era evidente.

—Y a Cesare ni siquiera le importó. Tampoco a Adriano. Y a mí solo me quería de vuelta porque podría haberle dado alguna ventaja —Extendí la mano hacia su muslo, clavando los dedos en su piel a través de la tela.

—Ahora perteneces a nosotros. No dejamos a nadie atrás. No abandonamos a nadie. Y tampoco hay traición.

—Si es necesario, te protegeré con mi vida. Supongo que ahora eso ya no se aplica solo a Santiago.

El golpe que se había dado a sí misma con su declaración anterior cayó en el olvido. Se rió. —¿Pensé que me ibas a enseñar a protegerme a mí misma?

—Lo que no significa que tengas que ensuciarte las manos. No tienes que preocuparte por tu

seguridad cuando tienes a tu disposición todo un ejército de hombres que pueden encargarse de eso. Y que lo hacen con gusto.

No es que todos estos hombres fueran a acercarse a ella mientras Rafael y yo existiéramos. En el fondo de mi mente, incluía también a Adriano en esta lista, pero el resto definitivamente no tendría ningún trato personal con ella. —Sé que has matado a alguien, pero no volverá a suceder.

—Puedo manejarlo —me replicó.

Así que me encogí de hombros. —Lo sé. Pero eso no significa que sea necesario. Puedes observar. Dar instrucciones. Ser mi conciencia. Pero todo lo demás...

—Lo asume alguien más. ¿A quién mataste, Thalassa?

La pregunta de Rafael había caído como un jarro de agua fría. Yo no me había atrevido a avanzar en esa dirección hasta ahora, pero Rafael... seguramente había agotado su contención para el resto de la noche.

—A un idiota. Se lo merecía —No sonó como una justificación, sino simplemente como una afirmación que hizo antes de apoyarse con los brazos detrás de ella, cambiando ligeramente su posición—. Fue una reacción impulsiva. Mi padre invita regularmente a gente a almorzar. Había un tipo... desagradable, un poco demasiado interesado en los niños más jóvenes presentes. Se lo dije a Cesare, pero él no lo consideró tan relevante. En algún momento, accidentalmente escuché una conversación entre el tipo y uno de sus hombres. Querían aprovechar la siesta de las gemelas para sacarlas de la casa. Sin que la sospecha recayera sobre ellos.

Thalassa se encogió de hombros. —Por los cocineros, sabía que era altamente alérgico a las nueces. Así que intercambié nuestros platos y luego observé cómo se asfixiaba. Adriano supo inmediatamente que fui yo. El resto lo consideró un accidente trágico.

Pero no había sido uno. Thalassa había extraído información de su entorno, había formado un juicio y tomado una decisión de la que no se arrepentía. A nadie se le ocurría sospechar de un asesinato a sangre fría por parte de una adolescente. Y menos aún de una mujer.

—¿Cómo lo supo él?

—No pude dejar de mirar a ese hombre mientras moría. El pánico en sus ojos. La comprensión de que no sobreviviría. La ira. Pero su muerte evitó el secuestro de mis pequeñas primas. Nadie quería creerme, así que...

Mentalmente, me hice una nota de creer siempre a esta mujer sin excepción, sin importar cuán absurdo fuera su instinto. Poseía una intuición alimentada por su perspicacia. Sería tonto no confiar en ella cuando ya había demostrado más de una vez de lo que era capaz.

Lo que había hecho estaba en absoluto contraste con lo que yo prefería. Privar a un hombre de la vista, hacerlo asfixiarse con arena... hacer que los hombres lucharan entre sí hasta la muerte, sin nada más que sus puños y un cuchillo de mantequilla... mientras que Thalassa había encontrado la forma más sutil de todas, sin necesidad de mover ni un dedo para ver morir a este hombre.

Había crecido en las sombras de su familia y todas las personas a su alrededor habían sido ciegas a lo que estaban criando. Su padre, sobre todo, había sido incapaz de ver que tenía a alguien que no le era útil debido a su género, sino que valía mucho, mucho más por lo que ocurría en su cabeza.

Por eso no se había mostrado intimidada ni por un segundo, aunque había sabido desde el principio quién tenía delante. Thalassa no era directamente consciente de su superioridad, pero su subconsciente se aseguraba definitivamente de que actuara de acuerdo con ello y no según lo que habían intentado inculcarle.

Rafael fue el primero en moverse de nuevo. Se puso de pie con esfuerzo, todavía con la bolsa

de hielo presionada contra su rostro. Su mirada se encontró con la mía. —Por favor, asegúrate de que nunca encuentre mi historial médico.

Levanté una ceja. —¿Qué tal si en lugar de eso nunca le das una razón para querer matarte, Cortez? —gruñí.

Se le escapó un sonido pensativo. —Hmm. Sí. Eso también podría funcionar.

Incluso antes de mirar por la ventana, sabía qué vista me esperaba en el jardín. Thalassa reclamaba la piscina para sí misma, flotando perezosamente sobre un colchón inflable a través del agua. El sol brillaba sobre su espalda, mientras uno de sus brazos colgaba en el agua. El otro lo necesitaba para sostener el libro. Su música se filtraba a través de las puertas abiertas de la terraza hasta la fortaleza.

Parecía relajada, y eso era bueno, considerando que los últimos días habían sido todo menos fáciles. Probablemente nunca lo admitiría, pero sin duda una pequeña parte de ella estaba molesta por cómo habían sucedido las cosas. Cómo se habían desarrollado y, sobre todo, cuán claro se había vuelto que nunca se había tratado de su bienestar, sino solo de su utilidad.

Éramos perfectamente capaces de ofrecerle una familia en la que pudiera confiar ciegamente, pero era muy consciente de que rara vez eso reemplazaba los lazos de sangre. No volvería a ver a su madre. Ni a sus hermanos. Los amigos que había tenido en los Estados Unidos. Todo eso se había perdido irremediablemente, y sin importar la fortaleza que demostrara, una parte de ella sufría por ello. Lo admitiera o no.

Finalmente, salí de la cocina, desde donde la había estado observando, y me uní a ella afuera, sin tener un propósito específico.

Levantó la cabeza y tan pronto como Thalassa se dio cuenta de que no era uno de mis hombres, sino yo, una sonrisa se extendió por su rostro, llegando hasta sus ojos y haciéndolos brillar.

—¿Desde cuándo te interesa esta piscina? —preguntó mientras me veía dejarme caer sobre el borde.

Automáticamente se aferró al colchón inflable. La respuesta a su pregunta era simple. Desde que ella la usaba. Y me distraía del trabajo con la vista. Joder.

Me acerqué flotando hacia ella. —Desde siempre. De lo contrario, no estaría aquí.

—¡Mentiroso! —Su declaración fue acompañada de una risa.

En secreto, ya había considerado cuánto trabajo sería mover la cocina a otra habitación para poder instalar mi oficina en otro lugar. Preferiblemente donde mi escritorio estuviera frente a la ventana que me permitía ver a Thalassa en bikini todos los días.

—¿A qué te refieres? —pregunté, con una ceja peligrosamente levantada.

Hizo una mueca. —Nada. Solo que puedo sentir tu mirada sobre mí. Y tu presencia. Así que no hay razón para esconderse detrás de la ventana. Podrías trabajar aquí afuera.

—Entonces ya no trabajaría.

—¿Sino?

—Te convencería de sentarte sobre mí todo el día.

Sus facciones se suavizaron. —¿Y quieres hacer todas esas llamadas importantes mientras me follas?

—Posiblemente.

Thalassa resopló. —No creo que eso funcione. Necesito toda tu atención. Si tú no compartes,

yo tampoco.

Desafortunadamente, esta declaración hizo que mi polla se estremeciera de inmediato. Tal vez sí tenía un plan cuando salí. Uno que solo se vio reforzado por su boca insolente.

—Tienes cinco segundos, luego serás mía, dondequiera que estés.

Sorprendida, exclamó mi nombre, lo que inmediatamente me hizo ponerme aún más duro. Luego me arrojó el libro, prácticamente voló del colchón inflable y salió de la piscina. Desapareció en la fortaleza a través de las puertas abiertas.

Mi pulso se aceleró mientras salía del agua. Le di ventaja. La ilusión. Luego la alcancé y la hice caer en medio de las escaleras hacia el piso superior, con mi mano en la parte posterior de su cabeza para que no se lastimara seriamente.

Su cuerpo mojado se presionó inmediatamente contra el mío, a través de la delgada tela sentí el calor entre sus piernas, que se extendía en oleadas sobre mí y hacía que todo en mi interior pulsara.

Me invadió la abrumadora necesidad de estar dentro de ella, pero por el momento bastaba con simplemente presionar mis caderas contra las suyas, mientras atacaba su cuello y bajaba más, hasta que hice a un lado la parte superior de su bikini y liberé sus pechos para cerrar mi boca alrededor de ellos.

Tan pronto como mordí, provocándola con mi lengua, su pelvis se sacudió contra la mía, creando una deliciosa fricción entre nuestros cuerpos. Tenía que estar dentro de ella. Sentir su calor. Su estrechez. Su humedad. Cómo se contraía a mi alrededor, como si nunca más me dejara ir.

Las escaleras eran probablemente el peor lugar para tener sexo con ella, pero uno de mis primeros pensamientos al respecto seguía siendo cierto. Quería crear recuerdos en cada superficie de esta maldita casa. En el futuro, cuando subiera las escaleras, vería a Thalassa extendida debajo de mí, sus extremidades mojadas y frías apretadas contra las mías. Sentiría cómo su aliento caliente chocaba contra mi piel igualmente fría, cómo sus dedos se deslizaban por mi cuerpo y ella temblaba debajo de mí. Y todo esto solo porque ejercía una atracción sobre mí que era absolutamente innegable.

Tiré de su braga hasta que la tela cedió y se rasgó en dos con un fuerte sonido. Al mismo tiempo, ella bajó mi traje de baño. Sin perder un segundo más, me hundí en ella, perdiéndome por un momento en el suave sonido de placer que escapó de sus labios.

Yo era la razón de eso. Y también de cada reacción de su cuerpo, así que me dispuse a extraer de ella todo el placer que tenía para ofrecer. No me detuve cuando se acercaron pasos. Tampoco cuando se alejaron. Y definitivamente no cuando ella se corrió una y otra vez sobre mi polla.

TALIA

¿Estás seguro de que puedes volver a pelear? —pregunté, mirando escépticamente en dirección a Santiago. Hacía unos segundos, Rafael había mencionado que hoy tendría lugar la primera pelea desde el ataque con cuchillo y que Santiago, por supuesto, también formaba parte del cartel.

—He sobrevivido a Rafael, así que no me preocupan los luchadores de la arena —respondió, aunque extendió la mano para ponerla sobre la mía, como si realmente apreciara y reconociera las preocupaciones que yo tenía.

Eso era... inusual.

—Entonces iré contigo. Si no te importa.

Se encogió de hombros. —Conoces las reglas. Y no hay trato especial para las groupies, para que lo sepas.

—¿Una *groupie*? —Aunque no quería reírme, no pude evitarlo.

—¿Quieres negarlo? La última vez casi acabas saltando la valla de madera en el área de combate.

Hice una mueca. —Solo porque era emocionante. Y después, porque sabía que algo no andaba bien.

—Por eso también estaré allí esta vez —anunció Rafael—. Tenemos asuntos que atender en la ciudad durante el día, así que tendrás que reunirte con nosotros esta noche. Directamente desde aquí hasta la arena. Con mi coche. Podemos rastrearlo.

Por supuesto, esta vez se tomarían las precauciones adecuadas. Durante un tiempo habían quedado en segundo plano, pero con los acontecimientos recientes, hacíamos bien en retomarlas. No podíamos correr riesgos cuando no podíamos decir exactamente qué estaba pasando ahí fuera, de lo que no teníamos ni idea.

—¿Y mientras estáis fuera?

—Hombres en todas las salidas. Tienen instrucciones de dejarte en paz. Si no actúan como si fueran aire... supongo que sabrás manejar la situación —respondió Rafael con una leve sonrisa.

—Si ella no la maneja... —intervino Santiago.

Recordé la situación con Enrico y su reacción: probablemente había encontrado una buena razón para sermonear al hombre después. Si los demás no se dejaban intimidar por eso, sin duda sería interesante.

—No te preocupes. Soy perfectamente capaz de poner a unos cuantos hombres en su sitio. Sin golpearlos, por supuesto. —Mi mirada de reojo fue para Santiago, quien levantó los hombros inocentemente, como si no supiera a qué me refería.

—Por cierto, Cesare está efectivamente de vuelta en los Estados Unidos. Se le vio en Nueva

York, al igual que a Ker y Ares. Así que es de esperar que tengamos tranquilidad por un tiempo —informó Rafael, volviendo así al orden del día habitual durante el desayuno—. Había algunos mensajes más en tu antiguo smartphone, pero ninguno que fuera motivo de preocupación.

Y ninguno al que fuera a responder, eso estaba claro.

Que se pudra en los Estados Unidos. Por lo que había hecho, no merecía volver a saber de mí jamás.

El sol poniente convertía a Málaga en el lugar perfecto para una salida nocturna. Santiago no tenía idea de lo que había provocado con su comentario sobre mí siendo una groupie. Un vestido blanco de verano con un profundo escote en V en el frente, finos tirantes de espagueti y una parte superior suelta que se ajustaba a mis curvas en la cintura con dos cintas. Por debajo volvía a caer más suelto, hasta justo por encima de mis caderas. Dos largos collares dorados atraían la mirada hacia el increíblemente profundo escote. Para perfeccionar el look, había sacado los zapatos que me había regalado antes de nuestra última visita a la arena.

Todo recordaba a eso, y yo sabía que lo volvería loco estar de pie en el área de combate mientras yo estaba detrás de la valla de madera, observándolo y animándolo. Una parte de mí casi se arrepentía porque eran medios realmente injustos los que estaba utilizando, pero otra parte se alegraba por lo que sin duda seguiría. Porque Santiago seguramente no dejaría pasar la oportunidad de hacerme sentir su frustración después.

Me mordí el labio inferior, agarré las llaves del coche y abrí la puerta principal, solo para encontrarme entre dos de los hombres que debían comportarse como si fueran aire en mi presencia.

—¿Estáis al tanto? —pregunté de todos modos.

Uno de ellos asintió. —Por supuesto, *señora* Rojas.

Levanté una ceja, pero no me molesté en corregirlo.

—Se nos ha indicado que informemos a Cortez tan pronto como usted abandone la propiedad. La ruta hacia la arena ya está programada en el navegador. Si hubiera algún problema, encontrará todos los contactos importantes en la marcación rápida y un arma cargada en la guantera. Por favor, conduzca con cuidado.

Sonaba casi como si hubiera memorizado este breve texto durante horas. Asentí brevemente. —Gracias.

Así que Rafael no estaba bromeando cuando dijo que habría suficientes medidas de protección para asegurar que nada sucediera mientras Santiago y él no estuvieran en la *Alcazaba*.

De camino al hangar donde se encontraban todos los coches, eché un vistazo atrás hacia la fortaleza. Pasé junto a innumerables hombres armados, pero ninguno de ellos logró tener el mismo efecto intimidante que la propia fortaleza histórica.

Silenciosa y tranquila, se alzaba sobre la ciudad, manteniéndola siempre vigilada. Atenta. Al acecho. Igual que Santiago y el cártel.

Tan pronto como entré en el hangar, presioné el botón de la llave para que las luces del coche parpadearan una vez, permitiéndome localizar con facilidad el vehículo de Rafael. En la flota no había ejemplares extravagantes. Todos eran funcionales, y si tenían más caballos de lo normal, lo ocultaban bajo una apariencia relativamente común.

Nada comparable al Lamborghini, que por cierto sería enviado directamente a Nueva York. Junto con la tarjeta de crédito. Mi regalo de despedida, mientras Rafael y yo nos quedábamos

con el complejo hotelero. Cesare Ferrante nunca poseería tierras en España.

Me deslicé en el asiento del conductor, inserté la llave y la giré en el encendido, haciendo que el motor cobrara vida. Justo cuando iba a alcanzar el navegador, se me erizaron los pelos de la nuca. En señal de advertencia. Sentí el peligro antes de darme cuenta de que se encontraba conmigo en el coche. Algo presionaba contra el asiento desde atrás y al siguiente momento vi un rostro familiar en el espejo retrovisor. Uno que ciertamente no esperaba ver en esta propiedad, en este hangar.

No debería estar aquí. No debería tener acceso. Todos los guardias deberían haberlo detenido al primer contacto visual, ya que Agustín había desaparecido durante días, no respondía a llamadas ni mensajes, y Rafael y Santiago habían registrado toda la ciudad buscándolo porque había algunas preguntas urgentes que resolver. Y ahora... ahora estaba sentado detrás de mí, en el coche de Rafael, mirándome fijamente a través del espejo retrovisor mientras presionaba el cañón de un arma contra el asiento. Si disparaba, me destrozaría el riñón y el hígado, y me desangraría antes de que alguien siquiera estuviera cerca.

Tragué saliva. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. No grité pidiendo ayuda porque era consciente del peligro. Él no tomó la palabra porque evidentemente disfrutaba de lo que el pánico me estaba haciendo. Con los ojos muy abiertos, simplemente lo miré fijamente, esperando que hiciera algo. Cualquier cosa. Por dentro, moría mil muertes.

Santiago no tenía idea. No lo sabría hasta que fuera demasiado tarde. De alguna manera, mi cerebro había establecido automáticamente la conexión de la situación. Agustín no estaba aquí para tener una agradable conversación. Evidentemente me estaba amenazando con un arma, había utilizado su conocimiento de la propiedad para entrar en el hangar sin ser detectado y ahora... ahora tenía un maldito problema.

—¿No te alegras de que nos volvamos a ver? —Su voz me caló hasta los huesos.

Nunca antes había sentido algo parecido al miedo hacia él, pero todos mis instintos gritaban que iba en serio. Que con él no era como con Santiago o Rafael. Agustín era un chico. No un hombre. Solo seguía un plan, y obviamente tenía que ver conmigo.

Mi mirada se deslizó hacia la guantera. Arma. Pero no podría alcanzarla mientras él estuviera sentado directamente detrás de mí amenazándome con una.

—Santiago te está buscando, ¿lo sabes? Lleva días intentando hablar contigo —solté, con la esperanza de que solo fuera un estúpido malentendido.

—¿Y qué crees que es por lo que no respondo? Porque me importa una mierda, Talia. Me importa una mierda.

Exhalé. Ruidosamente. —¿Entonces es cierto?

—¿Qué es cierto?

—Que le hiciste la propuesta a mi padre. Que querías trabajar con él.

—Por supuesto. Pero entonces tuviste que decidir follarte a mi tío. Pero no pasa nada, solo ha cambiado los planes un poquito.

Los planes. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Por cierto, es muy amable de su parte que te dejen andar sola. Me facilita mucho las cosas. —Del joven caótico y algo excéntrico que había conocido en el aeropuerto hace unas semanas, parecía quedar poco.

Este Agustín irradiaba todo lo que caracteriza a un criminal. Sobre todo, peligro.

—Deberías conducir ahora, Talia. De lo contrario, llegaremos tarde.

Tragué saliva. Una vez que nos alejáramos de la *Alcazaba*, sería aún más difícil salir ilesa de esta situación. Rafael había dicho que era capaz de rastrear el coche, pero ¿cómo se enteraría de

la necesidad?

—¿A dónde vamos? —logré articular. Mis manos se sentían sudorosas y como estaba constantemente ocupada observándolo por el espejo retrovisor, un dolor desagradable se extendía por mi cuello.

—Solo conduce. Pasa por todos los guardias y sal por la puerta. Sin muecas extrañas, sin pedir ayuda, nada. De lo contrario, se acabó.

No me dispararía si al mismo tiempo se arriesgaba a ser acribillado por innumerables balas, ¿verdad? Perseguía un objetivo. Si estaba muerto, ya no podría alcanzarlo.

—¿Qué quieres, Agustín? —pregunté finalmente mientras sacaba el coche del aparcamiento y finalmente del hangar. Mi buen humor se había esfumado. La anticipación también. En su lugar, la preocupación se había extendido dentro de mí. Preocupación y un profundo temor.

Soltó una carcajada. —Todo a su debido tiempo. Primero, nos llevarás a la plaza de toros.

Giré la cabeza bruscamente.

—¿Qué? Esto no va a ser una excursión para ver algunas atracciones turísticas.

No tenía ni idea. No sabía que yo estaba de camino allí. Que Santiago luchaba allí esta noche. Que Rafael estaba allí. Parte de mi miedo desapareció. Si nos llevaba directamente a los brazos de los dos hombres que no hace mucho me habían prometido protegerme de los peligros de este mundo... Tragué tan fuerte que llenó completamente el interior del coche.

Aunque ahora tenía un rayo de esperanza, se sentía mal pasar por todos los guardias sin que fueran conscientes de quién estaba en el asiento trasero de mi coche. Se agachó, se escondió de las miradas y así logró salir de la propiedad sin ser notado. Y todo lo que Agustín había tenido que hacer era amenazarme con una maldita arma.

Se me cortó la respiración. No por primera vez desde que lo había descubierto en el coche. ¿Por qué hacía esto? ¿Por qué creía que esta sería la solución a todos sus problemas? ¿No podía hablar con Santiago? ¿No era eso mucho mejor que lo que estaba sucediendo ahora?

Me guió por la ciudad hasta un aparcamiento cerca de la plaza, que estaba medio a oscuras y parecía que incluso la policía lo evitaba.

Después de que estacioné el coche, se pasó al asiento del copiloto, todavía sosteniendo el arma en la mano.

—Esto es lo que va a pasar, querida. Vas a entrar conmigo a esta plaza y no vas a llamar la atención de ninguna manera. Me seguirás como si estuviéramos aquí para pasar una agradable velada. De lo contrario, me temo que tendré que hacerte daño. —Levantó la mano.

Nos miramos fijamente. ¿Quería que me echara para atrás?

Justo antes de que sus dedos alcanzaran mi rostro, cerró la mano en un puño y se retiró. —Tocarte me ha repugnado desde el principio —espetó en su lugar. Su expresión reflejaba el asco que aparentemente sentía por mí.

Perpleja, observé cómo abría la puerta de golpe y salía. Rodeó el coche solo para abrir mi puerta de un tirón y agarrarme del brazo. Por un momento, había jugado con la idea de arrancar el coche de nuevo y huir, pero cuanto más me alejaba de la arena, más me distanciaba también de mi salvación. Eso no era una opción. De ninguna manera.

Así que me recompuse y dejé que Agustín me sacara del coche. De repente, se sentía incorrecto llevar este vestido. Todo se sentía mal, incluso la forma en que mi piel se tensaba sobre mis huesos.

Me empujó hacia la arena, que no era la primera vez que pisaba hoy, completamente ciego al hecho de que yo estaba demasiado tranquila para alguien a quien había rodeado con el brazo sobre los hombros y atraído hacia sí para presionarme cómodamente el arma contra el costado.

Como si de repente supiera cómo herir a alguien para causar el mayor daño posible.

La piel se me puso de gallina cuando entramos por una puerta lateral al enorme complejo. Nos encontramos en un pasillo oscuro que solo tenía una débil luz cada diez metros, apenas suficiente para iluminar el camino.

Agustín guardaba silencio, así que solo escuchaba el zumbido de la sangre en mis oídos y el galope de mi corazón. Santiago tenía que sentir mi presencia. Darse cuenta de que algo no estaba bien. Una mirada sería suficiente y...

Agustín me empujó a través de otra puerta. Unas escaleras se enroscaban frente a mí. Esta vez me soltó, dándome un empujón que me hizo golpear contra los primeros tres escalones.

—Vamos, no tenemos todo el día —siseó detrás de mí. Me levanté, ignorando mis rodillas ensangrentadas, y subí.

El miedo me abrumaba, así que la ira comenzó a crecer lentamente dentro de mí. —No sé qué quieres de mí, Agustín. Si se trata de Santiago y yo...

—Simplemente cállate. No me interesa quién te folla. —Su declaración llegó tan rápida y duramente que incluso le creí.

Pero entonces, ¿cuál era su problema si no se trataba de Santiago y yo? Me había secuestrado, así que quería usarme. ¿Como medio de presión?

—¿Entonces qué es? ¿Por qué me secuestras a punta de pistola?

—Porque por fin tienes una utilidad y ya no eres un lastre muerto. Por eso. —Frente a nosotros había otra puerta, que él abrió. Me empujó a través de ella y directamente a los brazos de una mujer pelirroja relativamente pequeña.

—Pensé que ya no aparecerían. —Su marcado acento ruso me provocó un escalofrío helado por la espalda.

Rápidamente examiné mi entorno. Estábamos en lo alto sobre la arena de combate, casi directamente bajo la estructura que sostenía el techo. Debajo de nosotros estaban las gradas de los espectadores y en la arena de combate ya se estaban realizando los primeros ejercicios de calentamiento. Me estremecí. En algún lugar allá abajo estaba Santiago y no tenía idea de lo que estaba sucediendo aquí arriba.

Me giré en el mismo momento en que la culata de la pistola de Agustín descendía sobre mi cabeza.

Cuando desperté, mi cabeza retumbaba. Un dolor sordo hacía que mi cara doliera. Saboreé sangre. Parpadeando, busqué un punto de referencia para saber dónde me encontraba. En la misma habitación que antes. Todavía sobre la arena.

La voz de Agustín llegó a mis oídos, seguida de cerca por una voz femenina. La rusa.

A modo de prueba, me incliné hacia adelante, pero las ataduras que sujetaban mis manos detrás de mi espalda y del respaldo de la silla estaban firmemente ajustadas. No se movieron, al igual que las que mantenían mis piernas en su lugar.

—Oh, mira quién ha despertado —dijo la rusa y se paró frente a mí.

En el siguiente momento, su puño voló sin freno hacia mi cara. Mi cabeza se echó hacia atrás, el dolor explotó en mi mandíbula. La sangre brotó de mi nariz.

Sucedió tan inesperadamente que ni siquiera grité cuando la silla se volcó conmigo y caí tan fuerte al suelo que mi hombro emitió un chasquido de protesta.

Agustín apareció sobre mí. —Justo estábamos hablando sobre qué llama más la atención.

Una joven impecable... o una con la que ya está claro que se puede hacer lo que uno quiera.

Parpadeé. —¿Qué?

Pero él no lo explicó. En su lugar, agarró el vestido y me volvió a poner en posición vertical. La tela se rasgó bajo mi peso, pero eso era tan irrelevante como mi nariz ensangrentada. Incliné la cabeza, manchando de sangre mi hombro dolorido e intenté formar un solo pensamiento claro.

La rusa se contuvo por el momento, pero estaba segura de que su puño estaría de nuevo a mi lado más rápido de lo que podría prepararme, si fuera necesario.

—¿Por qué haces todo esto? —¿Cuántas veces había hecho ya esta pregunta? Lo miré confundida.

Agustín se arrodilló. —Es muy simple. Me estoy vengando de los hombres responsables de la muerte de mi madre. Como agradable efecto secundario, el cártel caerá en mis manos. Tal vez incluso el *Outfit*. ¿Quién sabe? —Su mirada se deslizó hacia la rusa. Me quedó claro de inmediato que también la estaba usando para sus propios fines. Que ella tenía algo que él quería.

Bastardo megalómano.

—Pero Santiago no tiene nada que ver con la muerte de tu madre —logré decir. Vengarse de mí para dañar a mi padre... eso me resultaba más que familiar. Pero Santiago, ¿quien lo había tomado bajo su protección y criado como a un hijo?

—Recuerdo muy bien esa noche, ¿sabes? Lo incapaz que fue de salvarla. Lo poco que le importaba lo que me pasara a mí. Que ella muriera en sus brazos sin dedicarme ni un solo pensamiento. —Esperaba que sonara herido, pero su voz era fría como el hielo. Sin emociones.

—Ninguna madre querría que su hijo la viera en ese estado. No es su culpa. Lo que pasó no es culpa de Santiago. Él no podría haberlo evitado. —Las palabras brotaron de mí antes de que pudiera pensar en lo inteligente que era decirlas.

Agustín levantó una ceja. —Así que te lo ha contado, ¿eh? Se interesa por ti... entonces esto no le va a gustar.

Esta vez fue él quien se echó hacia atrás y golpeó. El aire salió expulsado de mis pulmones. Vi estrellas. Y finalmente, el dolor ya no se limitaba solo a mi cabeza, sino que se extendía por todo mi cuerpo como un veneno de acción lenta.

—Es muy simple. Tu padre paga por su traición contigo. Santiago paga perdiéndote. Una historia realmente dulce, cómo lograste transformar el odio en amor con tu maldito coño. Esas fueron sus palabras, ¿no? Pero... volvamos a lo esencial. Él te perderá. Perderá el cártel. La ciudad. Todo lo que le pertenece será mío en el futuro. Y si me apetece, destruiré el *Outfit* después. Mis amigos rusos estarían muy interesados en ser los nuevos distribuidores para todas las ciudades que de repente quedarían sin un claro liderazgo.

Mis pensamientos corrían. Estaba jugando con todos los bandos. La venganza era la tapadera para lo que realmente quería. No se trataba de su madre o de ver a Santiago y Cesare de rodillas. Quería poder. Poder que no había tenido en los últimos años. Me había elegido como medio para un fin. Yo era el daño colateral... y el dispositivo de escucha que habíamos atribuido únicamente a mi padre —que sin duda tenía sus propios motivos— en realidad había sido de Agustín. Todo el tiempo había sabido lo que pasaba. Lo que ocurría. Lo que se hablaba. Nunca se trató de información para mi padre, eso solo había sido un agradable efecto secundario, sino siempre de Agustín, que había querido saber exactamente lo que sucedía en la *Alcazaba* y cómo podría finalmente robarle a Santiago lo que él mismo quería de la manera más hábil.

—¿Y entonces por qué estoy aquí? —había apretado los dientes, cerrando los ojos para poder siquiera formular las palabras.

Agustín se enderezó. —Lo descubrirás pronto, querida.

—Pero hasta entonces tenemos que hacer algo con tu apariencia. Me temo que así no llamarás suficiente atención. —La voz de la rusa se coló en mi conciencia—. Además, tu amigo de abajo mató a mi *shestyorka*. Me merezco un poco de diversión.

—No te excedas —oí decir a Agustín. Seguramente no porque le preocupara mi estado, sino porque muerta simplemente ya no les sería de utilidad.

—Cuéntame algo sobre Rafael. Sus debilidades, preferiblemente.

Quise resoplar, pero mi nariz estaba tan hinchada que simplemente no era posible. —Que te jodan. Sé lo que les hace a las personas que traicionan al cártel. Tú eres la siguiente.

Se había acercado tanto que solo tuve que echar la cabeza hacia atrás y... con un crujido, su nariz cedió en cuanto mi frente impactó contra ella. Más dolor explotó en mi cráneo, pero esta vez le siguió la satisfacción de haberle mostrado inmediatamente el error de acercarse demasiado a mí.

Se me escapó una risa cuando ella se apartó maldiciendo. No entendía las palabras rusas, pero sí que el ambiente acababa de cambiar.

El arma me había asustado. Si querían intimidarme con palabras y golpes, no era tan malo. Sin embargo, ahora Agustín volvió a sacar el arma, presionándola contra mi barbilla desde abajo.

El calor recorrió mi cuerpo.

—Haz eso otra vez y cambiaré mis planes de nuevo.

Tragué saliva, incapaz de encontrar una respuesta. Lentamente apartó el arma. Al siguiente segundo, disparó.

Un dolor impotente desgarró mi cuerpo. Grité, viendo solo rojo por un momento. Estrellas brillantes bailaron ante mis ojos. En los bordes, el campo de visión se oscureció. Todo mi cuerpo palpitaba, como si pudiera sentir cada latido de mi corazón mil veces. Con cada bombeo, nuevo dolor atravesaba mi cuerpo. Apenas podía respirar. Las lágrimas picaban en mis ojos. Mis entrañas se sentían como si fueran a desgarrarse en cualquier momento, mientras alternaba entre sentir calor y frío.

Volteé la cabeza, aún gritando de dolor, mientras Agustín guardaba el arma a mi lado con toda tranquilidad.

—¡Maldito BASTARDO! —grité. Mis dedos se crispaban detrás de mi espalda, con la necesidad de cerrarse alrededor de su cuello—. ¡SUÉLTAME AHORA MISMO para que pueda meterte el cañón de tu puta arma por tu traidor culo! ¡Hijo de puta! —Mis insultos pasaron al italiano mientras miraba fijamente el agujero en mi muslo.

La sangre goteaba al suelo. Un disparo limpio. No suficiente sangre para pensar en una lesión en la arteria. Pero aún así una herida que causaba un dolor infernal, y que aseguraba que no iría a ninguna parte, incluso si me desatara. Lo cual no haría.

Quería presionar instintivamente mis manos sobre la herida para aliviar el dolor, en cambio, la posición en la que estaba atada hacía que hubiera una tensión constante en los músculos de mi muslo. El mareo se instaló, sobre todo porque mi circulación estaba a punto de colapsar.

Instintivamente me tensé e intenté mantener mi cuerpo bajo control. Si perdía el conocimiento de nuevo o me dejaba llevar de otra manera, no jugaría a mi favor, aunque de esa manera ya no tendría que lidiar con el dolor que arrasaba mi cuerpo.

¿Qué me habían enseñado mis hermanos sin pretenderlo? Respirar por la nariz. Aferrarme mentalmente a algo que aliviara el dolor. Si lograba que mi hipotálamo liberara ciertas hormonas, el dolor se volvería más soportable. Al menos en teoría. En la práctica, no me encontraba en una situación en la que mi cerebro medio fuera capaz de producir oxitocina. Maldita hormona del abrazo. Como si ahora mismo tuviera ganas de pensar en algo remotamente

relacionado con el sexo.

Mis hermanos eran idiotas, pero idiotas que sufrían la mitad después de sus lesiones porque simplemente encontraban a alguna mujer que aliviara el dolor.

Más que cabreada, miré fijamente a Agustín y esperé a que continuara. No había reaccionado a mi insulto y posiblemente solo estuviera en posesión de sus *cojones* mientras pudiera agitar un arma.

Al menos la integración funcionaba de maravilla. ¿Cuántas veces había oído a Rafael hablar de los huevos de algunos cobardes?

Apreté los dientes. Los pensamientos me habían distraído del dolor por un breve momento, pero ahora, cuando Agustín sacó un maldito cuchillo, volvieron abrumadoramente.

—Ni se te ocurra —gruñí.

De repente me sentí como un animal salvaje acorralado al que provocaban hasta que mordiera. Solo que en este estado no podría causar absolutamente ningún daño y eso me enfurecía más que nada.

La luz se reflejó en la hoja. —No tienes ni idea de cómo causar daño efectivamente con eso, ¿verdad? —solté, con puro desprecio en la voz.

Probablemente nunca en toda su vida había apuntado un cuchillo contra una persona. Podía untarse una tostada con mantequilla, pero ahí acababa todo.

De reojo, noté que la rusa se reía de mi comentario. Sin embargo, no era inteligente seguir llamando su atención. Con Agustín podía lidiar de alguna manera. Con la zorra rusa... se contenía demasiado como para que esta fuera una situación nueva para ella.

—¿Quieres que te enseñe? —continué, respirando ahora notablemente más agitada. De alguna manera tenía que controlar el dolor ardiente en mi pierna.

—Mejor cierra la boca. —Su siseo no me asustaba. El hecho de que me infligiría más dolor, sí—. ¿Crees que le gustará cuando vea lo que te he hecho? ¿Cuando vea que alguien más te ha marcado permanentemente? Tal vez nunca lo sepa. Pero quizás... quizás algún día encuentre tu cuerpo roto. Y entonces eso lo perseguirá hasta en sus sueños.

Sin previo aviso, hundió la punta del cuchillo en mi ya maltratada pierna. Casi perdí el control de mi conciencia. Un grito se escapó de mi garganta, incapaz de apartar la mirada. Vi cómo cortaba en línea recta desde mi rodilla hasta la herida. Más sangre brotó, corriendo por mi pierna.

Pero no había terminado. En su rostro descubrí que lo estaba disfrutando. Le gustaba causarme dolor.

De nuevo, una oleada de calor recorrió mi cuerpo, sentí cómo el vestido se pegaba a mi cuerpo sudoroso. Mi estómago se revolvía mientras él se detenía justo debajo del orificio de la bala.

Luego pasó por encima, abriendo automáticamente más la herida y continuó con el cuchillo por mi muslo. El vestido se subió, permitiéndole continuar el corte hasta mi ingle.

Me retorcí en mis ataduras. Sin éxito. Grité. Pero mi dolor cayó en oídos sordos. Casi vomité, pero de alguna manera logré mantener el control. Mantener la compostura. No me derrumbé. No por este hombre. No porque estuviera bailando con una hoja sobre mi piel. No porque sonriera como si estuviera teniendo el mejor momento de su vida.

Mis oídos zumbaban. Mi corazón latía tan fuerte contra mi pecho que dolía, pero ni siquiera eso era suficiente para distraerme del palpitir en mi pierna.

El olor de mi sangre me cosquilleaba la nariz, recordándome que cada persona solo tiene un volumen limitado de ella y que la debilidad en mis extremidades probablemente estaba

relacionada con la pérdida que ya había sufrido.

Seguí tensa. Si mentalmente le ordenaba a la herida que dejara de sangrar... sentí cómo la desesperación se elevaba dentro de mí. ¿Cómo iba a salir de aquí si él simplemente seguía y seguía? ¿Qué pasaría si Santiago ni siquiera se enteraba de que Agustín me había secuestrado? ¿Y si volvía a casa, notaba mi desaparición y creía que había decidido dejarlo después de todo?

Todo dependía de lo que Agustín hiciera conmigo a continuación. Si de alguna manera llamaba la atención de Santiago...

—Tal vez debería continuar con esto. En todas tus extremidades. Me guardaré la cara para el final. Y al final te verás como la marioneta que eres. Porque nunca fuiste tú quien manejaba los hilos, *bebé*.

Quería poner mis manos alrededor de su cuello. Ver cómo se ponía azul bajo la presión de mis dedos y finalmente se asfixiaba. Pero esa no era la muerte que le deseaba. Debería morir de una manera más cruel. Por lo que le había hecho a Santiago. Por hacerme sufrir. Por la rusa que había traído al juego y que mostraba demasiado interés en Rafael como para que yo lo ignorara sin preocupación. Si ella creía que podía hacerle daño ni siquiera un pelo...

—Entonces hazlo. Destruye mi cuerpo, Agustín. Mi espíritu no lo conseguirás. Y mi alma, mucho menos. —El desafío era mi escudo protector.

Pero no me protegió de la bofetada que hizo girar mi cabeza y provocó un fuerte zumbido en mi interior.

Aun así, escuché los golpes en la puerta. Y la voz masculina que consultó brevemente con Agustín.

—Quiere mostrar el premio antes de que tengan lugar las últimas peleas.

Las últimas peleas. No faltaba mucho para que terminara la noche. *Joder*. Me obligué a mantener los ojos abiertos. A pesar del dolor. A pesar de la abrumadora necesidad de ceder simplemente a la inconsciencia que sin duda se avecinaba.

—Simplemente llévala contigo —respondió Agustín.

Al momento siguiente, se soltaron las ataduras. Primero en mis manos, luego en mis piernas. La derecha ardía, y cuando el tipo corpulento me puso de pie de un tirón, instintivamente sollocé mientras mi pierna se doblaba debajo de mí.

Casi besé el maldito suelo.

Cuando me arrastró pasando por delante de Agustín, lo miré arrugando la nariz hasta que desaparecimos por la puerta. No me atreví a hacerle ninguna pregunta al hombre. Prefería guardar mis fuerzas para el momento en que realmente las necesitara.

Todo estaba a oscuras, no tenía idea de cómo se orientaba, pero me arrastró por uno de los pasillos como si tuviera visión nocturna. Entonces escuché los susurros. Aquellos que me habían sorprendido tan inesperadamente en mi primera visita. Antes de darme cuenta de que se referían a Santiago.

La demanda por él se hizo cada vez más fuerte, hasta que toda la arena tembló bajo mis pies. Sentí los gritos hasta lo más profundo de mis huesos, al igual que el bajo de la canción. Me hubiera encantado gritar con ellos, llamar su atención de esta manera, pero eso era tan inútil como cualquier otro esfuerzo que pudiera hacer en este momento.

Mi corazón latía con fuerza. Olía mi propia sangre. Los hombres de nuestras familias entrenaban para soportar el dolor durante largos períodos de tiempo y no sucumbir a sus propiedades traicioneras y engañosas. Yo no había aprendido ninguna de estas habilidades. El dolor me estaba consumiendo. Me dejaba casi ciega a todo lo demás que sucedía a mi alrededor, ahora que se había hecho el silencio. Un silencio sepulcral.

El hombre me llevó a una plataforma desde la que se podía ver la arena y el área de combate debajo. Una sola luz se encendió, girando en nuestra dirección. Por un momento no vi nada, tan cegadoramente brillante era en mis ojos. Luego me empujó, tambaleándome un paso hacia adelante. Pero sin el apoyo necesario, tampoco pude mantenerme en pie.

Me caí. El impacto me hizo saborear bilis amarga, me sentí tan mal. Mi cuerpo se rebelaba.

Un murmullo recorrió la multitud.

—El ganador de la noche se irá a casa con la joven dama de arriba —anunció alguien por los altavoces.

Al siguiente segundo, el hombre detrás de mí agarró mi cabello, tirando de mi torso a una posición erguida para que todos en la arena pudieran ver exactamente de qué se estaba hablando.

—Normalmente se trata de dinero. Coches, propiedades. Esta noche, el premio es una mujer. A completa disposición. Y puedo imaginar que más de uno querría verla morir una muerte dolorosa... después de todo, es la hija del *capofamiglia* del *outfit* de Chicago. Un premio poco común, sin duda.

Forcé mi mirada hacia abajo, intentando enfocar a través de la sangre y las lágrimas. ¿Era Santiago el que estaba en la arena de combate, girándose hacia mí? ¿Dónde estaba Rafael?

Si se distraía... Si Santiago no ganaba... una nueva forma de miedo me atravesó. Esta vez no logré mantenerlo bajo control. Empecé a temblar.

SANTIAGO

Había pasado la última hora preguntándome una y otra vez dónde demonios se había metido Thalassa. Rafael había intentado llamarla, sin éxito. Había salido de la *Alcazaba*, también había llegado a la arena, y aun así no veía su hermoso rostro por ninguna parte. Ni en el campo de batalla, ni en las gradas, ni en el área separada donde la había dejado durante la última pelea. La preocupación me carcomía las entrañas, hasta que ese pequeño temor se transformó en algo con suficiente fuerza explosiva como para arrasar toda la ciudad.

Las palabras de los altavoces casi me habían convencido de abandonar la pelea. Nadie luchaba por una mujer, y menos yo, cuando ya tenía una a mi lado que me llenaba por completo.

Pero entonces se detallaron las condiciones con más precisión y ahora estaba en medio de la arena, con la mirada fija en la plataforma elevada, contemplando el cuerpo ensangrentado y maltratado de mi mujer.

Un dolor agudo me atravesó el pecho, seguido de cerca por la ira. Sentí la mirada de Rafael en mi espalda y tomé la única decisión sensata. Me di la vuelta mientras el calor recorría mis extremidades y mis dedos se cerraban en puños.

Iba a ganar. Y después, la gente iba a morir.

La pelea comenzó sin que yo lo registrara realmente. Mis pensamientos estaban con Thalassa mientras Rafael se apartaba de su lugar y desaparecía. La expresión de su rostro no ocultaba lo que sentía.

Esta vez la pelea no fue una obra de arte. No esperé para bailar con el bastardo frente a mí y dar a los espectadores el espectáculo que esperaban al venir aquí. Simplemente golpeé, hasta que oí huesos crujir y alguien anunció que el oponente había perdido.

Comenzó otra pelea. Otra victoria para mí. Si me golpearon, no lo sentí. Estaba demasiado ocupado volviéndome loco por dentro. Estar aquí abajo mientras ella estaba allá arriba, herida y probablemente llena de miedo...

El ataque con cuchillo. El hombre que nos había filmado. Y ahora esto. Pero Cesare Ferrante no era tan estúpido como para jugar así conmigo. No habría elegido la arena porque probablemente sabía que no había perdido una sola pelea en los últimos años.

No era obra suya. Sino de un hombre que odiaba a la mafia italoamericana y que de alguna manera había descubierto que Thalassa estaba entre nosotros.

Su imagen se había grabado profundamente en mi mente. Su cuerpo ensangrentado, la piel pálida, su mirada llena de dolor. Cómo la habían levantado y promocionado como si fuera un premio que había que poseer a toda costa.

Solo ese pensamiento era una blasfemia, porque Thalassa ya me pertenecía y nadie en este mundo tenía derecho a robármela y querer venderla a otro hombre.

Cada herida que había vislumbrado en su cuerpo en los pocos segundos que la había mirado desesperadamente se había transferido a mi propio cuerpo como un calco. Podía sentir su dolor. El fuego en sus extremidades, el zumbido en su cabeza, el latido impotente que con cada segundo hacía que todo se sintiera aún más intenso.

Ella no debería sufrir. De todas las personas que conocía, que estaban bajo mi protección, esta mujer era la última que merecía enfrentarse a este tipo de dolor. Era solo un maldito medio para un fin. Una herramienta. Hecha para enviar un mensaje a otras personas.

El mensaje llegaba. Y gritaba alto y claro: *Mátame. Esta noche moriré. Porque me he atrevido a hacer correr su sangre.*

Un golpe me alcanzó en el hombro, sacándome bruscamente de mis pensamientos. Reaccioné con aún más furia. La pelea era solo un mal necesario. Algo que tenía que superar para obtener lo que quería. Thalassa. Segura en mis brazos.

Tan segura como podía estar, considerando su maldito estado físico.

Una vez más, su imagen apareció ante mi ojo interior. De nuevo me dio un feo golpe en la boca del estómago.

En realidad, nunca había creído que hubiera algo que pudiera incapacitarme. Pero Thalassa, y lo que sucedía a mis espaldas, estaba malditamente cerca de lograrlo.

¿Qué debería sentir? ¿Ira? ¿Odio? ¿Las dos emociones que siempre me acompañaban tan rápidamente porque eran las que me mantenían con vida en caso de duda? ¿O iba más allá de eso? Estaba la necesidad de ejercer violencia. No necesariamente contra el luchador frente a mí, sino más bien contra todas las almas que tenían que ver con esta farsa. Estaba tenso. Irritado. Quería construir un muro protector. Defender a Thalassa con todo lo que tenía.

Pero también estaba ese dolor y esa decepción que me carcomían las entrañas. Estaba cansado de que jugaran conmigo. Thalassa hacía que fuera vulnerable. Me volvía susceptible. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que su existencia y su posición a mi lado hicieran que otras personas también quisieran hacerle daño?

Esta noche habría una declaración clara. Quien la convirtiera en un objetivo, quería guerra. Y quien me desafiaba a la guerra, sucumbía. Sin excepción.

La ciudad se bañaría de nuevo en sangre si era necesario. Y esta vez no era solo un jugador más en el campo, que seguía órdenes y desahogaba su ira. Esta vez yo lideraba el ataque y lo justificaba únicamente con el hecho de que habían tocado a mi mujer.

Consecuencias con el *Echelon* o no, había límites que nunca se cruzaban. Y este era uno de ellos. Thalassa era uno de esos límites. Mi maldita familia *era* el límite.

Si algún día llevaba a mi hijo, si algún día una versión más pequeña de ella corría por la fortaleza... ni siquiera podía pensar en ello, tan abrumadora se sentía esa idea. No de manera positiva, si consideraba que había gente ahí fuera que quería dañar esa situación.

Aquellos que alguna vez se propusieron destruir esta felicidad, y en muchos aspectos incluso lo lograron.

Impulsado por las nuevas razones que se me revelaban, golpeé con el puño demasiado fuerte en el rostro de mi oponente. Durante todo este tiempo, la arena había quedado en segundo plano, pero ahora los gritos irrumpían con toda su fuerza en mi conciencia.

Los espectadores aún me animaban, ignorando el hecho de que una vida estaba en juego. Tal vez no eran tan conscientes de ello como deberían serlo. Solo venían a entretenerse. A ver una pelea y apostar. Nadie esperaba que aquí se humillara a las mujeres. Que las ofrecieran como si fueran una mercancía que se pudiera tratar como a uno le placiera.

Era como un frenesí. Golpear una y otra vez con mi puño el cuerpo de mi oponente. No le di

tiempo para una defensa adecuada o para retroceder ante mí.

En cambio, todo en mí se enfocaba en él y en el objetivo frente a mis ojos. Si ganaba la pelea, me entregarían a Thalassa. Sin que su vida siguiera en peligro.

Me la traerían, sin saber quién era yo. Y cuando estuviera en mis brazos, cuando pudiera estar seguro de que respiraba y estaba a salvo, entonces revelaría al enemigo el error que había cometido. No habría piedad. Solo sangre derramada. Solo venganza por el estado en el que habían puesto a Thalassa.

Expresaría lo que me hicieron sentir al torturarla.

Era una maldición sentir por otra persona lo que yo sentía por Thalassa. A otros los cegaba por las cosas esenciales. A mí me las hacía ver.

¿Por qué debería acallar la ira dentro de mí? ¿Sofocar la rabia cuando era una expresión tan buena de lo que les sucedería a todos los demás si decidían recorrer el mismo camino?

No domaría a los demonios dentro de mí. Thalassa los había tomado de la mano. Había estado dispuesta a pagar el precio. Si los soltaba, ella se levantaría conmigo de las cenizas.

Era una maldición. Mi maldición. Porque me daba justificación y razón al mismo tiempo para bañarme en todos estos pecados sin sentir ni el más mínimo atisbo de remordimiento.

Solo cuando el árbitro levantó inesperadamente mi brazo y me declaró el ganador de la noche, saboreé la sangre en mi lengua. Mi enfoque cambió de nuevo, esta vez se posó en el hombre que arrastraba a Thalassa por las escaleras desde el lugar encima de la arena. Apenas había tensión en su cuerpo. No solo su pierna estaba ensangrentada. Su rostro también. El vestido una vez blanco estaba rígido en algunos lugares por la sangre seca.

Llegaron a la arena. Un rastro sangriento los seguía, y cuanto más se acercaban, menos lograba controlar mi ira. Este hombre trabajaba en realidad para mí, para el hombre que había puesto a cargo de dirigir la arena. Sin embargo, no solo habían aceptado a una mujer como premio de la noche, sino que también habían ignorado que se trataba de *mi* mujer.

—Tu premio —me ladró, antes de darle otro empujón.

Thalassa voló hacia mí. Antes de que cayera a mis pies, la atrapé. Exhaló con fuerza, emitiendo un sonido de dolor que nunca quise oír de su boca.

—¿Quién es el responsable de esto? —gruñí, fijando la mirada en el hombre frente a nosotros.

Pero no fue él quien respondió, sino Thalassa, cuya cabeza presioné protectoramente contra mi pecho desnudo. —Agustín. Esta es su obra. Él es responsable de todo, Santi. *Todo*.

Podía sentir la debilidad en su cuerpo, cómo el dolor devoraba su conciencia. El olor de su sangre llenaba la arena. Pero fueron las palabras que susurró apenas audiblemente las que me llevaron al límite. —Quiere verte muerto. Está manipulando a todos. También estaba la rusa. Tienes que irte de aquí. Por favor.

Sus dedos se clavaron en mi torso. Urgentes. Pero no tenía intención de huir y esconderme. Habíamos esperado lo suficiente. Esperanzados. Pero Agustín ya había hecho su elección, y no era la que yo había deseado para él.

Lentamente levanté la mano, me quité la máscara que había ocultado mi identidad durante todos estos años y me expuse ante los espectadores presentes.

El silencio cayó sobre la arena.

—¡AGUSTÍN! —grité tan fuerte que mi voz resonó por todos lados—. ¡Si realmente quieres verme muerto, tendrás que encargarte tú mismo!

Sentí a Thalassa sacudir la cabeza. Por supuesto, yo estaba desarmado, y la herida de bala en su muslo mostraba claramente que él no solo estaba armado, sino que también estaba dispuesto a

disparar. Pero eso no me detuvo de gritarle. Porque al final, solo servía a un propósito: darle a Rafael la información que necesitaba.

Sin rodeos, levanté a Thalassa en mis brazos, el gemido de su boca siguiendo desgarrando mi paciencia. Esta era la obra de Agustín. No solo la había golpeado hasta sangrar, sino que también le había disparado.

Su cabeza cayó contra mi hombro mientras la sacaba de la vista de todos los presentes. No había forma de que la entregara al cuidado de los hombres que esperaban, que habían aparecido tan pronto como quedó claro que no haría con Thalassa nada de lo que antes se había puesto en debate.

Una de las caras me resultaba familiar. El tipo con formación de paramédico al que la última vez había obligado a simplemente ponerme un vendaje.

Lo miré fijamente, sin hacer ningún ademán de dejarla. —Si después de tu tratamiento está peor, si muere o tiene dolores innecesarios... —comencé con mi amenaza.

Levantó una ceja. —Yo también moriré. Ya entendí. Ella estará bien, no te preocupes.

Vaya nervios que tenía.

Finalmente, la dejé en uno de los bancos de madera que los luchadores solían usar como refugio antes de los eventos. Toda la zona delimitada quedó vacía en cuestión de segundos. Nadie quería ponerse en peligro innecesariamente.

Bajo la luz adecuada, todo se veía mucho peor. Su piel estaba demasiado blanca, casi transparente. Tenía dificultades para enfocar la mirada en un punto —mi rostro—, pues sus ojos se desviaban constantemente hacia un lado.

La herida de bala en su muslo no había dejado de sangrar. Al contrario, a su alrededor se revelaban otras lesiones que obviamente provenían de un cuchillo. Un feo corte se mostraba en su frente. Probablemente se había abierto, pues en la mandíbula de Thalassa ya había un horrible moretón azul. Su nariz también estaba ensangrentada, aunque allí el líquido rojo ya estaba en su mayor parte seco.

Observé cómo aparecían jeringas y medicamentos junto a Thalassa.

—Nada de sedantes —exigí. La necesitaba despierta para saber cómo estaba. Para que fuera consciente de lo que sucedía después de que alguien se hubiera atrevido a usarla para hacerme daño.

Ella agarró mi mano. —Lo siento tanto.

—¿Qué? —gruñí—. No es tu culpa. Tú estás perdiendo muchísima sangre. No él.

—Que se haya vuelto contra ti, Santi. —Por un breve momento, cerró los ojos. Era el dolor el que exigía esta reacción. Y todo porque ese inepto idiota le estaba inyectando en el muslo herido. Sabía que era necesario, pero una parte muy primitiva de mí exigía destrozarle las manos por ello.

En su lugar, cerré mis puños. —Él ha tomado su decisión. Yo tomo la mía. Puede que mi sangre corra por sus venas, pero la suya ha perdido todo valor desde que decidió ponerse en contra del cártel.

—No lo hagas sufrir. —Su voz era demasiado débil, demasiado llena de dolor como para siquiera considerar eso.

Incliné la cabeza, abriendo cuidadosamente mis puños para poder deslizar mis dedos por su cabello mientras alcanzaba el paño húmedo que me ofrecía el joven.

—Quizás lo habría considerado si no hubiera derramado tu sangre, *Lionheart*. *Me convertiré en la muerte por ti*. Cuéntamelo todo. Para que sepa por qué va a sufrir.

—*Primero, fue un ataque a mi imperio. Querían destruirlo para poder apoderarse de lo que*

quedara. Y segundo: se atrevieron a levantar la mano contra las dos mujeres más importantes de mi vida —continuó—. NO ME IMPORTA POR QUÉ. No importa cuáles fueran sus motivos. Lo que más querían. ¡HAN ATACADO A MI FAMILIA, MATADO A MI HIJA E INTENTADO ARREBATARME LA OBRA DE MI VIDA! Van a morir. No hago preguntas. Solo mato.

Las palabras de mi padre resonaban en mi mente. Me había llevado diez años entender cómo se había sentido con la traición. Yo había amado a mi hermana.

Pero la mujer en mis brazos era mi mundo. Y alguien acababa de intentar destruirla.

¿Los motivos? Irrelevantes. ¿Qué más estaba en juego? No importaba. ¿Los lazos de sangre? Nulos. Solo haría preguntas para averiguar quién más estaba involucrado. Y luego no haría nada más que matar.

RAFAEL

No creí que fuera posible, pero la escena que presencié en la arena despertó recuerdos de aquella noche que hubiera preferido borrar para siempre de mi memoria. Lo que le había dicho no era mentira. Con Santiago y conmigo, ella tenía una familia a su lado que la defendería hasta el último aliento. Hace un tiempo, me había reído de la obsesión de Santiago, pero ahora no podía imaginar a Talia con nadie más.

Por eso, la imagen me golpeó aún más fuerte. La sangre. El mensaje detrás. El hecho de que alguien se hubiera atrevido a atacarla y usarla para sus propios fines.

La arena era enorme, pero los responsables seguramente aún estaban en el edificio y no tardaría mucho en encontrarlos.

Pasé por los baños, cuyas puertas estaban entornadas, y ya estaba a medio camino de las gradas superiores cuando me detuve en seco.

Por el rabillo del ojo había visto algo... algo sutil, pero tan relevante que hice que la puerta del baño de mujeres se estrellara contra la pared con un empujón violento.

—Qué agradable sorpresa —dije. En dos zancadas estaba detrás de la mujer pelirroja, agarré su cabeza y la estrellé contra el lavabo, solo para tirar de ella hacia atrás y presionar su nariz ahora ensangrentada contra el espejo.

El líquido rojo cubría la mitad inferior de su rostro. Parecía conmocionada. Pero no lo suficiente como para no sonreír con malicia.

—Qué casualidad. Quieren vender a Talia y tú estás en el mismo edificio, aunque llevas días desaparecida, Ksenia.

—Simplemente me gusta este lugar, imbécil.

—Claro. Ya veremos cómo reacciona Talia cuando te vea —respondí y comencé a registrarla en busca de armas, con los dedos aún enredados en su pelo para mantener al menos una forma básica de control sobre ella.

Encontré su smartphone y una navaja de resorte con feo serrado, pero ninguna pistola. Mal equipada también. Qué vergüenza. ¿Era esa la razón por la que no se defendía?

—¿Por qué no me cuentas con quién estás trabajando? —gruñí y la arrastré fuera de la puerta hacia el pasillo.

Pero aparentemente ya no era necesario, porque al momento siguiente escuché a Santiago gritar un nombre por toda la arena, uno que en realidad no quería oír de su boca de esa manera. Confirmaba cada pequeña sospecha.

Sin previo aviso, una oleada de odio me atravesó, haciendo que estrellara la cabeza de Ksenia contra la pared de piedra. Al siguiente segundo, mi puño hizo contacto con su nariz, provocando que su cabeza volviera a golpearse contra las piedras.

Oí cómo se le escapaba el aire de los pulmones, vi la sangre detrás de ella, pero eso no era ni de lejos suficiente para satisfacer la necesidad que había despertado en lo más profundo de mi ser.

Aun así, atrapé su cuerpo repentinamente flácido, lo arrojé sobre mi hombro y me apresuré a bajar. Cuando entré en la habitación contigua donde Santiago se había retirado con Talia, uno de los paramédicos ya estaba trabajando.

Miró conmocionado a la rusa pelirroja, que se deslizó bruscamente al suelo, aún inconsciente.

—¿Muerta?

—Desafortunadamente, aún no. Pensé que tal vez querías encargarte tú mismo —respondí a la pregunta de Santiago. Luego me di la vuelta—. Lo encontraré. Esta vez no escapará.

—Lo quiero vivo, Rafael.

Asentí para confirmar su petición. —Por supuesto.

Todo lo que necesitaba saber, ya lo sabía. Agustín nos había traicionado. Había convertido a Talia en un peón. No importaba cuán profunda fuera la traición, había dado vida a algo que yacía diez años en el pasado. *La noche roja* había sido la peor noche que la ciudad había visto en tiempos recientes. La que había causado una ruptura en todo lo que había jugado un papel en la unión de las familias.

Agustín había jugado con la paz como si fuera un niño pequeño e ignorante.

—¿Y Talia? Te prohíbo que mueras.

Un poco de alivio me invadió cuando la oí reír. Al menos suavemente. —Es solo un tiro limpio. Esto no me matará.

Probablemente eran palabras muy similares a las que había usado para calmar a Santiago, con la diferencia de que conmigo no funcionaban tan bien. El hecho de que la bala hubiera atravesado limpiamente su muslo no significaba nada. La noche no había terminado, el peligro no había pasado. Si hubiera complicaciones, otro ataque...

Me ahorré la respuesta y salí de nuevo a la arena de combate, escaneando sistemáticamente con los ojos la arena ahora brillantemente iluminada.

El pequeño cabrón debía estar escondido en algún lugar, pero pasaría bastante tiempo antes de que mis hombres llegaran a la arena y no podía esperar tanto. Así que volví a subir a las gradas y seguí hacia arriba. La habían exhibido en el saliente que dominaba toda la arena. En consecuencia, debían haber estado muy cerca antes de eso.

Una bala se estrelló contra el banco de piedra a mi lado. Mal tirador.

Joder.

No me arriesgué a quedarme un segundo más en el mismo lugar, sino que me precipité hacia el pasillo que rodeaba la arena. Corrí a toda velocidad, con la mirada fija en el otro lado de la arena, intentando localizar al tirador. Sin duda era Agustín, que ya se había dado cuenta de que sus planes se estaban desmoronando.

Más balas pasaron volando y se estrellaron contra la pared de piedra a mi lado. Evidentemente, Agustín nunca se había molestado en practicar tiro al blanco con objetos en movimiento. Yo iba cada vez más rápido.

Si decidía huir... ya había logrado esconderse de nosotros una vez. Y de alguna manera también había conseguido acercarse a Talia.

En las sombras de un arco, divisé una figura, pero tan pronto como él también me vio, más balas volaron en mi dirección. Esta vez, yo también saqué mi arma. No con la intención de matarlo... no, eso se lo dejaría a Santiago. Pero aun así, me divertiría sometiéndolo y obligándolo

a rendirse.

Para mi sorpresa, se enfrentó a mí. —¿Dónde está él?

—Eso no importa.

—¿Él debería ser quien apareciera aquí!

—Santiago ya no va a jugar más juegos contigo, Agustín. No importa quién te recoja. Al final, terminarás frente a él.

Lo observé dar un paso atrás y sacudir la cabeza. —Esto no era parte del plan. Pero ¿sabes qué? Entonces tú serás simplemente el primero en dejarnos esta noche.

Con sus palabras, se me fundió un fusible en la cabeza. —Diez años de paz y tú la pones en riesgo. ¿Para qué?

—No deberías estar de su lado, Rafael. Por su culpa lo perdiste todo.

Negué con la cabeza, listo para responder más. Pero esta vez noté la astucia. Cómo intentaba atraerme cada vez más cerca de él. Mi mirada siguió las sombras hasta que descubrí por qué estaba haciendo todo esto.

—Una forma muy cobarde de matar a un hombre. Pero tampoco te importó involucrarte con la rusa. Me temo que ella tampoco sobrevivirá la noche.

Aunque el pasillo no estaba precisamente iluminado, noté el tic en su brazo. Instintivamente, di un salto hacia atrás a través de uno de los arcos. Al momento siguiente, fui lanzado varios metros más allá.

La explosión retumbó en mis oídos, piedras y polvo llovieron mientras sentía el calor de la pequeña bola de fuego a través de mi ropa.

A pesar del zumbido en mis oídos y el agudo tirón en mis músculos, me levanté. Corrí de vuelta hacia arriba. La explosión había sido solo puntual, diseñada para matar a un solo hombre. Santiago.

La visibilidad en el pasillo era pésima. Por todas partes flotaba polvo oscuro, el humo me picaba en los ojos. Pero pasé por encima de los escombros y me puse a buscar a Agustín.

¿Creía que una explosión me detendría? ¿Creía que de esta manera mantendría la ventaja? Si acaso, se estaba poniendo en ridículo, porque nada de esto era capaz de detenerme.

Después de algunos metros, escuché su delator tosido y seguí el sonido por el pasillo. Se alejaba de mí, pero no muy rápido. Probablemente la explosión también lo había derribado. Bastardo. Ni siquiera eso podía hacer bien.

Desde la parte inferior de la arena, escuché el tumulto que había estallado después de los disparos y la explosión. No pasaría mucho tiempo antes de que otros se unieran a la caza de Agustín. No podría esconderse de nosotros para siempre. No en esta arena.

Seguí tropezando, solo para darme cuenta después de unos metros que algo había cambiado. El polvo y el humo se disipaban, revelando a Agustín, cuyo cuello estaba atrapado en una gran y fuerte mano.

Su arma yacía atrapada bajo un zapato.

De todas las personas posibles, este hombre era el que menos esperaba ver aquí.

—Ángel —exclamé.

—¿Por casualidad estás buscando a mi *nieto*? —La manera en que enfatizó la palabra dejó más que claro que Agustín había llevado ese título por última vez.

—¿Cuánto sabes?

Hizo una mueca. —Hemos juntado las piezas del rompecabezas. En realidad, estaba aquí para informar a Santiago, pero entonces...

... Entonces Talia había sido humillada frente a todos los presentes en la arena y todo el

ambiente había cambiado rápidamente. Asentí con conocimiento.

Agustín se había quedado en silencio. ¿Había querido enfrentarse a Santiago, pero sentía miedo de Ángel? Instintivamente, puse los ojos en blanco.

—Traición desde dentro de nuestras propias filas. Pensé que la historia de esta familia sería suficiente para evitar esto para siempre. —Ángel sonaba amargo, tan personalmente afectado por este desarrollo como Santiago y yo—. Querías más de lo que te correspondía. Otros antes que tú cometieron el mismo error. El precio es alto, Agustín. Pero quien puede traicionar como un hombre, también es capaz de morir como uno.

No necesitaba mirar a los ojos de Ángel para saber que esto le dolía por más de una razón. Agustín era el último recuerdo de su hija, era lo que quedaba de ella. Matarlo también significaría borrar a Marisol de una vez por todas. Sin embargo, esto no cambiaba los hechos. Ni cómo sería el castigo por lo que había sucedido.

Ángel me entregó a su nieto antes de ir delante, buscando un camino de vuelta al campo de batalla. —¿Sabes lo que pasó después de la muerte de tu madre? —le susurré a Agustín.

No respondió, pero tampoco era necesario. Se lo contaría de todos modos. —Antes de esa noche, hubo un juramento. Unió a cuatro familias durante décadas. Aseguró que reinara la paz hasta que un nuevo jugador entró en escena y lo destruyó todo. El juramento se rompió en el momento en que dispararon a tu madre. Se creía que los Nikifarov habían sido aniquilados esa noche. Tal vez incluso antes. Quién sabe con exactitud. Los Ferrante cayeron en desgracia. Los Sinclair regresaron a Escocia. Habría sido fácil para Santiago darle la espalda a la ciudad también. Pero no lo hizo. En su lugar, tomó bajo su protección este maldito infierno e hizo un nuevo juramento. Nunca habría otra *la noche roja*. Pero tú, muchacho, estás a punto de desencadenar una reacción en cadena que podría resultar exactamente en eso. Crees que es débil. Inadecuado. Crees que debería haber sido capaz de proteger a Marisol. Pero dime, ¿qué tan fácil fue secuestrar a Talia y dispararle una bala en su cuerpo indefenso, eh? Él no sabía nada. ¿Aun así debería haber sido capaz de evitarlo?

Lo empujé por los últimos escalones, haciéndolo caer en la arena. Al pasar, agarré su camiseta, lo puse de pie y lo arrastré, siguiendo siempre a Ángel, quien nos guiaba decididamente hacia el otro extremo.

Santiago venía hacia nosotros, pero antes de que nos alcanzara, un hombre se interpuso en su camino. En estado de alerta, mi mano ya estaba en mi arma, pero después de que Santiago asintió, el hombre lo pasó y desapareció en la habitación donde antes habían tratado a Talia. No pasaron ni dos segundos antes de que saliera de nuevo, con la pelirroja cargada sobre su hombro.

Pasó de nuevo junto a Santi. —Ella muere, ruso. No importa si cae bajo tu jurisdicción o no.

El hombre se detuvo, su rostro aún oculto bajo la capucha de su sudadera. Luego dejó caer a la mujer al suelo, pasó por encima de ella y al momento siguiente presionó la suela de su zapato contra su garganta.

Casi de inmediato, ella cobró vida. Sus manos se aferraron a su pie, tirando de su pierna, mientras todo su cuerpo se arqueaba y luchaba contra él. Pero él ni siquiera se tambaleó, ejerció más presión hasta que los músculos, tendones y huesos cedieron y su vida terminó con un sonido horrible de su garganta completamente destrozada.

Demostrativamente, dio un paso a un lado. —Hecho, Rojas. Esto no volverá a suceder. Y por mucho que me gustaría presenciar el resto... tengo cosas que hacer.

Desapareció tan rápido como había aparecido. ¿La *Avtorit* había decidido finalmente ocuparse de su gente?

Esta vez nada impidió que Santiago se acercara a nosotros. Asintió brevemente a su padre,

pero su enfoque estaba en Agustín. Lo solté y me hice a un lado, solo para descubrir a Talia. Estaba apoyada contra la pared de madera, con los ojos fijos en el espectáculo que estaba a punto de desarrollarse.

Me acerqué a ella, sabiendo bien que no tenía nada que hacer en el gran escenario. Sin embargo, no fui el único con este pensamiento, pues Ángel también estaba allí.

Le tendió una mano. —Señorita Ferrante, lamento mucho que se haya visto atrapada en el fuego cruzado.

Observé casi nerviosamente cómo ella tomaba la mano de Ángel. —Talia. Y estoy viva. La traición a la familia juega un papel mucho más importante.

Sonaba cansada. Un poco abatida. Pero al ver el grueso vendaje en su muslo, la cantidad de sangre y las partes hinchadas de su rostro, no era de extrañar.

Ambos nos sentamos junto a ella. Talia se volvió hacia mí. —Eres consciente de que estás sangrando, ¿verdad?

En realidad no. *No*. Pero de alguna manera habría sido un milagro si no fuera así. Me encogí de hombros. —Eso tendrá que esperar.

Porque Santiago estaba a punto de ocuparse de Agustín. Y eso no me lo quería perder por nada del mundo.

SANTIAGO

La promesa que le hice a mi hermana pesaba especialmente esta noche. Le había asegurado que cuidaría de su hijo. Que me aseguraría de que se convirtiera en un buen hombre. Cuán terriblemente había fracasado lo comprendí en el momento en que me di cuenta de todo el alcance de sus acciones. No se trataba solo de Thalassa, a quien había herido. Era mucho más que eso. Ella me lo había contado todo. Palabra por palabra. Cada una había sido una daga más afilada que la anterior, clavándose profundamente en una herida que nunca se cerraría.

Agustín había decidido elegir un bando que lo convertía en mi enemigo. El trabajo con Cesare Ferrante. Con la rusa. El intento de poner al cártel en contra de los *Blinders*. Cómo había jugado con más de un lado, solo para beneficiarse a sí mismo. Había intentado tomar el control en una especie de golpe de estado, con el resultado de que ahora se encontraba ante la nada.

Sin embargo, el exilio no sería suficiente. Yo sabía lo que Marisol habría exigido. No importaba si se trataba de su hijo o no. Teníamos orgullo. Honor. Lealtad. Agustín había despreciado cada una de estas cualidades y se había asegurado de que todo el cártel se volviera contra él. Incluso mi padre había logrado ver a través de su farsa, y eso que ya ni siquiera residía en Málaga.

Él estaba aquí, y no había dicho ni una palabra sobre que fuera el momento de mostrar clemencia. Todos queríamos ver sangre, aunque solo fuera una parte de la retribución. Todo lo demás sucedería después: localizar a aquellos que habían trabajado con él. Los que se habían puesto en mi contra y en contra del cártel para seguir a un chico que aún estaba verde detrás de las orejas.

Después de esta noche, tendrían el recordatorio de lo mala idea que había sido. A veces, con el tiempo, la gente olvida los acontecimientos negativos. Para protegerse a sí mismos. Pero Agustín sería un buen recordatorio.

Internamente, desde el segundo en que se había establecido que Agustín era el responsable, no había dejado de disculparme con Marisol. Su hijo se había convertido en lo que todos más despreciábamos y ahora no había nada más que hacer que llevarlo a su muerte.

Durante un buen rato, simplemente lo observé, con el silencio de la arena a mis espaldas. Tenía los ojos de su padre, el pelo de su madre y sus rasgos faciales guardaban cierto parecido con Ángel y conmigo. Agustín era un Rojas de pies a cabeza, al menos en apariencia. En todos los demás aspectos, había fracasado.

A lo largo de los años, muchas cosas habían sucedido entre mi padre y yo. Rafael y yo tampoco siempre nos habíamos llevado bien. Pero al final, había una regla de hierro que no se rompía bajo ninguna circunstancia. El juramento de la familia, la pertenencia, era y seguía siendo intocable. No le dábamos la espalda a los demás. Y ciertamente no por razones tan débiles de

carácter como tomar el control de un cártel que de todos modos habría estado en sus manos en unos años, si para entonces se hubiera probado lo suficiente como para justificar esa decisión.

Lo miré en silencio. No había preguntas que hacer. Ni respuestas que esperar. No encontraría justificación para la traición y no quería escuchar sus súplicas. No sentía lástima por el hombre que estaba frente a mí. Solo por el chico que en algún momento de su vida había decidido tomar un camino diferente al que el cártel le había allanado.

Herir a Thalassa pesaba mucho. Pero la traición hacia mí y todo lo que esta familia había construido pesaba aún más. Nada de lo que estaba pasando me resultaba fácil. Por un lado, estaba el dolor. Por el otro, la ira. Ya entonces había sentido la traición en todos mis miembros, pero esta noche tenía un sabor que nunca olvidaría.

Cuando finalmente me acerqué a Agustín, al menos tuvo el coraje suficiente para no retroceder ante mí. En su lugar, empujó la mandíbula hacia adelante y me miró de frente. Había sabido lo que le costaría si fallaba.

El cuchillo estaba en mi mano antes de que lo alcanzara. Agustín estaba desarmado, no tenía nada más que sus puños con los que pudiera herirme. Pero los tenía colgando inútilmente a los costados, como si ya estuviera esperando lo que inevitablemente iba a suceder.

Quería decirle que saludara a su madre de mi parte, pero ella estaba en un lugar al que él nunca llegaría. E incluso si lo hiciera... ella lo repudiaría. El amor de una madre tenía sus límites, especialmente en nuestro mundo. Agustín los había superado hace mucho tiempo.

Actué rápidamente. Para un dolor y sufrimiento indescriptibles no se necesita mucho tiempo. Incluso en la rapidez se puede mostrar un máximo absoluto de brutalidad. El cuchillo penetró en su cuerpo a la altura de su estómago, abriéndolo.

Por supuesto que reaccionó, pero lo ignoré. En su lugar, lo atraje hacia mí. Al mismo tiempo, mi mano se deslizó en el profundo corte y hacia arriba. Las heridas que esto causó ya eran suficientes para matarlo, pero mi mano se cerró de todos modos alrededor de su corazón aún latiente.

Lo miré con un rostro absolutamente inexpresivo. Luego tiré.

Hasta que nuestros corazones se desangren. Until our hearts bleed dry. Bis unsere Herzen ausbluten.

Retiré mi mano de su cuerpo inerte. Cayó en la arena a mis pies y por un breve momento observé el órgano en mi mano. Intenté reconocer qué lo había llevado a traicionarnos a todos. Pero se veía como cualquier otro corazón. No era negro ni estaba corrupto. No parecía podrido.

Con un ruido húmedo, lo dejé caer al suelo, limpié mi mano ensangrentada en mis pantalones y me di la vuelta.

A pesar de todo, esto era diferente a todo lo que había sucedido en las semanas anteriores. El odio hacia Thalassa había sido una criatura viva y respirante dentro de mí. La traición de Agustín, en cambio, tenía la capacidad de hacerme sentir entumecido por dentro.

Respiré hondo antes de que mis pasos me llevaran directamente hacia ella. Antes de darme cuenta, me encontré de rodillas entre sus piernas. Sus brazos rodearon mi cabeza, acercándose más a ella.

No importaba si este momento de debilidad tenía más testigos que solo ella. Rafael y Ángel eran quienes lo entenderían. Quienes podrían comprender hasta lo más profundo de sus almas que había cosas que uno tenía que hacer, pero que aun así tenían la capacidad de golpearte con fuerza. Solo porque fuera una necesidad no significaba que no dejara huella.

Permanecí en esta posición por una eternidad, concentrándome en sus dedos en mi cabello y en la tormenta en mi interior.

Los dos primeros sacrificios de la noche habían sido realizados. Agustín estaba muerto. La rusa también. La Bratva había asegurado en dos breves frases que todos los demás involucrados en sus filas verían a su creador esta misma noche. El resto del trabajo recaía en nuestro lado. Contactos importantes debían ser informados para descubrir quiénes eran los otros implicados. Tenía que averiguar cómo Agustín había logrado entrar en la propiedad, aunque se suponía que todos tenían órdenes de disparar al primer contacto visual. Tenía que arreglar el daño que había causado con su plan completamente arrogante, de lo contrario, seguramente no pasaría mucho tiempo antes de que surgieran los primeros problemas.

Parte de la arena había sido destruida. Dos hombres más en mi lista que debían morir. Por un lado, aquel que dirigía la arena en mi nombre. Por otro, el tipo que había empujado a Thalassa como si no fuera más que un objeto sin importancia que cambiaba de dueño.

Finalmente me levanté, listo para abordar el resto. Me dirigí a Rafael. —Llévala a casa. Asegúrate de que esté a salvo.

Asintió, ya preparándose para levantarla en sus brazos. Era absolutamente imposible que ella caminara a algún lado por sí misma.

Luego me volví hacia mi padre. —¿Tienes planes para esta noche o te gustaría revivir los viejos tiempos?

Se levantó sin comentarios.

Miré fijamente la enorme caja de madera que un mensajero nos había entregado hace cinco minutos, aunque estábamos en medio de Málaga y se suponía que nadie debía saber nuestra ubicación exacta.

Ángel levantó un pie, empujó la tapa hacia atrás y reveló el contenido: cinco cabezas cortadas. Pero no se habían conformado con eso. Las lenguas de los traidores habían sido sacadas a través de un corte entre sus mandíbulas, de modo que colgaban en un ángulo extraño sobre sus cuellos.

En uno de los cráneos se clavaba un cuchillo, con una nota adjunta. Mi padre la había arrancado antes de que yo pudiera siquiera agacharme para cogerla. —Espero que esto satisfaga tu demanda de sangre, Santiago. Estos son todos los traidores de mis filas que se prestaron a un trato con tu sobrino —leyó en voz alta y luego hizo una pausa por un momento—. Firmado por Nikifarov.

Levanté una ceja. —¿Qué?

—El viejo está muerto. Pero su hijo...

—Mientras siga trabajando con nosotros en lugar de contra nosotros, me importa una mierda qué nombre lleve o a qué familia pertenezca. —Bueno. *Casi* una mierda.

Volví a cerrar la tapa antes de que colocáramos la caja en el maletero del jeep, justo al lado de las otras cuatro cabezas que ya habían rodado esta noche. Los dos hombres de la arena. Aquellos que habían escondido a Agustín y sabía por Rafael que había ejecutado a dos hombres frente a los muros de la *Alcazaba* después de revisar las cintas de vigilancia.

Había informado a Cahal y me había asegurado de que las noticias llegaran hasta los Estados. No es que planeara disculparme por el comportamiento de mi hijo, solo quería que Cesare supiera quién lo había jodido.

Los nudillos de mis dedos estaban agrietados, mi ropa estaba cubierta de sangre seca y en realidad debería estar satisfecho porque habíamos evitado algo peor a tiempo. Sin embargo,

sentía este enorme y doloroso vacío en mi pecho.

—Fue la decisión correcta, ¿verdad? —dije entre dientes apretados.

—Por supuesto. Ninguna otra habría sido más correcta —respondió—. Nunca he hablado de esto, pero para proteger a tu madre, tuve que matar a mi hermano. Fue una de las decisiones más difíciles que he tenido que tomar. Pero lo haría de nuevo. Algunas personas no merecen la vida que se les ha regalado. Especialmente cuando se vuelven contra su propia sangre. Nuestro mundo no es un jardín de infantes. Vivimos según reglas y juramentos. Lo que hacemos puede ser criminal, pero en ningún otro grupo de personas en este mundo encontrarás el honor y la lealtad tan valorados como entre nosotros. Y ahora quiero que vayas a casa y te asegures de que ella no huya.

Abrí la boca. Sacudí la cabeza. —No lo haría.

—Esta bala era para ti, Santiago. Habría sido muy fácil revelarlo todo para salvar mi propio pellejo. Asegúrate de que ella sepa por qué está haciendo todo esto.

Mi padre rara vez era tan generoso con sus consejos, así que en este caso era más que consciente de que lo mejor era aceptarlo.

Evidentemente, Rafael había retirado a todos los hombres de la fortaleza y los había distribuido por las murallas exteriores o por toda la propiedad. No había guardias en la puerta, ni patrullas marchando por la planta baja.

Las luces estaban encendidas y cuando entré en la fortaleza, no pasaron ni dos segundos antes de que Rafael viniera a mi encuentro. Asintió en dirección a la sala de estar. —Está durmiendo. Pero no diría que está en muy buenas condiciones físicas. El médico lo ha confirmado y le ha administrado más medicamentos. Si le sube la fiebre, tendrás que llevarla al hospital.

—¿Y aparte de eso?

—Está perfectamente. Esto no es nada nuevo para ella, aunque hasta ahora no había sido ella la que lo sufría.

Por supuesto. Quien se había criado en una de las familias mafiosas más notorias de los Estados Unidos, inevitablemente había acumulado algunas experiencias. Además, ya conocía algunas historias al respecto: Thalassa no era precisamente una delicada flor.

Aun así, no me gustaba que Agustín hubiera intentado usarla contra su padre, y contra mí. Al menos en mi caso, sabía perfectamente qué nervio estaba tocando.

—¿Nos vemos para el desayuno? —pregunté. Después de agradecerle, Rafael desapareció por la puerta de la terraza y se dirigió a los pabellones.

Me di una ducha antes de atreverme siquiera a entrar en la sala de estar. Thalassa se había acurrucado en el sofá, envuelta firmemente en una manta.

Su piel estaba fresca y la selección de medicamentos sobre la mesa probablemente aseguraba que durmiera al menos con cierta tranquilidad. Al parecer, ya se había lavado toda la sangre, pues su cabello estaba aún ligeramente húmedo. Una mancha oscura se había formado en la almohada, por lo demás clara.

En lugar de llevarla arriba a la cama, decidí no perturbar su sueño y, en cambio, me acosté detrás de ella, rodeando su torso con mis brazos para poder acercarla más a mí.

Lentamente cerré los ojos, inhalé profundamente su aroma e intenté forzar la relajación en mi cuerpo. Su calor, su mera presencia, era lo que realmente necesitaba después de esta noche.

Nada de lo que había sucedido en las últimas semanas había comenzado con su aparición. Incluso antes, todo se había descontrolado, pues Agustín había decidido recorrer un camino oscuro. Su presencia en Málaga tal vez no fuera una coincidencia, pero al final quizás resultara ser un maldito regalo.

Uno que ciertamente no dejaría escapar de mis manos.

TALIA

Dos meses necesitó mi cuerpo para sanar las heridas que Agustín me había infligido. E incluso ahora, mi pierna seguía siendo tan sensible que podía sentir el cambio en el clima mucho antes de que las oscuras nubes de tormenta aparecieran en el horizonte.

Adriano estaba sentado en una silla junto a la piscina, con la mirada fija en una revista. Ya no se apartaba de mi lado cuando Santiago o Rafael estaban ocupados en otras cosas. Y como ya no tenía razón para mantenerlo a distancia, se había vuelto mucho más tratable que antes. Al mismo tiempo, era la única conexión que me quedaba con mi antigua vida. Hace unas semanas, Ares me había enviado un breve mensaje. En parte una disculpa, en parte una explicación, porque tal como yo había sospechado, el cambio dentro de la familia se había debido a Cesare. Me había declarado traidora en el momento en que decidí darle la espalda.

Aunque lo había esperado y aunque la relación nunca había sido la mejor, de vez en cuando sentía una punzada aguda en el costado. Estados Unidos nunca había sido realmente mi hogar, porque nunca me había sentido tan cómoda allí como durante las largas visitas a Italia, pero una parte de mí seguía sintiendo lástima. Sobre todo por mi padre, porque no era capaz de pasar por alto las cosas más banales para seguir formando parte de mi vida.

A cambio, había encontrado un hogar en España que me daba todo lo que mi corazón anhelaba. Una familia. Un lugar donde podía echar raíces. Donde me sentía completamente a gusto.

Me incorporé un poco en mi colchón inflable y miré en dirección a Adriano.

—¿Cuánto falta?

Él levantó la vista.

—Dos horas.

La tortura de Rafael había dejado huellas. Huellas permanentes. Pero hasta hoy no había visto ni una mirada de desprecio. Ni una sola emoción negativa que lo convirtiera en un peligro o en un riesgo para la seguridad sobre el que era mejor reflexionar. Adriano había demostrado dónde estaba su lealtad. Santiago era capaz de confiar en él y Rafael también parecía poder hacerlo sin reservas. Algunos de los detalles aún seguían siendo un misterio para mí, pero tampoco necesitaba saber con exactitud lo que había sucedido.

Dos horas hasta que me encontrara con el hombre responsable de la existencia de Santiago. Ya nos habíamos conocido brevemente en la arena, pero mis recuerdos de eso eran borrosos. Como muchas cosas de aquella noche. Recordaba el dolor y también cómo me había sentido después de que los brazos de Santiago se cerraran alrededor de mi cuerpo. Sin embargo, lo que había dicho y lo que había pasado después de que Rafael me llevara a casa estaba en la oscuridad. Probablemente también debido a los numerosos medicamentos que me habían

administrado.

Hoy, sin embargo, no solo me enfrentaría a Ángel, sino también a su esposa. La madre de Santiago, que había sido mencionada una y otra vez, pero de la que no podía imaginar en absoluto qué esperar. Pero pronto lo descubriría.

La tormenta llegó efectivamente y nos obligó a poner la mesa en el comedor en lugar de en la terraza. Aunque Santiago y Rafael habían estado ocupados hasta hace poco, ambos hombres ahora parecían impecables. Sin gotas de sangre adheridas a algún lugar discreto. Sin nudillos lastimados. Sin mal humor. Solo dos hombres preparándose para la visita de los padres.

Ángel y Azahar Rojas, incluso diez años después de haber transferido la dirección del cártel a su hijo, parecían como si nunca hubieran dejado atrás esta vida, como si los acompañara todos los días y estuviera tan profundamente arraigada en ellos que nunca podrían deshacerse de ella.

Observé con interés el cálido saludo que recibieron, especialmente Rafael. Recordaba vagamente que Santiago había mencionado lo cercano que Rafael era a ambos. Como un hijo, solo que no estaban relacionados por sangre.

Me mantuve al margen, también porque últimamente me resultaba incómodo cuando la atención se centraba completamente en mí. Las miradas de los hombres que trabajaban para Santiago a menudo se deslizaban sobre las llamativas cicatrices de mi muslo cada vez que usaba ropa corta. Algunos días no lo soportaba y optaba por pantalones largos o un vestido que llegara más allá de las rodillas, solo para ocultar la marca de la vergüenza de las miradas, sin importar lo cálido que fuera el clima.

El propio Santiago se esforzaba por ignorar completamente las cicatrices y, a estas alturas, ya no estaba segura de qué era peor. La atención permanente o el hecho de que su existencia fuera ignorada con tal vehemencia que resultaba casi incómodo.

Por supuesto, no escapé a la atención de todos modos, porque después de que la madre de Santiago terminara con Rafael, de repente nos encontramos frente a frente. Su mirada inquisitiva se deslizó sobre mí, como si buscara alguna señal específica. Su mirada me recordaba a Santiago: la mente afilada como una navaja que descansaba detrás de una aparente oscuridad.

Sentí la tensión en la habitación, observando cómo sus ojos se deslizaban lentamente por mi pierna, a lo largo de la cicatriz perfectamente recta que se interrumpía en el centro de mi muslo por un cráter, solo para desaparecer bajo el dobladillo de mi vestido.

Sin embargo, con la misma falta de vergüenza, fijé mi mirada en la cicatriz de su cuello. El vestigio de la noche en que intentaron matarla. Parecía que no quería ocultarla. Sin maquillaje. Sin collar. Ni siquiera parpadeó mientras yo unía mentalmente las piezas del rompecabezas.

Los hombres no se percataron de nuestro encuentro hasta que ella dio un paso hacia mí y me abrazó de la misma manera que lo había hecho antes con Rafael. Como si yo hubiera pertenecido a la familia desde siempre y fuera una parte importante de ella.

Cuando se separó de mí después de unos segundos, sus manos me mantuvieron a cierta distancia por los hombros. —Todo este tiempo me he estado preguntando qué mujer había logrado impresionar a mi hijo —dijo, antes de que una sonrisa se dibujara en sus labios—. Parece que esta familia ha recibido una adición adecuada.

Solo después de alejarse de mí se dirigió a su hijo, lo que me dejó frente a frente con Ángel. —Soy honesta. No recuerdo mucho de nuestro último encuentro —dijo, extendiéndole la mano.

Él la tomó e inclinó la cabeza. —En cambio, yo recuerdo todos los detalles importantes.

La forma en que lo dijo me hizo sospechar que eso significaba algo.

—Tu nombre me hizo ser escéptico. Tus acciones me convencieron. Así como el hecho de que Rafael te haya aceptado. Él no lo hace a la ligera y mucho menos con personas que no lo merecen.

Con eso, la tensión desapareció de mis hombros. —Fue necesario un poco de trabajo de persuasión.

Él se rio. —Sí, he oído hablar de eso.

—¿De qué más? —pregunté instintivamente.

Entonces, hizo un gesto hacia las puertas abiertas de la terraza. Las cortinas se inflaban hacia adentro y de vez en cuando las gotas de lluvia se extraviaban en el suelo de madera. Los relámpagos atravesaban el cielo, seguidos de cerca por un trueno retumbante que parecía hacer eco en los gruesos muros de piedra.

—Lo sé todo. En esta ciudad no pasa nada sin que yo me entere tarde o temprano. ¿Por qué crees que estaba en la arena aquella noche?

—Honestamente, no puedo explicármelo. Las piezas del rompecabezas solo encajaron cuando Agustín empezó a explicarme sus motivos. —Todas estas palabras se habían grabado en mi mente, aunque en realidad eran las partes de la noche que preferiría olvidar. A veces me despertaba por la noche y escuchaba su voz en lo profundo de mi cabeza, solo para darme cuenta de que no estaba en el dormitorio y que solo había soñado. Estaba muerto; no podía hacernos daño ni a mí ni a Santiago.

Una expresión seria se extendió por el rostro de Ángel. Noté cómo su mirada se dirigía brevemente hacia su esposa, como si necesitara asegurarse de que la situación no presentara ningún peligro. Debía ser un reflejo inconsciente, una especie de instinto, porque lo hacía constantemente desde que Azahar y él habían entrado en la fortaleza.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra el marco de la puerta. —El cartel tiene innumerables fuentes de ingresos. Diversificación del riesgo, por si alguna vez surgieran problemas. Las cuentas congeladas no son tan deseables como uno podría pensar —comenzó—. En realidad, solo hay un puñado de personas que tienen acceso a ellas. Mi esposa. Yo. Santiago. Rafael. Nuestro contador nos alertó sobre pagos de una cuenta que no debería tocarse bajo ninguna circunstancia. Para su sorpresa, aparecían sobre todo marcas de moda de Rusia. ¿Por qué Santiago compraría allí?

—Una vez me dio su tarjeta de crédito, pero no la usé —murmuré en voz baja.

—Por supuesto que no. A Azahar le llevó seis meses aceptar que le comprara algo. Creo que habría preferido saltar por la ventana antes que permitirlo. Pero ese no es el punto. Me quedó claro de inmediato que no tenía nada que ver contigo.

—Sino con Agustín.

—Correcto. Porque lo habían visto con la rusa.

—¿Pero no sabías lo que iba a pasar en la arena?

—Mera coincidencia. Ya había enviado hombres para encontrar a Agustín después de que quedó claro cuán profunda era su traición. Estaba en la arena solo para informar a Santiago. Nadie podía imaginar que Agustín caería directamente en mis brazos después de haber volado parte de un edificio de valor histórico.

Si la traición aún le afectaba, Ángel no lo dejaba ver. Lo contaba de la manera más neutral posible. Aunque no dudaba de que le había golpeado duro, era casi aterrador lo profesionalmente que se distanciaba de ello.

—¿Y tu hermano se puso en contacto contigo? —La pregunta llegó inesperadamente, y así

debió parecer, porque Ángel se rio brevemente—. Ha utilizado métodos que no son tan secretos y seguros como él cree.

—Fue una disculpa. Y una explicación. Yo soy la traidora con la que la familia no debe tener contacto —expliqué. Esa era la verdad, y no tenía intención de mentir a este hombre—. Sin embargo, eso no se aplica a la parte de mi familia que aún vive en Italia. Él tiene poder sobre los Estados Unidos, pero en Italia... Italia no era lo suficientemente grande en aquel entonces para dos familias en el poder. Así que mi bisabuelo se fue a los Estados Unidos. La otra familia se quedó. En aquel entonces todavía era la Cosa Nostra. Hoy, esa familia posee toda Italia. No sé cómo ni si estamos emparentados, pero Vincenzo de Archard está muy abierto a una colaboración con España y el cártel.

—También he oído hablar de eso —respondió, todavía con esa sonrisa en los labios, de la que no estaba del todo segura de lo que quería decirme—. ¿Y Santiago?

—Aún no está del todo convencido. Pero me ocuparé de eso.

—No dudo que encontrarás los argumentos adecuados.

Me encogí de hombros lentamente. Tampoco me preocupaba, pues sabía qué convencería finalmente a Santiago para colaborar. Considerando la historia de la ciudad, sus dudas y precauciones estaban justificadas, pero en el caso de esta familia en particular, me parecía absolutamente innecesario. No había traición dentro de la familia. Ningún miembro repudiado. Ningún asesinato. Solo un frente unido que era inexpugnable. Así que si una familia como los Rojas colaboraba con los de Archard... aparte del posicionamiento político, probablemente traería sobre todo ventajas. Contra el enemigo invisible que siempre acechaba en algún lugar. Contra peligros que no se veían venir. Se necesitaban socios fuertes al lado, y más aún cuando todos se beneficiaban.

Finalmente, Ángel asintió en dirección a los demás. —No mentía cuando dije que Azahar quiere ponerte a prueba. Tal vez deberías hablar con ella durante la cena.

De eso ya no me preocupaba en absoluto. Había logrado manejar al padre de Santiago. ¿Cuánto más difícil podría ser llevarse bien con su madre?

Las grandes gafas de sol protegían mis ojos de la luz deslumbrante, pues el sol no solo golpeaba la playa, sino también el mar. En algún lugar detrás de mí, la *Alcazaba* se alzaba en la colina, pero hoy no era la piscina lo que había elegido para un día relajado, sino la playa privada que aparentemente pertenecía a la propiedad de Santiago. Nadie se extraviaba allí, lo que significaba que la arena estaba intacta y el mar libre de cientos de turistas.

Rafael se había ofrecido voluntariamente como mi acompañante y ahora estaba sentado a dos metros de distancia, ocupado construyendo algo con sus manos en la arena que se parecía sospechosamente a una torre.

Lo observé divertida de reojo, registrando perfectamente que estaba sumido en sus pensamientos.

Así que me aclaré la garganta. —En dos semanas es el concierto. ¿Vienes?

Él giró la cabeza bruscamente. —¿Vas a ir?

—Por supuesto. Santiago me acompañaría, pero... también te cedería el lugar si por alguna razón quisieras estar allí.— No era un intento particularmente sutil de convencerlo de ir a un concierto que su esposa daba en la ciudad donde vivía.

—No creo que sea una buena idea. Todavía no, solo para dejarlo claro.

—Nadie te obliga. Solo pensé que tal vez sería una oportunidad...

Él hizo un gesto con la mano. —Mejor hablemos de cómo los padres de Santiago prácticamente te han adoptado.

—A ti también. ¿Tienes miedo de perder tu posición especial?

Su risa me hizo sonreír automáticamente. —Creo que simplemente necesitan una especie de hija a la que puedan mimar. Solo tenemos que tener cuidado de que no te conviertas en una malcriada.

Le saqué la lengua.

—¿Ves? Ya está empezando.

—Tú eres el malcriado, Rafael. ¿Quién se niega a subir las escaleras al segundo piso?

—¡Por buenas razones! —exclamó, adoptando un tono defensivo.

—Me temo que pronto no podrás entrar en la fortaleza en absoluto.

Rafael entrecerró los ojos mientras me miraba. —Como si en tu casa no fuera igual. Sé cómo miras el suelo de la cocina.

—Eres demasiado observador para mi gusto.

—Eso no lo dices cuando predigo tu próximo movimiento durante el entrenamiento.

—Eso es pura brujería.

Divertida, me recosté. Mientras la lesión de mi pierna aún estaba sanando, nos habíamos ocupado de planificar el entrenamiento. Se sentía bien no solo actuar por instinto, sino saber exactamente cuáles eran los límites de mi cuerpo y mis habilidades. Además, me hacía sentir más segura, aunque mis tres guardaespaldas alternantes no me daban ninguna razón para lo contrario.

Pensamientos más serios barrieron la ligereza que acababa de disfrutar. —¿Crees que todavía tiene problemas con lo que pasó? —pregunté, antes de volver a tragarme la pregunta.

Para entonces, me había acercado más a Rafael y participaba en la construcción del castillo de arena, aunque él nunca admitiría que eso era lo que estaba haciendo.

—Si crees que esto sucedió solo por ti y que no lo habría hecho si no hubieras estado involucrada... estás equivocada.

Una parte de mí se había preguntado eso, de hecho. Si habría mostrado clemencia si la situación hubiera sido diferente.

—¿Y crees que lo ignora por alguna razón en particular?

—¿Tus cicatrices? Es difícil de ver. Para mí menos que para él, pero entiendo los antecedentes. No eres menos importante para él por eso. Ni has perdido significado para él. No deberías convencerte de eso en absoluto. Se trata del conocimiento detrás. Que alguien te hizo esto. Es un recordatorio constante. Un monumento. Una razón más para el deseo de castigar a cualquiera que te mire mal. Tiene que ignorarlas para poder concentrarse en lo que siente por ti. No en la persona que te hizo esto.

Abrí la boca, solo para cerrarla inmediatamente. Como si Rafael hubiera absorbido la sabiduría como una esponja absorbe el agua. Lo que decía tenía sentido, aunque entre líneas insinuaba que Santiago sentía algo parecido al desprecio hacia sí mismo por no haber sido capaz de evitarlo.

—¿Andra tiene...?

—Sí. Pero nunca se trató de las cicatrices en su cuerpo. Veo las de su alma. Y esas hacen que me olvide de mí mismo.

Sus palabras dejaron un sabor amargo. Saber que amaba a esta mujer desde hacía años y aun así se mantenía alejado de ella, ni siquiera queriendo asistir al concierto que daba aquí, me hizo ver a Rafael bajo una luz completamente nueva una y otra vez.

Sin embargo, no me correspondía entrometerme en este asunto.

—Contigo es diferente. Emocionalmente, eres estable. No te ha destrozado psicológicamente. Las cicatrices en tu pierna permanecerán de por vida. Y simplemente se necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a ellas. Mira a Azahar... recuerdo muy bien el efecto devastador que tuvo en Ángel verla herida en el hospital durante un largo período y luego ser recordado cada día que algo terrible había sucedido. No hay razón para preocuparse. Todo se arreglará.

Casualmente, le añadí otra torre a nuestro castillo de arena.

—Y, ¿cuándo se lo dirás?

—¿Qué? —Fruncí el ceño, confundida.

Levantó una ceja en respuesta. —Que tiene un precio que te monte cuatro veces al día en todas las superficies de la fortaleza.

Lo dijo de una manera tan condenadamente seca que no pude evitar reírme. —¿Cómo lo sabes, Rafi?

Miró significativamente mi mano, que había estado descansando suavemente sobre mi vientre todo el tiempo. —Conozco ese gesto. Estás protegiendo lo más valioso que existe dentro del cártel.

—¿Prometes guardártelo? Hasta que... no sé, la posibilidad de que pierda algo que nunca debería perder ya no sea tan grande.

Se quedó en silencio por un momento. —Por supuesto.

—Serás al menos tío. O padrino. Si quieres. Si es demasiado pedir, entonces...

Rafael me hizo callar levantando la mano. —Me encantaría asumir esos roles, Talia.

SANTIAGO

El cielo gris aún no estaba listo para ceder el escenario al sol de la mañana. El rocío se aferraba a los árboles alrededor de la *Alcazaba*, así como a los arbustos y hierbas que brotaban por todas partes del suelo. Había ordenado a los guardias que se retiraran a la parte trasera de la propiedad, de modo que ninguno de ellos fuera testigo de lo que iba a ocurrir aquí.

Mi impulso de proteger a Thalassa de los ojos del mundo no había disminuido desde lo ocurrido en la arena. Más bien al contrario. Las cicatrices que quedaron en su muslo me recordaban constantemente la necesidad de mantenerla a salvo. No era una tarea fácil, porque de ninguna manera quería encerrarla, así que estaba bajo constante vigilancia. Por mí, Rafael o Adriano. Necesitaba una sombra, aunque solo fuera para calmar mi propia conciencia.

No quería volver a verla postrada en la cama durante semanas, mientras su cuerpo sanaba lentamente. Todo el tiempo acompañada por la frustración de haber sufrido una herida de bala que no solo necesitaba sanar, sino que también requería fisioterapia para evitar daños permanentes en el futuro.

Me hubiera gustado poder quitarle la herida, así como cualquier otro punto doloroso de su cuerpo, de los cuales solo la traición de Agustín era responsable. Dos meses, y una parte de mí todavía no quería creer que había decidido ponerse en contra de su familia para beneficiarse a sí mismo. Dos meses, y a veces todavía soñaba con la noche en la arena y el momento en que su corazón aún caliente había descansado en mi mano, latiendo frenéticamente.

No me arrepentía. Había sido lo correcto por tantas razones, y aun así la decisión pesaba sobre mis hombros como si hubiera sido más reprochable que cualquier otra que hubiera tomado antes.

Una de ellas se desarrollaría aún más hoy, evolucionando en una dirección que daría a esta ciudad una nueva perspectiva. Aunque, a juzgar por la mirada que Thalassa me estaba lanzando ahora, tal vez no había sido una buena idea sacarla de la cama horas antes del desayuno.

Sin embargo, me siguió sin una palabra de protesta a través del jardín hacia la muralla de la fortaleza, a la que se podía acceder por una empinada escalera de piedra. Normalmente, aquí se apostaban los hombres que vigilaban la propiedad. Ahora reinaba un vacío absoluto.

Miró con escepticismo la mano que le ofrecí, pero finalmente la tomó porque podía sentir la protesta de los músculos de su pierna en cada escalón. Si Agustín no hubiera estado ya bajo tierra desde hace tiempo, lo habría llevado allí de nuevo solo por esto. Era una cosa cuando Rafael o yo sufríamos heridas. Pero era completamente diferente cuando el objetivo del ataque era la mujer a mi lado, que simplemente no merecía ser utilizada como medio de presión contra mí.

Negando con la cabeza, me miró tan pronto como estuvimos en el paseo de ronda. La ciudad yacía oculta en la niebla matutina que subía desde el mar. Solo se podían distinguir edificios

individuales y la vista general de los alrededores tampoco era particularmente amplia a esta hora.

Cruzó los brazos, se giró un poco e intentó entender qué quería yo aquí.

—Realmente esta no es la hora para estar fuera de la cama —murmuró.

—No me digas que esta vista no vale la pena, Thalassa.

Observé cómo se sentaba en el muro que evitaba que uno cayera del paseo de ronda al vacío. La pendiente rocosa debajo seguramente le rompería el cuello a cualquiera.

Me miró con curiosidad. —¿Por qué sigues llamándome Thalassa? Todos los demás me dicen Talia.

—Porque es tu nombre. Me gusta. Te queda bien.

El escepticismo se mezcló en su expresión. Como si fuera tan sorprendente que alguien realmente le gustara el nombre en toda su extensión.

—¿Y por qué piensas eso? —Sonaba como si estuviéramos iniciando un interrogatorio en el que yo solo podía perder.

—Porque me recuerda a ti, así de simple. Eres realmente como el mar, aunque te parezca tonto. Una ola imperceptible que se estrelló contra mi hogar. Una brisa que constantemente pone mis sentidos en anticipación, solo por la conexión que mi cerebro hace automáticamente. Es como una expectativa, solo que nunca sé qué me espera. Un toque suave... o un golpe contra mi pecho. *Nadando entre tus muslos, ahogándose en ti.*

Thalassa intentó reprimir la sonrisa que quería extenderse por su rostro. Sin embargo, estaba ahí, sobre todo en sus ojos, que de repente ya no parecían tan cansados.

—Pero sigue siendo un nombre condenadamente largo.

—¿En serio? Podría llamarte como quisiera y aun así te provocaría un escalofrío placentero por la espalda. *My little slut*, si te apetece en inglés. O *mia piccola mocciosa*, si prefieres en italiano. O espera... ¿qué tal *mi lío caliente*?

Hasta ahora había mantenido la distancia, pero ahora di un paso hacia ella. Me miró casi indignada. —¡Santiago! No soy un caos.

Torcí la boca. —Lo serás. Dame cinco minutos.

—¿Me has traído aquí para tener sexo?

Incliné la cabeza. —En parte.

Su ceja se arqueó. —¿En parte? —repitió.

Lentamente me agaché, agarré sus piernas y las separé un poco, de modo que pude acomodarme cómodamente entre sus muslos después de haberla liberado de sus shorts con un movimiento hábil. —Sí, en mi imaginación, el orgasmo hace que no te des cuenta inmediatamente cuando te ponga un anillo en el dedo.

Automáticamente cruzó las piernas detrás de mi cuello, observando fascinada cómo subía con mi boca por sus piernas desnudas. Primero por un lado, luego por el otro, pero nunca lo suficientemente cerca del lugar donde realmente me quería.

—¿No quieres preguntármelo?

—¿Hay alguna razón por la que debería preguntarte? —Las palabras salieron de mis labios con un gruñido, antes de agarrar su cadera y tirar de ella un poco más hacia adelante para tener mejor acceso a su centro.

Thalassa se apoyó con las manos en el muro detrás de ella. La tensión mantenía sus extremidades cautivas, mientras su cuerpo claramente esperaba lo que sucedería a continuación.

Pero antes de que pudiera darme una respuesta a mi pregunta, deslicé mi lengua por su humedad, jugué con su clítoris y me aventuré más profundo, aunque solo para tener un anticipo del lugar en el que pronto me hundiría por completo.

Sus gemidos llenaron el aire matutino a nuestro alrededor, haciendo que la sangre se acumulara pulsante en mi miembro, que ya presionaba duro como una roca contra mis bóxers.

Sin embargo, no era suficiente con simplemente estar dentro de ella. Necesitaba más que eso - Siempre. Su placer. La forma en que su orgasmo la atrapaba y hacía temblar todo su cuerpo. Cómo mi nombre se derretía en sus labios y me atraía aún más profundamente a su hechizo, en el que ya estaba irremediablemente atrapado.

Las puntas de sus dedos se deslizaron por mi cabeza, presionándome más entre sus piernas, cuyos espasmos musculares reveladores mostraban lo que se estaba gestando en su interior.

Succioné su punto más sensible, seguí jugando con mi lengua, dejé que sintiera mis dientes cuando amenazaba con caer demasiado rápido al abismo. Verla bailar al borde, sentir cómo su cuerpo era catapultado a nuevas alturas y cómo el orgasmo que esperaba estallar dentro de ella se volvía cada vez más intenso...

Me resultaba difícil separarme de este paraíso, pero lo hice por unos segundos, murmurando palabras contra su piel ardiente. —Quiero que eches la cabeza hacia atrás. Que mires bien la ciudad debajo de nosotros, Thalassa. Es tuya. Tu reino, si lo deseas. A mi lado.

La respuesta murió en su lengua, porque tan pronto como la última palabra salió de mi boca, continué donde lo había dejado segundos antes. Pero esta vez de manera implacable. Ya no era un juego para llevarla una y otra vez cerca del clímax, solo para detenerse justo antes.

En su lugar, la empujé hacia él hasta que no le quedó más remedio que correrse en mi lengua.

Su orgasmo multiplicó por mil la necesidad de estar dentro de ella. Ni siquiera había terminado de disminuir por completo cuando se enderezó y me levantó un poco también. —Hay una razón por la que deberías casarte conmigo sin falta —soltó sin aliento, con la sonrisa más absolutamente enternecedora que jamás había visto en su rostro.

Atraído por ella, me incorporé lo suficiente para apoyarme a su derecha e izquierda. —¿Solo una?

Casi imperceptiblemente, negó con la cabeza. —Ese reino de allá abajo no solo tendrá un rey y una reina, sino también un príncipe. O una princesa. No lo sé.

Las palabras barrieron todo dentro de mí tan pronto como comprendí su significado. Un hijo. Estaba esperando un hijo. *Mi* hijo.

—¿Estás segura? —pregunté, simplemente porque me resultaba difícil encontrar otras palabras. Palabras adecuadas.

—Lo sé desde hace un tiempo, pero lo mantuve en secreto hasta que fue indiscutiblemente seguro, Santi. Estoy embarazada. Y es tu hijo. —Sus dedos se deslizaron por mi cuello, subiendo hasta mi mejilla—. Eso significa que de ninguna manera puedes eludir casarte conmigo.

No, porque significaba que la llevaría al primer sacerdote que encontrara en esta maldita ciudad. —¿Nadie te dijo que involucrarse conmigo era una idea estúpida, *Lionheart*?

—No, pero recuerdo esa frase. *El peligro siempre viene en forma de las tentaciones más dulces*. Y ahora tienes una mujer y en un futuro cercano, un hijo.

—No veo el peligro en eso.

Inclinó la cabeza, acercándose tanto que nuestros labios casi se tocaban. —Perderás tu corazón una vez más.

—Entonces estará tan seguro como contigo. —Cerré la maldita distancia corta entre nosotros y finalmente reclamé su boca para mí.

Al mismo tiempo, mis manos se deslizaron por su cuerpo, casi suplicando que me permitiera entrar. No era suficiente que hubiera abierto su punto más sensible para mí. Necesitaba más. Mucho más. Tenía que estar dentro de ella. Sumergirme completamente en ella. Su cuerpo. Su

mente. En todo lo que tenía para ofrecer. Ya no era suficiente simplemente hacer el amor con ella.

Por el momento sería suficiente, pero en el futuro tendría que encontrar más formas de satisfacer este anhelo.

Qué extraordinariamente apropiado que ahora realmente nunca más tendría que dejarla ir.

¡Gracias por leer RUGGED! Espero que hayas amado a Talia y Santiago. Si ahora te preguntas si Rafael también tendrá su final feliz y quién es el atractivo visitante ruso de la arena, tengo buenas noticias para ti. La historia de Rafael continúa en SAVAGE, y sobre el misterioso ruso lo descubriréis todo en CRUCIFY.